



La sombra de  
Magui aún está  
en el jardín Sylvia  
Lagarda-Mata



DESTINO

Marc, historiador y profesor, empieza a interesarse por lo que él llama «el enigma familiar»: la desaparición de Magui Viladalba, la hermana de su bisabuela, en la casa familiar de Barcelona la verbena de San Juan de 1919. Ahora que todos los testigos de la tragedia están muertos, solo los difusos recuerdos de su abuela Marga y el libro que su tatarabuelo escribió pueden acercar a Marc a la resolución del caso.

Pese al tiempo y a la ausencia de indicios, Marc recibe dos inesperadas ayudas: una procede de la abogada Anna, a quien ha conocido por internet, y la otra, de Teresina, la amiga de Magui, que vive en la antigua casa familiar ahora convertida en residencia.

En la Barcelona de 1919, el inspector Hilario Manzaneda es el encargado de encontrar indicios en la casa de los Viladalba, investigando las relaciones entre ellos y luchando contra las influencias de la poderosa familia, que defiende a capa y espada el secuestro de la niña como única opción posible.

Dos historias separadas en el tiempo se desarrollan en paralelo en este fascinante *domestic noir*, en el que el lector va encajando las piezas de la investigación hasta llegar a la sorprendente resolución del enigma de la desaparición de Magui.

La sombra de Magui aún está en el jardín

Sylvia Lagarda-Mata

Sylvia Lagarda-Mata, 2020  
Editorial Planeta, S. A. (2020)  
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.

*Para mi amigo Josep Mas i Massana,  
que fue el primero a quien pregunté:  
«¿Qué habrías hecho tú?».*

## I

—Nunca supimos si la niña había muerto. De hecho, jamás volvió a saberse nada de ella.

Marc sondea en silencio los ojos de su madre con los suyos, de color acero, sorprendido, como si no acabara de creerse lo que oye.

—¡No me lo habías contado nunca! —exclama finalmente.

Júlia se encoge de hombros.

—Hace tanto tiempo de eso... Ni siquiera yo he pensado demasiado en ello.

Los ojos curiosos de Marc van otra vez a la fotografía de tonos sepia. La niña lo mira sonriente, con aire algo burlón, inconsciente de su destino. Es bonita. Con tirabuzones claros (¿rubios?; es difícil adivinarlo en una fotografía como esta) y un sombrero adornado con flores. Parece escapada de una película de los años veinte: vestidito de encajes largo hasta media pierna y lazada enorme en la cintura y zapatos de charol, blancos, sobre unos calcetines también blancos. Incluso su rostro posee la suave expresión de un tiempo antiguo en que las niñas bien eran finas y dulces y de mejillas sonrosadas.

—Elsa, mi abuela, casi nunca hablaba de eso —añade Júlia—. Claro que ella también era muy pequeña cuando...

—¿Qué fue exactamente lo que ocurrió? —pregunta Marc, con una curiosidad entre el morbo y la fantasía.

—Pues eso: desapareció. La noche de la verbena de San Juan. Se llamaba Marguerite. Magui. Era algo mayor que mi abuela; debía de tener unos... seis o siete años. Esta es Elsa.

Señala a otra niña de la fotografía; una menudita, de unos cuatro años, de cabellos morenos, con unos grandes ojos sorprendidos por la magia de la cámara que la enfoca. También va muy elegante, con una falda acampanada. Se parece un poco a su hermana, pero no es tan bonita.

—¿Y estas dos?

—Las mayores —explica Júlia—. Ni siquiera recuerdo cómo se llamaban. Y la abuela no hablaba nunca de ellas.

Marc toma la enorme lupa que tiene encima del escritorio y la desliza por la fotografía, resiguiendo los rasgos de las minúsculas figuras. Repasa los rostros de las dos jovencitas. Las hermanas mayores de su bisabuela Elsa. No parecen hermanas. Una de ellas es ya una mujer; dieciocho o diecinueve años, tal vez. Es feota. El pelo negro y encrespado, una mueca de enojo en el rostro y ademán displicente. Es un poco gorda y de pecho generoso, y el vestido, más sobrio que los de las niñas y largo hasta los tobillos, no le sienta nada bien. La otra es una adolescente de rostro muy pálido y lánguido y cabellos lisos de un rubio claro. Marc la señala con la lupa.

—Esta tiene aire de extranjera.

Júlia se obliga a desviar los ojos del revoltijo hipnótico que es el loft de su hijo.

—Mi bisabuela era francesa —recuerda—. Quizás por eso las niñas se fueron a Francia cuando ocurrió la... desgracia.

—En aquella época debió de ser un escándalo... —dice Marc, con un cierto grado de excitación en la voz.

—Supongo que sí. Y más en una familia como la de los Viladalba.

Cae el silencio entre madre e hijo. La claridad de la tarde de primavera se escapa poco a poco de los contornos de los objetos. Pronto se fundirá en el suelo de la terraza, cruzará dulcemente el jardín y desaparecerá reptando tras los tejados del Putxet.

Marc no puede apartar los dedos ni los ojos de las fotografías. La fascinación le ha dibujado un surco entre las cejas. Acerca la lupa al rostro de Magui... Tan bonita...

—Marc, hijo...

Tan dulce... Tan... antigua... Lo embriagan las imágenes.

—Hijo, deberías ponerte manos a la obra —le exhorta ahora Júlia, haciéndolo aterrizar de golpe en medio del caos que los rodea—. ¡Esto no va a ordenarse solo, por arte de magia! ¿Quieres que te eche una mano?

La ha puesto en la puerta. Con suavidad, pero con firmeza. Este es su territorio. Sabe que ella se siente feliz por tenerlo cerca de nuevo, aunque sea con una felicidad tan poco alegre. Pero ahora la buhardilla es suya, el revoltijo es suyo, ¡y ya le meterá mano cuando le apetezca!

Sobre la mesa de estudio, sobre carpetas y libros mal amontonados, Marc esparce la docena de fotografías, pequeños retazos de cartulina sepia muy descoloridos, abarrotados de personajes. Sus antepasados. Las niñas, los adultos... Damas con vestidos de opereta costumbrista y hombres con elegantes americanas, chalecos, cuellos duros y sombreros canotier. Se ve también a una mujer vestida de negro de pies a cabeza, con un cuello ceñido bajo la barbilla. Parece relativamente joven, entre veinticinco y treinta años, a pesar de la indumentaria que la envejece. Exhibe un porte servil. Debe de ser una criada. Y hay un perro perezoso, un dálmata, tumbado en el suelo posando para la foto. Y un coche enorme y reluciente, de color obsidiana, con una matrícula que no alcanza las tres cifras y un chófer con gorra de plato, casaca abotonada y bombachos apoyado en el capó. Eso también es historia. Historia cercana. De la que no aparece nunca en los libros que se usan para escribir tesis doctorales sobre el siglo XIX. Él lo sabe mejor que nadie...

Junto al escritorio de Marc, abierto y con su contenido medio desparramado por el suelo, está el baúl de madera viejo y carcomido en el que ha encontrado las fotografías. Y unas cuantas tarjetas de visita y facturas y esquelas y participaciones de boda y menús de restaurantes y billetes de tren y programas de ópera del Liceu. Los restos de unas vidas antiguas que han permanecido atrapadas durante años, amarilleando lentamente dentro de una caja guardada en el interior de un armario que nadie ha abierto durante mucho tiempo.

Los restos de unas buenas vidas antiguas.

Detrás de las miniaturas de Magui y sus hermanas se ven la formidable escalinata y la enorme puerta de la mansión (sí, mansión) familiar. Tiempos dorados. Solo hay que fijarse en el coche y el chófer (y el perro) para darse cuenta de lo bien que habían vivido los Viladalba.

Y, aun así, la niña murió joven.

Ni todo el dinero del mundo...

Marc desvía sus ojos distraídos hacia otra fotografía, está enmarcada, que es de las pocas cosas que parece estar en su sitio en el escritorio. Y en su vida. Él, su padre y su madre, durante

un viaje a Madeira. Un estallido de colores y de luces y de vida. Comparándolas con esta, las fotografías que ha rescatado del fondo del baúl parecen retratos de espectros. De hecho, lo son. Todos los que aparecen en ellas están ya muertos. Y la niña... la niña antes que nadie. Y, aun así, parece la más viva, con esa sonrisa enigmática, esos enormes ojos y los tirabuzones flotando junto al cuello.

Magui.

Magui, perdida para siempre.

Como Olga.

Marc compone una mueca (¿de desprecio?, ¿de resignación?). Olga no ha muerto, ni la ha raptado nadie. Sencillamente, ha salido de su vida. Es un decir, porque la llama, aproximadamente, cada quince días para saber cómo va la venta del piso...

Ahora Marc hace un gesto de impotencia, como si quisiera ocultar la cabeza entre los hombros para exponerla menos a la vida.

Estúpida Olga.

Y estúpida Mireia.

Suelta un resoplido de aversión y desliza la mirada neblinosa a su alrededor.

El apartamento está completamente revuelto. Como su vida. Cajas a medio abrir amontonadas de cualquier manera, ropa apelotonada por todas partes, incluso en el suelo. Docenas de objetos de todo tipo esparcidos donde buenamente ha podido soltarlos. El olor a pintura nueva y limpia. Y polvo que parecía erradicado bailando en los rayos que un sol en declive logra colar en aquel desbarajuste. Sofocante. Depresivo.

Se levanta para abrir los portones que dan a la terraza. Si no ventila, volverá a pasarse la noche respirando pintura.

Solo lleva dos días viviendo allí, y todavía se siente como un forastero. A pesar de la familiar vista desde la terraza, el espacio le resulta extraño; diferente de aquella buhardilla lóbrega y polvorienta a la que solía subir, furtivo, cuando era niño. Ahora ya no queda nada de aquella romántica tenebrosidad. Nunca hubiera imaginado, cuando jugaba allí a las casas encantadas, que acabaría viviendo en ella. Ha colocado parqué; ha cambiado las puertas; ha puesto ventanas de carpintería metálica y se ha instalado un baño completo. Le ha quedado un loft magnífico: en un rincón, la cama de matrimonio que salvó de la depredación del divorcio; un gran armario de Ikea que todavía huele a madera nueva —y que se ha tirado toda la mañana montando— y un sofá, también del piso que compartía con Olga (las butacas se las quedó ella). Y la mesa de estudio, que era suya y que ahora está llena de trastos que han ido saliendo de las cajas de mudanza. Y, encima de los trastos, las fotos de color sepia.

Le gusta Magui. La niña eterna que nunca fue mayor. Apoya la fotografía en esa otra de colores donde salen sus padres, y le echa un último vistazo antes de ponerse a organizar ese desbarajuste, que hace añorar el orden que había cuando solo era una buhardilla.

¡Qué pesada su madre! Como cuando era adolescente: «¡Marc, recoge tu habitación!». Sonríe con ternura. Su madre... Se siente un poco sola desde que murió su padre... Y él siempre será *el niño*. Su único hijo. Pero se lo había dejado muy claro: compartirían cocina —eso sí—; y comedor cuando él se quedase a comer o a cenar, que sería pocas veces; y le agradecía sinceramente que le hubiera cedido la buhardilla para instalarse. Pero lisa y llanamente: él no era el hijo pródigo. Lo de ahora es una situación provisional.

Su madre lo había mirado con aquellas pupilas sabias y un poco estáticas que nunca traicionaban si se lo tomaba en serio o no. Cuando necesites algo solo tienes que pedirlo. Si te



quedas a comer o a cenar, me avisas con tiempo... Y si no, buscas en la nevera. Él ya ha metido cervezas, coca-colas y pizzas. De vez en cuando la irá llenando para los dos. Pero luego, cada uno en su casa.

—¿Quieres que María suba a hacerte la limpieza?

Marc había dudado unos instantes.

—De acuerdo, pero pagamos a medias.

—Hijo...

—¡A medias!

Siempre le ha costado sacar el genio, porque es más bien de buena pasta. Pero cuando lo saca, no admite discusión alguna. «No» es «absolutamente no». Precisamente esa era una de las cosas que siempre le echaba en cara Olga.

Estúpida Olga...

Y, en el fondo, esa feroz intransigencia no es más que un punto de inseguridad hacia sí mismo. Jamás lo reconocería —de hecho, ni siquiera lo sabe— si alguien se lo reprochase. Pero ser hijo único, siempre mimado y protegido del exterior, le ha cobrado esa factura. Incluso lo ha hecho un poco ingenuo. La ingenuidad de quien creía que la vida podía ser tan sencilla como la confortable seguridad de pequeño pequeñoburgués le prometía. Por eso cuando llegaron las bofetadas le costó tanto hacerse a la idea. Por suerte para él, su instinto de ganador nato, salpicado de un humor que siempre acaba por flotar por encima de todo, le endulza ese regusto amargo que de vez en cuando se le atasca en el paladar.

Marc se levanta de su cómoda silla de despacho para ir a cerrar la puerta de la terraza; el viento primaveral se empeña en complicar el desorden, levantando las cubiertas de un puñado de libros que hay en el suelo y llenándolos de un polvillo ocre. Polen de las flores del jardín. Se queda un instante en el umbral, mirando la maceta con una hortensia con la que su madre ha querido contribuir a que la terraza parezca menos desangelada. Marc la ha hecho pavimentar de nuevo y ha instalado una hamaca para tumbarse a leer. Y unas escaleras metálicas funcionales que bajan al jardín. Así podrá entrar y salir tranquilamente sin tener que pasar por el piso ni molestar a su madre. Al fondo del jardín hay una cancela de hierro, que es por donde entran y salen, porque los bajos de la casa, donde está la puerta directa a la calle Elisa, los tiene alquilados Júlia a una pareja de ancianos desde hace tres años, desde que se le murió el marido. La pensión de viudedad y el alquiler le permiten llevar una vida cómoda. No es la afortunada (¡más bien desafortunada!) señorita Viladalba de las fotografías de color sepia, pero vive bastante bien.

Marc contempla con un punto de cálida tristeza la carita simpática de su... ¡de la hermana de su bisabuela!

¡La hermana de su bisabuela es como decir nadie! ¿Quién sabe nada de las hermanas de las...? ¡Apenas de las bisabuelas!

¿Acaso él no se dedica precisamente a eso? A indagar, inspeccionar, escarbar en las entretelas de los antepasados de los bisabuelos. ¿No es precisamente ese el trabajo de un historiador?

De repente, Marc toma conciencia del peligro que corre: la fascinación y, acto seguido, la pasión que suelen despertar en él los enigmas antiguos pueden atraparlo. Y más ahora que aparte del trabajo tiene poco trabajo. Ni mujeres ni ganas de tenerlas. Por no tener, no tiene ni ganas de leer. Ni de ver series en Internet. Ni de salir a correr. Ni de... ¡de nada! Pero mientras va ordenando ese caos de bártulos trasladados de cualquier manera y amontonados de cualquier otra, no puede dejar de pensar en la niña desaparecida. Misteriosamente desaparecida.

Y es al recoger los restos desvencijados del baúl de donde ha rescatado ese pasado para

bajarlos al jardín cuando encuentra otro sorprendente retazo de enigma familiar.

*CUERPO FACULTATIVO DE ARCHIVEROS,  
BIBLIOTECARIOS Y ARQUEÓLOGOS  
= REGISTRO GENERAL DE LA PROPIEDAD INTELECTUAL =*

*Inscripción número* (solo se lee la última cifra, un 8).

*En conformidad a lo dispuesto en la Ley de 10 de enero del año 1879, queda inscrita en este Registro general, con el número* (aquí se distinguen tres cifras: 745), *como propiedad de D. José Antonio Viladal...* (el resto no se lee), *vecino de Barcelona, provincia de Id, la obra cuyo título y demás circunstancias se expresan a continuación, la cual fue presentada para su inscripción en el Registro provincial de Barcelona el día 10 de junio de 19...* (imposible adivinar los últimos números), *a las once y treinta minutos, e inscrita en el mismo provisionalmente con el número* (los dos últimos son 72) = *Título* (absolutamente desaparecido).

El papel de calco, translúcido, fino y quebradizo, doblado en cuatro pliegues, es una copia en papel carbón de la cual el tiempo se ha comido la información.

Marc lo contempla con sorpresa.

¿Mi tatarabuelo escribió un libro?

Dirige de nuevo los ojos a la fotografía de Magui, la niña..., la hija desaparecida.

Y siente una emoción fluyendo por sus venas. La emoción incontenible del arqueólogo que cree haber descubierto un valioso tesoro del pasado.

El inspector Hilario Manzaneda analizaba, absorto, el escenario del crimen. Los ojos inteligentes exploraban todos los rincones del aposento absorbiendo hasta el menor detalle. Un dormitorio de niñas ricas. Las paredes empapeladas con cenefas de violetas. En un ángulo, un amplio ventanal, con postigos abiertos y cortinas de organdí serpenteando por el suelo, dejaba caer la luz estival sobre una enorme cuna de madera de color marfil con las barandillas abatidas, arrimada al alféizar de una forma un tanto extraña. En el otro extremo del aposento, otra ventana, cerrada y con las cortinas delicadamente recogidas, producía un singular contraste. Cerca de la puerta, la cama de la niña; deshecha, revuelta, con la sábana de arriba apartada a un lado y la de abajo dibujando el perfil de un pequeño cuerpo sobre el colchón. Junto a la ventana, el armario, de formas caprichosamente redondeadas, bostezaba con las puertas abiertas, dejando ver un montoncito de vestidos infantiles primorosamente doblados o colgados en pequeñas perchas. El aposento estaba immaculado, con el suelo de barniz creando espejos con la luz del sol.

—¿Han tocado algo?

No habían tocado nada. Sí: habían abierto las puertas del armario porque a veces las niñas jugaban a esconderse en su interior.

—¿Y de la cama?

Nada. ¿Qué iban a tocar? ¡Como si fuera posible hallar a la niña oculta bajo la almohada!

El inspector Manzaneda suspiró por debajo de su bien recortado bigote mientras echaba un vistazo, uno más, a la fotografía que tenía en las manos.

Marguerite Viladalba i Laforest. Magui.

Cuidadosamente, casi como si temiera dejar la impronta de sus suelas en el pavimento de espejo, se acercó a la ventana cerrada y la entreabrió.

Abajo, el jardín delantero de la casa, césped, parterres de flores de colores vivos, matorrales y árboles de hojas frescas y nuevas enviaban un mensaje de opulencia un tanto vanidoso. De rama a rama de árbol todavía colgaban cordeles con banderines y farolillos de colores. Un hombre de piel cetrina y aspecto áspero, encaramado a una larga escalera, los iba descolgando. Los despojos de la verbena de San Juan caían sobre el césped, vencidos por la caducidad. Apoyados en la pared del garaje, esperaban caballetes y largos tableros de madera y sillas de jardín, resignados a volver a sus escondrijos. El inspector se apartó de la ventana: por allí no había sido. Imposible. Toda la gente que asistía a la fiesta habría visto algo si alguien se hubiera descolgado hasta el jardín con una niña en brazos.

Después de observarla con atención, se acercó a la otra ventana, la que ya estaba abierta, con las persianas mallorquinas de par en par y las cortinas corridas hacia el centro aleteando con

suavidad.

Se asomó. Desde allí no se veía el jardín delantero, la ventana miraba hacia un lateral de la casa, sobre un parterre que estallaba con el rosa intenso de las hortensias. Por allí habría sido más fácil huir, porque en mitad del parterre, disfrazando una cisterna de aguas pluviales, se alzaba una pequeña caja de obra que reducía aproximadamente un metro la distancia del suelo a la ventana. Aun así, parecía difícil superar aquella altura sin una escalera; saltar, quizás sí, pero encaramarse... A menos que quienquiera que se hubiera llevado a la niña hubiera entrado por otro lado y se hubiera marchado por allí. La madre de Magui, Louise Laforest, había insistido mucho en que la ventana debería haber estado cerrada.

—Fue lo primero que vi después de descubrir la desaparición: la *fenêtre* abierta.

—Tal vez durante la noche la niña sintió calor y la abrió —propuso el inspector.

Tendría que buscar huellas digitales en ella, aunque no albergaba demasiadas esperanzas.

Examinó las persianas; no se podían abrir desde fuera, solo desde el interior: un pestillo las trababa. Parecía muy improbable que alguien hubiera entrado por allí. Además, habría tenido que hacer lo que él mismo estaba haciendo ahora: sortear la gran cuna donde dormía la otra niña, Elsa, de cuatro años. Lo que tenía de singular aquella situación era: ¿por qué la cuna de la hermanita de Magui estaba arrimada a una ventana, de manera tan poco práctica, si en la habitación había espacio de sobra para tres camas de matrimonio?

Hilario Manzaneda retrocedió hasta la entrada de la estancia y salió al pasillo. Un largo pasillo con puertas cerradas, la una junto a la otra. Mientras lo recorría, las fue abriendo de una en una. Dormitorios. Muy lujosos. Y un baño inmenso con una inmensa bañera de esmalte que reposaba sobre unas curiosas patas de león. Un verdadero lujo. Manzaneda se quedó admirándola un buen rato mientras evocaba los cubos y los barreños de agua hirviendo que trajinaban en casa, una vez por semana, para poner en remojo a toda la familia. Cerró la puerta con una cierta reverencia antes de proseguir su ronda. Más dormitorios infantiles, de matrimonio, de invitados. De repente, el pasillo se abría en el amplio rellano de donde brotaba la escalinata de mármol, grandiosa, con barandillas modernistas historiadas con relieves, que descendía majestuosa hasta el vestíbulo. Escalonados, custodiando los peldaños, enormes retratos al óleo de los familiares. Destacaban un Lorenzale, el gran retratista de la burguesía, un Fèlix Mestres e incluso un típico Casas de una dama con cintura de avispa y un vestido que se arrastraba dos palmos por el suelo. Manzaneda, que no entendía ni pizca de arte, se quedó un rato columpiándose sobre sus largas piernas en el escalón superior, observando el amplio vestíbulo y la puerta principal, ahora cerrada. Ahora. La noche de la verbena estaba abierta para que los invitados pudieran entrar y salir, ir al baño o recuperar sombreros y bastones al despedirse. Y el ama de llaves siempre en guardia, indicando dónde estaban los servicios, preguntando si necesitaban algo, ayudando a poner chaquetas... Era imposible que por allí hubiera pasado un desconocido con una niña en brazos. Además, la puerta principal se abría directamente al jardín donde se estaba celebrando la fiesta.

Los ojos y las reflexiones del inspector continuaron el reconocimiento por el pasillo del piso superior. A escasos metros del rellano, una puerta le cerraba el paso. Accionó suavemente la manilla con la punta de los dedos. Al otro lado, el suelo ya no era de madera barnizada, sino de baldosas, y las paredes no estaban empapeladas, sino sencillamente encaladas. Las dependencias del servicio. También puertas y más puertas a cada lado. Doce, exactamente. Pequeños aposentos modestos, con camas funcionales, mesillas de noche y cómodas para guardar prendas y secretos. Parecían confortables. Muy confortables teniendo en cuenta las condiciones en que a menudo malvivían los criados de las casas burguesas. Al final del pasillo, unas escaleras caían en picado

hacia la oscuridad. Abajo, el comedor del servicio, con dos puertas cerradas formando ángulo. Quedamente, abrió una de ellas y enseguida lo atrapó el ruido de ollas y cacerolas. La cocina. Una pieza de grandes dimensiones magníficamente equipada. De las paredes colgaban utensilios de esmalte y de cobre que lanzaban mil nítidos reflejos, como un eco de la luz que entraba por los amplios ventanales. Una mujer rellenita trabajaba con diligencia, mientras una moza con delantal gris pelaba patatas sentada ante una inmensa y maciza mesa de madera. Otra mujer, de mediana edad, vestida de camarera, cofia incluida, alineaba vasos sobre una bandeja. La fábrica doméstica nunca se detiene. Ni en los momentos más delicados.

El inspector Manzaneda estaba a punto de cerrar la rendija de puerta que tenía abierta ante su nariz cuando, por la que daba al jardín, al otro extremo de la cocina, entró la madre de Magui. Su porte irritado indujo al detective a quedarse a escuchar. La dama deslizó a su alrededor una mirada impaciente. Las sirvientas se congelaron, los ojos clavados en el suelo angustiadas. Era evidente que sentían por ella un gran respeto. O un gran temor. La tensión se prolongó durante unos segundos, los suficientes para que, también por el lado del jardín, entrara en la cocina el ama de llaves, una tal Lourdes Martinet, una muchacha extremadamente despierta y discreta a pesar de su juventud. Al ver a la dueña plantada en mitad de la estancia, se dirigió a ella con rapidez.

—¡Señora!

Como si se rompiera un hechizo, Louise Laforest lanzó un gemido y se dejó caer en una silla, las lágrimas rodando por sus mejillas. Las criadas recuperaron el movimiento y la rodearon con diligencia, oscilando como autómatas de feria.

Manzaneda cerró discretamente la puerta de la cocina y se encaró a la contigua. Embargado por la compasión, la observó distraído, intentando concentrarse de nuevo en su trabajo y olvidar la melancólica escena que acababa de presenciar.

Esta segunda puerta tenía cerradura, pero la llave no estaba puesta. Daba al exterior, a una especie de patio pavimentado con baldosas rojas descoloridas por la cal y la lluvia. Un rincón sombrío con cubos de basura mal tapados, de los que intentaban evadirse serpientes de espumillón y largas plumas de colores. Pronto les harían compañía los farolillos de papel que había visto descolgar al jardinero. Por la parte de fuera, la puerta no tenía manilla. Si estaba cerrada, no podía abrirse desde el exterior.

¿Estaba abierta la noche de la verbena?

Del patio se alejaba un sendero, también de baldosas, que se deslizaba encajonado por unos setos de separación con los jardines delanteros y traseros de la finca. Adosada a la pared de la cocina, una caseta de herramientas con una ventana de cristales que lloraban suciedad. Cerrada con llave. Manzaneda siguió el sendero de baldosas. Quedaba bastante aislado del jardín delantero; sin duda, ese no era el recorrido que habían seguido las camareras para llevar la cena a la mesa la noche de la verbena. Seguro que entraban y salían por la puerta de la cocina que se abría directamente al jardín principal.

Mientras avanzaba por el caminillo, lo acuciaba el olor empalagoso de los cipreses cuidadosamente recortados que hacían de barrera a ambos lados. Cada paso era deliberadamente lento y expectante. Manzaneda era un investigador —tenía esa fama y se esforzaba por fomentarla— extremadamente metódico y extremadamente cuidadoso; e incluso extremadamente tiquismiquis.

Tras un centenar de metros, tras pasar junto a unos arcos de rosas que daban acceso a los jardines delanteros y traseros, el mosaico de baldosas se detenía bruscamente ante una cancela, no muy ancha, de lanzas de hierro verticales. A ambos lados el muro de la finca, tapizado de hiedras.

Y al otro lado de la puerta, el campo. Collserola. El inspector metió la nariz entre los barrotes. Un sendero de tierra cruzaba la maleza durante unos cuantos metros hasta una explanada donde se bifurcaba en dos caminos: uno angosto, que se alejaba hacia el bosque, y otro mucho más ancho, que iba a desembocar directamente a la calle de adoquines que pasaba por delante de la casa.

Hilario Manzaneda abrió la puertecilla y siguió el sendero hasta la explanada. Se agachó y examinó la tierra seca y cubierta por una telaraña de grietas de lluvia. Deslizó sus largos dedos, amarillentos a causa del exceso de cigarrillos, por encima del polvo, como si lo acariciara. Puede que sí, que hubiera huellas de roderas... Quizás de los proveedores que iban con las camionetas a entregar los pedidos por la puerta de servicio. Aparte de aquellas débiles marcas, nada más. Ninguna pista. Retrocedió sobre sus pasos hasta la verja de acceso. También tenía cerradura, pero la llave no estaba echada; había podido abrirla desde el interior. En la parte exterior no había manilla y un mecanismo la cerraba automáticamente solo con soltarla. Las puntas afiladas en lo alto de los barrotes parecían demasiado disuasivas para tratar de saltarla. Pero quizás alguien, desde el interior, hubiera colocado previamente, como había hecho él mismo, un tope para evitar que se cerrara y poder colarse dentro al caer la noche. Examinó los alrededores. Tal vez una piedra, una rama. Nada. Él mismo había tenido que usar su pitillera metálica para mantenerla ajustada y que no se cerrase del todo. La recuperó, permitiendo que la hoja se deslizara sola, perfectamente engrasada, hasta encajar en el marco con un suave rumor de hierro. Miró el campo abierto a través de la reja, reflexionando.

¿Fue por allí por donde desapareció Magui? El rumor de la puerta ni se hubiera oído en el jardín delantero, sumergido en el alboroto, la música, los fuegos artificiales. Quienquiera que se la hubiera llevado conocía muy bien el lugar y las circunstancias.

Quienquiera que se la hubiera llevado...

Algunos detalles lo preocupaban bastante.

—¿Han echado de menos algo? —había preguntado a los desolados familiares.

Al principio no habían echado de menos nada.

—Nicolau —había dicho entonces, de repente, la madre de la niña—. Se ha dado cuenta mi hija pequeña.

Nicolau era el conejo de trapo que solía hacer compañía a Magui a la hora de acostarse.

—¿Siempre estaba en su cama? —había preguntado Manzaneda.

—Tuvimos que ponernos serios porque Magui lo llevaba arrastrando por toda la casa, casi como si formara parte de ella misma. Y luego se lo metía sucio de polvo entre las sábanas —le había contado Louise con una sonrisa enturbiada por las lágrimas.

A diferencia de los meridionales, que suelen acompañar sus palabras con compulsivos movimientos de manos, Louise Laforest de Vallicourt, quizás porque era parisién, quizás porque era de familia tremendamente educada, solía subrayar sus expresiones con gestos faciales, puro espejo de lo que agitaba su alma.

—Le hicimos comprender que era su compañero para dormir. Así lo llamábamos: Nicolau el dormilón...

—O sea, que prácticamente no salía del dormitorio... —había insistido el inspector. Era importante. Había que descartar que la desaparición del muñeco fuera anterior a la de la pequeña.

La madre había negado vigorosamente con la cabeza.

—¿Algún otro objeto personal?

—Las zapatillas —había añadido entonces el padre—. También faltan las zapatillas.

—De color rosa —había indicado Louise, con un hipido de emoción—; de felpa, con una

mariposa de tela en el empeine...

El inspector Hilario Manzaneda lo había anotado en su bloc con pulso dubitativo y cavilaciones inquietas.

Muy inquietas.

Porque... ¿quién rapta a una niña, se la lleva en brazos y se entretiene en calzarle las zapatillas y hacerse acompañar por un conejo de trapo?

### 3

Marc enciende un cigarrillo apenas atraviesa la puerta de la facultad. Tiene prisa por fumar. Y prisa por escabullirse antes de que esa alumna que lo persigue —hormonas en estado puro— lo localice e intente retenerlo con alguna preguntita sobre el examen de métodos de datación histórica que acaba de anunciar para dentro de diez días.

Se cambia la cartera de mano para coger cómodamente el cigarrillo, y echa a andar por la calle Montalegre. Hace una mueca. Es el primero del día y, como siempre, le sabe amargo, desagradable. ¿Por qué diantre ha vuelto a engancharse?! El malestar de los últimos meses... Pero *no problem*: él controla. Puede volver a dejarlo cuando quiera. Él controla. Camina rápido y con decisión, sorteando alumnos, bicicletas y los monopatines que han hecho del patio del Convent dels Àngels su pista de acrobacias.

Al final se ha dejado seducir por lo que él mismo denomina, con una cierta ironía, el Enigma Familiar. Al menos es un proyecto. La vida se estaba volviendo demasiado aburrida. No es una excavación en el valle de los Reyes. Ni siquiera en el más modesto yacimiento de Ullastret. Pero es una investigación histórica.

¡El valle de los Reyes!

Cuando dijo en casa que quería estudiar Historia, su padre ya le advirtió: es una carrera sin salidas. No creas que te dejarán ir a excavar al valle de los Reyes. Eso es para cuatro elegidos que tienen buenos padrinos.

Acabarás de profesor.

¿Es eso lo que quieres?, le preguntaba su padre ingeniero, buena persona, pero pragmático y aburrido como él solo, con esa cabeza cuadrada de los del ramo que les impide apreciar el hechizo de las cosas de la vida que carecen de aplicación práctica.

Y él, Marc, en sus trece: Historia o nada.

No se arrepentía. No tenía ningún interés en que la vida fuese práctica. Práctica significa aburrida. Y hurgar en las entretelas de un mundo que teóricamente ya no existe, pero que se manifiesta en cada brizna de actualidad es mucho más divertido que ingeniar ingenios.

Marc se adentra en el patio del antiguo hospital de la Santa Creu. Si los fantasmas existieran, Josep Anton Viladalba i Claret, su tatarabuelo, el que escribió aquel misterioso libro, saldría a recibirlo con su chaqué y su sombrero de copa de médico titular. Lo detendría junto al pozo del patio y le diagnosticaría tabaquismo, un poco de anemia y otro poco de estrés (o como demonios se llamase en aquella época).

Mientras sube por las escaleras, esas antiguas escaleras medievales de uno de los hospitales más antiguos de Europa, ahora reconvertido en biblioteca, el cerebro de Marc va elaborando



estrategias de investigación. De eso sabe bastante, a pesar de que desde los tiempos de la tesis doctoral no ha practicado mucho. Había elegido un tema medieval: «La influencia de los mitos del caballero andante en el estamento nobiliario». Lástima. Había estado dudando entre ese y los procesos judiciales contra el anarquismo en la Barcelona de principios del siglo XX. Si se hubiera inclinado por los anarquistas, ahora el trabajo sería mucho más fácil. Porque las tesis doctorales sobre caballeros medievales no requieren de investigaciones en los periódicos de la época.

—*La Vanguardia* se puede consultar *online* —le explica la bibliotecaria—. Tienes toda la hemeroteca colgada. En nuestra web está también *La Veu de Catalunya*. Los demás periódicos puedes consultarlos en microfilm o en papel, con los ejemplares encuadernados por meses...

Marc decide probar la vía informática. ¿Por meses? ¡Si ni siquiera sabe en qué año ocurrió!

Ante la pantalla de uno de los ordenadores de la biblioteca, saca la libreta en la que ha estado anotando algunas ideas durante la mañana. Quizás si buscara por palabra...

Accede a la hemeroteca de *La Vanguardia* y teclea: «Marguerite Viladalba».

Nada.

¡Qué raro!

¿Cómo puede ser que la misteriosa desaparición de una niña de la clase alta no mereciese la atención de la prensa?

Su fino instinto de historiador le hace una sugerencia. Eran otros tiempos... Desplaza el cursor y sustituye unas cuantas letras: «Margarita Viladalba».

¡Bingo!

Hay una veintena de entradas.

Lo primero que descubre es que la famosa verbena durante la que desapareció fue la del año 1919.

Impaciente, abre una nueva ventana en el navegador y se mete en la web de la biblioteca. Fondos digitalizados. *La Veu de Catalunya*. Año 1919.

Aquí la niña se llama Margarida.

Durante más de dos horas, Marc repasa ambos diarios. Es un trabajo arduo, tedioso, porque los periódicos de la época no tienen nada que ver con los de hoy en día. Apenas entre doce y veinte páginas. ¡Pero qué páginas! ¡Nuestros bisabuelos por fuerza tenían que ser gente voluntariosa para leer lo que pasaba por el mundo en esas condiciones! En la primera página de *La Vanguardia* suelen campar las esquelas. Enormes, avasalladoras. En aquellos tiempos, el tamaño de la esquela y su ubicación daban fe de la distinción del difunto. No era lo mismo morir de página entera, en portada, que morir en un rinconcito de veinticinco centímetros cuadrados. En el ejemplar del día de San Juan, la esquela de «D.<sup>a</sup> ELISA MASCARÓ VALADIA», así, en letras de molde y con falta de ortografía incluida (Marc sabe perfectamente que el apellido es Baladia), ocupa la mitad de la portada dentro de un fúnebre marco negro. La rica dama se murió la noche de la verbena «en su casa-torre de Argentona». ¡Vaya casualidad! Marc permanece unos instantes con la mirada prendida en la nada. ¡Hace tanto tiempo que no va a Argentona! ¿Existirá todavía la mansión de los abuelos? ¿O la habrán derruido para construir un espantoso bloque de apartamentos? La mirada le cae de nuevo sobre la pantalla del ordenador. En *La Veu de Catalunya*, el difunto es un bebé de diez meses. Es curioso: en lo de casarla también hay distinciones. Doña Elisa se murió en castellano, que era el idioma de *La Vanguardia*. Pere Comengés i Comengés en catalán, que era el de *La Veu*. Margarita-Margarida-Magui en ningún idioma. Nunca tuvo una esquela, porque nunca constó oficialmente su defunción.

Marc pasa la página de *La Vanguardia* con el cursor. Tras la fúnebre apertura, vienen los ladrillos. Páginas de texto a cuatro columnas en letra menuda, como hileras de hormigas sobre el papel, sobre la pantalla. Además, las noticias y los anuncios están todos mezclados, los unos debajo de los otros, con titulares minúsculos, tímidos, casi indiscernibles. Una verdadera orgía de información. Por supuesto, ni una sola fotografía. Y casi ningún dibujo. Sí: en *La Veu de Catalunya*, que es evidente que eran algo más modernos, ilustraban algunos reportajes con dibujos en blanco y negro.

1919, el año en que Magui desapareció, fue sin duda un año complicado. La Primera Guerra Mundial había terminado hacía cuatro días y Europa vivía inmersa en un berenjenal. En Barcelona, la huelga de la Canadiense había obligado a declarar el estado de guerra y a militarizar abastecimientos y servicios. En las Ramblas, la policía había disuelto a porrazos una manifestación pacífica de gente que lucía banderas catalanas en la muñeca, en la cinta del sombrero, en la corbata. ¡Las cosas no eran tan distintas, cien años atrás!

En medio del torbellino de información, Magui aparece y desaparece de un día para otro en varios puñados de líneas repartidos entre los meses de junio y diciembre de aquel año. Puñaditos que aportan datos interesantes, pero sin excesivo bullicio. Una noticia que a principios del siglo XXI hubiera llenado las portadas de los periódicos, los telediarios y todos los *reality show* de todas las televisiones, a principios del XX se limitaba a dos docenas de líneas en las páginas centrales tanto de *La Vanguardia* como de *La Veu*. Marc sospecha que en otros periódicos de la época, *El Diluvio*, *El Correo Catalán*, *Diario de Barcelona* —que hay que hacer el esfuerzo de consultar en papel—, el caso estará tratado con la misma discreción.

¿Porque la gente estaba acostumbrada a las desgracias?

¿Porque no había suficiente información para llenar más páginas?

¿Porque Magui pertenecía a una familia de la alta burguesía?

Marc ha abierto el Word y ha ido apuntando datos, no muy convencido de estar yendo a ninguna parte. Claro que tampoco está seguro de adónde quiere ir...

Magui desapareció de su casa, de su dormitorio, de su cama, la noche del 23 de junio de 1919, mientras sus padres celebraban la verbena con un montón de amigos en el jardín de su residencia, Vila d'Alba, en la Bonanova.

Sin dejar rastro.

Todas las pesquisas realizadas por la policía no llevaron a ninguna parte.

Las batidas y registros que se hicieron alrededor de la finca, tampoco.

Ninguna pista. Ningún sospechoso.

O eso dicen los periódicos.

De vez en cuando, hay una columna de opinión de alguno de aquellos intrépidos periodistas de la época que además de escribir en los periódicos solían ser políticos o abogados preguntando en voz alta qué hace la policía y por qué no hay resultados. Atacando, poniendo en entredicho —siempre de una manera poéticamente rebuscada, al estilo de aquellos años— las investigaciones llevadas a cabo. Algunos artículos finalizan compadeciéndose sentidamente por el infierno que debe de estar sufriendo la familia.

En los meses siguientes, la información, breve, se mezcla con llamamientos de los Viladalba y gratificaciones monetarias a quien pueda dar la más mínima referencia sobre Magui. Incluso hay un dibujo bastante logrado del rostro de la niña. Los periódicos no cuentan qué reacciones suscitó la demanda. ¿Cuánta gente debió de aportar información errónea —o deliberadamente falsa— con

objeto de cobrar las recompensas?

Tampoco hay detalles sobre el estado de ánimo de los familiares. Solo las expresiones «afligidos» y «desolados» de vez en cuando.

En los últimos meses del año, las referencias se van espaciando cada vez más. Las últimas entradas hablan de dimisiones y ceses en la policía. De sospechas contra los propios padres, que quizás no han proporcionado suficientes facilidades a los investigadores; que quizás no han dicho todo lo que sabían...

Marc repasa perplejo ese cambio de rumbo. Esa nueva actitud de la prensa, la de atacar a los familiares de la niña desaparecida, le llama la atención. Por desgracia, la información se interrumpe bruscamente. Ninguna noticia más, ningún artículo más.

¿Pacto de silencio?

Quizás en aquella época ni la prensa más canallesca habría osado hacer de ello un *reality show*...

Y de los resultados finales de la investigación, nada de nada.

¿Qué fue de Magui?

¿Secuestrada? ¿Asesinada? ¿Huida?

Desaparecida. Y basta.

Mientras desconecta abstraído el ordenador, Marc recuerda las palabras de su madre:

—Jamás volvió a saberse nada de ella.

Sentado en un banco del jardín, con el bloc de notas sobre las rodillas, el inspector Hilario Manzaneda observaba distraído la fachada de Vila d'Alba. A ratos veía agitarse la cortina de una de las ventanas de la planta baja: el despacho del doctor Josep Anton Viladalba i Claret. El señor. El padre. Por la oreja izquierda oía el chac chac de unas tijeras de podar. El hombre áspero y moreno de sol que dos días antes descolgaba banderines redondeaba un matorral de evónimos amarillo intenso. El inspector tenía la sensación de que el jardinero no estaba allí por casualidad. Lo vigilaba. Como el señor. También la casa parecía espiarlo silenciosamente con la veintena de ventanas de caprichosas líneas curvas que agujereaban la fachada, ojos inmóviles, atentos a lo que apuntaba de vez en cuando en el bloc policíaco. Solo de vez en cuando, porque lo que realmente hacía era reflexionar profundamente, a veces olvidando incluso dónde se hallaba.

Lo primero que había que hacer era determinar las circunstancias que rodeaban a la pequeña Viladalba.

¿Qué tipo de gente eran sus padres?

¿Qué problemas tenían?

¿Estaban implicados en algún asunto grave?

¿En algún turbio negocio?

En los casos de secuestro infantil, los padres suelen aparecer como las víctimas del delito. Es lógico: la pérdida de un hijo es una tragedia de dimensiones extraordinarias. Pero para la policía la verdadera víctima es ese hijo desaparecido. A veces, la única víctima.

Es importante saber cuál es su personalidad, cuáles sus hábitos, sus intereses, sus relaciones familiares y de amistad para poder averiguar el motivo del crimen.

El escrutinio de estas cuestiones había resultado terriblemente delicado de plantear, tanto a padres como a hermanas, servicio, vecinos...

¿Era Magui una niña feliz?

¿Tenía hábitos extraños?

¿Alguna enfermedad?

¿Podía haber sufrido algún tipo de maltrato físico o psicológico por parte de alguien de su círculo?

¿Algún familiar, amigo, sirviente, maestro, vecino... había notado alguna conducta impropia con ella?

¿Algún familiar sufría algún tipo de trastorno o de depresión?

¿Cuál era la actitud de la niña ante personas extrañas?

Y, en definitiva:

¿Cuál podía ser el motivo de su desaparición?

Por el momento no había aún suficientes indicios que apuntaran hacia una dirección concreta. Todas las posibilidades podían ser posibles. El secuestro era, sin embargo, la opción que sonaba con más insistencia desde todos los ámbitos. Parecía la más conveniente para todo el mundo: padres, servicio, invitados, policía.

Incluso la más conveniente para la víctima.

La más conveniente pero no la más evidente: en toda la casa no había huellas que sugiriesen la presencia de un extraño. El inspector Manzaneda dibujó dos signos de interrogación tras la palabra «secuestro». «Secuestro??» ¿Qué tipo de secuestro?

¿Por venganza?

¿Alguien odiaba a la familia?

¿Por qué motivo?

Quizás algún trabajador... o un socio resentido...

No parecía lógico: hacía mucho que los Viladalba habían dejado los negocios y vivían de rentas. Habían pasado veinte años, exactamente, desde que el patriarca, Oriol Viladalba i Jover, había vendido a un competidor la fábrica que lo había hecho rico. Su único heredero, Josep Anton, el padre de Magui, no había querido hacerse cargo del negocio.

Había querido ser médico.

Y lo era.

Un médico prestigioso no solamente por su apellido y sus relaciones sociales, sino porque decían que tenía un ojo clínico extraordinario. Las más destacadas familias de la burguesía y muchos dirigentes políticos se contaban entre sus pacientes.

El doctor Viladalba había insistido una y otra vez, durante el interrogatorio del día de San Juan, que la familia no sostenía ningún pleito contra nadie, que nunca habían recibido amenazas...

¿Y un secuestro por encargo?

A veces se daban casos. Manzaneda recordaba un par de ellos en los últimos años, asociados a la presencia de gitanos en Barcelona.

Los gitanos solían establecer sus campamentos en los pinares que acordonaban la ciudad. Especialmente en las amables laderas de Collserola. Hacimientos de carros destartados con toldos remendados, o simples cajas de madera en equilibrio sobre los ejes de las carretas de enormes ruedas. En los laterales de las precarias viviendas tamborileaban cazuelas y sartenes abolladas, cestos de mimbre y todo tipo de enseres oxidados. A veces, algún perol transfigurado en maceta de clavellinas pintaba una extraña nota de color en aquellos miserables carruajes. Sus inquilinos, sucios, despeinados, harapientos, hacían vida bajo el cielo. Alrededor de fuegos improvisados en el suelo se cocían, en ollas negras, extrañas bazofias con los ingredientes más improbables, la mayoría de ellos hurtados furtivamente de campos de cultivo o de colmados con tenderos distraídos.

El inspector sabía que, demasiado a menudo, los gitanos eran acusados de raptar criaturas para venderlas a matrimonios estériles, que pagaban un montón de *parné* por un niño o una niña sanos, guapos. Magui, toda ella cabello de ángel, ojos azules y cara de muñeca de buena familia, sería una candidata ideal. Pero Magui ya tenía seis años, y los raptos de ese tipo eran más habituales entre bebés de pocos meses que pudieran ser reconvertidos en hijos de otra familia sin que guardaran memoria de su origen. Y con Magui dormía otra niña, su hermana Elsa, mucho más pequeña y, por tanto, mucho más tentadora. Ahora bien, esos seis años de Magui abrían una posibilidad donde la tentación tenía otro significado: que hubiera sido secuestrada por una red de

prostitución infantil... En los últimos años se habían dado casos en los barrios bajos.

Aunque también podía habérsela llevado algún exaltado. En aquellos días, el anarquismo se había apropiado de la vida cotidiana de Barcelona y la había convertido en un constante castillo de fuegos artificiales. La Ciudad de las Bombas. La Rosa de Fuego... Algunos anarquistas no se abstenían de proclamar que la mejor manera de ganar la lucha de clases era eliminando a los hijos de la burguesía. Matándolos. O secuestrándolos para pedir por ellos un sustancioso rescate que equilibrara un poco las diferencias económicas. Pero habían pasado casi setenta y dos horas desde su desaparición y nadie había pedido nada a cambio de Magui.

También cabía la posibilidad de que alguien se hubiera infiltrado en la casa con el fin de robar aprovechando el bullicio de la verbena y hubiera sido sorprendido por la pequeña. Pero resultaba poco creíble que ese alguien se la llevara. A menos, tal vez, que la hubiera matado al verse descubierto... Pero nadie que entra a robar en una casa se lleva a una niña muerta.

Nadie secuestra un cadáver.

A primera vista, parecía una hipótesis ridícula. Pero tampoco podía descartarse a la ligera, porque estaba lo de la sangre..., los rastros de sangre. Hilario Manzaneda los había descubierto en la pared, en el suelo y en las cortinas de la ventana, la que quedaba fuera de la vista del jardín delantero; la que se había encontrado abierta la madrugada de la desaparición. Minúsculas gotitas que le habían revelado la existencia de rastros más abundantes. Por desgracia, había hecho el descubrimiento veinticuatro horas más tarde. Y cuando había preguntado, le habían contestado que el servicio lo había limpiado porque efectivamente había restos de sangre, pero no tenían nada que ver con la desaparición de la niña: pertenecían a un criado que había estado arreglando la barra de la cortina el día después de los hechos y que se había herido en la mano. Eso explicaría por qué los rastros no fueron descubiertos por Manzaneda la primera vez que examinó la habitación. El criado fue interrogado de inmediato. Era el chófer de la familia, que también se encargaba de las pequeñas tareas de mantenimiento de la casa. Y, efectivamente, llevaba la mano vendada.

—¿Y la sangre de las escaleras?

Porque Manzaneda había encontrado más gotitas de sangre —inadvertidas por la diligente limpiadora— en las escaleras que se dirigían al comedor del servicio.

—Bajé a curarme a la cocina —explicó el chófer, Dalmau Sapena, con gran naturalidad.

—¿Y las del sendero?

Hilario Manzaneda era de esos policías que cuando aferraban una pista con los colmillos no la soltaban fácilmente, como un sabueso.

Dalmau Sapena pareció un tanto desconcertado.

—¿Qué sendero?

—El que sale del comedor de ustedes y cruza el jardín hacia la verja trasera.

—No lo sé... Puede que saliera... —Sapena dudaba—. No recuerdo lo que hice. Puede que fuera a tomar el aire.

—¿Después de curarse la herida?

—Sí... No lo sé...

Entonces llegó la segunda explicación plausible. La proporcionó la madre, Louise Laforest de Viladalba. Manzaneda lo tenía anotado en el informe que iba poniendo al día en su bloc de notas.

—Podría ser de Magui —sugirió—. A menudo le sangra la nariz. Desde siempre. Desde pequeña.

—Epistaxis infantil —especificó su marido—. Nada importante, les pasa a muchos niños.

El inspector apretó los dientes con fuerza mientras asentía con la cabeza. El doctor Viladalba le parecía tan pedante que siempre que lo oía hablar le entraban ganas de soltar un bufido.

—Pero ¿el sendero de la cocina no es un lugar... digamos... poco habitual para que Magui deambulara por allí? —siguió hurgando.

Porque las gotitas parecían trazar una ruta desde las escaleras de servicio hasta la cancela del fondo del jardín. A intervalos, minúsculas, redonditas, casi imperceptibles. Demasiada sangre de orígenes diferentes para tan poco espacio.

—Es una niña muy inquieta —respondió inmediatamente la madre—. Siempre arriba y abajo por toda la casa. No sabes nunca dónde se mete. *Très espiègle...* Muy... *trrraviesa...*

Manzaneda tomó nota. Ya se había dado cuenta de que, cuando se exaltaba, a Louise Laforest se le disparaban frases en francés, aunque hablaba el catalán y el castellano con gran fluidez y tan solo las erres gargarizadas traicionaban sus orígenes. A pesar de que le caía mejor que su marido, le cansaba un poco esa afectación que parecía guiarla, como si llevara toda una vida ensayando las frases y los gestos delicados y llenos de grandeza que deben caracterizar a una dama. Incluso en momentos tan críticos como aquel, cuando lo que hacía falta era determinar el origen de la sangre humana en la escena de un crimen.

Lo que más le dolía al inspector era no tener la certeza de que aquellos rastros no estuvieran allí la primera vez que había examinado el escenario. Porque que hubieran estado o no hubieran estado allí desencadenaba un montón de interrogantes y un montón de hipótesis que se contradecían entre sí.

Manzaneda se pasó la mano por la frente, húmeda del sudor de finales de junio. No soplaban ni una brizna de aire y la cizalla del jardinero no le daba reposo. La fachada de la casa, en cambio, permanecía quieta; la cortina del doctor Viladalba ya no danzaba.

¿Qué debía de pasarles por la mente a esos padres angustiados, desesperados, que de la noche a la madrugada habían perdido misteriosamente a una hija?

Cuando lo pensaba, el alma se le encogía hasta casi dolerle. Porque, a pesar de los años que llevaba ejerciendo de policía, a pesar de los escalofriantes casos de todo tipo a los que había tenido que enfrentarse a lo largo de su carrera, si había niños de por medio... Pensó en su propia hija, Angelina, su angelito, que tenía aproximadamente la edad de Magui... ¿Cómo se sentiría si se la robaran?

Hizo un gesto reflejo con la mano, como si quisiera ahuyentarse moscas del cerebro. En los últimos tiempos, Barcelona se había convertido en una ciudad insegura. Oleadas de inmigración sin medios de vida, mendicidad, gente durmiendo en la calle engendraban delincuencia, crímenes. Hilario Manzaneda ya no se sentía tan a gusto en aquel destino que tanto había codiciado y que tanto le había satisfecho diez años atrás. Nacido en Madrid, de madre catalana, había sido uno de los cinco inspectores destinados a Barcelona por el Ministerio de Gobernación. Que hablara fluidamente el catalán se había considerado una ventaja. Y a él le había hecho ilusión un traslado a su tierra materna. Dos años después había conocido a Maria Àngels y se habían casado. Habían alquilado un pisito en Horta y habían tenido una hija que era la perla del ojo de su padre. Angelina. Si le pasara algo... Si se la quitasen...

¿Cómo era posible que una niña de seis años desapareciera sin dejar rastro de una mansión como aquella, en el corazón de la Bonanova, el barrio más distinguido de la ciudad? Y ¿cómo era posible que, con la cantidad de gente que había allí esa noche, nadie viera ni oyera nada?

—El ama de llaves tenía el deber de ir a echar un vistazo a las pequeñas aproximadamente cada cuarto de hora —explicó Louise Laforest—. Era una noche difícil, había demasiado ruido y

bullicio. Y le habíamos dado el día libre a la niñera.

El ama de llaves, Lourdes Martinet, lo confirmó... casi del todo..., cuando el inspector la interrogó en la biblioteca.

—Me habían ordenado que entrara cada media hora en la habitación de las niñas para ver si dormían o si necesitaban algo. Hice unos... ocho o nueve viajes.

¿No era cada cuarto de hora?

Seguramente la que decía la verdad era la sirvienta. La señora había reducido el intervalo de los controles a la mitad para reducir su responsabilidad. Su hija había sido raptada, pero no por negligencia suya. ¿Quién podía imaginarse que alguien osaría entrar en la habitación y llevarse a la niña habiendo un sistema de control e inspección tan riguroso?

Fuera media hora o un cuarto, pensó Manzaneda, si realmente se trataba de un secuestro, quien lo había llevado a cabo había estudiado cuidadosamente la situación, la ubicación de cada persona de la casa, el tiempo de que disponía...

—¿A qué hora fue por última vez a ver a las niñas? —le preguntó al ama de llaves.

—Hacia la una y media de la madrugada —respondió Lourdes, desviando la mirada y cruzando los brazos delante del pecho.

Aquellos gestos no pasaron desapercibidos a los sagaces ojos del investigador. Mentía. Y se protegía. O quizás no. Quizás simplemente estuviera conmocionada por la tragedia.

—La vi subir hacia la una de la madrugada —afirmó por su parte Mariona, la camarera, inocente de que estaba contradiciendo a Lourdes Martinet—. A la una y media los invitados empezaron a marcharse y no había suficientes manos... Ya sabe: sombreros, chaquetas, bolsos... ¡Parecía que se hubieran puesto todos de acuerdo para desfilar! Estuvimos un buen rato entretenidas en el vestíbulo.

Seguramente un buen rato, porque en el bloc del inspector había una lista con dos docenas de invitados a la verbena de los Viladalba. Lourdes Martinet había tenido que encargarse de los sombreros, las chaquetas y los bolsos, y el horario de la ronda de vigilancia se había visto alterado. Para acabar de complicarlo, cuando a las dos se habían marchado casi todos los invitados, Louise le había dicho al ama de llaves que ya podía irse a dormir, que ella misma echaría un vistazo a las pequeñas antes de acostarse. Pero entonces se había demorado charlando en el vestíbulo con su marido y dos parejas de amigos que se quedaban a pasar la noche en Vila d'Alba. Hasta pasadas las dos y media Louise no subió al dormitorio de las niñas y descubrió la desaparición.

Manzaneda efectuó una resta en una esquina de la hoja del bloc: había pasado una hora y media desde la última vez que la niña había sido vista por el ama de llaves. Marguerita (¿se escribía así?) Viladalba i Laforest había desaparecido entre la una y las dos y media de la madrugada.

También estaba lo del retraso... El rato que había tardado la familia en comunicarlo a la policía una vez descubierta la desaparición.

El inspector volvió a consultar sus notas: a las cuatro y media. Dos horas.

Había muchas excusas: primero organizaron una batida por la finca, por si encontraban a la niña durmiendo, o malherida, en algún rincón. Cuando decidieron que hacía falta ayuda externa, tampoco avisaron directamente a la policía: llamaron a un magistrado de la audiencia amigo de la familia.

—Nunca hemos tenido tratos con la ley —había explicado Josep Anton Viladalba con un aire como de dignidad ofendida—. No sabíamos qué hacer, y don Gregori Cisterer es un conocido de toda la vida...



Fue don Gregori Cisterer, el magistrado, quien les recomendó que se pusieran inmediatamente en contacto con la policía.

Cuando esta aterrizó, a las cinco de la madrugada, capitaneada por el inspector Hilario Manzaneda, los familiares, los sirvientes y los amigos ya habían entrado y salido docenas de veces del escenario del crimen contaminándolo, tal vez destruyendo o echando a perder pistas importantes para el esclarecimiento del caso.

El inspector suspiró, pasándose la mano, una vez más, por la frente sudada y el alma frustrada.

Si la niña realmente había sido secuestrada, ese espacio de tiempo habría sido suficiente como para llevársela a la otra punta de mundo.

## 5

Mientras va poniendo la mesa, Júlia escucha con atención el relato de su hijo, que en la cocina remueve la salsa, de un sospechoso color verde, en un cazo.

—1919... ¡Qué lejano suena!

—Los periódicos dicen que Magui —Marc ya la llama así, como si fuera una vieja conocida— desapareció de la habitación donde dormía.

—¡Pobre criatura!

Marc esparce la salsa pesto por encima de los raviolis sin dejar de hablar.

—Es extraño el trato que le dio al caso la prensa de la época. Aunque fueran más discretos que los de ahora, creí que los periodistas le habrían hincado más el diente.

—Los Viladalba eran una familia muy rica y distinguida —apunta Júlia mientras se sienta a la mesa y mira con curiosidad el plato que tiene ante sí—. Supongo que usaron sus influencias para evitar que el escándalo...

—Ahora tienes que echarle queso rallado —señala Marc con un gesto hacia los raviolis; y prosigue—: ¿y qué fue de toda aquella riqueza?

Júlia se encoge de hombros mientras espolvorea generosamente su plato con parmesano.

—Eso te lo contaría mejor tu abuela Marga. Cuando nací, la familia ya éramos «*clase media*» —ríe—. Pero la abuela todavía conserva otro nivel... Al fin y al cabo, es la hija de la única heredera de los Viladalba... ¡Veó que te ha dado fuerte con el tema!

—Pura curiosidad. Deformación profesional. —Marc sonrío mientras se acerca a la boca el tenedor con raviolis—. ¡No es fácil resistir la tentación cuando descubres que tienes una verdadera novela negra en la familia!

Júlia se sirve un vaso de vino blanco, retrasando el momento de probar el plato que esta noche se ha empeñado en cocinar su hijo. Raviolis con una salsita verde por encima. Como si no tuviera nada mejor que hacer. Su vida, sin pareja y sin las emociones de alguna excavación arqueológica, parece haberse vuelto muy aburrida. Pero desde hace un par de días lo ve más animado. El Enigma Familiar le ha despertado las ganas de moverse. ¡Al fin y al cabo se trata de una investigación histórica!

—Sí, iré a ver a la abuela —decide Marc—. Seguro que conoce muchos más detalles...

—Se pondrá contenta. El otro día me preguntaba por ti. Dice que la tienes muy abandonada.

Marc despliega una sonrisa al pensar en su abuela. Su madrina. Como es su único nieto, la abuela Marga lo mimó a más no poder cuando era pequeño. Por eso siempre la ha querido mucho.

—¡Esto está muy bueno! —exclama con sinceridad Júlia, que al fin se ha decidido a meterse el tenedor en la boca—. ¡Eres un pozo de sorpresas! ¿De dónde has sacado la receta?

—Olga tenía una amiga italiana...

Olga.

Mencionar su nombre le causa, todavía, una sensación agridulce.

Olga, delgada y esbelta, con las largas piernas y la larga cabellera teñida de un negro intenso, y esos ojos de color miel que siempre le hacían pensar en una extraterrestre por la luz que había tras ellos...

¿Qué estará haciendo ahora mismo Olga? ¿Pensará alguna vez en él? Seguro que no.

Cuando anunció que se casaba con ella, sus padres se quedaron de piedra. No intentaron disuadirlo. Al contrario que la abuela Marga, que no se privó de decir que no era adecuada para él. Sus padres no: que hiciera lo que quisiera. Ya era mayorcito: veintiséis años; acababa de sacarse el doctorado y le acababan de conceder una plaza de profesor de Historia en un instituto de un cierto renombre. Si él creía que Olga era la mujer de su vida, ¡adelante!

No lo fue, la mujer de su vida.

Cuando Marc anunció que se separaba, ocho años más tarde, su madre tampoco le dijo nada. Su madre, porque su padre había muerto el año anterior. Su abuela, sí. Su abuela, una sola vez, dijo aquello de «ya te había avisado». Y se acabó. Tampoco se trataba de hacer leña.

—¡Si es que no tenían nada en común! —le había comentado, sin embargo, a Júlía.

Olga era hija de unos inmigrantes de un pueblecito de Andalucía de esos que ni siquiera aparecen en los mapas. Y como lo de estudiar no le interesaba en absoluto, había dejado la escuela a los quince años para trabajar de dependienta en una perfumería de barrio.

Olga era atractiva y era coqueta; y cuando no entraban clientes se entretenía poniéndose las colonias caras de los probadores y maquillándose con todos los potingues de la tienda. El resultado era espectacular. A Marc, que la había conocido una noche en un pub cercano a la perfumería, enseguida le había parecido fascinante.

Olga era simpática, femenina, encantadora. Marc, que había estado demasiado atareado en las bibliotecas convirtiéndose en doctor, no pudo resistirse a tanta seducción. Y ella le tomó las medidas y decidió que, aunque no llevara ya el apellido Viladalba, y aunque tuviese aquel aire de cordial santa-inocencia, era un buen partido.

Pidieron una hipoteca y se compraron un piso en Les Corts. A pesar del generoso regalo monetario de la abuela Marga, lo cierto es que siempre andaban algo justos de dinero. El sueldo de profesor no era nada del otro jueves; y menos aún el de dependienta de perfumería. Pero eran felices, y ni el pan y la cebolla ni el polvete apasionado faltaban nunca.

Hasta que Olga se dio cuenta de que el buen partido no lo era tanto.

La primera vez que le puso los cuernos fue con un cliente, carne de gimnasio, hasta arriba de anabolizantes, que compraba la crema de afeitar y la colonia de *macho man* en la perfumería de barrio. Cuando Marc lo descubrió, se produjo un verdadero descalabro. Pero todavía estaba demasiado encoñado, y como ella le dijo que solo había sido una aventurita pero que a quien realmente amaba era a él, la perdonó. Seis meses más tarde volvió a ponerle los cuernos con el mismo tío.

Y entonces fue cuando Marc dijo basta.

Ella volvió a intentarlo. Pidió perdón, lloró, hizo promesas. Pero él se mantuvo firme. Y entonces surgió la verdadera Olga, llena de reproches por aquella vida tan mediocre, tan aburrida, tan de *clase media*. Marc sacó su ropa del armario y se instaló en la habitación que hasta entonces le había servido de estudio con una estrecha cama individual. Ese mismo día puso el piso a la venta. De aquello hacía ya sus buenos dos años, pero la burbuja inmobiliaria les había estallado

en las narices y los precios de los pisos caían en picado. Si vendían, perdían.

Cuando conoció a Mireia, Marc cogió su ropa, sus cedés, sus libros y unos cuantos muebles y se fue a vivir al apartamento de ella, en Gràcia. Olga se quedó en el piso de Les Corts, recibiendo de morros a los compradores que enviaba la inmobiliaria. Los pocos compradores, que no querían gastar tanto...

Por suerte, al final Marc había conseguido una plaza de profesor en la Facultad de Historia y andaba algo menos apurado. Pero cuando se terminó la suya, de historia, con Mireia, volvió a quedarse colgado, con la hipoteca aún pendiente y sin demasiada pasta en el bolsillo.

Fue entonces cuando su madre le propuso que se acondicionara la buhardilla hasta que consiguiera vender el piso y reestructurar su vida.

Regresar a casa había sido duro y agradable a la vez. Un bálsamo.

Todavía se siente vencido, irritado, deprimido; pero también aliviado al reencontrarse con el comedor de su niñez y con la cocina de siempre. Y a su madre dispuesta a probar unos raviolis al pesto que él le ha prometido que son una pasada.

## 6

El inspector Hilario Manzaneda había sacado una impresión desigual de su entrevista con los abuelos paternos de la niña desaparecida.

Le había caído bien Isabel Claret —Niní para la familia y amigos—; pero no le había gustado demasiado Oriol Viladalba. No hubiera sabido decir exactamente por qué.

A sus setenta y un años, la abuela de Magui era una mujer todavía de buen ver. Envuelta en impecable tafetán gris *glacé*, con una falda algo más larga de lo que empezaba a estilarse y de lo que el calor de julio aconsejaba, Niní le pareció una dama en el amplio sentido de la palabra. Con una severidad que impresionaba un poco, pero que no atemorizaba, aparentaba guardar la distancia mínima imprescindible para que se notara que, efectivamente, era una dama. Y hablaba con ese murmullo suave articulado entre dientes y labios patrimonio de las barcelonesas de clase alta. Con todo, su hospitalidad —ya tenía preparado el té cuando Hilario Manzaneda llegó en taxi a su mansión de Argentona desde la estación de tren de Mataró— lo conmovió un poco. No estaba acostumbrado a que la gente bien tuviera ese tipo de detalles con un policía.

En cambio, su marido, Oriol Viladalba, parecía bastante incómodo. Y durante toda la conversación —ni soñar con tildarla de interrogatorio— no dejó de mirar con ostentación su reloj de plata que, con estudiada elegancia, resbalaba por una cadena de un bolsillo del perfecto chaleco de corte británico.

Él era bastante más viejo que ella y acusaba la edad mucho más de lo que le correspondía, con gestos esforzados y cansados para las más mínimas actividades, como levantarse de la butaca para recibir a la visita o inclinarse para coger la taza de té de la mesita. Por aquel entonces el inspector no podía saber que a ese hombre le quedaba poca vida. Moriría de repente de un brutal infarto al que ni su hijo, el prestigioso doctor Viladalba, habría podido poner remedio.

Oriol y Niní se habían casado hacía exactamente cincuenta años, cuando ella tenía apenas veintiuno y había enterrado pocos meses antes a su primer marido.

La familia Claret, una de las más distinguidas de Barcelona, no había visto con buenos ojos que su *pubilla*, su única hija, se empeñara en casarse con un heredero tronado, un tarambana que pertenecía a la escasa nobleza que todavía subsistía en la ciudad tras el caudaloso éxodo hacia Madrid.

Los matrimonios de conveniencia entre burgueses ricos y aristócratas de capa caída eran bastante habituales en Catalunya en aquellos días. Los unos querían trepar por la escala social y los otros necesitaban efectivo —todo lo que poseían eran tierras de cultivo, masías rancias y castillos en ruinas— para mantener su tren de vida y repintar los blasones familiares con aquel cuerno de la abundancia que ahora controlaban los industriales del textil. Pero Ramon de Vidrà

disfrutaba de una fama dudosa. Se decía de él que tenía la habilidad de fundirse el dinero, el suyo y el de los otros, a velocidad de crucero. Se le atribuía, además, un largo rosario de aventuras galantes con mujeres de todas las condiciones sociales, que siempre acababan de la manera más escandalosa. Pero Niní se había enamorado y estaba convencida, como lo han estado todas las mujeres de todas las épocas y de todas las condiciones sociales, de que ella podía hacer cambiar el rumbo de aquella vida de vicio.

Se equivocaba, por supuesto.

Después de dilapidar una pequeña fortuna en una espléndida luna de miel por media Europa y de probar los placeres viciosos de la cama de Ramon, Niní se encontró abandonada como un juguete aburrido en uno de aquellos caserones nobles con aroma a vetusto del barrio más antiguo de Barcelona. A los tres meses de casados, el bala perdida ya la engañaba con su camarera, con la cocinera, con la mujer de la limpieza y con cualquier otra fémica que hallara en cualquier lugar y que estuviera dispuesta a profesar. Niní lloró mucho. Pero era demasiado orgullosa, y calló y fingió que todo iba como miel sobre hojuelas. Por fortuna, el destino le tenía reservada una vía de escape inesperada.

Con el dinero de la dote de Niní —el que todavía no había conseguido malgastar—, Ramon de Vidrà decidió adquirir un pura sangre, que sin duda era el tipo de cabalgadura que correspondía a tan alto caballero. Al segundo día de montarlo, el corcel lo descabalgó de una cabriola y Ramon se rompió el alma.

Rigurosamente vestida de negro, pero con los ojos llenos de luz y los bolsillos llenos de oro tras la venta de las tierras, los castillos, los caserones y las masías rancias, Niní mantuvo el luto durante un año escaso. Su familia, consciente de la juventud de la triste viuda, le había buscado un marido de conveniencia: un industrial diez años mayor que ella que había estado demasiado ocupado levantando un imperio textil para preocuparse de forjar una familia.

Oriol Viladalba i Jover no era, ni por el forro del chaleco inglés, tan atractivo, tan mundano ni tan exquisito como Ramon de Vidrà. Pero era amable, cortés y cómodo. Y muy rico. Tres meses después de cortejarse, se casaron. Y nueve meses más tarde Niní dio a luz a su único hijo: Josep Anton, el padre de la niña desaparecida.

—Mi hijo nos llamó el día de San Juan para contarnos lo que había sucedido —dijo Niní con voz tranquila cuando Manzaneda le preguntó—. Precisamente andábamos un poco aturdidos porque acababa de morir una vecina...

—Doña Elisa, de Can Baladia. La de la fábrica de papeles de fumar —aportó Oriol Viladalba con voz ensimismada, como si aquel recuerdo le despertara más sensaciones que la desaparición de su nieta.

Hilario Manzaneda lo miró un poco sorprendido. Su mujer, con velada habilidad, atrajo de nuevo su atención hacia ella.

—Josep Anton, mi hijo, nos había invitado a la verbena, pero le dijimos que ya teníamos compromiso con unos amigos que veranean aquí, en Argenton... —Niní hizo una pausa y sacudió la cabeza, con aire apesadumbrado—. Quién sabe... ¡Tal vez si hubiéramos ido no hubiera ocurrido esta desgracia!

—¡No seas boba! —exclamó su marido con impaciencia—. ¿Acaso crees que habrías podido hacer algo?

Niní le lanzó una mirada de reprobación.

—Ya le había dicho más de una vez a Josep Anton que tenía que apretarle las tuercas a la niña —prosiguió Oriol Viladalba con una absoluta falta de sensibilidad—; que era demasiado

espabilada para su edad; que les causaría problemas...

—¿Por qué habla usted en pasado? —le interrumpió Manzaneda—. ¿Acaso tiene alguna prueba de que la niña no esté... viva?

El anciano pareció desconcertado.

—No le haga caso —intervino rápidamente su mujer—. No quería decir eso, seguro. Está tan afectado como todo el mundo, pero no quiere demostrarlo...

—¿Tienen ustedes alguna sospecha sobre lo que haya podido pasarle a Marguerita? —insistió el inspector con su habitual tenacidad.

—Ninguna, ¡pobres de nosotros! —exclamó Niní con un parpadeo nervioso—. ¿Qué quiere que sepamos, si estábamos a treinta kilómetros de distancia!

—¿La veían a menudo?

Oriol Viladalba hizo un gesto de impaciencia que no pasó desapercibido a los sagaces ojos de Manzaneda. Pero fue de nuevo su mujer quien contestó.

—No demasiado... En las fiestas señaladas, cuando nos reuníamos con toda la familia. Y en verano, porque venían a pasar un mes con nosotros. Ahora ya estarían aquí...

—¿Y en alguna ocasión... le pareció entrever algo que haya podido llevar... —Hilario Manzaneda medía sus palabras— a esta situación?

—Era una niña inquieta, pero encantadora —dijo con firmeza Niní—. No creo que nadie le quisiera ningún mal.

—¿Y qué piensan ustedes que puede haberle ocurrido? —volvió a la carga el inspector.

Y ¿era solo suspicacia o el matrimonio había intercambiado una nerviosa mirada? Tal vez estaba viendo fantasmas donde no había más que dolor y malestar...

—Es evidente que la han raptado —exclamó entonces Oriol Viladalba con vehemencia—. ¿Qué podría ser si no? ¿Acaso la policía ha olvidado ya a la Vampira del Raval?

Pillado por sorpresa, Manzaneda se recostó en la incómoda butaca, toda ella abrumadores flecos y borlas, chinchetas de latón y tapetes.

El caso de Enriqueta Martí, una depravada que raptaba críos y los prostituía con los miembros más exclusivos de la sociedad, había tenido lugar media docena de años atrás. Al poco de ser detenida, había aparecido muerta en el patio del presidio. Los periódicos dijeron que las otras presas la habían linchado, pero los rumores vivos y estridentes de la ciudad afirmaban que la Vampira del Raval había sido envenenada por encargo de alguien muy poderoso... Fuera o no verdad, lo cierto era que el dedo terco de la leyenda la había acariciado y la había convertido en inmortal en la memoria de los barceloneses.

En el paseo del Baró de Viver de Argenton, ante la cancela de rejas que la sirvienta acababa de cerrar tras él, y mientras el taxista le abría solícito la portezuela del coche, el inspector Manzaneda contempló durante unos instantes, pensativo, el camino de gravilla ribeteado de árboles que se alejaba hacia las señoriales escalinatas de la mansión donde había pasado las últimas dos horas. El aire fresco de las montañas tapizadas de frondosa vegetación que rodeaban aquel privilegiado valle narcotizaba dulcemente los ardores del verano. En lo alto de uno de los cerros, una fortaleza medieval en ruinas parecía dar su aprobación a esa calle resplandeciente de opulentos chalets que parecía un retazo de la Bonanova trasladado de sitio. Y el de los abuelos de Magui, una copia algo más reducida de Vila d'Alba.

—La gente rica veranea en Argenton —le había explicado su superior, el jefe de policía Gerardo Doval, cuando él le había contado dónde tenía que ir a interrogar a los abuelos de Marguerita Viladalba i Laforest.

—Ellos viven allí todo el año.

Doval había enarcado las cejas sorprendido.

—Eso sí que es una excentricidad. Claro que los ricos a veces pueden ser muy excéntricos...

Es la ventaja de tener mucho dinero.

Hilario Manzaneda dirigió a la casa una última mirada cargada de conmiseración.

Mucho dinero. Mucha rigidez. Mucha tristeza delicadamente barnizada con modales finos...

Pero era evidente que esos abuelos no podían aportar gran cosa a la investigación. A pesar de los pequeños detalles que le habían llamado la atención en sus reacciones, el inspector no creía posible que estuvieran representando una pantomima. A buen seguro no sabían nada, y lo único que hacían era secundar aquella tesis del rapto que probablemente les habían inculcado los padres de la niña.

Aquella insistente tesis del rapto que, sin embargo, a él no dejaba de chirriarle en el cerebro.



## 7

Marc está sentado en su cómodo sofá con tapicería de pana de rayas azules, prácticamente el único mueble que compró a su gusto cuando se casó. Por eso se lo llevó. Porque era suyo.

Cuando conoció a Mireia y efectuó una rápida huida hacia delante, hacia el apartamento de Gràcia, ya se lo llevó. El sofá y la cama de matrimonio.

—¿Y dónde dormiré yo? —se había quejado Olga.

Marc había estado a punto de soltarle aquella famosa frase que Rhett Butler le dice a Scarlett O'Hara en *Lo que el viento se llevó*: «¡Francamente, querida, me importa un bledo!». Pero había rectificado sobre la marcha:

—¡En la cama individual donde he dormido yo estos últimos meses!

Ahora Marc se acomoda, la cabeza en un brazo de su magnífico sofá y los pies en el otro. ¡Todavía aguanta bastante bien a pesar de haber sufrido dos separaciones! Maria, la eterna mujer de la limpieza de la madre de Marc, le había pasado el aspirador y había enviado las fundas a la tintorería. Aún huelen a detergente. Júlia le había dado un toque femenino con dos almohadas exóticas del *Nature* que ahora navegan por el suelo, junto a los zapatos de Marc.

Este cierra los ojos y suspira. Ha tenido un día intenso en clase. Los alumnos están inquietos por el inminente examen de datación histórica. Y él lleva una semana bastante liado entre las juntas de profesores, las revisiones de temarios y las discusiones de departamento. Casi no ha podido dedicar tiempo a su nueva afición: Magui.

Solo las noches.

Y las noches han resultado absolutamente infructuosas: ha sido imposible contactar con *Lilith*.

No se deja.

Pasa de él.

Absolutamente.

Era previsible: *Lilith* no le ha perdonado la fuga de hace un año.

La noche de los raviolis al pesto, después de cenar, Marc se había concentrado en un nuevo aspecto del Enigma Familiar: el resguardo del Registro de la Propiedad Intelectual.

—Jamás había oído hablar de él —le había confesado Júlia—. Ni idea de que mi bisabuelo hubiera escrito un libro. Mi madre nunca me lo comentó.

No. La abuela Marga, a quien había prometido por teléfono que pronto le haría una visita, tampoco sabía nada de ningún libro escrito por Josep Anton Viladalba i Claret.

—Quizás un manual de medicina... —había sugerido—. Era un médico muy renombrado en sus tiempos.

Quizás.

Pero... ¿Y si era una autobiografía? ¿Y si hablaba de la hija desaparecida?

Lo que estaba claro era que el libro no se había publicado. Pero en el Registro de la Propiedad Intelectual tenían un ejemplar...

Marc estudia una vez más el asiento, que ha preservado en un dossier de plástico transparente. El frágil papel está terriblemente estropeado por la humedad. Los cuatro pliegues destilan largas manchas de color canela que casi han diluido la letra escrita a mano y calcada con papel carbón sobre los renglones de puntos. Solo la letra impresa permanece medianamente legible.

La gestión de Marc en el Registro había resultado tan estéril como los intentos de contactar con *Lilith*.

—En la base de datos digitalizada no consta —le había comunicado una funcionaria con pocas ganas de currar.

—Es que es antiguo...

—Tendría que buscarlo en el archivo. Pero hasta dentro de un par de días...

—¿Podré verlo?

La mujer lo había mirado de arriba abajo con expresión hastiada.

—No lo sé. Depende. ¿Es usted el derechohabiente?

—¿Perdón?

La funcionaria había delineado esa sonrisa de morbosa satisfacción de quien sabe algo que el otro no sabe.

—Que si es usted el albacea literario... ¡El heredero!

—El señor José Antonio Viladalba era mi tatarabuelo.

La mujer había hecho un gesto de rechazo, como si ahuyentara a una mosca.

—Eso no quiere decir nada. Tiene que demostrar que no hay ninguna otra persona natural o jurídica a la que el autor le confiara, por disposición de última voluntad, el ejercicio de los derechos —había recitado casi sin respirar.

Y ante el mohín desolado del joven, había añadido:

—Y eso suponiendo que el autor no se acogiera al derecho de inédito.

Como Marc la había mirado con un gesto interrogante, había rematado:

—El derecho del autor a la no divulgación de su obra.

Al día siguiente, un colega de la universidad, especializado en gestión de documentos, se lo había aclarado:

—Es uno de los derechos extrapatrimoniales que ostenta el autor de la obra: oponerse a su divulgación. Solo en casos extraordinarios la ley prevé, amparándose en el *derecho a la cultura*, la expropiación de la facultad de inédito.

—O sea...

—O sea que un juez competente, después de ponderar su interés, determine que la no divulgación de la obra vulnera el derecho de acceso a la cultura. O sea: si tu pariente era Miguel de Cervantes Saavedra, *no problem!*

—Me temo que no, que no lo era.

—Pues si se trata tan solo de un manual de medicina de primeros de siglo lo tienes jodido. A menos que puedas demostrar que su divulgación puede ser clave para el adelanto de la ciencia moderna..., cosa que dudo.

Fue entonces cuando Marc pensó en *Lilith*. Anna.

La había conocido en los últimos meses de su convivencia en camas separadas con Olga. Al mismo tiempo que conocía a Mireia.

En el chat BcnOnline.

Sus alumnos del instituto no hablaban de otra cosa en todo el día y él había sentido curiosidad, la eterna curiosidad del estudioso, por saber de qué iba lo de los chats. Y en las aburridas vigiliadas de su habitación con cama individual, se había enganchado.

El anonimato es tentador. Tú no eres tú, sino un *nick*. Un alias elegido a tu gusto que te identifica sin revelar nada de ti. Marc escogió *Lançalot*. Lanzarote del Lago, el caballero artúrico enamorado de la reina Ginebra.

Y durante muchas noches, a veces hasta altas horas de la madrugada, *Lançalot* entraba en BcnOnline y chateaba. Abría conversaciones privadas y charlaba con chicas tan solas o aburridas o interesadas como él. Hablaban de trabajo, de política, del tiempo, de sexo... En los chats se habla mucho de sexo. El anonimato...

*Lilith* le pareció una mujer interesante. Fuera de lo habitual. Su conversación era distendida, amable e inteligente.

<Lançalot> ¿Y a qué te dedicas, Lilith?

>Lilith> A separar gente.

<Lançalot> ¡Qué interesante!

Al cabo de un rato se dio cuenta de que sí, de que era lo bastante interesante.

*Lilith* era abogada, socia de un bufete con dos compañeros de la facultad. Y había escrito un par de libros sobre separaciones y divorcios. Cuando la agregó a Facebook, la pudo ver, por fin, en la fotografía del perfil. Era bonita. Delgada, alta y con una cara pequeña y algo cuadrada, unos ojos tremendamente inteligentes y una media sonrisa irónica. Se llamaba Anna Aimeric, tenía treinta y cuatro años y distraía su soledad en el chat.

Fueron muchas las noches que *Lançalot* y *Lilith* chatearon en BcnOnline o se cruzaron comentarios en el muro de Facebook. Marc empezó a animarse y a considerar la posibilidad de conocerla personalmente tomando un café...

Y entonces apareció *Dolceta*. Mireia.

*Dolceta*, Dulcecita, no era ni tan interesante ni tan inteligente como *Lilith*. Más bien tenía una conversación vulgar, pero llena de picardía y de alguna que otra guarrada. Cuando la agregó a Facebook, Marc se dio cuenta: tenía un polvo brutal. Pequeñita, con la cara redondita, los labios carnosos y una talla 150 de sujetador. Todas las noches de abstinencias de Marc se le levantaron como una tienda de campaña en la bragueta. Se lo pensó dos veces, en honor a la verdad. Pero solo dos.

<Lançalot> He decidido tomarme unas vacaciones de chat.

>Lilith> ¿¿??

<Lançalot> No sé, me siento un poco agobiado. Estaré unos días sin entrar.

>Lilith> ¿He dicho algo que te molestara?

<Lançalot> No, no, pero quiero descansar un poco.

>Lilith> ¿Descansar o follar?

<Lançalot> ¿Qué?

>Lilith> Con Dolceta, ¿verdad?

<Lançalot> ¿De dónde has sacado eso?

>Lilith> Marc, soy abogada. Especializada en divorcios. ¿Te crees que no he visto lo que os decís en la conversación general?

Fue lo último que *Lilith* le escribió. A continuación, en la ventanilla del *privado* que tenían abierto entre ambos apareció un mensaje contundente:

[BcnOnline 22:45:12 / Lilith ha abandonado la conversación privada.]

Marc se hace crujir los nudillos, concentrado ante la pantalla del portátil. Como si se preparara para un arduo trabajo. Pensarlo le hace sonreír con un punto de melancolía.

*Lilith* no se deja convencer.

Marc lleva casi una semana intentándolo; pero nada.

Cuando vio su *Nick* entre los usuarios de BcnOnline la semana anterior, dio un respingo.

Tras el respingo, estuvo su buen cuarto de hora mirando la pantalla general, el revoltijo de conversaciones entrecruzadas que puede leer cualquiera que esté en el chat; que a veces siguen varias personas y que a veces es solo un diálogo entre dos o incluso el monólogo de algún usuario a quien nadie hace demasiado caso. Es decir, todo lo contrario de un *privado*, que solo puede ser leído por los dos interlocutores que lo han abierto. *Lilith* es una de las almas de la tertulia del *general*. Hace comentarios agudos. Provoca respuestas. Consigue que la gente se ría. Que los tíos le tiren los trastos, o incluso que le suelten alguna insinuación...

Esa primera noche, Marc sintió en los dedos una comezón por intervenir en la conversación. Pero no se decidía. Se preguntaba si *Lilith* se habría dado cuenta de que en la lista de usuarios volvía a aparecer *Lançalot*... Era consciente de que la manera en que se había despedido no invitaba a un feliz reencuentro.

Un año entero sin mediar palabra.

A veces, desde un rincón de su corazón, la añoraba. Pero su cerebro le decía que no, que no era cierto. Se trataba, sencillamente, de que *Dolceta* ya lo aburría.

A los tres meses de compartir piso, las ardientes pasiones y los polvos brutales habían empezado a dejar paso a la monotonía. Al cabo de medio año se sentía como atrapado en una ratonera. ¡No tenían nada en común! La conversación de *Dolceta* giraba invariablemente alrededor de los chismes de la oficina donde trabajaba de secretaria. Quién se había peleado con quién. Quién le tiraba la caña a quién. Quién se había tirado a quién... Marc se descubría recordando, en medio de aquella nebulosa palabrería, las interesantes conversaciones con *Lilith* en el chat.

—Este verano podríamos ir a Marbella —propuso un día Mireia—; a lo mejor vemos a algún famoso...

Al día siguiente Marc se largó.

Durante unos cuantos días, aún la echó de menos. Sus grandes pechos, con grandes pezones. Sus muslos morenos y excitantes. Su... Pero decidió que era porque se sentía solo. Una vez más, solo. Llamó a Olga. Por nada en especial. Solo para saber cómo le iba y si alguien estaba interesado en el piso. Le saltó el contestador automático.

Entonces pensó en *Lilith*.

Y le supo mal pensar en ella de esa manera: una tabla de salvación para un náufrago que no tenía donde caerse muerto.

Volvió a pensar en ella unos cuantos días más tarde, cuando encontró el documento del Registro de la Propiedad Intelectual; y al darse cuenta de las dificultades que debería afrontar para obtener el libro de su tatarabuelo.

No conocía a ningún abogado. Sí: a *Lilith*. A Anna Aimeric.

Y pensar en ella en esos términos aún le dolía más.

Pero lo hizo. Se metió en el chat y trató de abrirle un *privado*.

En vano.

Cada vez que él lo abría, ella lo cerraba.

[Lilith ha abandonado la conversación privada.]

Durante tres o cuatro noches.

Ahora toma una decisión. Deja vagar un poco la imaginación. Desestima un par de *nicks*. ¡Joder, qué difícil es dejar de ser *Lançalot*! En el cielo de Barcelona estalla un trueno. Marc contempla la lluvia que llora en los cristales de la ventana. Un relámpago. Sí, un *llampec*.

«Tu *nick*», solicita con insistencia la pantalla principal del chat.

*Llampec*.

«Entra en la sala», le propone la aplicación.

Y entra.

*Lilith* charla en el *general* con su salero de siempre.

Con decisión, Marc hace un doble clic con el cursor sobre el *Nick* de ella. La ventanilla del *privado* se abre como por arte de magia. Marc hace crujir sus nudillos nervioso, convencido de que en breves instantes la magia se desvanecerá y aparecerá el dichoso epígrafe: [*Lilith* ha abandonado la conversación privada]. Pero los segundos transcurren y la ventanita rectangular sigue abierta. ¡Porque él no es *Lançalot*!

Inspira profundamente y pone los dedos en el teclado.

<Llampec> Tienes un Nick demoníaco, Lilith.

>Lilith> ¡Soy demoníaca: la esposa del diablo!

<Llampec> Y ahí, en el infierno, ¿también llueve?

>Lilith> ¡No, se nos apagarían las calderas! ¿Eres de bcn?

¡Ay! Marc duda. Mentiras mezcladas con verdades son menos mentira.

<Llampec> Sí. Aquí está lloviendo mucho. Y tú, ¿eres de bcn?

>Lilith> Sí. Del mismísimo Eixample.

<Llampec> Creí que habías dicho que eras del infierno.

>Lilith> Solo en invierno. En verano hace demasiado calor y vengo a bcn, que poco más o menos...

<Llampec> ¿Y a qué te dedicas cuando no estás removiendo las calderas?

>Lilith> A separar gente.

<Llampec> ¡Qué interesante!

*Lilith*, la esposa del diablo, había llorado un año atrás. Durante cinco o seis minutos. Silenciosamente. Las lágrimas rodando por sus mejillas.

Y después de aquel estallido, cuando ya no le habían quedado lágrimas lo suficientemente

sinceras, se había puesto a pensar en el motivo de ese llanto espontáneo. Nunca había visto a Marc en persona. Todo lo que sabía era lo que él le había contado durante inacabables noches de *privados* en el chat. Y luego había visto su retrato en Facebook y le había sorprendido un poco que se pareciera tanto a la imagen que se había ido forjando de él a través de las palabras que aparecían en la ventanita de su pantalla. Se había quedado un buen rato examinando la fotografía. Un buen tío. Un hombre bastante atractivo. Quizás con los labios un poco débiles y los ojos un poco indecisos. Y la nariz demasiado grande para ese rostro. Pero con un buen tipazo. Y un aspecto cuidado. Formal pero moderno. Y tras su fisonomía descubría un espíritu sereno, más inteligente que listo. Con un toque de infantilismo y otro toque de inseguridad. Decidió que si él le proponía ir a tomar un café aceptaría. Y de repente... le pareció que de la noche a la mañana aquel hombre bueno, bastante atractivo, inteligente y un tanto inseguro, iniciaba una maniobra de retirada. Las respuestas en la ventana del *privado* llegaban unos segundos más tarde de lo habitual. A veces eran un poco insustanciales. En otras ocasiones tan solo un monosílabo: «sí», «no», «ajá».

«¡Estás paranoica!», se amonestó a sí misma.

Porque quería tomar ese café con Marc.

Pero el recelo ya no la abandonó. Y cuando se lo echó en cara y él no lo negó, *Lilith* lloró. Cerró el *privado* y dejó que el desencanto se convirtiera en lágrimas. Hacía cinco años que se había divorciado de un marido que no la quería y ocho meses que había roto con un aburrido agente de aduanas de Tarragona más preocupado por su ex, su madre y sus hijos malcriados que por el deseo de construir una relación. Después de refugiarse durante semanas en el trabajo, los amigos y las veladas solitarias se había metido en un chat para sacudirse el aburrimiento, y había *conectado* con un hombre agradable, buen tío, atractivo, y bla, bla, bla que al final había resultado ser un cantamañanas.

Y ahora ha regresado.

A Anna le bastan dos docenas de frases para adivinar quién es *Llampec*.

Al darse cuenta, dirige el cursor, con un movimiento nervioso, a la fatídica X que cierra la ventanita. Pero la frase que aparece en la pantalla la detiene.

<Llampec> Anna, necesito asesoramiento legal. Y solo conozco a una buena abogada.

Sentado tras su mesa, en la Jefatura Superior de Policía de Barcelona, el inspector de primera clase de la Brigada de Investigación Criminal Hilario Manzaneda Caçador pasaba a limpio, en una hoja de atestados timbrada, todos los detalles de las diligencias de oficio practicadas en el caso Magui. Con su pulcra caligrafía y su estructuración clara y precisa, iba desgranando las circunstancias, los indicios, las pruebas, las declaraciones de los testigos, los informes de los peritos... De vez en cuando se detenía, levantaba la cabeza y, con la mirada perdida en algún punto cardinal indefinido, intentaba recordar pequeños detalles que complementarían las anotaciones arañadas en su bloc de poli.

—¿Cómo va el caso, inspector Manzaneda?

El policía dio un respingo. Tras él, Gerardo Doval miraba por encima de su hombro el atestado a medio redactar.

—En punto muerto, señor —respondió Manzaneda mientras se despeinaba nerviosamente el bigote con las puntas de los dedos—. Instruyendo el sumario, pero nada más.

Mientras se sentaba informalmente en una silla de despacho que flotaba abandonada en medio de la oficina, su superior meneó la cabeza preocupado.

—Estos asuntos con los poderosos siempre traen dolores de cabeza.

Manzaneda asintió: era consciente de ello.

Una élite de grandes familias —medio centenar a lo sumo— controlaba Barcelona. Todas ellas estrechamente relacionadas, enlazadas y apiñadas, marcaban las pautas de la vida social y de las modas y las diversiones. Y, por supuesto, tensaban los hilos de los poderes fácticos, influyendo a menudo en las decisiones de los políticos, de los militares e incluso de la Iglesia local. El origen de algunos de aquellos linajes se remontaba casi a los tiempos de la Marca Hispánica; el de otros, a la Edad Media o al periodo de los Habsburgo. Y otros, como los Viladalba, eran de nuevo cuño; burguesía venida a más por enlaces familiares o enriquecida con aquello que más les gusta a los catalanes: hacer negocios.

—Póngame al corriente.

La voz del jefe superior de policía arrancó a Hilario Manzaneda de sus cavilaciones. Con un gesto de invitación, le alargó el informe. Gerardo Doval se ajustó las gafas sobre la nariz y, tras un suspiro que traicionaba un cierto desaliento, empezó a leer.

Marguerite (se escribía así, con «e» final) Viladalba i Laforest había desaparecido de su domicilio hacía un mes y medio, el día 24 de junio, en algún momento entre la una y las dos y media de la madrugada. A las cinco y media había comparecido el juez instructor de la demarcación, don Jacinto Plandolit, el cual había procedido enseguida a la instrucción del



sumario. A las seis de la mañana se había dado aviso a todos los pasos fronterizos por si los hipotéticos secuestradores intentaban sacar a la niña del país. Pero debido a los trámites, el papeleo y las dificultades técnicas, la orden de vigilancia no había llegado a las fronteras con Francia, probablemente las que habrían elegido los criminales, hasta las nueve de la mañana. Ocho horas después de la desaparición.

Doval soltó un gruñido y dejó caer el atestado encima de la mesa. Hilario Manzaneda era, sin duda, uno de sus mejores hombres, pero de tan minucioso se hacía pesado.

—A ver, inspector, a grandes rasgos, que ando algo justo de tiempo...

A Manzaneda no le hacía falta mirar el informe para seguir el hilo de los acontecimientos.

—Los agentes destacados en Vila d'Alba hicieron una batida por la finca y sus alrededores y fueron llamando a todas las puertas de las pocas casas de la zona.

Los adormilados vecinos, todavía bajo los efluvios del champán, se habían limitado a decir que no sabían nada del asunto.

—En la biblioteca —continuó Manzaneda—, procedí a hacer un primer interrogatorio a todas las personas que encontré en la casa.

—¿Familiares, amigos, servicio...?

El inspector asintió.

—Ante el juez instructor y el secretario. Las diligencias continuaron durante toda la mañana y toda la tarde del día de San Juan.

Gerardo Doval afirmó con la cabeza. Esto último lo sabía perfectamente porque había estado presente. Los invitados a la verbena de los Viladalba, abruptamente despertados por agentes que les entregaban cédulas de citación, habían pasado por las dependencias de la policía, en el paseo de Isabel II, uno tras otro, y habían contestado confusos y sobrecogidos a las preguntas del juez instructor.

—Mientras tanto, yo regresé a Vila d'Alba con los especialistas para examinar una vez más el escenario del crimen.

En la puerta y en la ventana del dormitorio de Marguerite, un perito recogía huellas dactilares armado con pinces y polvos blancos. Lo hacía con gran interés y con gran aplicación; casi podría decirse que con gran entusiasmo. Y es que era la primera vez que tenía la oportunidad de poner en práctica en un caso real aquel método de investigación que el año anterior había ido a aprender a Scotland Yard. El reciente descubrimiento de que las huellas dactilares de cada individuo son únicas se había revelado como una fórmula altamente eficaz para identificar delincuentes. Había suficiente con que coincidieran dieciséis trazos con la impronta encontrada en el lugar del crimen para considerar que el sospechoso había tocado donde no debía.

Después de examinarlas y compararlas con las muestras recogidas entre el servicio y la familia, el perito emitió un informe significativo: las huellas de la puerta eran de Marguerite, de Elsa, de Lourdes Martinet y de Louise Laforest. Las de la ventana que se había encontrado abierta de Louise y del chófer, Dalmau Sapena, el que había estado arreglando la barra de la cortina al día siguiente de los hechos.

—No había huellas de ningún individuo ajeno a Vila d'Alba —concluyó el inspector—. Ni siquiera marcas de los guantes que podría haber usado para no dejar huellas.

—En ningún momento he visto clara esa tesis del secuestro —admitió Doval ensimismado mientras extraía un pequeño habano de una tabaquera y ponía en marcha todo un ritual, olvidando que andaba corto de tiempo.

Manzaneda asintió vigorosamente, sacando también su pitillera, mucho más humilde, y

encendiendo sin tantas ceremonias un caliqueño liado a mano.

—No me convenció desde el primer momento —sentenció tras la primera calada—. ¿Por qué un secuestrador se entretendría en coger unas zapatillas?

Su superior lo miró con sorpresa. Manzaneda buscó el apartado correspondiente en el informe y leyó en voz alta la lista de objetos desaparecidos de la habitación de Magui la misma noche del secuestro. Gerardo Doval, que ya había descabezado la punta del habano con un cortaplumas, ahora lo hacía girar entre los dedos ablandándolo, reflexivo.

—¿Quizás porque quien se llevó a la niña lo hizo amenazándola con un arma y haciéndola caminar delante de él? —sugirió finalmente.

—Eso puede funcionar con un adulto, pero difícilmente con un crío. Al no ser conscientes del peligro que comporta rebelarse contra una orden dada con la amenaza de un arma, los niños gritan o corren, no obedecen.

El jefe de policía asintió. El silencio se apoderó del despacho mientras encendía con parsimonia el cigarro con un elegante mechero.

—Hay que plantearse la posibilidad de que la niña esté muerta —dijo, meditando en voz alta, cuando el humo empezaba a surgir a borbotones del habano—. Y preguntarse si la muerte se habría producido por un acto intencionado o por accidente.

—La sangre del dormitorio, suponiendo que no fuera del chófer, podría ser debida al hecho de que la niña saltara por la ventana, que está a una considerable altura respecto al jardín —propuso Manzaneda—. Eso explicaría que estuviera abierta de par en par en el momento de descubrir la desaparición... Pero lo cierto es que debajo no había ningún rastro. Las hortensias de los parterres no se veían tronchadas ni había restos de sangre.

—¿Por qué la niña habría querido salir al jardín?

Hilario Manzaneda planteó rápidamente una teoría: para ver la fiesta de los adultos a escondidas.

Otra hipótesis era que la sangre del dormitorio fuera del chófer, pero que la de la escalera de servicio fuera de Magui. Quizás salió de la casa deslizándose por una escalera que intuía que estaría desierta. Quizás, a oscuras, se cayó, se dio un golpe en la cabeza y murió en el acto...

—Pero su informe dice que el reguero de sangre seguía por el sendero —rebatía Doval, que había vuelto a coger el atestado y leía un párrafo aquí y otro allá.

—Tal vez alguien que se sentía responsable quiso esconder el cadáver y lo sacó por la puerta de servicio —reflexionó el inspector—. O puede que la niña muriera en la habitación e intentaran borrar los rastros de sangre sin darse cuenta de que había más en otros lugares.

—Pero... si fue un accidente, ¿por qué ese interés en hacer desaparecer cualquier rastro? —insistió su superior—. ¿Y cómo encajan en estas hipótesis el conejo de trapo y las zapatillas desaparecidas? Porque, por lógica, unas zapatillas sirven para caminar. Y si la niña las llevaba puestas cuando desapareció, eso solo puede significar que no se la llevaron en brazos, sino andando...

Y si la niña andaba, eso solo podía significar dos cosas: que se la había llevado alguien a quien ella conocía, a quien había seguido tranquilamente sin sospechar nada...

O que había salido del dormitorio por su propio pie y sus propias zapatillas.

O quizás una combinación de dos posibilidades: Magui se pirraba por ver lo que se cocía en el jardín aquella verbena de San Juan. Se había levantado de la cama de puntillas, para no despertar a su hermana Elsa, y había abierto la ventana; pero enseguida se había dado cuenta de que desde allí no se veía nada. Entonces había decidido salir de la habitación y bajar al jardín. Se había

calzado las dichosas zapatillas, había solicitado la compañía del conejo Nicolau y había salido al pasillo. Consciente de que si bajaba por la escalera principal alguno de los sirvientes la vería, se había escabullido hasta el ala del servicio y había bajado por las escaleras que daban al comedor de los criados. Luego había salido al patio de detrás de la cocina. Sin duda, su intención era acceder al jardín principal por alguno de los arcos de rosas que lo comunicaban con el patio. O quizás incluso quedarse escondida, protegida por las sombras, mientras estallaban en el cielo los cohetes y las palmeras de colores. La misma emoción de la travesura habría sido la causa de que le sangrara la nariz...

—Tal vez la causa fue otra. —Gerardo Doval interrumpió con voz perentoria el hilo de las reflexiones que Hilario Manzaneda iba desgranando en voz alta—. Porque quizás esa inocente escapada se combinó con el rapto de la cría. Alguien la vio... y se la llevó. Y quizás fue entonces cuando la sangre...

—Si se pudiese localizar su ropa, el camisón que llevaba puesto, tal vez se podría verificar si hay signos de violencia...

—Pero... ¿cómo puede ser que alguien previera la posibilidad de que la niña se escapara de su alcoba?

—¡No es que lo previera! —se avanzó con viveza Hilario Manzaneda, cayendo en la cuenta—. ¡Es que debió de ponerse de acuerdo con ella con antelación! Quizás haciéndole creer que le permitiría ver los fuegos a escondidas de sus padres...

El jefe superior de policía dio una fuerte calada a su habano.

—¡Una buena criada que le hace un pequeño favor a la hijita de la casa!

—También cabe la posibilidad de que la niña desapareciera por propia voluntad —añadió el inspector.

—¿Que se escapara de casa? Los padres lo niegan con rotundidad. Magui era una niña normal, con una vida normal, similar a la de cualquier niña de buena familia. Y era una niña querida. Tan agradable, simpática y bonita... No había ningún motivo para que se escapara de casa. Los Viladalba se habían alterado con la sola insinuación de que eso fuera posible. Alterado, horrorizado e incluso indignado ante la solapada sugerencia de la policía de que la niña fuera objeto de algún tipo de maltrato...

—Ciertamente, la hipótesis es muy débil —admitió Doval con una mueca mientras apagaba el habano en un cenicero abarrotado de colillas de caliqueño de su subordinado—. Es cierto que se dan casos de niños maltratados por sus padres, apaleados, torturados, asesinados..., pero no en una mansión de la Bonanova.

Y, aun así...

La sangre limpiada, las preguntas sin respuesta, las leves contradicciones de los testigos...

—Y las zapatillas...

—Y el conejo de trapo...

Anna mira con curiosidad a su alrededor. El apartamento de divorciado de Marc es un loft, con pocos muebles, parqué azul eléctrico y unos grandes portones que ahora él está abriendo de par en par para dejar entrar en la estancia la luna, que cuelga sobre la terraza. De abajo, asciende la fragancia dulzona de flores y árboles caldeados por el sol de un verano avanzado. Como telón de fondo se ven los rectángulos de ventanas iluminadas al otro lado de la calle, a más de cincuenta metros de distancia. Al cruzar el jardín, unos minutos antes, Anna se ha sentido intimidada por la belleza de un fragmento de la ciudad que no parece ciudad: espacios abiertos y ajardinados, el uno junto al otro, de esos edificios de lujo, de no más de tres pisos de altura, que conservan el privilegio de los antiguos jardines privados del burgués barrio del Putxet.

La terraza está algo desangelada, excepto por una hamaca de diseño y una maceta donde agoniza una hortensia. Y el loft es magnífico: una especie de atalaya sobre el jardín.

—Allí al fondo se ve el mar —observa con orgullo su propietario, señalando hacia las sombras.

Anna lo mira con cierta curiosidad.

«¿Es un romántico?»

Ha tardado casi una semana en decidirse desde aquella primera conversación con *Llampec*. El recuerdo de aquel *Lançalot* que huyó la había tenido dudando, ahora que por fin había llegado la invitación a tomar café. *Llampec* se había visto obligado a poner en juego todos sus recursos de hombre bueno, amable e interesante para conseguir que *Lilith* no lo mandase a freír espárragos aproximadamente cada diez minutos.

Pero *Lilith* no era inmune a la curiosidad. Y *Llampec-Lançalot* decía que necesitaba «asesoramiento legal». Y, claro, ¡ante eso!

O esa es la benévola excusa que se da a sí misma...

Ahora, al acomodarse en la butaca, los ojos todavía perdidos más allá de la ventana, Anna Aimeric, abogada matrimonial, ya sabe qué tipo de asesoramiento legal necesita Marc. Ya sabe qué ha ocurrido con *Dolceta*; no sabe si saberlo la alivia o la enoja; y sabe que lo que Marc necesita es otro tipo de abogado. Y tampoco sabe si eso la alivia o la enoja.

—¿Qué quieres tomar? Tengo whisky, ginebra, vodka, coca-cola...

Anna observa a su anfitrión mientras él abre una pequeña nevera, como esas que hay en los hoteles, y saca una botella de Cardhu, dos vasos helados y una cubitera.

O sea que este es Marc.

A pesar de que lleva un par de horas observándolo, Anna todavía lo escudriña con curiosidad y un punto de recelo. Los Levi's muy ajustados al culo, el polo un poco pijo de color fucsia,

mocasines... Marc es atractivo, tiene un buen cuerpo y un rostro agradable —quizás una nariz algo grande y unos ojos grises algo indecisos—, pero es el *Lançalot* del chat, con una risa contenida —puede que por las circunstancias—, una sonrisa un tanto gamberra y una manera de hablar que recuerda las largas veladas ante la pantalla del ordenador.

Anna frunce el ceño inquieta. Marc es *Lançalot*... aquel tío que la dejó tirada sin ningún remordimiento ni demasiadas explicaciones. Explicaciones que ahora ella ya ha recibido y que no lo eximen a él del egoísmo y la mala educación.

Como Marc está de espaldas, la joven no puede verle los ojos, a la deriva por el interior de la nevera, más inquieto de lo que su actitud durante dos horas ha dejado entrever.

O sea que esta es Anna.

Anna, que lo mira recelosa, y que ha escuchado un tanto impasible las excusas, las disculpas, las súplicas de comprensión por su comportamiento de unos meses atrás. Anna, más madura de lo que le había parecido en las conversaciones del chat, equilibrada, irónica, un poco dura... Atractiva, con un buen cuerpo y un rostro agradable —quizás demasiado cuadrado y con los ojos, de color avellana, excesivamente melancólicos—. Pero desde que la ha visto entrar por la puerta del Bracafé y la ha reconocido por la foto de Facebook, Marc se siente prisionero de esa imagen; y en algún momento de la velada su perfume lo ha excitado, haciéndolo sentir un poco animal.

Se lo ha contado todo. Le ha hablado con sinceridad de *Dolceta* y de su fallida relación; del retorno, vencido, a casa de su madre. No había que hablarle de Olga porque *Lilith* ya sabía todo lo que había que saber sobre el caso. Tantas horas de chat...

Y una vez que el hielo se ha fundido un poco, le ha hablado del Enigma Familiar, de Magui, de las fotografías olvidadas en el baúl y del documento del Registro de la Propiedad Intelectual. Todo explicado y contado en un tono un tanto cohibido, porque a lo largo de la noche no ha dejado ni un solo instante de sentirse culpable por su comportamiento anterior. Y porque la actitud levemente distante de Anna lo inquieta.

—Puedo intentar averiguar qué hacer con el documento del Registro —le ha dicho ella al cabo de un par de horas de conversación, visiblemente más relajada—. No es mi especialidad, pero seguro que alguien del despacho podrá indicarme qué hay que hacer para demostrar tu legitimidad. Probablemente, un acta notarial de declaración de herederos...

Marc se ha sentido eufórico y, a la vez, un tanto canalla.

«Después de todo lo que ha pasado y te estás aprovechando de ella.»

Pero se da cuenta de que no es solo eso. Ahora que la ha visto en persona, que ha reparado los puentes destruidos, se da cuenta de que tiene *ganas* de ella...

«¡Y yo haciendo el capullo con *Dolceta*! ¡Qué imbécil!»

—Enséñame eso —dice ahora Anna, después de darle un trago al whisky con hielo y dejarlo sobre la mesita de diseño que tiene delante.

Es por eso por lo que está aquí.

En la cafetería, al preguntarle cuándo podría proporcionarle el documento para asesorarse, Marc ha ido al grano:

—¿Ahora?

—¿Lo tienes aquí?

—No, pero si me aceptas una copa en casa, te lo paso.

Anna ha dudado un poco. Una cosa es un café y otra un «¿quieres subir a casa?», con la mochila de desconfianzas que ambos llevan todavía encima. Pero al final ha aceptado. En cierto modo, esas desconfianzas constituyen un mecanismo de seguridad. No hay peligro de volver a

perder la cabeza. Todavía no.

Y ahora observa con curiosidad las fotografías de la niña desaparecida, la hermana de la bisabuela de Marc, una historia que —no puede negarlo— la ha fascinado desde el principio. Y el resguardo del Registro de la Propiedad Intelectual. Con un dedo se acaricia reflexiva la punta de la nariz. Un gesto que Marc le ha visto hacer durante toda la velada cuando está concentrada, y que lo llena de urgencia y del deseo de hacerlo él; de pasarle él mismo el dedo por el rostro...

—Te lo puedes llevar, he hecho una fotocopia.

Anna duda. ¿El original? Sí, quizás sí. Si hay que pedir alguna autorización... Su cerebro ya está cavilando los posibles pasos: hacen falta certificados de nacimiento; puede que antiguas fes de bautismo; buscar posibles registros de actas de últimas voluntades...

—Necesitaría también una fotocopia de tu DNI.

—Tengo.

Marc se saca la cartera del bolsillo trasero de los tejanos. Una cartera algo abollada en la que se dibuja el contorno de su culo. Anna desvía la mirada, como si le resultara incómoda la forma *íntima* de esa cartera que el propietario del culo revuelve hasta sacar una fotocopia perfectamente recortada de su DNI.

—Ten.

La cartera vuelve al culo y el culo al sofá que ocupaba unos momentos antes, casi enfrente de Anna.

Al volverse para meter los documentos en el bolso, singularmente turbada, Anna golpea la pata de la mesita.

—¡Cuidado!

El grito llega demasiado tarde, el vaso de whisky se tambalea y se vuelca. Y claro, indefectiblemente cae hacia el lado equivocado y una oleada de whisky color ámbar aterriza sobre los tejanos de Marc.

—¡Mierda!

Con un gesto instintivo, él junta las piernas y deja que el whisky le empape las perneras de los pantalones, sufriendo por el precioso tapizado recién traído de la tintorería.

Anna no tarda ni dos segundos en reaccionar. Se levanta de un salto.

—¡No te muevas!

De una zancada se mete en el lavabo, agarra una toalla y unos instantes después se inclina sobre Marc, se la coloca sobre los muslos y le da unos golpecitos para tratar de empaparla del líquido que ya ha tintado de color azul marino esos Levi's que hace un momento eran azul cielo.

A él le entran ahora ganas de reír. Le importan un bledo el sofá y la tapicería. Capta el lado cómico: Anna, un tanto avergonzada, metiéndole mano a través de una toalla. Y entonces se deja llevar por el impulso: cuando ella levanta la cabeza con una insegura sonrisa de disculpa, la atrae hacia sí, la acerca a sus labios y le da el beso que lleva deseando darle desde hace horas. Es un beso denso, largo, cálido, húmedo... Las manos de ambos se buscan los perfiles de los cuerpos con ansia, estremecidos de deseo. Caen sobre el sofá hechos un lío de ropa, piel y aroma a whisky.

—Espera —murmura Marc al cabo de un rato de silenciosos besos—. Estoy empapado...

Anna suelta una risita y se aparta de encima.

—Necesito una ducha rápida —dice él, oliéndose las manos, la ropa—. No te muevas, vuelvo enseguida.

De un salto se levanta del sofá. Anna se quita, casi se arranca, los *leggings*, que con los

revolcones han quedado también empapados de whisky. El agua empieza a correr en el baño, donde Marc ha dejado la puerta abierta. Ella escucha la ducha, escucha su corazón que late como el de una adolescente, con *ganas* de él... Y, de repente, escucha también el sonido de un whatsapp entrante a un teléfono que hay enterrado entre los almohadones del sofá. Uno. Y otro. Y otro más. Hasta tres mensajes.

Anna rebusca entre las hendiduras hasta que sus dedos tropiezan con él: el móvil de Marc. Una lucecita le hace un guiño en lo alto de la pantalla, avisando de que hay novedades.

No lo puede evitar.

Sabe que no debería hacerlo, pero no lo puede evitar.

Lo acepta: ella es así, desconfiada por naturaleza.

Dos golpecitos sobre el cristal y el móvil se ilumina, mostrando la pantalla de inicio. El acceso está protegido por contraseña, pero la pantallita de aviso de los whatsapps está activada, lo que permite verlos sin ni siquiera entrar en la aplicación.

No lo puede evitar.

Sabe que no debería hacerlo, pero no lo puede evitar.

Lo acepta: ella es así; es abogada y la deformación profesional hace que todo le parezca sospechoso.

Simplemente, desliza el dedo, y la pantallita revela sus secretos: tres whatsapps. De *Dolceta*.

«¿*Nen*, que haces?», dice el primero.

«¿No habíamos quedado?», el segundo.

Y tres caritas repartiendo besos, el tercero.

Anna deja caer el móvil sobre el sofá. Su corazón vuelve a latir desacompañadamente; pero de una manera muy diferente a la de hace un rato.

¡Debería haberlo imaginado!

¡Este tío es un cabrón de marca mayor!

Los dedos le tiemblan de indignación mientras se introduce apresuradamente en los *leggings*, que empiezan a estar un poco acartonados. Está tan ofuscada que incluso le cuesta calzarse las sandalias de medio talón con tiras rojas, que han hecho que dudara de si serían demasiado coquetas para la ocasión. En el baño, el agua ha dejado de correr, y oye la voz de Marc canturreando una tonada de Bruce Springsteen. Con un manotazo, Anna Aimeric agarra su bolso, que cuelga del brazo del sofá, y se dirige con paso decidido a las puertas de la terraza. Es entonces cuando Marc sale del baño con una toalla sexi rodeándole tan solo las caderas. Se queda plantado en mitad del salón con los ojos vertiendo incompreensión.

—Anna...

Ella le dirige una mirada tan cargada de furia que parece que quiera aniquilarlo.

—¿Qué pasa? —Marc intenta atar cabos.

—¡Olvídame, tío! —le espeta Anna mientras se adentra en la oscuridad de la terraza.

Él la oye bajar a zancadas por las escaleras metálicas que desembocan en el jardín, inmóvil como una figura de sal de las de Sodoma y Gomorra. No entiende absolutamente nada.

Se queda aún un rato congelado hasta que sus ojos tropiezan con su móvil, tirado en el sofá. Es entonces cuando oye estallar la cancela de hierro, al fondo del jardín, y los tacones de las sandalias rojas de *Lilith* que se alejan, una vez más, en la noche.

## II

El inspector Hilario Manzaneda encendió un cigarrillo y arrojó la cerilla al hoyo de un árbol, una palmera de tronco fibroso y escultórico y largas palmas. La gente pasaba arriba y abajo, dispersando con los pies las bandadas de palomas que se congregaban en el suelo y que, a saltitos, perseguían el alpiste que algún chiquillo les arrojaba a puñados. Las niñeras, con largas faldas y zapatitos de medio tacón, paseaban orgullosas los espectaculares cochecitos de grandes ruedas e inmensas capotas y se paraban a charlar un instante, o un largo rato, hasta que el sol las ahuyentaba hacia la protectora sombra de los árboles. Un mendigo dormitaba apoyado en una palmera. Tal vez había pasado la noche a su amparo, medio acurrucado por el frío, ahora que el inseguro octubre había vuelto la hoja del calendario.

Manzaneda no parecía ver ninguno de esos detalles de vida cotidiana que se desplegaban a su alrededor. Sentado en una de aquellas cómodas sillas de hierro, típicas de la plaza de Catalunya, a la sombra intermitente del palmeral que dibujaba un oasis en medio de la ciudad, sus ojos miraban a ninguna parte. Sobre las rodillas, cuidadosamente doblado, un ejemplar de *El Diluvio*. Curioso nombre para un diario de noticias. Le parecía recordar que la publicación, de tendencia republicana, se llamaba así porque había cambiado tantas veces de cabecera, debido a los embargos y las censuras, que al final los propietarios le habían puesto el primer nombre que les había pasado por la cabeza. *El Diluvio*. El inspector sonrió con un deje de amargura. Para Diluvio Universal el que había caído en los últimos tiempos a su alrededor. Y *El Diluvio* era uno de sus causantes.

Habían pasado más de tres meses desde la desaparición de Marguerite Viladalba i Laforest y todas las pistas habían acabado en nada. La investigación había sido tenaz, pero inútil.

Por una de esas casualidades (o no) de la vida, el sumario había caído en manos de don Gregori Cisterer, el magistrado amigo de los Viladalba. De acuerdo con el fiscal de la audiencia, y a pesar de las dudas razonables planteadas por la policía, don Gregori había comenzado por impedir que cualquiera de la familia fuera interrogado de nuevo mientras él estudiaba el caso.

Era evidente que los poderosos Viladalba habían tensado los hilos de sus influencias: tan pronto como los investigadores habían empezado a insinuar dudas e incoherencias, el caso Magui había adquirido la vaporosa consideración de *problema diplomático*. Y, de la noche a la mañana, la policía se había encontrado con que no podía poner en tela de juicio el comportamiento de los familiares de Marguerite, ni el del selecto grupo de amigos que había asistido a la fatídica verbena. Había que tratarlos a todos con tacto diplomático. Observar sus derechos fundamentales y cumplir rigurosamente los preceptos constitucionales y procesales no era suficiente.

—Una investigación policial debe tener por objetivo la certitud de lo sucedido, no los



intereses políticos y sociales —había protestado Hilario Manzaneda.

En balde.

La presión que el inspector y su equipo habían sentido durante aquellos días había entorpecido la posibilidad de poner bajo vigilancia a los padres de la niña desde el momento en que comenzaron a detectar aquellas incongruencias.

—¡Debería considerárseles sospechosos de la desaparición!

En balde.

—¡Es posible que la niña esté muerta y enterrada; o tal vez oculta!

En balde.

Ya lo había dicho aquel día Gerardo Doval: los asuntos de los poderosos siempre traen dolores de cabeza.

El inspector Hilario Manzaneda recordó con afecto al que había sido jefe de policía de Barcelona hasta pocas semanas atrás. El que había ahora, el general de brigada de la Guardia Civil Miguel Arlegui, no le gustaba en absoluto. Le parecía un personaje opaco, equívoco, poco de fiar... Y demasiado partidario de seguir el juego a los poderosos y sus potestades.

Ahora, el policía encendía otro cigarrillo, otro de aquellos caliqueños delgados y malolientes que él mismo liaba, y con gesto enojado arrojaba la cerilla al mismo hoyo del árbol. La plaza de Catalunya se había ido animando. Circulaba una procesión de carros en dirección a las Ramblas, probablemente arrastrando mercancías hacia el mercado de la Boqueria. Un lujoso Hispano Suiza, del mismo modelo que el de los padres de Magui, se detuvo junto a la acera y de él bajó un hombre con levita y sombrero de copa. Los pensamientos de Hilario Manzaneda regresaron automáticamente a la rica y desafortunada familia. El patriarca, Oriol Viladalba i Jover, aquel anciano nervioso y arrogante a quien había entrevistado en su mansión de Argentona poco después de los hechos, acababa de morir hacía un par de semanas. Había tenido uno de esos funerales que dan que hablar: cortejo de prohombres, carroza acharolada, caballos negros con penachos y una esquela que ocupaba toda la portada de *La Vanguardia*, el diario de los muertos ilustres.

¡Periódicos!

Hilario Manzaneda tamborileó los dedos sobre el ejemplar de *El Diluvio* que tenía en las rodillas.

La presión de la prensa sobre el caso Magui se había hecho sentir, con moderación pero sin soltar la presa. La presión de la prensa y la de todo aquel que tuviera algo que ver con el asunto.

Un pequeño diario sensacionalista, *La Gaceta del Pueblo*, se había hecho eco de las inquietudes de la policía. Ese día los quioscos de Barcelona se habían forrado vendiendo ejemplares con un enorme titular en portada: «¿Cuál es la verdad?». Después de tantos días siguiendo el hilo de la *verdad oficial*, la prensa empezaba a explorar otros puntos de vista. Era la primera vez que se ponía en entredicho la versión de la familia Viladalba sobre los sucesos que habían tenido lugar la noche de San Juan. El artículo apuntaba directamente con el dedo a los padres de Marguerite y afirmaba que se comportaban con demasiada ligereza, y que exhibían un autocontrol demasiado extraño en alguien que estaba sufriendo un calvario como el que suponía el rapto de una hija. Que no parecían excesivamente apenados o angustiados. Y que tal vez eso fuera debido a su implicación en la desaparición de la niña.

Enseguida se subieron al carro de las malas lenguas un par más de pequeñas publicaciones que habitualmente tenían poca tirada y que de repente se encontraron haciendo reediciones a toda máquina. El factor humano empezó a sobreponerse al factor estrictamente policíaco, amenazando con convertir el caso en un verdadero circo. La venenosa nube de los periodistas se instaló en los

alrededores de Vila d'Alba, ávida de nuevo combustible, de artículos sobre cualquier cosa que pudiera airearse sobre los miembros de la desafortunada familia, tuviera o no tuviera relación con el caso. A veces hasta se entretenían en describir los lujosos vestidos que lucían. Que no estuvieran de luto —dando por sentado que la niña ya no estaba en el mundo de los vivos— contribuía a espolear la maledicencia de aquellos periódicos, ávidos tan solo de sensacionalismo.

Los rumores empezaron a ir y venir de oreja a boca y de boca a oreja no solo por las salas de rotativas, sino también por las calles e incluso por los salones elegantes de la ciudad, probablemente originados por algunas filtraciones policiales que involucraban a los padres en varias teorías relacionadas con el posible fallecimiento de la pequeña.

Y con la posible ocultación de su cadáver.

El escándalo estaba servido.

La gota que desbordó el tintero fue que uno de los periodistas asaltó al padre de Magui en plena calle y le espetó:

—Tal vez ustedes sean los culpables de lo que le ha ocurrido a su hija. ¡Hay quien dice que la han matado!

Un ramillete de colores se encaramó al rostro del doctor Viladalba. La ofensa era terrible. No le salían las palabras de la boca.

Media hora después del incidente, Miguel Arlegui, el nuevo jefe de policía de Barcelona, hacía un par de llamadas a los diarios sensacionalistas. Nadie sabe qué les dijo, pero lo cierto es que callaron de golpe. No así las voces de los venerables ciudadanos de Barcelona.

En cuestión de días, aquellos padres afligidos y desesperados, que habían perdido misteriosamente a una hija, pasaron de inocentes víctimas a responsables irresponsables.

Los Viladalba se quedaron horrorizados. El acoso les llegaba de todas partes.

—Se están publicando todo tipo de informaciones tergiversadas —protestó Josep Anton—. Y eso perturba gravemente las investigaciones.

—Están tratando el asunto como si fuera una novelita policíaca —se indignó Louise—. ¡Y encima nos están arruinando la vida a nosotros, que somos los principales afectados!

Por desgracia, los únicos periódicos que publicaron esas quejas fueron los mismos que las habían provocado. La prensa mayor, presionada por las autoridades, seguía metiéndose la lengua en el tintero.

Al final, la familia Viladalba decidió tomar medidas drásticas.

—Nunca hemos deseado concitar esta atención —explicó el cabeza de familia en una última declaración pública—. Por este motivo, a pesar de que hasta ahora nos habíamos esforzado por atender a los periodistas con la esperanza de que su labor nos ayudara a encontrar pistas sobre la desaparición de nuestra hija, a partir de ahora no concederemos más entrevistas ni haremos más declaraciones.

Aquella última declaración volvió a incendiar los ánimos.

Los pequeños diarios de poca monta, que llevaban unos días entretenidos con otras desgracias, volvieron a abrir la caja de los truenos.

Y en esta ocasión la caja iba cargada de descalificaciones y de críticas de todo tipo a las actuaciones de la policía: que si aquel era un país de fandango y pandereta, que si tenía un sistema policíaco y judicial con métodos propios de la Edad Media, que si había que poner en entredicho las líneas de investigación...

La situación se había ido crispando de tal manera que el caso amenazaba con arrastrar algunas reputaciones profesionales a la cloaca. Ni siquiera la contundente protesta de Miguel Arlegui, la

suspensión de algunos periódicos y la censura de gacetillas y artículos de opinión consiguieron contener el castillo de fuegos artificiales. Se insinuaba que los agentes policiales fabricaban pruebas para hacerlas encajar en el caso, se aireaban errores cometidos por ellos con anterioridad y se los difamaba abiertamente.

Y como a Hilario Manzaneda no habían conseguido encontrarle ningún precedente al que hincarle el diente, las fuerzas ocultas de la honorabilidad habían matado a su perro; como un aviso para navegantes.

Había sucedido hacía un mes.

La familia Manzaneda vivía en un primer piso de la Rambla Cortada, en Horta, que tenía un patio en la parte trasera donde estaba la caseta en la que dormía Rosco, el mestizo recogido en la calle por Angelina, la hija del inspector. Un sábado por la noche habían oído ladrar violentamente al perro. Hilario Manzaneda había sacado la cabeza por la ventana y había hecho que se callara. Ya no lo habían vuelto a oír. Al día siguiente por la mañana, cuando había salido al patio con la taza de café con leche en la mano, el inspector se lo había encontrado desplomado en el suelo con la cabeza abierta. Tras examinarlo atentamente, como si fuera la víctima de uno de sus casos policiales, había llegado a la conclusión de que el animal, que era pequeño y poco belicoso, había sido abatido de un golpe preciso con un objeto contundente que el atacante había traído y se había llevado, porque en todo el patio no se veía ninguno que coincidiera con la herida que había segado la vida del pobre Rosco.

Conmovido y horrorizado, el inspector había vuelto a entrar y se lo había contado a su mujer. Para evitar que Angelina lo viera, envolvió el pequeño cadáver con papeles de periódico y se lo llevó. Luego le dirían a la niña que el perro se había escapado. Manzaneda rondó por las calles de Horta a esa hora tranquila de la mañana del domingo sin saber qué hacer con el cuerpo del animal. Anduvo hasta la riera seca que había a medio kilómetro de su casa, cerca del torrente de Can Mariner, con la idea de enterrarlo allí, pero la tierra estaba demasiado dura y no tenía ninguna herramienta con qué cavar. Al final escondió el cuerpo del animal entre unas cañas medio secas del torrente. Le vino a la cabeza que era fácil matar pero no tan fácil deshacerse de un cadáver; por pequeño que fuera...

Esa noche, Maria Àngels le había confesado que tenía miedo. Seguro que la muerte del perro estaba relacionada con la investigación que él llevaba entre manos. Le pidió que la abandonara.

A Hilario Manzaneda no le hizo falta discutir. Ni le hizo falta abandonar la investigación. Porque, aunque no lo sabía aún, la investigación no tardaría en abandonarlo a él.

—¡Mi nieto preferido! —exclama Marga tan pronto Marc es introducido en el salón por una sirvienta perfectamente uniformada.

—¡Mi abuela preferida!

Es la contraseña establecida y Marc la sigue escrupulosamente. Es el único nieto de doña Margarida Llopart i Viladalba, la última de la familia que aún lleva ese apellido. Es evidente que lo es, su nieto preferido. Salta a la vista por la merienda de canapés informalmente dispuesta en la mesita. La abuela Marga siempre es sensible a las debilidades gastronómicas de su nieto. Un fin de año, cuando debía de tener tan solo seis o siete años, las doce campanadas habían tenido que celebrarse alrededor del lecho de Marc, que no probó ni una sola uva: unas horas antes había abierto la nevera y se había zampado, en cuestión de minutos, casi un kilo de canapés.

Junto a las bandejas con papel de encaje y etiqueta de la pastelería Mauri hay latas de cerveza y de coca-cola sumergidas en hielo, servilletas de hilo y pequeños tenedores de plata de esos que ya solo se ven en casa de las abuelas.

—Pregunta obligada: ¿cómo va el trabajo? —inquire la abuela Marga a su nieto mientras este ataca el primer canapé de salmón ahumado.

—En la recta final —contesta él, engulléndolo entero—. Ya casi me los he quitado de encima... Un par más de exámenes y... ¡vacaciones! ¡Qué bueno está esto! —añade con entusiasmo—. ¡Tú sí que sabes, abuela!

—Había pensado prepararlo fuera, pero ese vientecillo...

Como para confirmarlo, el viento arremolina las largas cortinas de tul que cuelgan a ambos lados de los portones abiertos al fondo del salón. Marc dirige una mirada de añoranza al patio, ese patio de los abuelos donde pasó tantas tardes de su niñez.

—¡Has hecho cambios!

Se trata de un patio grande, el del piso principal de uno de esos lujosos edificios de la Rambla de Catalunya que hacen recordar todavía la posición social de algunos barceloneses de principios del siglo pasado. Entre el piso y el patio hay una galería acristalada con columnas corintias y arcadas. Y en uno de los laterales, una fuentequilla con una cabeza de león de cerámica de La Bisbal que escupe agua al abrir el grifo. Alrededor de todo el patio, largas hileras de jardineras de granito blanco, con geranios, hortensias y aspidístras se alternan con inmensas macetas de terracota con pequeños árboles: limoneros, nísperos, un naranjo amargo. Al fondo del patio, la novedad: un cenador de madera de teca con cortinas de lino delicadamente recogidas. Y en el centro, un sofá de color blanco, con exóticos cojines, que le dan un aire de reportaje de *Nuevo Estilo*. Su abuela Marga siempre ha tenido un gusto exquisito para la decoración. Un don de

familia trivial pero encantador.

El lujo que desprende cada mueble, cada cuadro, cada alfombra y cada objeto de este hogar, incluido el gran piano de cola de laca negra, un Steinway, le responde a Marc la pregunta que le hizo días atrás a su madre:

—¿Qué fue de la fortuna de los Viladalba?

La abuela Marga, la única heredera, no es enormemente rica, pero sí rica. Lo bastante rica como para mantener esta casa, una cocinera y una camarera. Y para irse de vez en cuando de crucero por las islas Maldivas.

—Este piso fue el regalo de boda de mis papás —le explica ahora a Marc—. Yo nací donde vivís vosotros. Cuando murió mamá se lo regalé a tus padres. Tú no debes de acordarte ya del piso de la calle Aribau donde vivías de pequeño.

Su nieto niega con la cabeza. Para él, su hogar siempre ha sido el piso del Putxet. Tenía dos años cuando fue a vivir allí.

—Y este lo guardo para ti —anuncia su abuela perfilando una sonrisa cariñosa—; mi nieto preferido.

Marc intuye que, llevada por la conversación, ella está a punto de adentrarse en el escabroso terreno de su matrimonio fracasado y se precipita a cambiar de tema.

—He encontrado fotografías de la familia en un baúl de la buhardilla.

Al fin y al cabo, ese es el motivo principal de su visita.

La abuela Marga enarca las cejas, interrogante. Marc abre el sobre de papel manila y extrae el puñado de fotografías. Ella se pone las gafas, que lleva colgadas sobre el pecho con una cadenita de oro, y las examina en silencio.

—Mamá me ha dicho que esa de ahí es Magui, tu tía, la que desapareció...

Marga asiente con la cabeza.

—Y esta pequeña es mi madre... —anuncia señalando a Elsa.

—Me quedé pasmado: no sabía nada de esa historia.

La abuela Marga se quita las gafas y lo mira con ojos distraídos. Los recuerdos afloran desde el sótano de su memoria.

—En la familia casi nunca se ha hablado de eso. Mamá siempre evitaba el tema. Para nosotros es una curiosidad, pero para ella debía de ser un recuerdo muy doloroso.

—¿Nunca contó nada?

—Algo sí, pero no mucho. Era como un tabú familiar. ¡Y ni soñar con mencionarlo delante de mi abuelo! Cuando nací, la abuela Louise ya había muerto, pero el abuelo Josep Anton...

Marc siente una rara excitación al escuchar en labios de Marga ese nombre, que ha tenido tan presente en las últimas semanas.

—... Yo llegué a conocerlo. Murió cuando yo tenía nueve o diez años. Pero no lo veía a menudo. Prácticamente no salía de su casa... Era un hombre poco sociable. Y mamá era muy pequeña cuando ocurrió aquello...

—Pero ¿y las hermanas? —Marc señala a las dos adolescentes de la fotografía.

—Amàlia y Adela. Las francesas. Cuando sucedió la... desgracia, las enviaron fuera de Barcelona, con la familia de su abuela materna, que era francesa, y no volvieron. Se casaron y se quedaron a vivir en París. A esta... —Marga la señala en la foto—, Adela, ni la conocí. Murió joven, unos años antes de nacer yo... A Amàlia quizás la vi un par de veces en toda mi vida. Por lo visto era una mujer muy... rara... La última vez que vino fue por el entierro de su padre, y luego..., nunca más... Me parece que se pelearon por la herencia, porque el abuelo se lo dejó

todo a mi madre...

Marc observa con curiosidad los ojos de Marga, que flotan en los recuerdos, más allá del salón, del patio. Hay una mezcla agridulce en esa mirada errante.

—¿Por qué la desheredó?

—No se llevaban nada bien. Y no venía nunca a Barcelona a verlo... Ya te he dicho que mi abuelo no era un hombre demasiado amigable... A mí incluso me daba un poquito de miedo... — La abuela mira a su nieto con una ligera sonrisa avergonzada—. Siempre decía que a él solo le quedaba una hija.

—¿Qué tragedia!

—Mamá contaba que él había querido mucho a Marguerite. Era la niña de sus ojos. Y a ella, claro, a Elsa, porque fue la única que se quedó en Barcelona y la que se hizo cargo de él cuando murió la abuela Louise. Entonces mamá era todavía una adolescente, tendría quince o dieciséis años, y no debía de ser nada fácil convivir con Josep Anton, con aquel carácter... Tal vez arrastraba la amargura de... aquella... desgracia.

—Debe de ser algo terrible... que rapten a tu hija...

Marga se encoge un poco de hombros. Un gesto impreciso.

—Porque la raptaron... —hurga su nieto.

—Se supone. Nunca se supo qué había pasado realmente. Nunca la encontraron. Siguió siendo siempre un misterio...

Marc se estremece.

—Pero la policía..., los periódicos...

—Se echó tierra encima. En aquellos tiempos los Viladalba eran una familia muy rica y conocida en toda Barcelona. Y un asunto como ese...

—¿Y tú nunca sentiste curiosidad...?

—No.

A Marc le ha sorprendido la contundencia de su respuesta. Duda. Pertenece a una familia en la que el respeto a los mayores todavía se practica. Y su abuela, a pesar de que es relativamente joven, impone un poco. Aunque él sea su nieto preferido. Pero la curiosidad le puede.

—¿Por qué? —inquire con voz suave, como un niño que pregunta algo que no entiende.

Marga reflexiona durante unos instantes.

—Hay asuntos que es mejor no remover demasiado. Antes las cosas eran distintas. Nunca se hablaba de los muertos ni de las tragedias familiares. Estaba como... vedado. Como si atrajera... el mal agüero. Piensa que cuando se mencionaba a un difunto se añadía «en paz descanse» o «en gloria esté».

—Y el abuelo..., tu abuelo... ¿No encontraste nada suyo? Cartas, documentos...

—No. Ni sabía que hubiera escrito un libro... ¿Ya lo tienes?

Marc sacude la cabeza. ¿Cómo explicarle a su abuela que el resguardo del Registro de la Propiedad Intelectual se lo dio a una chica que conoció por Internet y que ahora no le coge el teléfono?

—Lo he puesto en manos de una abogada —dice finalmente con un desparpajo que le sorprende a él mismo—, pero por lo visto no es tan fácil... Ya te iré informando.

—Lo que sí tengo son algunas fotografías como las tuyas...

La mujer se levanta del sofá y se dirige a la *boiserie* de roble que ocupa toda una pared de la sala.

—Las que me dio mi madre —añade mientras abre un cajón.

Vuelve con un álbum encuadernado en piel, de esos que corrían por las casas antes de que la fotografía digital los sentenciara a muerte.

—No tenía ni idea de que hubiera algunas también en tu casa.

—Mamá tampoco lo sabía —declara Marc.

Marga, que se ha sentado de nuevo junto a su nieto, abre cuidadosamente el álbum, que tiene hojas de papel de seda entre página y página para proteger las fotografías.

La primera que aparece bajo el velo de papel es una panorámica de una preciosa mansión modernista.

—Vila d'Alba —anuncia la abuela Marga.

Marc se inclina hacia delante con una leve excitación.

—¡Madre mía!

La casa es enorme. A pesar de que la fotografía está ajustada en un primer plano, para poder meter todo el edificio hubo que hacer la toma desde una cierta distancia. La imagen revela el jardín delantero; un jardín romántico, de estilo francés, con un amplio camino empedrado que lo cruza hasta la magnífica escalinata, en lo alto de la cual unas caprichosas columnas enmarcan la inmensa puerta principal. Por encima de los tejados a dos vertientes, cubiertos de teja vidriada de un color que el blanco y negro de la fotografía revela como raramente oscuro, se levanta orgullosa una torre cuadrada de cuatro pisos rematada por una larga aguja que señala al cielo como un dedo acusador.

—¡Debía de ser preciosa!

Su abuela Marga lo mira con sorpresa.

—Es preciosa —lo rectifica con un cierto énfasis.

Marc le devuelve la mirada sin comprender.

—Todavía existe. —La anciana sonríe al ver la expresión estupefacta de su nieto—. ¡Que yo sepa no se ha movido de sitio!

La reacción de los padres de Magui tras el escándalo periodístico en que se habían visto abismados no se hizo esperar. Era evidente que las acusaciones que los convertían en cómplices de la desaparición de su hija les habían puesto la mosca detrás de la oreja.

El jefe superior de policía de Barcelona llamó al inspector Hilario Manzaneda a su despacho y le comunicó la noticia:

—Los Viladalba han contratado a un detective privado para que efectúe una investigación por su cuenta.

—Son unos prepotentes —murmuró Manzaneda, malhumorado—. Llevan un rey en el cuerpo.

—Son unos padres preocupados, es lógico que busquen soluciones —opinó Arlegui—. No se lo tome como algo personal.

—Solo nos faltaba esto: un aficionado metiendo las narices en todo este lío.

—Son gente rica, no creo que se conformen con cualquier cosa.

Manzaneda hizo un gesto de desprecio.

—En cualquier caso, tienen derecho a hacer lo que les dé la gana —concluyó, agrio, el jefe de policía—. Y usted no tiene ninguna obligación de compartir datos con ese detective..., aunque un poco de colaboración no nos iría nada mal, a la vista de los resultados de su equipo...

Hilario Manzaneda inspiró profundamente, mordiéndose la lengua. ¡Añorado Gerardo Doval!

Miguel Arlegui consultó unos papeles que tenía sobre la mesa.

—Para su información, el detectivito de los Viladalba es un tal... Roberto del Río. Lo han hecho venir expresamente de Madrid.

Manzaneda se limitó a parpadear bajo la mirada algo impertinente de Arlegui.

—No hace falta que se hagan amigos, pero estaría bien controlar sus avances por si consigue descubrir algo más que ustedes.

Al salir del despacho de su superior, una leve sonrisa se perfilaba en los labios de Hilario Manzaneda. A medida que se alejaba hacia su escritorio, la sonrisa se iba volviendo más traviesa. No le había dicho a Miguel Arlegui —y quizás mejor no decírselo todavía— que el detective que habían contratado los Viladalba era un colega de su promoción y uno de sus mejores amigos.

Media hora más tarde ya estaba con Roberto del Río, tomando una cerveza en una pequeña y acogedora taberna de Horta.

Se habían abrazado, se habían preguntado cómo les iba y se lo habían contado el uno al otro. Para ser exactos, cómo les había ido en los últimos meses, porque lo cierto era que se habían visto en Madrid por Navidad, una fiesta que la familia Manzaneda siempre iba a celebrar con los padres de Hilario. En esas ocasiones, él nunca dejaba de ir a cenar alguna noche con Roberto para



contarse las últimas novedades.

—Ya veo que no puedes estar sin mí —fue lo primero que le dijo su amigo, burlón, mientras se sentaban en la terraza de la taberna—. ¡Menudo *Xerlocolmes* estás tú hecho!

Manzaneda lo miró con ojos nostálgicos. Recordó el día en que había anunciado a sus padres que se había matriculado en la academia de policía que se acababa de inaugurar en Madrid.

Fue allí donde conoció a Roberto del Río.

Y fue allí donde sus compañeros de promoción le colgaron el alias de *Xerlocolmes*. Así, tal como suena. Porque la mayoría de los alumnos eran más de acción que de teorías. Querían ser buenos policías de calle, de los que llevan porra, pistola y esposas, corren tras los ladrones, detienen delincuentes y ponen multas a los coches. Manzaneda no. Manzaneda, que se había aficionado a leer novelas de detectives —especialmente las de sir Arthur Conan Doyle—, quería ser como su héroe. Como Sherlock Holmes. Y resolver crímenes y delitos usando el cerebro. De entre todos sus compañeros de promoción, solo Roberto del Río compartía los mismos sueños. Por eso se hicieron tan amigos. Cuando ambos se diplomaron, Manzaneda con el número uno de la promoción, Del Río con el segundo, pudieron elegir destino. Su amigo se quedó en Madrid, donde años más tarde abriría su propia agencia de detectives privados. Manzaneda se fue a Barcelona como inspector de primera clase de la Brigada de Investigación Criminal.

—¡No hace falta que seamos amigos! —reía ahora mientras le alargaba a su amigo la tabaquera.

—Creo que será mejor que los Viladalba no conozcan nuestra relación —reflexionó Del Río mientras cogía un cigarrillo—. Puede que eso nos proporcione alguna ventaja...

El inspector de policía asintió con la cabeza.

—Te pasaré toda la información que tengo, Roberto —le propuso—; y tú me informas de todo lo que tu condición de detective privado probablemente te permitirá averiguar y a lo que a mí no me dejarían ni acercarme.

Vila d'Alba.

Los ojos de Marc contemplan fascinados la magnífica mansión, rodeada de jardines, que un día perteneció a su familia. Toda la vida viviendo en Barcelona y no recuerda haber pasado nunca por esta calle. Y si alguna vez hubiera pasado, no habría tenido ni idea de que esta finca, que ahora ocupa el equivalente a un par de manzanas del Eixample, era la de los Viladalba. Acecha con emoción a través de las rejas de la cancela, donde un letrero anuncia que ahora esto es la «Residencia para la Tercera Edad Vila de l'Alba». Es una puerta de acceso a los jardines desmesuradamente estrecha, en proporción a la grandiosidad del espacio, empotrada en muros de más de tres metros de altura erizados por puntas de lanza muy disuasivas. Un recinto fortificado que parece querer protegerse del exterior a costa de un aspecto un tanto carcelario.

En la parte trasera de la finca, la que da a otra calle, ha descubierto que el muro había tenido antiguamente una verja, ahora tapiada, mayor que la de delante. ¿Era aquella, tal vez, la puerta principal? Es incongruente, porque la casa, que se ve sin dificultad desde la entrada donde está colgado el letrero, se halla encarada hacia allí. La visión es perfecta: un camino que nace en la verja avanza en línea recta hacia una imponente escalinata que trepa hasta un porche abierto, cercado de columnas, que da acceso a la bella edificación de estilo modernista. Marc la reconoce de las fotografías de la abuela Marga. Parece que la mansión no ha cambiado mucho de aspecto: un gran edificio de dos plantas en ángulo; la fachada decorada con esgrafiados y los tejados de un inusual color morado. Reconoce también la elevada torre cuadrada con tres ventanales a cada lado. El jardín ha sufrido algunas modificaciones: los caprichosos parterres franceses han desaparecido. Y también los árboles que bordeaban el camino empedrado. En las fotografías se veía una romántica fuente, una gran copa con una figurita mitológica, tal vez Marte, entre surtidores eternos. Ya no está. En su lugar hay un gran cenador que da sombra a unos cuantos bancos donde se sientan abuelas y abuelos charlando, leyendo el periódico o simplemente dormitando. Otros toman el sol en grupitos de sillas repartidos por todo el jardín. Tampoco queda ni rastro de las estatuas de estilo griego de tamaño natural que acechaban entre los setos de cipreses. En cambio, han sobrevivido los arbustos de evónimos, de un amarillo chillón, junto a la escalinata.

El vecindario es tranquilo, amable. La clase alta barcelonesa sigue siendo su indiscutible dueña.

Sant Gervasi de Cassoles, el barrio al que pertenece la Bonanova, había sido agregado a Barcelona a principios del siglo XX. Apenas medio millar de personas vivía en él cuando la burguesía lo convirtió en su lugar de veraneo. *Tener casa* allí se consideraba entonces un signo de

distinción. Incluso la residencia para ancianos en la que se ha convertido Vila d'Alba tiene aspecto de establecimiento caro. La imponente mansión la había hecho construir como segunda residencia familiar el abuelo de la abuela, Oriol Viladalba i Jover. Años más tarde, cuando el veraneo huyó de la ciudad, se hizo edificar la otra mansión, la de Argenton. Entonces Vila d'Alba pasó a manos de su hijo. Y a la muerte de este, en los años cuarenta, la bisabuela de Marc —y hermana de Magui—, Elsa, se la quitó de encima.

—Nunca le gustó —le había contado la abuela Marga—. Supongo que no podía dejar de asociarla a aquella desgracia familiar... Yo debía de tener nueve o diez años cuando la vendió. A mí también me desagradaba... Quizás porque mi abuelo Josep Anton vivía allí casi como un ermitaño, con tres personas de servicio tan ariscas como él. Cuando íbamos a visitarlo, por Navidad o por su cumpleaños, yo me ponía enferma. Me daba la sensación de que era una casa encantada, de las de cuento... Me sentaba en un sillón, junto a los papás, y me negaba a salir a jugar al jardín. A pesar de que entonces todavía no sabía nada de Magui, me asaltaban sensaciones desagradables, como si tuviera que haber fantasmas vagando por allí.

Marc sonríe con ternura. Ahora que el edificio se ha reconvertido en una aséptica residencia para ancianos ricos, cuesta imaginar lo que sintió aquella niña de la posguerra en casa de aquel abuelo nacido en el siglo XIX.

—Antes la finca era mucho mayor. En la parte trasera había un bosquecillo que daba directamente a la montaña. A veces iba allí con mamá a buscar piñones. Y alguna vez habíamos visto ardillas. Ahora todo son calles que llegan hasta el parque de Collserola, llenas de casas y chalets, e incluso de algún espantoso bloque de pisos.

—Da una cierta pena —había dicho Marc, contemplando las fotografías—. Haber tenido todo eso... Haber vivido con tanta... opulencia, y que ahora no quede ni la mitad.

La abuela Marga había permanecido abstraída durante unos instantes. Luego había sonreído y, con esa sorprendente amplitud de miras que la caracteriza, había contestado:

—Es posible. Pero tal vez ahora es más equitativo: donde antes vivía una sola familia ahora pueden vivir muchas.

Al día siguiente Marc había entrado en Google Maps y había localizado la calle y la casa. Y media hora más tarde se plantaba delante con la moto.

Vila d'Alba.

De este caserón desapareció misteriosamente, la noche de San Juan del año 1919, la hermana de su bisabuela, Marguerite Viladalba i Laforest. Para siempre jamás.

Dentro de cinco días se cumplirá el aniversario.

—Buenos días. ¿Viene de visita?

Marc da un respingo. La voz lo arranca con sobresalto de su ensueño. No ha oído acercarse a la joven, de una treintena de años, que ahora está junto a él con una llave en la mano.

—Ah, hola, no... Yo... Sentía curiosidad.

La joven, que lleva un traje de chaqueta con pantalón bastante elegante, lo mira intrigada.

—Es que..., verá... Es la casa de mi familia, los Viladalba.

—¡Ah, vaya!

—Hace muchos años ya que la vendieron... y yo no la había visto nunca...

—¿Quiere verla por dentro? —pregunta amablemente la joven. Y a continuación alarga la mano—. Alicia Llacera; soy la gerente.

—Marc Bonet —responde él mientras le estrecha la mano—. Ya no llevo el apellido. Solo mi

abuela, que todavía vive...

Alicia está abriendo la verja con la llave. Se vuelve hacia él dibujando una sonrisa.

—Pues puede que conozca a una de nuestras residentes: Teresina Martinet.

Marc la mira sin comprender.

—Siempre cuenta que vivió en esta casa cuando era propiedad de los Viladalba. Al parecer, era la hija del ama de llaves.

Cuando Magui desapareció, Teresina Martinet, la hija del ama de llaves de los Viladalba, tenía cinco años. Y era la mejor amiga de Magui.

Lourdes Martinet, el ama de llaves, era madre soltera. Y los Viladalba lo sabían, pero no les importaba porque, a pesar de su juventud, era la mejor que habían tenido nunca.

Cinco años antes de la desaparición de Magui, Lourdes Martinet, la hija única del hostel Martinet, en la Vallferrera, se había quedado embarazada del Rubio, uno de aquellos contrabandistas andorranos que recorrían la ruta de Tor al puerto de Cabús. Una noche, tras unas cuantas semanas de llantos nocturnos y ojos enrojecidos por la mañana, su madre se había colado en su dormitorio.

—Tienes que marcharte, Lourdes, ¡tu padre te matará!

Y Lourdes se había marchado. A Barcelona. Al convento de las Agustinas Arrepentidas, donde los Martinet tenían una parienta. A cambio de realizar trabajos de limpieza, las monjas habían acogido a aquella infeliz pecadora y le habían proporcionado una celda y manutención. Y unas semanas después de que diera a luz la habían empleado de camarera en casa de los marqueses de Montnegre mientras ellas se hacían cargo del bebé.

Los días que libraba, Lourdes Martinet iba a visitar a su hija al convento, pero durante toda la semana se deslomaba trabajando y ahorraba cada real, decidida a evitar que su Teresina acabara de novicia arrepentida.

Los marqueses de Montnegre eran amigos de una rica familia burguesa de Barcelona, los Viladalba. Louise Laforest de Viladalba iba a menudo a tomar chocolate con bizcochos al palacete que los aristócratas tenían en la calle Muntaner, cerca de la Travessera de Gràcia. Cuando la señora de Viladalba conoció a Lourdes, enseguida se encaprichó de ella, porque sin duda se trataba de una chica de buen aspecto, joven, vigorosa, serena y que sabía estar. A espaldas de la marquesa, le ofreció trabajo en su mansión de la Bonanova.

—No sería honesto por mi parte hacer eso —le respondió Lourdes, a quien tampoco le seducía la idea de irse a vivir a la otra punta de la ciudad, con la dificultad que comportaría para visitar a su hijita.

—Eres muy considerada, y eso me complace —le dijo Louise, que efectivamente había quedado impresionada por aquella muestra de lealtad—; pero estoy segura de que si hablo con mi amiga no tendrá inconveniente en cederte; sabe que hace tiempo que busco un ama de llaves. Por supuesto, el sueldo sería superior al que tienes ahora...

A Lourdes se le aceleró el pulso. ¡Ama de llaves de los riquísimos Viladalba! ¡Qué tentación! Pero no podía ser.

—Hay algo que usted no sabe —dijo, bajando la cabeza avergonzada—. Tengo una hija, Teresina. Una menudita de tres años que ahora vive con unas monjas que me la cuidan mientras trabajo...

Louise no la dejó terminar. Le puso cariñosamente la mano en el brazo.

—Tráela. Tengo una casa muy grande y no será ningún estorbo. Puede dormir en tu habitación. Yo también tengo cuatro hijas y sé lo que es ser madre.

Lourdes Martinet no dejó escapar la oportunidad. Las monjas, reticentes pero comprensivas, le devolvieron a la pequeña Teresina y celebraron una misa para pedir todo tipo de bendiciones para la niña y su madre.

En la primavera de 1917, dos años antes de la desaparición de Magui, Lourdes y Teresina se instalaron en su nuevo hogar: Vila d'Alba.

El inspector Manzaneda le dio un trago a la cerveza y luego se relamió ligeramente el bigote para retirar la espuma que se le había quedado adherida.

—¿En qué punto está la investigación, Hilario? —preguntó el detective privado Roberto del Río.

Con aire distraído, extrajo un cigarrillo de la tabaquera que su amigo había dejado sobre la mesa, en la tabernita de la plaza Santes Creus de Horta, la misma en la que días atrás se habían reencontrado de incógnito.

—Hace un par de semanas el sumario del caso fue declarado secreto por el juez de instrucción y por el fiscal —explicó Manzaneda—. Y se remitió al tribunal con todas las incidencias, los autos y las piezas de convicción para que decidiera si se desestimaba por falta de pruebas o si había las suficientes como para solicitar un juicio de causa criminal.

—En el que cualquier implicado puede ser objeto de prisión preventiva si las evidencias se consideran lo suficientemente firmes —reflexionó Del Río.

—Pero ha sido clamar en el desierto.

—¿Por qué?

—Se nos ha obligado a seguir una única línea de investigación: Marguerite Viladalba i Laforest fue secuestrada por persona o personas desconocidas.

—Pero... ¿y los rastros de sangre que descubriste en varios rincones de la casa? ¿No se ha tenido en cuenta que podrían ser debidos a un accidente o a un homicidio?

—La pista ha sido desestimada —suspiró Hilario Manzaneda—. Por inconsistente..., dijeron. Prefieren creer que las manchas de sangre se debieron a las habituales epistaxis de la niña. Hemos tenido que trabajar exclusivamente sobre las pistas facilitadas por sus familiares. Que, lógicamente, son las que les convienen...

—He leído en los periódicos atrasados toda esa polémica sobre la posible culpabilidad de los padres y la posible ocultación del cadáver —dijo Del Río, suavemente—. Pero, con franqueza, Hilario, no me lo trago.

Manzaneda se encogió de hombros. Ya había decidido que, para que su colega pudiera hacer su trabajo con total amplitud de miras, no lo orientaría hacia ninguna dirección concreta. No obstante, no pudo evitar decir:

—Tú mismo, Roberto. Pero me parece que está claro que hay mucho interés en reconducir las investigaciones...

El jefe de policía Miguel Arlegui había negado que hubiera recibido presiones políticas; pero en la Jefatura Superior de Barcelona se rumoreaba que el gobernador civil de la ciudad se había

interesado personalmente por los nombres y las hojas de servicio de los responsables de la investigación. ¿Por qué razón un funcionario de la administración de su categoría había sentido tanto interés por los humildes funcionarios de la policía judicial?

Al cabo de pocos días, el caso Magui se cobraba su primera víctima profesional. El juez instructor, don Jacinto Plandolit, había sido apartado del caso. ¿Un cese? ¿Una dimisión?

—Los rumores se dispararon —explicó Manzaneda mientras encendía un cigarrillo con gesto nervioso—. Pero cuando la prensa empezó a especular, don Jacinto le salió al paso asegurando que dimitía por asuntos personales.

—¡Nadie debió de creérselo! —exclamó Roberto del Río.

—Y yo menos que nadie.

Porque él había sido el siguiente en saltar.

Hacia escasamente veinticuatro horas que el inspector de primera clase de la Brigada de Investigación Criminal, Hilario Manzaneda Caçador, había sido oficialmente apartado del caso, que no del cargo.

—¿Qué excusa te han puesto? —Del Río se inclinó hacia delante, en su silla, visiblemente indignado.

—Que había roto el secreto de sumario de la investigación en curso revelando detalles que podían comprometer el juicio.

Su amigo apretó los labios, sacudiendo la cabeza.

—También me han acusado de realizar declaraciones inoportunas a los periódicos.

—¿Y es cierto?

—¡Hombre, Roberto, ya me conoces! Como mucho... puedo haberme quejado un poco del oscurantismo a que se han sometido las indagaciones...

Roberto del Río sacudió de nuevo la cabeza, esta vez afirmando. Conocía a su colega desde hacía suficiente tiempo como para saber que si había dicho algo en voz alta era porque el caso lo requería, no para cometer ninguna arbitrariedad.

—Ya han comunicado el nombramiento del nuevo responsable —informó Manzaneda pisoteando, quizás con excesiva saña, la colilla de su cigarrillo.

—¿Alguien que conozcamos?

—Un tal Xoán Goas, un inspector gallego amigo personal de Miguel Arlegui. Un enchufado.

Hilario Manzaneda deslizó por encima de la mesa un ejemplar del *Diario de Barcelona*. Su amigo echó un vistazo a la página que le indicaba. El articulista hacía grandes elogios del nuevo inspector, traído expresamente de La Coruña. Roberto del Río lo leyó en voz alta: «Es un gran profesional, célebre por su experiencia en investigaciones de relieve. La familia Viladalba también se ha mostrado mucho más cómoda, satisfecha y optimista».

—¡Y aliviada! —añadió Hilario Manzaneda con socarronería.

Porque el investigador enchufado Xoán Goas había declarado, tan pronto le habían dejado abrir la boca, que únicamente seguiría investigando la hipótesis del secuestro de Marguerite Viladalba i Laforest «por persona o personas desconocidas».



Teresina Martinet es ya centenaria. Pero nadie lo diría. Conserva la cabeza muy clara; y a pesar de una cierta dificultad al andar, se mueve con bastante agilidad gracias a un finísimo bastón que, cuando algo la enardece, en lugar de servir para apuntalarla parece el bravo florete de un mosquetero.

Sus cabellos son una elegante nube azul celeste, obra de la peluquera de Vila d'Alba, que hace juego con sus ojos, de un azul tan pálido que a veces despiertan una cierta aprensión.

Menuda e inquieta, dentro de un vestido floreado algo pasado de moda, a Marc le incita a imaginar a la niña que debió de ser cuando correteaba por estos mismos jardines, casi un siglo antes, en compañía de Magui. En contraste, lleva los pies, hinchados por el calor, embutidos en unas toscas sandalias masculinas... tan diferentes de las sandalias de tiritas rojas de Anna Aimeric... Los pensamientos de Marc se desvían hacia la noche del beso. Durante unos cuantos días ha intentado ponerse en contacto con la abogada, con la esperanza de que se le haya pasado el cabreo. Pero ha sido inútil: no coge el móvil ni aparece por el chat. ¡Si al menos le dejara explicarse! Pero seguramente lo que ocurre es que no lo encuentra lo bastante atractivo y lo del otro día le ha ido de perlas para alejarse... ¿Y ahora cómo recupera el resguardo del Registro de la Propiedad Intelectual...?

—Les dejo para que hablen de la familia. Tengo un poco de trabajo en el despacho —dice Alicia Llacera antes de alejarse por el jardín.

Marc se ha sentido observado, analizado, repasado de pies a cabeza por esos ojos pálidos cuando la gerente le ha presentado a Teresina Martinet, una de las residentes que estaba tomando el sol en el jardín. La anciana ha sonreído levemente con labios de un rosa descolorido, dejando ver una blanquísima y perfecta dentadura, sin duda postiza.

—Así que tú eres hijo de Marga —dice al fin, con una extraña devoción.

—Nieto —responde Marc tras un momento de sorpresa.

—¡Ah, claro, nieto! Tendrás que perdonarme, a mi edad me hago un poquito de lío...

—¿Conoce usted a mi abuela? —pregunta Marc, sintiendo la excitación del viaje al pasado.

—Solo la vi una vez, cuando acababa de nacer. Le hice un regalito a tu... —la anciana duda—, a Elsa.

Elsa, la hermana menor de Magui. Marc inspira emocionado.

—Fue la última vez que tuve contacto con los Viladalba —murmura Teresina con ojos ausentes.

—Debe de haber encontrado la casa muy cambiada respecto a cuando usted era pequeña... —insinúa Marc.

Antes de presentarle a Teresina, Alicia Llacera lo ha obsequiado con una visita guiada por todo

el establecimiento, explicándole las reformas y adaptaciones que, según sabe, se hicieron en la mansión.

—Las habitaciones que habían sido del servicio están prácticamente igual. Y las de la familia, que eran más grandes, se convirtieron en pequeños apartamentos para los residentes que deseen algo más de autonomía.

El salón principal, la sala de juegos y la de baile, las tres de grandes dimensiones, han sido divididas con tabiques para disponer de más dormitorios y dependencias. Conservan el artesonado de vigas policromadas, que les dan un insólito regusto a antiguo.

Alícia y Marc salen al jardín por la puerta trasera. Un sendero de baldosas descoloridas bordea el muro de la finca hasta ir a morir bruscamente a la puerta tapiada que él ha descubierto hace un rato. Al fondo del jardín delantero destaca una gran edificación, el antiguo garaje. Marc ni se imagina que ese caminito, esa puerta y ese garaje tuvieron un papel importante en el caso Magui. Con una rara añoranza, contempla Collserola, la sierra tapizada de pinos que asoma por encima del edificio, haciendo de telón de fondo a este espacio privilegiado. Se pregunta, una vez más, cómo debía de ser la vida en Vila d'Alba cien años atrás.

—Ven —dice entonces Alícia, como si respondiera a su pregunta—. Te presentaré a Teresina Martinet. Es muy mayor, pero se conserva bastante bien. A veces cuenta cómo era antes todo esto, pero no le hagas mucho caso: ella era muy pequeña cuando vivió aquí y me parece que le echa más fantasía que recuerdos.

—Vine a vivir a Vila d'Alba cuando tenía tres añitos —dice ahora Teresina Martinet.

Y sus ojos pálidos se pierden por las laderas de los montes mientras regresa a aquel año 1917 en que su madre aceptó el puesto de ama de llaves de aquella acaudalada familia.

—Los Viladalba tenían cuatro hijos. Todos niñas. De las mayores, Amàlia y Adelina, creo que se llamaban...

—Adela —apunta Marc.

—Sí, Adela..., no recuerdo gran cosa —prosigue Teresina Martinet pausadamente, como si fuera tejiendo las palabras a medida que fluyen los recuerdos—. Ya eran unas adolescentes cuando las conocí, en verano, al volver del internado donde pasaban el invierno.

¿El internado? Marc toma nota mentalmente: se lo preguntará a la abuela Marga.

—Las dos eran muy... estiraditas... Iban a lo suyo y apenas se relacionaban con las pequeñas, Marguerite y Elsa. Elsa, tu abuela.

—Mi bisabuela —le recuerda Marc.

—Ah, sí, ya me lo habías dicho... Elsa tenía un añito menos que yo, y Marguerite, Magui, seis...

Teresina calla un momento, parpadea y aprieta los labios, como si el recuerdo que ahora la asalta fuera turbador. Marc permanece en silencio. Ya llegará el momento de las preguntas.

—Enseguida congenié con las pequeñas. A ellas no les importaba que yo fuera del servicio. Lo pasábamos muy bien jugando en el jardín.

Los ojos de la anciana recorren nostálgicos los rincones de aquel mismo jardín. Flota en ellos una dulce sonrisa, como si estuvieran viendo a las tres niñas.

—Elsa era muy chiquitina. —Teresina habla a menudo con diminutivos, como si se dirigiera a niños pequeños—. Todavía llevaba pañales. Y Magui... Magui era una personita encantadora... Dulce, apacible. A todo el mundo le tenía robado el corazón.

La amistad que se profesaban la hija de los señores y la hija del ama de llaves fue tan intensa desde el primer momento que Louise, la madre de Magui, decidió que Teresina asistiera a las

clases particulares que impartían una maestra y una institutriz francesa.

—Para mí fue un regalo extraordinario —declara Teresina con emoción—. Me ofreció la oportunidad de acceder a un mundo que no era el mío. En aquella época no era fácil que una niña como yo, hija de una sirvienta, pudiera recibir una educación de calidad. Duró poco; tan solo un par de años; pero fue suficiente para contagiarme el deseo de aprender y de enseñar... Fui maestra, ¿sabes? De mayor decidí que era eso a lo que quería dedicarme... a educar niños.

—Para usted debió de ser una época muy feliz —dice Marc con cautela. No sabe muy bien cómo encarrilar las preguntas que burbujan en su cerebro. Le da miedo decir algo que contraría la felicidad que ha despertado en la anciana ese puñado de buenos recuerdos.

Ella sacude la cabeza ambigua y sus ojos adquieren de nuevo ese matiz de dolor que Marc ha visto unos instantes antes.

—Muy feliz... hasta que ocurrió la desgracia...

Marc hace crujir nerviosamente los nudillos.

Ella lo enfoca con su mirada descolorida.

—Lo sabes, ¿no?, lo que ocurrió...

Ahora es Marc quien hace un movimiento ambiguo con la cabeza.

—Sé que la niña... Magui... desapareció.

Teresina Martinet asiente pesadamente. Y, de repente, levantando el bastón que ha mantenido todo el rato aferrado, lo esgrime haciendo un molinete y afirma, contundente:

—Estoy convencida de que murió. Aquí. En Vila d'Alba.

Y antes de que Marc, absolutamente estupefacto, tenga tiempo de decir nada, añade:

—A veces oigo su fantasma vagando por el piso de arriba, y su vocecita de niña que me llama... Teresina... Teresina...

La mujer cierra los ojos con fuerza, como si con ese gesto pudiera silenciar esas voces que —piensa Marc— a buen seguro solo están en su cerebro. Al cabo de unos instantes, abre de nuevo los ojos y mira a su alrededor, como si buscara algo. Con voz ronca murmura:

—La sombra de Magui aún está en el jardín.

A pesar de los afanes del nuevo responsable de la investigación, el inspector Xoán Goas, por alejar las sospechas del entorno de la familia Viladalba declarando que solo mantendría abierta la hipótesis del secuestro «por persona o personas desconocidas», el caso Magui acabó estallándole en las narices a la policía.

La actitud de los padres, con eso de contratar a su propio detective, molestó a los peces gordos de la administración barcelonesa, quienes presionaron a Miguel Arlegui para que acelerara las investigaciones, que estaban en punto muerto prácticamente desde que se había obligado al inspector Hilario Manzaneda a abandonar el caso. Miguel Arlegui presionó a Xoán Goas. Y Xoán Goas se descolgó, de repente, con una sugerencia que hizo saltar chispas: una reconstrucción de los hechos. Hacía poco que la policía había efectuado una segunda ronda de interrogatorios entre los implicados, y las contradicciones eran tan flagrantes que Goas consideró que representar el drama sobre el terreno estimularía a los protagonistas a que las explicaran y aclararan; permitiría seguir la secuencia de los hechos y permitiría revivir pequeños detalles que tal vez parecían no tener importancia, pero que realmente la tenían.

Recelosos ante la posibilidad de que aquella comedia manchara de alguna manera su reputación, los poderosos amigos de los Viladalba se negaron en redondo y en cuadrado. La reacción de la familia de Magui también fue contundente. Consideraban la propuesta de mal gusto, además de una payasada sin ton ni son. Sintiéndose cada vez más amenazados, contrataron a un abogado para que empezara a preparar su defensa en el supuesto de que la policía llegara a acusarlos formalmente. El nombre de ese abogado reavivó los rumores ciudadanos, porque se trataba de un especialista en causas perdidas al que precedía la ambigua fama de salirse siempre con la suya. A base de localizar errores de procedimiento, impugnar pruebas o jurados y jugar las cartas más sucias de la baraja, solía conseguir el sobreseimiento del caso. Aunque pocas veces demostrase la inocencia de sus clientes.

Lo primero que hizo Saúl Abril, el abogado de los trapicheos, fue convocar a la prensa, a toda la prensa, y declarar en voz muy alta y un poco aflautada:

—Los Viladalba están siendo víctimas de una campaña difamatoria sencillamente perversa. Está meridianamente claro que todas esas insinuaciones sobre su culpabilidad en el secuestro o la muerte de su hija Marguerite no tienen ningún fundamento. Pienso remover cielo y tierra no solamente para demostrarlo, sino para emprender acciones legales contra quien insinúe lo contrario. ¡Cielo y tierra!

En la calle, y en los salones elegantes durante la hora del té, se decía que el abogado de los Viladalba incluso se planteaba la posibilidad de querrellarse contra ciertas actuaciones de los

investigadores.

A pesar de algunas voces discrepantes, la policía retrocedió inmediatamente a la posición anterior. Es decir: dejar languidecer el caso.

La prensa más osada puso punto en boca.

Y aquí paz y después gloria.

—Al final se ha decidido que el juicio no se celebre —decía ahora Hilario Manzaneda, con voz opaca, mientras liaba un pitillo—. Carpetazo al asunto y a criar polvo en algún archivador de los juzgados.

Ante la ventana, Roberto del Río contemplaba el aguacero de otoño, que escupía sobre el glaseado de los cristales salpicaduras de barro. En el patio de los Manzaneda se iban formando pequeños charcos que tiritaban con cada racimo de gotas. De la cocina llegaban los chisporroteos y el delicioso aroma del asado. El domingo se desprecizaba aburrido bajo el cielo de plomo.

—¿Por falta de pruebas? —El detective se volvió con semblante interrogador hacia su colega.

—Y de ganas. Pero sí; sobre todo, de pruebas.

Desde hacía unos cuantos años, la policía había sistematizado una serie de reglas para tratar casos criminales. Todas las pistas e indicios que se recogían en el escenario del crimen tenían que ser examinados y verificados, porque la moda de lo que empezaba a denominarse «criminalística» otorgaba más valor a esas pruebas materiales que a las declaraciones de los testigos.

—Porque testigos tenemos más de los que quisiéramos —remachó el clavo Manzaneda con un cierto mal humor.

Del Río alzó las cejas, una vez más interrogante.

—Ya sabes cómo son estas cosas —suspiró su amigo—. Un día nadie ha visto nada. Y al siguiente empiezan a aparecer testigos que han visto un montón de cosas extrañas. Como la historia del *hombre con el crío en brazos*.

Roberto del Río se acercó desde el fondo del aposento. Tras él, enmarcándolo en un mágico contraluz, los cristales de la ventana seguían goteando.

—¿Qué es eso del «hombre con el crío en brazos»? Cuéntamelo.

De hecho, la única persona que lo había visto había sido el doctor Joan Torner, un colega del anfitrión que pasaba consulta en el hospital de la Santa Creu. Era extraño que no lo hubiera mencionado en los primeros interrogatorios, la misma madrugada de la desaparición de Magui.

—Con la agitación no pensé que tuviera importancia —había dicho imperturbable al día siguiente, cuando se le había vuelto a tomar declaración en jefatura.

¿Que no tuviera importancia?! El inspector Hilario Manzaneda no salía de su estupor.

—Debía de ser la una y cuarto o y veinte de la madrugada —había contado el testigo—. Justo después del castillo de fuegos artificiales. Salí a buscar una caja de habanos que había olvidado en el coche.

La calle no estaba desierta, la mayoría de los chóferes de los invitados habían terminado la cena que se les había ofrecido en la cocina de Vila d'Alba y volvían a montar guardia junto a sus respectivos vehículos o charlaban en grupitos mientras fumaban. Joan Torner había rescatado ya la caja de puros del asiento trasero y se disponía a regresar a la fiesta cuando vio al hombre.

—Vestía pantalones claros, de hilo, e iba en mangas de camisa y chaleco. Bigote y barba negros. Entre cuarenta y cincuenta años. Alrededor de metro ochenta de altura. Llevaba un niño en brazos. Me imaginé que era un invitado de alguna de las casas vecinas que se llevaba a su hijo para casa... Que quizás el crío estaba agotado... No me fijé demasiado. ¡En aquel momento no había ninguna razón para sospechar!

Hilario Manzaneda había llegado a la conclusión de que los Viladalba defendían la hipótesis del rapto con tanta insistencia precisamente porque su amigo había visto a ese hombre con un crío. Tanto Louise como Josep Anton, pero sobre todo Louise, habían hecho suya esa pista, y a pesar de que no habían visto al presunto sospechoso, también habían hablado de él en sus declaraciones en comisaría. Con incongruencias significativas.

—Tengo entendido que era calvo y llevaba una chaqueta negra.

—¿De dónde ha sacado eso?

—Me lo dijo Joan Torner.

Cuando se había interrogado de nuevo al doctor Torner, la descripción del sospechoso había sido más precisa.

—Cuarenta y cinco... cuarenta y ocho años. Un metro setenta y cinco de altura. Zapatos claros. No, no eran alpargatas. Eran de corte clásico. No me pareció que fuera un hombre del pueblo..., más bien un señor de vacaciones. Andaba deprisa y llevaba a la criatura, que parecía dormida, tumbada entre los brazos, en posición horizontal sobre el pecho.

Le dio la impresión de que se trataba de una niña, porque el camisón —¡ahora resultaba que llevaba camisón!— era de color rosado. Sí, indiscutiblemente rosa. Solo le había visto los bracitos, que le colgaban desarticulados, y las piernas y los pies, con zapatillas.

También llevaba zapatillas.

Más incongruencias.

Cuando le habían dicho que la ropa que describía ahora se asemejaba bastante a la que vestía la niña en el momento de su desaparición, había contestado, con la misma tranquilidad de la que siempre hacía gala, que no tenía ni idea de lo que llevaba Magui.

¿Cómo podía no saberlo si, al ser uno de los amigos íntimos que iban a quedarse a dormir después de la fiesta, había participado en la búsqueda por los jardines de Vila d'Alba antes de llamar a la policía? ¡Seguro que Louise Laforest o Lourdes Martinet habían hecho una descripción minuciosa del aspecto de Magui! Y, en cambio, hasta pasadas cuarenta y ocho horas no había comenzado a aflorar esa gran cantidad de indicios que parecían encaminados a identificar al crío dormido con la cría desaparecida... ¿Acaso alguien lo había asesorado o había hecho que inconscientemente se convenciera de todos aquellos detalles? ¿Por qué motivo?

Era evidente: para alimentar la hipótesis del rapto.

—¿De dónde venía? —había preguntado Hilario Manzaneda cada vez que había interrogado al doctor Torner.

—No lo sé... Caminaba en dirección hacia nosotros... Hacia donde estaban aparcados los coches —había contestado la primera vez.

—Me parece que salió del sendero que empieza en la explanada que hay detrás de Vila d'Alba —la segunda vez.

Roberto del Río gorreó de nuevo un caliqueño de la pitillera que había sobre la mesa. Sus ojos tenían una expresión pensativa. Los fijó en los de su amigo con intensidad.

—Hilario... Tendría que leer los interrogatorios y las declaraciones de los implicados... Todo el material que tengáis en comisaría me sería de utilidad...

Manzaneda asintió con la cabeza. Ahora que él estaba fuera del caso, Roberto podía ser sus ojos y sus oídos en Vila d'Alba. Pero tenía razón: era necesario que conociera todos los detalles recopilados por la policía durante aquellos meses. Incluso los más restringidos.

Sin problemas. Miguel Arlegui ya lo había suscrito aquel día: no era preciso que se hicieran amigos, pero no iría mal un poco de colaboración del detective privado de los Viladalba...

—¡Ya se lo dije a su novio!

Anna Aimeric abre la boca, un poco por la sorpresa y un poco para protestarle a esa impertinente que Marc no es su novio (¡novio de qué, ese cretino!). Pero reflexiona. Conoce a la funcionaria. La recuerda de la última vez que llevó un libro al Registro. Es una amargada. Más vale no provocarla.

—El señor Marc Bonet es el heredero del autor —dice señalando la hoja de registro que hay sobre el mostrador—. Era su tatarabuelo. Podemos demostrarlo.

La mujer mira a Anna con suficiencia.

—Pues hágalo, y entonces hablaremos.

—Lo haré. Pero se trata de una obra antigua, y como el resguardo está algo estropeado... si fuera tan amable de empezar a buscarlo mientras realizo los trámites para demostrar que...

—¡Ya hablaremos entonces! —la interrumpe la amargada con aire victorioso. Y después de echar un vistazo al documento, añade—: Y vaya armándose de paciencia: podemos tardar unos cuantos meses... Medio año para resolver la transmisión y medio más para localizar la obra, hacer una copia...

Anna suelta un suspiro de frustración. Se da cuenta de que no lo conseguirá. Y una vez más se pregunta por qué diantre está haciendo todo esto. Y enseguida se persuade de que es debido a la curiosidad. Desde el día en que Marc le habló de lo que él denomina el Enigma Familiar y le contó la historia de la niña desaparecida no ha pasado una sola noche sin darle vueltas... ¿Y si el libro escrito por su padre explicara algo?

No lo hace por el cretino de Marc. Por supuesto que no. Ya no siente nada por él. ¡Absolutamente nada! ¡Seguro!

Lo hace solo por ella misma.

Quiere leer el dichoso libro.

Mentira.

No lo quiere solo para ella, lo quiere para Marc.

Ahora que ya no está tan enfadada —por segunda vez—, se le ha ocurrido que si consigue el libro tendrá una excusa para volver a ponerse en contacto con él...

La voz áspera de la funcionaria evapora sus cavilaciones.

—¡Compréndalo: tenemos mucho trabajo!

Anna mira significativamente a su alrededor. La oficina está vacía. Y hay tres empleados para atenderla. Uno de ellos acaba de salir del almacén. Ha cruzado la doble puerta con una caja en brazos. Anna ha visto lo que hay detrás de la doble puerta: hileras de estanterías metálicas con

montones de cajas archivadoras. Le endosa a la funcionaria una sonrisa meliflua.

—Me hago cargo.

Y da media vuelta y se va.

O lo aparenta.

Lo primero que ha hecho ha sido colarse por una puerta con un letrero de «PRIVADO» sobre una señal de tráfico de prohibido el paso. Lo ha hecho sabiendo que se exponía a que la pillaran. ¿Qué podían hacerle si la encontraban rondando por allí? Echarla. Les diría que buscaba el lavabo; que tenía una necesidad urgente; que ni se había fijado en el letrero; que no tenía carnet de conducir... Pero no le ha hecho falta poner en marcha la máquina de las mentiras porque al otro lado no la esperaba nadie. Un pasillo con despachos a ambos lados que ha recorrido rápidamente, con ademán seguro, como quien sabe a dónde va, mientras las dudas le golpeaban la parte interna del cráneo.

«¿Dónde te crees que vas?» «¿Te has vuelto loca?» «¡Nena, estás obsesionada!»

Por el libro, claro, no por Marc...

Y eso que cada vez está más convencida de que aquel dichoso libro no tiene nada que ver con la desaparición de la hija de su autor... Si así fuera, ¿por qué tendría que haberlo escondido —sí, escondido— en el Registro de la Propiedad Intelectual, en lugar de llevarlo a un notario para una custodia legal?

¡Legal!

La palabra le provoca unas nerviosas ganas de reír mientras avanza por el pasillo. Se supone que ella es una defensora de la ley. Y, fíjate tú, se la está pasando por el forro. Si la pillan...

Al fondo del corredor, se abre de repente una puerta. Espoleada por el pánico, Anna Aimeric empuja la que tiene más cerca. El aposento, minúsculo, oscuro, huele a humedad. Se ha golpeado la pierna con algo duro y frío no muy alto. ¿Habrá ido a parar casualmente a los lavabos? Oye unos pasos que se acercan y contiene el aliento. Si realmente esto es un lavabo, ha de haber un pestillo. Palpa con dedos urgentes, resiguiendo la rendija de luz del umbral. Nada. Ningún pestillo. Pero tanto da, porque los pasos han desfilado por delante de la estancia y se han alejado, llevándose el rumor por el pasillo. Al cabo de un instante oye una puerta que se cierra y el silencio se apodera otra vez de todo.

Con un suspiro de alivio, Anna tiente a su alrededor con la pierna. Tiene muy cerca aquello con lo que ha tropezado. Se agacha y lo palpa. Porcelana fría. Resigue su contorno. Parece un inodoro. Realmente está en el interior de un lavabo. Con dedos impacientes revuelve el interior de su bolso y saca el móvil. El estallido de la exigua luz azulada la hace parpadear tras los minutos de oscuridad. Lo primero que ve es la taza del váter. Es muy extraña: no la cubre una tapa, sino una reja. La mira intrigada. Luego levanta el móvil y observa el diminuto habitáculo; tan diminuto que podría tratarse del interior de un armario. Entonces se da cuenta de su error. Esto no es un lavabo; es un cuartito de limpieza. En el suelo hay cubos con las fregonas embutidas. La taza de porcelana tiene un grifo para llenar los baldes, que deben colocarse sobre la reja. En un rincón hay un aspirador y, en un estante, productos de limpieza, friegasuelos, lejía, limpiacristales, cera para muebles. Desde una percha montan guardia dos batas de color azul marino. Y debajo, dos pares de deportivas un tanto andrajosas. Una maldita mala idea va abriéndose camino en el cerebro de Anna. Sabe que lo es, una mala idea, pero el espíritu aventurero le está ganando el pulso al sentido común. El plan va tomando cuerpo con inusitada rapidez. Probablemente porque las circunstancias no son las más propicias para pensar con calma. Es una mala idea, pero bastante buena. Es una idea peligrosa. Si la pillan...



Por el momento, no cree que nadie abra esta puerta. Consulta la hora en la pantalla del móvil: la una y media de la tarde. De momento nadie entrará, pero la oficina del Registro cierra en media hora. Tal vez hoy toque limpieza y en unos instantes oírá pasos en el corredor y un par de mujeres abrirán de repente la puerta para coger el aspirador y los plumeros y... la encontrarán allí metida, como un amante en el interior de un armario...

¿Cómo es posible que en estas circunstancias todavía le haga gracia lo que le pasa por la cabeza?

Hay que pensar rápido. Si esto es el cuartito de la limpieza, los lavabos no pueden estar lejos. Las cañerías mandan.

Sin pensarlo dos veces, agarra una de las batas, un par de deportivas, un paño para el polvo y un plumero. Luego apaga la luz del móvil y permanece quieta durante unos instantes, a la escucha. El silencio sigue planeando al otro lado. Ahora o nunca.

Empuja la puerta con suavidad y asoma la nariz. El pasillo está desierto. La puerta de al lado exhibe un letrero inconfundible: el dibujo esquemático de una mujer con vestido. Y junto a ella, otra puerta con el dibujo de un hombre con pantalones.

¡Bingo!

Rápidamente, Anna sale del cuartito de la limpieza. A punto de empujar la puerta del lavabo de señoras, se lo piensa un momento. No. La otra. El lavabo masculino, que afortunadamente está desierto, consta de una estancia central con tres urinarios adosados a la pared y dos puertas al fondo. Será más fácil ocultarse aquí. Los hombres seguramente usarán los urinarios. Es difícil que se dé el caso de dos usuarios necesitando simultáneamente las tazas para obras mayores...

Se encierra rápidamente en uno de los cubículos. Por suerte, las puertas son más discretas que las de algunos servicios públicos, que tienen la parte inferior y superior recortadas. ¿Para ahorrar madera? ¿Para que ventilen? No puede evitar sonreír mientras se sienta, algo inquieta, en la tapa del váter. Las mujeres de la limpieza —las de verdad— hacen bien su trabajo, porque la cabina está impecable, como una patena. La luz, que se ha encendido cuando ella ha entrado, se extingue, sumergiéndola en una densa oscuridad. El silencio es también denso, excepto por un leve sonido de agua goteando, seguramente en los urinarios. El portazo la sobresalta. Casi tiene que estrangular el grito que le trepaba por la garganta. La luz se enciende y los pasos se acercan. Como una estatua de sal, Anna contiene la respiración. Al otro lado de la puerta se oye roce de pies, roce de tela, cremallera abajo... y al cabo de un momento un chorrillo. Con la mano sobre la boca sofoca una risa nerviosa. Si el pobre hombre supiera..., se le cortaría de golpe.

Unos instantes más tarde, nuevos roces de tela, cremallera, pies que se alejan. Ni se ha lavado las manos, el muy cochino.

La puerta que se cierra sola vuelve a batir. La luz permanece encendida todavía unos instantes, que Anna aprovecha para consultar su reloj. Faltan diez minutos para finalizar la jornada. Quizás ahora es el momento más delicado, porque los empleados desfilan por los lavabos antes de largarse... Más vale estar preparada. Silenciosa e impaciente, se pone la bata, que huele un poco a sudor, encima del vestido. ¡Suerte que la ropa de verano es poco voluminosa! Se quita los mocasines y mete los pies en las deportivas. Le vienen algo grandes... Se embute papel higiénico en la punta para que no le bailen. Perfecto. Limpia con más papel las suelas de los mocasines y los mete en su bolso. Se quita el reloj. Las dos y media y sereno. Ningún otro hombre parece haber tenido necesidades.

Con las asas del bolso improvisa una especie de mochila y se la cuelga a la espalda, por debajo de la bata. Parece una joroba, pero no le queda otra... ¡Las mujeres de la limpieza no

andan currando con el bolso colgado al hombro! Antes de acomodárselo, saca el documento de inscripción del tatarabuelo de Marc y lo guarda en el bolsillo de la bata. Al hacerlo, sus dedos tropiezan con una providencial goma elástica. Se recoge los cabellos en una espantosa cola de caballo. Algunos mechones, demasiado cortos, le resbalan por la cara. ¡Mejor! Con más papel higiénico y saliva se frota el rostro para eliminar cualquier indicio de maquillaje, sombra de ojos, pintalabios... Cuando salga de este maldito cubículo ya se echará un vistazo en el espejo y acabará de redondear el personaje. Una singular excitación se le encarama desde los pies, como la sacudida del metro bajo tierra.

A las tres y media abre la puerta del váter, esgrimiendo el plumero como quien lo hace trabajar. El silencio es tan absoluto como la oscuridad.

La puerta del pasillo se abre sin rumor. Afuera también reina la oscuridad. Todos los fluorescentes están apagados. Con pasos cautos se dirige hacia la entrada por donde ha accedido dos horas antes a esta parte del edificio, aquella en la que pone lo de «PRIVADO». Mientras avanza, va escuchando el silencio, que sigue siendo silencio. ¿Y si la puerta estuviese cerrada y tuviese que pasar la noche en algún despacho o, lo que es peor, en los lavabos? La propia desazón le acelera los pasos.

La puerta está cerrada.

Pero puede abrirse.

Chirría un poco.

Al otro lado, también sombras y fluorescentes apagados.

Cierra la puerta tras de sí y deshace el camino de aquella mañana. No hay nadie en ninguna parte. La recepción está desierta. La luz de los grandes ventanales que dan a la calle se desliza entre las lamas de los estores venecianos.

Con pasos tenues, Anna se acerca a la doble puerta del almacén.

¡Ahora solo faltaría que la que realmente importa fuera la que estuviera cerrada con llave!

Roberto del Río releía abstraído los atestados y las declaraciones que su amigo Manzaneda había transcrito unos meses antes, cuando todavía llevaba las riendas del caso Magui. Eran copias en papel carbón que el inspector había guardado *por si acaso*, porque no veía nada claro dónde irían a parar todas aquellas diligencias a la vista del poco interés que destilaban sus superiores. El detective privado apreciaba la información en todo su valor: los interrogatorios son muy importantes porque son contemporáneos a los acontecimientos, y porque los declarantes suelen ser las últimas personas que han visto a la víctima antes del crimen.

—Lo ideal habría sido hacer una encuesta simultánea en espacios separados —comentó Manzaneda, con un gesto de desaliento— para evitar la contaminación de testigos, las influencias mutuas; aunque fueran involuntarias. Pero, en ese primer momento, en la biblioteca de Vila d’Alba no había demasiadas posibilidades de ser tan estrictos.

Del Río asintió, comprensivo.

—En los últimos interrogatorios, los que realizamos cuando se empezaba a sospechar su implicación en la desaparición de la niña, sí que llamamos al matrimonio Viladalba por separado —siguió explicando Manzaneda—. Queríamos que nos proporcionaran los máximos datos posibles, desde su punto de vista particular, sobre las horas anteriores a los hechos.

Roberto del Río buscó los últimos expedientes de Louise Laforest y de Josep Anton Viladalba.

—Veo que a esas sesiones se presentaron ya con su abogado —comentó, tras echarles un vistazo.

—Saúl Abril —confirmó Manzaneda—. Un pájaro de cuidado... Tendrías que haber visto su cara cuando le pregunté por primera vez a la señora Viladalba, sin tapujos, si era culpable de la desaparición o de la muerte de su hija.

Del Río hizo una mueca de disgusto, similar a la que debió hacer la madre de Magui, su clienta, aquel maldito día.

—Teníamos que intentarlo —se excusó Manzaneda al darse cuenta de ello—. Tú lo sabes mejor que nadie: era preciso hacerles creer que teníamos alguna prueba de nuestras sospechas... y que bajaran la guardia.

El detective privado se sumergió en la lectura de la última declaración de Louise Laforest.

Había sido el momento más difícil por el que había tenido que pasar la dama.

—¿Por qué tardaron tanto en llamar a la policía?

—¿Sospecha de alguien?

—¿Es Marguerite una niña feliz?

—¿Es cierto que a usted los críos le crispan los nervios y a menudo se los quita de encima?

—La gente del servicio (no, no puedo decirle quién) cree que usted es una persona con arrebatos de genio, que a veces se pasa un poco de la raya...

Cada vez más nerviosa, Louise intentaba recoger con la raqueta del cerebro ese montón de pelotas que le caían de todas partes y devolverlas con tanta habilidad como podía, procurando que no salieran del campo de juego ni rozasen la red. Su rapidez de reflejos y una capacidad innata para adivinar trampas, la convertían en una contrincante excepcional. Los investigadores la escuchaban en silencio, con ojos que no perdían detalle de ninguno de sus movimientos. En un momento dado, Hilario Manzaneda había empezado a menear la cabeza con gestos negativos.

—La versión de los hechos que usted cuenta no se ajusta a... Hay un montón de contradicciones respecto a lo que han declarado otros testigos...

Louise se había quedado helada, abatida, haciendo un gran esfuerzo por no echarse a llorar.

—¿En algún momento se ha planteado usted la posibilidad de que la niña esté muerta? —había vuelto a la carga Manzaneda, insensible a aquel repertorio de emociones.

Louise no había tardado ni medio segundo en contestar. Con acaloramiento.

—¡Sí! ¡Claro que sí! ¡A todas horas! ¡Desde el principio!

Para entonces las lágrimas rodaban ya por sus mejillas.

—Quizás aquella noche, cuando subió a arrojar a su hija Marguerite, no fue la última vez que la vio —había insinuado Manzaneda, esforzándose por no dejarse ablandar.

—La táctica del desequilibrio —murmuró Roberto del Río con los ojos clavados en los papeles que tenía delante.

—La presionamos tanto como pudimos —admitió su colega—. Queríamos saber hasta qué punto se hundiría y tal vez confesara algo...

—Vayan con cuidado con lo que insinúan —había refunfuñado Saúl Abril, que a pesar de su fama de mostrar mucho los colmillos apenas había intervenido.

Después de cinco horas de brega, el inspector había decidido que ya era suficiente y había dado el interrogatorio por terminado.

Roberto del Río dejó a un lado el dossier de Louise Laforest y tomó el de Josep Anton Viladalba mientras sacudía la cabeza con ambigüedad.

—Con el padre fue peor —señaló Manzaneda.

El doctor Viladalba se había derrumbado a la primera insinuación. Pero no de la manera que quería la policía. Se había echado a llorar a moco tendido y había exclamado:

—Si saben algo de la situación de Marguerite deben decírmelo. ¡Soy su padre! ¡Tengo derecho a saberlo!

—Es usted quien tiene que explicarnos cosas —le había contestado Manzaneda.

Pero aquel hombre que siempre le causaba una cierta irritación por sus modales de burguesito y su manera un tanto pedante de hablar, no decía nada; tan solo lo miraba con los ojos congestionados por las lágrimas.

—¡No le hable así a mi cliente! —había gruñido Saúl Abril, moviendo su cabecita de títere presuntuoso—. ¿El caso ha pasado a ser una investigación por asesinato?

El inspector Manzaneda había dudado unos instantes antes de hacer un gesto negativo con la cabeza.

—Pues si le parece bien, dejémoslo aquí de momento —se había apresurado a exigir el abogado con aire arrogante—. Mi cliente estará a su disposición tantas veces como sea preciso.

No fue verdad.

Después de aquella sesión tan dura fue cuando el juez del caso dictaminó que los padres de

Marguerite Viladalba i Laforest no volvieran a ser interrogados. Si era necesario, se les podía hacer llegar un cuestionario de preguntas que ellos devolverían cumplimentado tan pronto como les fuera posible.

—Pero tampoco fue verdad —concluyó ahora Hilario Manzaneda con un suspiro de desaliento.

Roberto del Río fue estudiando con aplicación las demás declaraciones del sumario: los invitados, el servicio, los chóferes, las hermanas de la víctima.

Amàlia y Adela.

Ambas declaraban que tuvieron noticia de lo que había ocurrido cuando se despertaron a causa de los gritos, hacia la una y media de la madrugada.

—Unas chicas muy raras —observó el inspector Manzaneda—. ¿Quieres creer que en ningún momento parecieron... ni siquiera afligidas? ¡Como si les estuviéramos preguntando dónde habían perdido un pendiente!

Su colega dejó los informes sobre la mesa y lo miró con ojos calculadores.

—La mayor... —consultó los papeles—, Amàlia... estaba en la fiesta... pero... ¿y Adela?

—En la cama. Su dormitorio está lejos del de las pequeñas. Dijo que no había oído nada en absoluto, que dormía...

—¿Con un castillo de fuegos artificiales al otro lado de la ventana?

—Los fuegos fueron a la una. Adela tenía permiso para verlos desde su dormitorio y, además, a esa hora, según el ama de llaves, Magui todavía estaba en su cama, durmiendo.

—¿Con un castillo de fuegos artificiales al otro lado de la ventana?! —repitió Roberto del Río, con más énfasis todavía—. ¿Una niña que sus padres dicen que es un manojo de nervios...? ¿No es un poco extraño?

—Todo en este caso es extraño, Roberto. Todo parece cubierto de cortinas de humo —replicó Manzaneda—. El escenario, sin ir más lejos, no solo estaba contaminado por la cantidad de gente que había entrado y salido, sino también falseado.

La contaminación podía haber sido causada de manera fortuita. Tal vez al buscar a la pequeña por el dormitorio se produjeran algunos cambios involuntarios. Entraba dentro de la normalidad. Pero el falseamiento del decorado tenía —a la fuerza había de tener— una intención clara y contundente: secundar la tesis de que Magui había sido secuestrada por un desconocido.

Las manipulaciones más evidentes eran las de la ventana y la cuna.

Según Louise Laforest y Lourdes Martinet todas las ventanas de la habitación deberían haber estado cerradas y con las cortinas corridas para tratar de minimizar el ruido y la luz del exterior. Pero justo después de descubrir la desaparición de su hija, Louise había advertido que la ventana del ángulo, la que no daba al jardín principal, estaba completamente abierta, con las persianas mallorquinas de par en par y las cortinas extendidas hacia el centro. El alzapaños de la cortina izquierda estaba en el suelo. El del lado derecho colgaba del soporte incrustado en la pared. Si la ventana era el lugar por donde se habían llevado a la niña —Louise insistía en que, probablemente, los secuestradores eran dos, uno dentro y otro afuera—, tenía que haber sido el del interior quien había abierto las cortinas para facilitar el paso y luego —innecesariamente— las había vuelto a cerrar. Pero más bien daba la sensación de que las cortinas habían pasado la noche recogidas con los alzapaños y que había sido más tarde, al descubrirse la desaparición de Magui, cuando alguien las había corrido apresuradamente, dejándolas de la anárquica manera en que las había hallado la policía. Probablemente, eso significaba que la ventana y las persianas también se habían abierto entonces y no antes.

—Además, la otra ventana tenía las cortinas recogidas, sujetas con los alzapaños —remachó

Hilario Manzaneda.

—Quizás también fue una alteración involuntaria —alegó Del Río, que como detective contratado por la familia instintivamente se ponía de su parte—. Parece un gesto reflejo: abrir la ventana, mirar abajo...

—Pero Louise Laforest declaró que en ningún momento la había tocado... Y, sin embargo, las únicas huellas digitales que se encontraron en el tirador fueron las suyas.

—¡Eso es normal, Hilario! ¡Es su casa!

—Pues qué quieres que te diga: ¡no me la imagino yendo a cerrar ventanas a los dormitorios de sus hijas ni dándoles un beso de buenas noches! Me da la sensación de que es una dama muy... peripuesta.

Roberto del Río hizo un gesto ambiguo con la cabeza. A pesar de haber asumido con celo el papel de defensor de sus clientes, no podía evitar, en su fuero interno, compartir la apreciación de su amigo.

—Además, está el enigma de la cuna —añadió el inspector.

La cuna era la de Elsa, la hermana pequeña. Manzaneda había tenido que sortearla, e incluso retirarla, al asomarse a la ventana sospechosa. No parecía lógico que aquella cuna, que tenía espacio suficiente en la habitación, estuviera literalmente adosada a la ventana, porque habría podido servir de soporte para encaramarse en ella y provocar un accidente si alguna de las crías se asomaba a la ventana.

—A veces todavía me pregunto si fue eso lo que ocurrió —reflexionó Hilario Manzaneda—. La niña se encarama a la cuna, abre la ventana, cae al jardín y se mata... Y alguien esconde el cadáver.

—Cuando se lo pregunté, doña Louise admitió que habían sido ellos quienes habían movido la cuna mientras buscaban a la niña por el interior de la estancia —le cortó rápidamente Del Río, un poco demasiado triunfal.

—Lo cual, si nos paramos a pensarlo, no tiene demasiado sentido.

—¡Tampoco lo tendría que Magui se subiese a ella si su hermana dormía dentro!

—Los críos... Quién sabe cómo les funciona el cerebro.

—Pero no había huellas de Magui en la ventana...

—Tienes razón, Roberto. En cualquier caso, tampoco había marcas que indicaran que hubiera sido forzada desde fuera. Por lo tanto, alguien tuvo que abrirla desde el interior. Una y otra vez vamos a parar al mismo sitio: la niña fue secuestrada, que es lo que los padres defienden. ¡Pero parece un poco fuerte que, con tanta gente arriba y abajo, el secuestrador tuviera los cojones de entrar en la casa y llevarse a la cría!

—A menos que tuviera un cómplice dentro...

—Los amigos, los conocidos, y especialmente los invitados a la verbena, fueron levantando el vuelo poco a poco —explica Teresina Martinet con un deje de tristeza—. Supongo que para evitar que el escándalo les salpicara también a ellos.

Marc la escucha en un silencio casi religioso, bebiéndose todas y cada una de sus palabras.

—Ni te imaginas lo que habían sido las fiestas en esta casa. A veces se reunían hasta un centenar de invitados. Se contrataban camareras y lacayos uniformados con librea. Y una orquesta que tocaba durante toda la noche, instalada en una glorieta que había allí. —La anciana señala hacia un punto del jardín—. El champán francés corría a raudales entre las cristalerías de Bohemia, las vajillas de Sèvres y las cuberterías de plata. Y las damas, con aquellos trajes de noche, de seda, de satén... y con aquellos escotes y aquellas sargas de perlas y brillantes... Y los caballeros con sus fracs, repeinados... La calle estaba invadida por automóviles enormes y preciosos, y los chóferes venían a cenar a la cocina y contaban chismes de sus amos...

Con los ojos suspendidos en la invisible glorieta de los músicos, Marc reconstruye los colores, las luces, los sonidos.

—Pero tras la desaparición de Magui todo cambió. A la gente rica no le gusta la policía, y Vila d'Alba estuvo tomada durante casi dos meses por los investigadores. Ya no se celebraron más fiestas. El ambiente se fue crispando y los amigos que todavía se dejaban caer de vez en cuando para quedar bien fueron espaciando sus visitas.

Marc suspira, imaginándose el derrumbe social de sus antepasados.

—La familia se encerró en casa. ¡Se encerró literalmente! —prosigue Teresina—. Para empezar, hicieron levantar estos muros tan altos que rodean la finca. Antes había rejas y setos de cipreses.

—¿Por qué tan altos?

—Para evitar que se pudiera acceder desde el exterior. Los Viladalba siempre estuvieron convencidos de que a Magui la habían secuestrado, y se sintieron desprotegidos en un espacio tan grande que, además, en aquella época lindaba directamente con la montaña. Convirtieron la casa en una especie de búnker cerrado bajo siete llaves y aislado del exterior. Incluso hicieron tapiar más de la mitad de la verja principal; quitaron la cancela de reja e instalaron otra altísima, de madera, con una puertecita para entrar y salir empotrada en la mayor.

Marc mira hacia la entrada principal de la finca. Ahora comprende sus extrañas dimensiones.

—Por el contrario —prosigue Teresina—, ampliaron la puerta de servicio, la de la parte de atrás, que se abría a una explanada de donde salían dos senderos: uno que llevaba a la calle principal y otro que se alejaba hacia Collserola. Por allí salían, siempre ocultos en el interior de

su coche, huyendo de las miradas, las pocas veces que abandonaban la casa y se iban a Francia o a cualquier rincón de Europa donde no los conocieran. Durante los primeros años pasaban largas temporadas fuera, porque el doctor Viladalba se jubiló antes de tiempo para huir también de sus colegas y de sus pacientes. Era lo bastante rico como para seguir viviendo de rentas. O eso decían, porque por aquel entonces nosotras ya no residíamos aquí.

—¿Cómo es eso?

—Pues porque otra de las medidas de tus parientes fue despedir a todo el servicio —responde Teresina con voz tenue, claramente emocionada.

—¿A todos?

—Sí, a todos. Poco a poco. Los últimos en ser despedidos fueron el chófer y mi madre. Supongo que porque eran muy necesarios en la casa.

—¿Quiere decir que se quedaron solos en este caserón? —exclama Marc.

—¡Oh, no! —ríe Teresina con una cierta melancolía—. Eso hubiera sido imposible. Esta casa necesitaba mucho servicio para funcionar; y los Viladalba eran gente muy bien acostumbrada. Lo que hicieron fue establecer una costumbre singular: contrataban personal francés que traían de fuera. Cocineras, camareras, jardineros... que no hablaban ni media palabra de castellano, y mucho menos de catalán. Al cabo de un par de años, cuando les parecía que ya empezaban a conocer el idioma y podían cotillear con el servicio de otras casas o en las tiendas, los despedían y traían otros nuevos. Y vuelta a empezar.

—¡Increíble!

—No querían que nadie pudiera interferir en su vida de clausura.

Dejaron de asistir a fiestas y *soirées* y traspasaron el palco de la Ópera del Liceu. Josep Anton se desvinculó de las tertulias del Novedades y el Alhambra y se dio de baja del Círculo Ecuéstre. Y Louise dejó de acudir a los tés con la marquesa de Montnegre y con sus conocidos de la alta sociedad.

Marc intenta hacerse a la idea de aquella decadencia social celosamente buscada, y de la estremecedora vida que debieron de llevar sus antepasados a partir de entonces en aquel caserón, en los límites de la ciudad.

—Casi un año después de la desaparición de Magui, cuando yo ya tenía seis y toda la casa estaba en poder de los franceses, mi madre también fue despedida. Para ella fue un alivio. No hablaba ni media palabra de francés y poner orden en aquella camarilla de criaditas gabachas era un infierno. Tu familia fue muy considerada. Siempre apreciaron mucho a mi madre. Pero a mí no me podían ver demasiado porque les recordaba constantemente a su hijita... Habíamos sido tan amiguitas...

Teresina calla, con un nudo en la garganta. A Marc no se le ocurre otra cosa que ponerle dulcemente la mano en el brazo. La mujer agradece el gesto, y con su mano seca y arrugada da unos golpecitos a la del muchacho mientras la sonrisa le fluye nuevamente a los labios marchitos.

—Aquello me afectó mucho —retoma la narración—. Mi madre me contaba que estaba muy apagada, lloraba por cualquier cosa y por las noches me despertaba gritando, asaltada por las pesadillas...

La mujer suspira, y Marc, que no ha retirado la mano, le aprieta afectuosamente el brazo. En esa piel envejecida de un centenar de años siente latir todavía la aflicción infantil.

—Elsa, tu... bisabuela, todavía era muy niña. Me la mandaban para que la entretuviera, pero yo era como un alma en pena y no tenía ganas de jugar. Elsa también lloraba sin motivo y le daban unas rabetas que trituraban los nervios...



Marc era muy pequeño cuando su bisabuela murió y no guarda ningún recuerdo de ella. Tan solo de lo que le han contado. Elsa era una mujer discreta y de pocas palabras que nunca vivió con la ostentación que le hubiera permitido la herencia, menguada pero todavía opulenta, de los Viladalba. Tal vez su temperamento había quedado marcado por la tragedia que en aquellos días no acababa de comprender, pero que fue asimilando a medida que se hacía mayor junto a un padre malcarado y excéntrico.

—Los Viladalba nos enviaron a Zaragoza, a casa de unos parientes lejanos que necesitaban un ama de llaves —explica Teresina, disipando las reflexiones en las que se ha sumido Marc—. Y allí nos quedamos a vivir. Mi madre nunca volvió a Catalunya.

Lourdes Martinet, con aquella tenacidad que la caracterizaba, había ido llenando la hucha, ahorrando cada real, para asegurarse la jubilación. Incluso pudo comprar una casita en un pueblecito próximo a la capital aragonesa.

—Lo cierto es que fuimos muy felices en Zaragoza —admite Teresina—. La casa donde servía mi madre era una buena casa. No tan lujosa y mundana como Vila d'Alba... pero le tenían bastante cariño y le pagaban un sueldo que no estaba nada mal. Cuando tuve edad, me colocaron de doncellita de la señora. Pero mi madre no quería renunciar a un futuro mejor para mí fuera del servicio doméstico y se esforzó mucho por conseguir que estudiara... ¿Te he contado que fui maestra en una escuela de Zaragoza?

El joven asiente con la cabeza, componiendo una sonrisa paciente. Es curioso cómo funciona el cerebro de una mujer centenaria: recuerda cosas que sucedieron hace mucho tiempo y olvida las que acaba de hacer o decir instantes atrás.

—Usted sí que volvió a Barcelona, por aquella época. —Marc recuerda el comentario que ha hecho ella un rato antes.

—Sí. Muchos años más tarde. Mi madre mantenía el contacto con Dolorettes, que había sido la cocinera de los Viladalba. Yo le escribía las cartas y le leía las que nos llegaban. Tus parientes le habían encontrado trabajo en otra casa de Barcelona, pero Dolorettes sabía todo lo que pasaba aquí, en Vila d'Alba.

Los ojos de Teresina se dispersan una vez más por el jardín. Durante un buen rato no dice nada. Marc permanece en silencio, respetando ese otro silencio que no sabe si es fruto de los recuerdos que se arremolinan en la mente de la anciana o de una de esas derivas momentáneas. Al cabo de unos minutos Teresina le devuelve la mirada y en sus ojos hay un cierto desconcierto, como si acabara de descubrir su presencia. Marc le sonríe apaciblemente antes de reconducir la conversación.

—Me decía usted que volvió a Barcelona unos años después de la desgracia...

—A principios de la guerra. Vine a buscar un certificado de nacimiento para el título de maestra y aproveché para visitar a tu bisabuela Elsa, que acababa de tener un bebé. Lo sabía por una carta de Dolorettes. Le traje un regalito para la niña: una medallita de la Virgen del Pilar. Elsa estuvo muy agradable, a pesar de que no me recordaba en absoluto. Incluso me invitó al bautizo, pero no pude asistir porque tenía que regresar a Zaragoza. Volví a verla unos años más tarde, cuando tu... —Teresina duda una vez más— abuela Margarida debía de tener ocho o nueve años. Una niña preciosa... ¿Sabes que le pusieron ese nombre en recuerdo de Magui?

Marc sacude la cabeza. No se lo han contado nunca y a él no se le había ocurrido que fuera ese el motivo.

—Fue unos meses después de que muriera mi madre. Murió joven: a los cuarenta y ocho años, de leucemia... Poco después llegó una carta de Dolorettes diciendo que el doctor Viladalba

acababa de morir también. Pensé que podría asistir al funeral, que se celebraba la semana siguiente. No sé por qué sentí el deseo de revivir una parte de mí que pertenecía a un pasado tan lejano. Quizás la curiosidad. Louise había muerto hacía tiempo, una docena de años aproximadamente. También lo supimos por Dolorettes. Mi madre me hizo enviar una nota de pésame que nunca fue contestada. El día del funeral del doctor Viladalba fue la última vez que tuve contacto con tus parientes.

La anciana suspira, como si con esta declaración clausurara, de una manera u otra, esa parte de su pasado, llena de sombras y luces, que nunca se había desvanecido del todo.

—Eran un poco como mi familia —confiesa con un hilo de voz—. No me he casado... ¡Quizás porque no he encontrado a ningún hombre que me aguantara!

Ahora ríe con franqueza. Marc concluye, cautivado por su dulzura, que no puede haber sido ese el motivo.

—Y tampoco tenía más familia: mi madre había renunciado a la suya hacía mucho...

Y con una voz tenue le cuenta, a grandes rasgos, lo poco que sabe de unos parientes perdidos en un hostel perdido de los Pirineos.

—Al poco de jubilarme, vine un día a Barcelona, para el entierro de Dolorettes. No habíamos dejado de cartearnos, incluso tras la muerte de mi madre, a pesar de que nunca más volvimos a vernos... Fue a mediados de los ochenta. Barcelona había cambiado muchísimo. Era una ciudad que empezaba a brillar de nuevo con esa luz que nunca han logrado apagarle a pesar de las guerras, las posguerras y los bastonazos.

La sonrisa de Teresina es también luminosa. Sus ojos pasean de nuevo por el jardín de la que había sido su casa. Ahora no son unos ojos melancólicos, sino alegres, ilusionados.

—Tuve curiosidad por ver Vila d'Alba y vine. ¡Imagínate mi sorpresa al descubrir que estaban haciendo obras para convertirla en una residencia de ancianos! Enseguida supe lo que quería. Vendí la casita de Zaragoza, hice las maletas y me planté aquí...

Teresina dirige a Marc una mirada llena de satisfacción.

—Por fin había vuelto a casa.

Anna Aimeric mira a su alrededor un tanto desanimada. Lo ha conseguido: está en el interior del almacén del Registro de la Propiedad Intelectual. Pero... ¿y ahora qué? ¿Cómo localizar el manuscrito de Josep Anton Viladalba?

Saca del bolsillo de la bata de limpieza la inscripción que hizo el pariente de Marc vete a saber cuántas docenas de años atrás. Ese dato ha desaparecido, como la mitad de los que constaban.

El almacén está a oscuras, negro como una noche sin luna. Anna busca cerca de la puerta un interruptor. Descubre una lucecita roja, diminuta y parpadeante, que indica su ubicación. La pulsa y una claridad tenue barre la tiniebla, arrinconándola tras las hileras interminables de estanterías. Andamios y más andamios que trepan por las paredes, cargados de centenares de cajas archivadoras cargadas de centenares de dossieres, los esqueletos de libros que puede que ahora mismo estén en las librerías o que nunca llegarán a ver la luz porque ningún editor los quiere publicar; porque su autor no ha sabido cómo hacerlos llegar a buenas manos; porque el escritor está muerto y nadie sabe que allí hay un libro escrito por él... Pensar en ello provoca una cierta angustia. Entre esos centenares de miles de dossieres nunca publicados que duermen allí dentro, como en *El Cementerio de los Libros Olvidados*, de Ruiz Zafón, tal vez haya obras de auténtico valor, libros extraordinarios que la humanidad se está perdiendo y la humedad se está merendando...

Un ruido al fondo de la inmensa sala la sobresalta y la hace volver del ensueño romántico y melancólico en el que se ha dejado caer. Escucha con atención clavada en el suelo. No sucede nada. No aparece nadie caminando hacia ella con ademán amenazador. Pero en el aire vibra otro ruido, el de algún aparato funcionando. Quizás el Cementerio de los Dossieres Olvidados sea como las salas de los museos, donde hay que mantener una temperatura que conserve las piezas expuestas...

Anna mira a su alrededor consternada. ¿Por dónde empezar? La funcionaria adusta le ha dicho que tardarían en localizar la obra porque es antigua. ¡Y eso que no se ha fijado en que al resguardo le falta información! Por la antigüedad del documento, es evidente que se trata de una inscripción de antes de la guerra. Los datos no deben de estar informatizados. Apenas si lo estarán los de los años anteriores a la invención de la ofimática... Eso quiere decir que en algún lugar tienen que estar los antiguos archivos manuales... Quizás en la sala de Registro... Asoma la cabeza desde el almacén y echa un vistazo. Una claridad de media tarde de verano cae a través de los ventanales. Al otro lado de los cristales y de los estores venecianos se adivina la calle. Anna se pregunta, una vez más, cómo saldrá de allí. Y una vez más sacude ese pensamiento de su cerebro. Ya pensará en

eso más tarde; ahora lo que hay que hacer es encontrar el dichoso libro.

En la sala de Registro solo se ven el mostrador, escritorios, sillas y la gran mesa donde los autores rellenan las inscripciones. Ningún archivo de aspecto antiguo. Tiene que estar en el interior del almacén.

Entra de nuevo. Está otra vez a oscuras. Pulsa la lucecita roja que le guiña junto a la puerta y el par de bombillas vuelven a encenderse prácticamente sobre su cabeza. El resto sigue en sombras. Con paso decidido, pero intentando que esas deportivas que le vienen grandes hagan el mínimo ruido, Anna camina hacia el fondo de la enorme nave. A medida que avanza, las luces del techo se van encendiendo, como si se tratara de aquel camino de baldosas amarillas de *El mago de Oz* que la llevará hasta la Ciudad Esmeralda. Las altas murallas de las estanterías forman calles y callejones señalizados con números y letras. ¡Los números y las letras que le faltan al documento que lleva en la mano!

Casi cien metros después, llega al final de la nave. Y es allí donde descubre los viejos archivadores, arrinconados como si la vida moderna quisiera quitarlos de en medio. Anna mira las etiquetas pegadas a cada cajoncito con la esperanza de ver letras que indiquen apellidos. ¡Sería tan fantástico! Viladalba, Josep Anton... Pero no. Todo son años y números. Y precisamente eso es lo que ella no tiene, ni años, ni números. ¡Espera! ¡Sí que hay algo! Se sitúa bajo la bombilla más cercana y vuelve a leer el resguardo. La obra fue inscrita el 10 de junio de algún año del siglo XX con un número de registro terminado en 745. Lo único que puede hacer es revisar metódicamente todas las fichas buscando inscripciones que acaben en esas cifras. Con un suspiro de resignación se sienta en el suelo y tira de uno de los cajoncitos.

«¡Manos a la obra! 745... 745...»

Como si de un mantra se tratara, exactamente a las 7 y 45 de la tarde, localiza la obra.

Casi grita de éxtasis al leer los datos en esa ficha amarillenta escrita a mano con iniciales de caligrafía decimonónica y tinta que se ha vuelto de color sepia:

*Inscripción número: 10.745  
10 de junio de 1944  
(once y treinta minutos)  
Barcelona (provincia de Id.)  
D. José Antonio Viladalba Claret  
Título:  
ELS MALS DEL COR  
44 / 10 / V*

El casi grito de éxtasis se convierte en un gemido al leer el título.

LOS DOLORES DEL CORAZÓN.

«¡Nooooooooo!»

¡Tanto trabajo para acabar encontrando un ensayo de medicina de la primera mitad del siglo XX que ahora no debe de valer ni el papel en el que fue escrito!

Desilusionada, Anna se deja caer hasta sentarse en el suelo, con el fichero todavía sobre las piernas. Le duele todo el cuerpo. Lleva cuatro horas revolviendo cartoncitos, a veces de rodillas, casi como si estuviera en misa, y tiene los dedos doloridos y ennegrecidos por el polvo de años de escritores absolutamente desconocidos que probablemente hace tiempo que crían malvas... ¡Y todo para acabar descubriendo que la historia de la niña desaparecida una noche de San Juan no

está aquí, y que lo único que hizo su padre, un cuarto de siglo después, fue escribir un vademécum sobre enfermedades coronarias!

«¿Qué esperabas?, ¿una peli de Hollywood?»

¿Y si...? ¿Y si los dolores de corazón del señor Josep Anton Viladalba i Claret fueran, en realidad, unos dolores de corazón distintos de los que se esperan de la pluma de un médico? ¿Y si...? ¿Y si el título disimulara una obra que él no quería que pudiera localizarse fácilmente?

Cuatro zancadas y Anna se planta en el pasillo central del almacén. Con cuatro zancadas más, ante la estantería 44 / 10 / V. Y un vistazo es suficiente para localizar la caja archivadora. Con dedos impacientes extrae una apolillada carpeta de un gris sucio rebozada de manchas de humedad y con los ojales oxidados. En la cubierta, sobre una etiqueta color mantequilla rancia, la tinta, muy descolorida, anuncia: *ELS MALS DEL COR. JOSEP ANTON VILADALBA I CLARET.*

Cuando Anna tensa las gomas de la carpeta, se le quedan pegadas a los dedos, absolutamente derretidas. Con mucho cuidado, alza la cubierta. En el interior, sin ningún tipo de encuadernación, flotan un par de centenares de cuartillas. En la primera se lee lo mismo que en la carpeta. La levanta cruzando mentalmente los dedos. La segunda página está encabezada por un título en mayúsculas:

## MI FAMILIA

El grito de éxtasis regresa a los labios de Anna.

A pesar de lo difícil que resulta, con esa luz y en esas circunstancias, Anna no se resiste a empezar a leer allí mismo las letras desvaídas de una antigua máquina de escribir:

Antes del día 24 de junio de 1919 yo era Josep Anton Viladalba i Claret, médico de familia y profesor de Medicina del hospital de la Santa Creu i Sant Pau, casado con Louise Laforest de Vallicourt y padre de cuatro hijas...

«¡Sí!»

Con gestos urgentes, Anna extrae las cuartillas de la carpeta antes de devolverla a la caja archivadora. A continuación se descuelga el bolso, que lleva como una mochila, y mete el mecanoscrito junto a los mocasines que sus pies, dentro de esas deportivas *de segundo pie*, añoran tanto. El disfraz ya la cansa, pero habrá que aguantarlo un poco más, hasta que sepa cómo resolver el último problema del día: ¿cómo salir de allí!

Tras comprobar que su paso por el almacén no ha dejado ningún rastro visible, Anna Aimeric se dirige a la puerta que da a la calle. Evidentemente está cerrada. Durante el siguiente cuarto de hora, sus deportivas de préstamo recorren de punta a punta las instalaciones. Pequeños almacenes, despachos, salas de juntas... No hay salida. Por ningún otro sitio que no sea la puerta de la calle.

«¡Ay, ay, ay!»

A medida que va pasando el rato y no quedan rincones por explorar ni posibles salidas por las que escapar, Anna empieza a hacerse a la idea de que le tocará pasar la noche en esas oficinas. En uno de los despachos, el más grande de todos, ha visto un sofá. Probablemente, para recibir visitas. Podrá echar una cabezada. Conectará la alarma del móvil y a la hora de apertura del Registro estará de nuevo oculta en los lavabos. Y cuando lleguen los empleados... como quien no quiere la cosa...

De repente, recuerda que hoy es viernes.

El pánico la domina. ¿Dos días encerrada aquí dentro? ¿Y sin nada que comer? El corazón le cabalga desbocado. Por primera vez se arrepiente en serio de haber iniciado esa absurda aventura.

«¡Cálmate, cálmate!»

Su mente pragmática busca soluciones. Quizás en los cajones de los escritorios encuentre galletas, o pastas... La gente suele tenerlas para matar el gusanillo...

«¡Dos días!» «¿Cómo te has metido en este lío?»

Y es entonces, en el momento en que el pánico vuelve a ceñirla como un sudario frío, cuando el ruido de llaves en la cerradura le araña el oído. El susto no le impide esconderse de un salto en el almacén de donde una hora antes ha robado el dichoso libro. Pegada a la puerta, intentando tragar saliva por la reseca garganta, escucha los pasos y las voces. Dos mujeres gritonas y de palabras sencillas con acento del sur. En su cerebro estalla la comprensión: una de ellas debe de ser la propietaria de la bata que lleva puesta.

Un portazo y las voces y los pasos se diluyen. Es evidente que acaban de entrar en la zona de despachos. En cuestión de segundos se darán cuenta de que algo sucede..., simplemente porque faltan una bata, unas deportivas y un plumero.

Desesperada, Anna Aimeric abre un poco la puerta del almacén y asoma la cabeza. A pesar de que ya debe de ser tarde, la recepción está todavía iluminada por la claridad estival que se cuele por los grandes ventanales. El cerebro de Anna late casi al ritmo de su corazón. Mil planes absurdos van y vienen a tanta velocidad que ni tiempo tiene de atraparlos.

Y es entonces cuando lo ve.

Es un manojo de llaves, de muchas llaves, en la cerradura de la puerta que da a la calle.

No se lo puede creer.

Pero más vale que se lo crea.

Abandonados ya los intentos de moverse silenciosamente, Anna se lanza sobre la puerta, hace girar la llave que hay metida en la cerradura y la abre de un tirón.

La gente camina arriba y abajo por la acera de la Gran Vía, la mayoría con la cabeza hundida entre los hombros y los ojos hundidos en la pantalla de su smartphone.

Delicadamente, Anna Aimeric cierra la puerta de la oficina del Registro de la Propiedad Intelectual tras de sí y echa a andar calle abajo, con las piernas como flanes, el corazón como un fuelle y el cerebro como la campana de la catedral.

## MI FAMILIA

Antes del día 24 de junio de 1919 yo era Josep Anton Viladalba i Claret, médico de familia y profesor de Medicina del hospital de la Santa Creu i Sant Pau, casado con Louise Laforest de Vallicourt y padre de cuatro hijas.

Cuando escribo estas líneas, mi universo es absolutamente distinto: estoy retirado, Louise ha muerto hace tres meses y solo me queda una hija: la menor, Elsa, que actualmente es una adolescente.

Hace doce años, seis meses, una semana y un día que Magui desapareció.

A pesar de que escribir estas memorias será doloroso, debo hacerlo. Por higiene mental. Necesito una válvula de escape para mis pensamientos y sentimientos. Y, además, se lo debo a Magui.

No estoy seguro de lo que haré con este documento cuando lo haya contado todo, pero creo que tengo la obligación moral de dejar constancia de lo que ahora sé (estoy convencido) que le ocurrió a mi amada hija.

A pesar de la imagen que proyectábamos al exterior, la nuestra nunca fue una familia normal. Más bien era como un amasijo de parches estrafalarios pegados un poco de cualquier manera.

Tampoco mis padres eran demasiado normales... Se llevaban un montón de años pero se entendían a las mil maravillas. Tenían una bella mansión en la calle Argenteria, una residencia de verano en la parte alta de la ciudad y una fábrica en las afueras que les había llenado los bolsillos de oro. La había fundado en 1853 mi padre, Oriol Viladalba i Jover, y una década había sido suficiente para convertirla en una de las más importantes de Catalunya.

Sant Martí de Provençals, donde estaba ubicada Algodones Viladalba, era una mezcolanza sórdida e insalubre de fábricas, talleres, viviendas humildes y vías de tren. En las grandes naves de la factoría, donde las máquinas de hilar y tejer ensordecían los oídos y las tinas de tinte ofendían poderosamente el olfato, las condiciones de trabajo eran extremas. Hombres, mujeres y niños se ganaban su triste mendrugo de pan en una promiscuidad de miseria y tristeza que hería el espíritu. Allí vi, desde muy niño, enfermedades, llagas, heridas y mutilaciones espantosas. Fue la percepción de aquel sufrimiento exorbitante lo que despertó en mí la vocación médica y me quitó las ganas de continuar con el negocio familiar.

Mi padre, a pesar de haber ganado dinero a manos llenas, también estaba harto y aburrido del algodón y de las serias dificultades que tenía que afrontar día tras día debido a las convulsiones obreras. No deseaba sino transferirme toda esa responsabilidad; y por ese motivo no le hizo la más mínima gracia aquella inclinación mía, tan alejada de sus intereses.

—No son médicos lo que hace falta en esta familia. La fábrica trae muchos quebraderos de cabeza y alguien tendrá que hacerse cargo de ella. ¡Tú eres mi

único hijo, el heredero, y es tu responsabilidad!

Por suerte, mi madre siempre me apoyó. Y, para más inri, los anarquistas me echaron una mano: una noche pusieron una bomba en Algodones Viladalba y volaron el techo de un par de almacenes. Los desperfectos no fueron importantes, pero la metralla hirió gravemente al vigilante nocturno, que salvó la vida por los pelos. Aquello le hizo perder el sueño a mi padre. Y de repente, con el negocio viento en popa, anunció que ya tenía suficiente, que arriaba velas. Vendió la fábrica poco antes de que se perdieran las colonias de Cuba y Filipinas y se dedicó a vivir de rentas.

Yo me saqué el título de médico. Como fui el segundo de mi promoción, la Facultad de Medicina de Barcelona me ofreció la oportunidad de doctorarme en París.

Y allí conocí a Louise.



## LOUISE

Louise Laforest de Vallicourt era la hija mayor de uno de mis profesores, el de Farmacología.

En aquella época, los médicos catalanes éramos muy bien recibidos en París. Tal vez porque todo el mundo recordaba a personalidades como el doctor Orfila. El caso es que algunos de los profesores que conocí en la Facultad de Medicina francesa acabaron convirtiéndose, aparte de mentores, en buenos amigos míos. De entre todos ellos, quien más, sin duda, el ilustre farmacéutico Étienne Laforest, quien además de regentar el establecimiento de farmacia más reputado de toda la ciudad, era catedrático de la Sorbona. No hacía aún ni medio año que era alumno suyo cuando ya me invitaba a su casa, a familiares diners en ville, como se les llamaba entre la gente del Tout Paris. Yo creía que tan solo por cortesía, pero Louise acabó confesándome, desternillada de risa, que desde el principio su padre había acariciado el proyecto de casarme con su hija pequeña, Ivette. Aquella celestina con bata blanca, que conocía no solo mis méritos de estudiante, sino también el nivel social de mi familia, estaba resuelto a sacarle el jugo a nuestra relación.

Las dos hermanas, Louise e Ivette, eran tan diferentes que, si no hubiera sido por un cierto parecido en el fondo de los ojos y en la melodía de su risa, nadie hubiera dicho que eran hermanas. Porque Louise se asemejaba tanto a su padre como Ivette se asemejaba a su madre, la bellísima Denise de Vallicourt, una joyita robada por el eminente farmacéutico de las mismas entrañas de la vieja y silenciosa aristocracia parisiense.

También los temperamentos de las dos hermanas eran como la noche y el día.

Desde muy pequeña, Louise, el ojito derecho de su padre, le era tan devota que, a pesar de los convencionalismos de la época, había desarrollado, en paralelo a su talante femenino, todo un universo de intereses y aficiones más propios de los hombres que de las mujeres.

Como no tenía hijos varones, monsieur Laforest había tenido que conformarse con compartir las satisfacciones de su profesión con sus hijas. De hecho, solo con la mayor, porque a Ivette nunca le interesó la química aplicada. Louise, en cambio, primero por resultar agradable a los ojos de su padre, y poco a poco por pura afición, fue asimilando los conocimientos, los conceptos, las fórmulas...

—A menudo le hacía compañía en su laboratorio, que entonces estaba en el piso de abajo de casa —me había contado Louise—. Me llevaba un libro o un cuaderno para pintar... tenía cinco o seis años. Pero siempre acababa preguntándole qué estaba haciendo. Y él me lo explicaba... Ya sabes lo buen profesor que es.

Y porque, efectivamente, era muy bueno, la pequeña de cinco o seis años, a

medida que iba creciendo —y preguntando—, se iba convirtiendo en una experta. Cuando fue consciente de ello, Étienne Laforest, después de dudar un poco y filtrarlo —nunca mejor dicho!— por todos los alambiques, acabó aceptando que quizás todavía pudiera dejar en herencia su saber. Aunque fuera a una hija. Al fin y al cabo, pensó, Louise era una joven muy formal, con un carácter más bien reservado, adusto, incluso algo antipático, así que, como tampoco le parecía que poseyera una gran belleza, probablemente se quedaría para vestir santos. Cuando caí del cielo en casa de los Laforest la niña tenía ya veinte años y, a pesar de no haber faltado a ninguna temporada social del brillante París, no tenía ni un solo pretendiente.

Los Laforest vivían en una elegante residencia del boulevard Saint-Germain, el más exquisito de París, cerca de la Sorbona. El primer domingo que monsieur Étienne me invitó a comer en su casa fue también la primera vez que vi a sus hijas. Ivette me dejó trastornado en el acto. Recuerdo que aquella noche no pude pegar ojo pensando en ella. La quería, la deseaba, había quedado profundamente enamorado. Tal vez su padre se había dado cuenta y, como eso favorecía sus planes, a partir de entonces se impuso la obligación de invitarme, como mínimo, una vez por semana a compartir mesa y familia.

—Es un buen chico, gente bien, y debe de sentirse muy solo aquí, en París — me contó Louise que les decía a todas horas para justificar aquellas constantes invitaciones.

Madame Denise, que nunca hablaba de más, y que parecía la imagen misma de la devoción conyugal, no se dejó engatusar. Tenía otros planes para su bonita Ivette: quería que regresara al grupo social al que ella había renunciado al casarse con Étienne por amor. O sea que, con una habilidad admirable, empezó a maniobrar para quitarme del camino de su hija pequeña a la vez que, a la chita callando, me colocaba en el de su hija mayor. Sin duda la dama tenía una visión más amplia de la realidad y era consciente de que ni Louise era una soltera empedernida ni Ivette la mujer adecuada para hacer feliz a un médico que, por muy rico y acomodado que fuera, tarde o temprano regresaría a su país.

Pero en aquellos días yo solo tenía ojos y suspiros para Ivette. Y si pasaba demasiado tiempo sin que Étienne Laforest me invitara a su casa, me las ingeniaba para dejarme caer por su despacho de la facultad, o hacerme el encontradizo en los jardines y mencionarle cuánto me aburría en aquella gran — y deliciosa y fascinante y entretenida y tentadora— ciudad.

Mientras me recreaba la vista con la rosada y comestible piel de Ivette, hacía lo mismo, por el oído, con la conversación siempre notable y cautivadora de su hermana. Yo no me había fijado, porque no sabía cómo era antes, pero su madre sí que se dio cuenta enseguida de que, los días que iba a compartir mantel y sobremesa, Louise aparecía en escena mucho más acicalada, peinada y maquillada que d'habitude... De hecho —me lo confesó años más tarde—, había solicitado la cooperación de su experimentada hermana. Ivette, que a pesar de ser encantadora conmigo no tenía ninguna intención de convertirme en su media naranja, compartía el secreto de Louise, que sí trataba de conducirme astutamente al altar.

Tuvo que pasar casi un año de visitas asiduas a chez Laforest para que empezara a advertir por mí mismo que hablar con Ivette era de lo más aburrido y hablar con Louise de lo más apasionante. Y que además de ser una mujer con un talento poco habitual y muy versada en el mundo de la medicina, también era muy atractiva. Su conversación era tan sólida que intuí que, si no me andaba con ojo, sería capaz de convencerme de cosas con las que yo no comulgaba. Como, por ejemplo, el derecho de las mujeres a votar, una moda extravagante que en aquellos días se había filtrado en algunos países europeos.

—Una mujer no es un instrumento al servicio de los hombres —decía Louise sin tapujos en las conversaciones de sobremesa—. Es un ser libre, individual, con

derecho a pensar por ella misma.

Ivette no estaba de acuerdo.

—Somos sentimiento e instinto —oponía, con un mohín delicioso—. ¿Qué sería de nosotras sin un hombre que nos guiara y nos protegiera?

—¡Nuestra lucha es tremenda! —Louise se ponía como un basilisco—. Y a dos bandas: ¡contra los hombres y contra las propias mujeres!

Y al decir «nuestra lucha» pluralizaba porque, al poco de conocernos, se había inscrito en *Le Suffrage des Femmes*, la asociación feminista francesa. El día que lo descubrí, sentí fluidos de indignación, de curiosidad y de excitación a partes iguales, porque empecé a imaginarme cómo podría traducirse la pasión envuelta en tafetanes de aquella moderna Juana de Arco si la pudiera catar envuelta en sábanas.

Mientras mi percepción hacia Louise iba variando poco a poco, su padre seguía vendiéndome el artículo de la hija pequeña. Y su madre sacaba la artillería pesada para defender sus intereses.

Un día, madame Denise anunció que había invitado a cenar al joven hijo de unos amigos de su familia. El heredero de la baronía de Baudry era el más flamante pretendiente de Ivette, y a monsieur Étienne, que sabía qué zapatito le apretaba a su mujer, aquella convocatoria lo puso en guardia. De manera que, para defender su bastión, me invitó también a mí. Y en los días anteriores a la cena me sometió a un bombardeo, constante y no muy sutil, acerca de todas las gracias, virtudes y ventajas de comprometerme con Ivette...

Aquello acabó por decidirme. Ese mismo día compré una preciosa sortija en la joyería Boucheron y me presenté a la cena con ella en el bolsillo del frac.

Durante los postres, cuando me pareció que tanto madame Denise como monsieur Étienne estaban a punto de explotar a causa de su reprimida inquietud, me levanté de mi silla y declaré, solememente, que esa noche había ido con la seria intención de pedir a los Laforest la mano de una de sus hijas. Todavía sonrío al recordar la cara de satisfacción de Étienne, la expresión de sobresalto de Denise, la mirada de complicidad de Ivette y la recelosa curiosidad del futuro barón de Baudry, mi futuro cuñado.

A monsieur Étienne le cogió por sorpresa que quisiera casarme con Louise. Pero no le hicieron falta muchas reflexiones para entenderlo. Y enseguida se alegró. Por su parte, madame Denise me juró, en su fuero interno, amistad infinita.

Y Louise... Louise ni siquiera se alteró al saber que la quería a ella. Porque, de hecho, siempre fue una mujer tan inteligente y con una capacidad tan grande para hacer y deshacer según su voluntad que ese solo era el primero de una serie de triunfos personales junto a mí.

## BARCELONA

A pesar de que París, y Francia entera, me gustaban mucho, yo era catalán. ¡Barcelonés, para más señas! O sea que la petición de mano de Louise Laforest de Vallicourt entrañaba una condición. Solo una, pero innegociable: ¿estaba dispuesta a ir a vivir conmigo a Barcelona? Tras la pregunta, el suspense duró muy poco:

—Oui! ¡Sí! ¡Claro que sí!

Hoy, tanto entusiasmo puede sorprender un poco, pero es que en la última década del pasado siglo —y hasta después de la Gran Guerra—, Barcelona estaba de moda. Paseando por las Ramblas, a todas horas se veía entrar y salir extranjeros de los hoteles Oriente, Cuatro Naciones o Falcón, tanto americanos como de todos los países europeos, que en pocos años habían convertido la capital catalana en uno de los destinos turísticos más codiciados del continente. Y los franceses eran precisamente los más aficionados a pasar temporadas en ella. No sé si Barcelona volverá a gozar jamás de un éxito internacional como el de aquellos años...

Que Louise tuviera que convertirse pronto en barcelonesa fue el pretexto de los Laforest (¡la familia al completo!) para ir a tomarle el pulso a aquella ciudad de la que tanto habían oído hablar y en la que nunca habían tenido ocasión de poner los zapatos. Vinieron a principios del otoño de 1895, para devolver la visita que mis padres habían hecho a París con el fin de solicitar formalmente la mano de su hija. Medio año más tarde seríamos nosotros quienes regresaríamos a París para la boda. Durante ese compás de espera, me incorporaría al hospital de la Santa Creu, donde mis bien ganadas titulaciones y —también hay que decirlo— las influencias de mi padre me habían procurado un puesto de médico de cabecera.

Cuando vinieron, a principios de octubre, los Laforest quedaron admirados por el suave clima que todavía acariciaba nuestra ciudad. Acostumbrados a las temperaturas atlánticas de la suya, poder deshacerse de chaquetas y chaquetones para disfrutar de los últimos coletazos del verano mediterráneo les entusiasmó.

Se hospedaron en el hotel Oriente, en plena Rambla del Centro, y durante aquellos quince días mi familia y yo nos dedicamos a pasearlos arriba y abajo en landó de caballos, con nuestro cochero, el viejo Pau Sapena, y el lacayo, su hijo Dalmau, impecablemente ataviados con libreas, botas con vuelta y sombreros de copa con escarapela.

Nuestro mayor orgullo fue llevarlos a los almacenes El Siglo para demostrarles que en el universo había más vida aparte de su Printemps. Pero lo que realmente les impresionó de nuestra ciudad de prodigios fue el rigodón de los elegantes.

Aquella especie de pantomima social consistía en que cada mediodía, entre las doce y la una y media, lo más exquisito de la burguesía y la aristocracia barcelonesas salía a exhibirse por el paseo de Gràcia. A pie, a caballo y, sobre todo, en lujosos coches particulares. Lo que más abundaba eran las jovencitas en edad de merecer, acompañadas por sus madres, y los jóvenes cazadores de cabelleras, que salían a contemplar, sopesar y cribar el catálogo estricto en el que debían elegir esposa. Todos ellos, tanto mujeres como hombres, trajeados con lo mejor de sus armarios.

A partir de la una, la nube de joyas, sedas y terciopelos se iba deshilachando, esclareciendo, fundiendo. Media hora más tarde no quedaba nadie en todo el paseo. Todavía tardaría sus buenos diez minutos en verse invadido de nuevo; esta vez por los obreros de la vecina villa de Gràcia que empezaban a bajar a Barcelona para el turno de tarde.

—¡El turno de tarde!

Anna Aimeric cierra de golpe el mecanoscrito de Josep Anton Viladalba y coge el móvil. Las cuatro y cuarto.

Mientras sube en cuatro zancadas la escalera del bufete de abogados, en la calle Tuset, Anna todavía piensa en el paseo de Gràcia. Y en Marc. Suelta una risita al meter la llave en la cerradura de la puerta, donde un letrero anuncia: FERRER, ALTISENT I AIMERIC, ABOGADOS. Lo vuelve a leer orgullosa antes de entrar y cerrar tras de sí. A finales del siglo XIX, ella habría sido de las que bajaban de Gràcia para el turno de tarde. Y el cretino de Marc habría sido de los que se paseaban minutos antes, repeinado, buscando una *Dolceta* a la que hincarle el colmillo.

## VILA D'ALBA

Nos casamos en París el viernes 3 de abril de 1896. Por la iglesia; a pesar de que Louise no era muy creyente y yo, no muy practicante. En aquellos tiempos. Luego las cosas cambiaron... Pero a ninguno de los dos le contrariaba representar la pantomima para hacer felices a nuestros respectivos progenitores.

Anna retoma la lectura donde la ha dejado al mediodía. Lleva toda la tarde pensando en ello. El libro la ha enganchado como una novela. La novela de los antepasados del cretino de Marc.

«¡Si el tío supiera que lo tengo...!»

Suspira. Pensar en Marc se ha vuelto agridulce. Le acelera el pulso más de lo que quisiera. Se lo quita de la mente con decisión, sumergiendo los ojos en las rancias cuartillas.

Un mes después del viaje de novios, que nos llevó por Francia, Italia y Austria, volvimos a Barcelona y nos instalamos en Vila d'Alba.

Era el regalo de bodas de mis padres.

Los tiempos habían cambiado y ya no estaba en boga veranear en los confines de la propia ciudad. Sarrià y Sant Gervasi estaban de capa caída. Ahora la moda era Argentona. Mis padres se habían construido allí una casa aconsejados por su amigo Darius Rumeu, futuro barón de Viver y futuro alcalde de Barcelona, quien tenía una maravillosa finca donde él mismo proyectaba edificarse un palacete de verano. Vila d'Alba no les servía como residencia, porque mi madre se negaba a abandonar el viejo —y hermoso— caserón de la calle Argenteria, pero Argentona (ital vez por la similitud plateada de los nombres!) sí que le parecía bien. Y allí fue donde, un par de años más tarde, se fueron a vivir cuando se cansaron de ver cómo se iba desmantelando su barrio barcelonés de toda la vida.

Vila d'Alba enamoró a Louise.

Se pasó los primeros dos años de nuestro matrimonio reformándola, decorándola, comprando muebles, cortinajes y objetos de todo tipo, hasta que la dejó enteramente a su gusto. A pesar de que ella no iba a tocar ni una cacerola ni una prenda de vestir, quiso que en la cocina se sustituyeran los viejos fogones de carbón por otros de gas y el lavadero por una lavadora mecánica, traída de Alemania, que funcionaba con vapor. También reformó los jardines. Hizo construir una delicada fuente, con un Marte pasado por agua, y una glorieta para que tocaran los músicos cuando organizábamos fiestas al aire libre. Como la verbena de San Juan de aquel maldito 1919...

Mi Magui... Mi amada hijita...

Ella y Elsa fueron siempre las niñas de mis ojos.

Mis únicas hijas.

¡Cuando pienso en las locuras que llegamos a hacer Louise y yo hasta que llegaron ellas!

Porque los años iban pasando, Vila d'Alba se iba convirtiendo en un hogar cada vez más exquisito y más confortable, pero mi mujer no se quedaba embarazada.

Cuando llevábamos tres años de matrimonio, empezamos a tomar conciencia de que algo ocurría. O mejor dicho: que no ocurría.

Y empezaron las pruebas, los tratamientos, las medicinas. Incluso realizamos un viaje a Núria a instancias de mi madre. A pesar de nuestro escepticismo, Louise se avino a meter la cabeza en el interior de la olla y tocar la campana de Sant Gil. Tal como manda la tradición, estábamos dispuestos a bautizar a la criatura que naciese gracias a ese milagro con el nombre de Gil, si era niño, o el de Núria, si era niña.

Pero no hubo ni giles, ni núrias, ni nada de nada.

Mi mujer era estéril.

Y todos mis conocimientos de medicina, y todos los suyos de farmacia, fueron también estériles.

A ella, lo de no ser madre, no parecía importarle mucho. Pero a mí... A mí se me cayó el alma a los pies. Yo, que era hijo único, no deseaba sino llenar aquella casa y aquellos jardines de giles, núrias y de todo el santoral. Louise enseguida se dio cuenta de mi desconsuelo.

—Adoptemos uno —me propuso, con ese espíritu pragmático que siempre la caracterizó.

Yo no quería.

Quería un hijo mío.

Pero también quería a Louise. Mucho. Había llenado mi vida con tanta música y color que nunca hubiera podido renunciar a ella.

Antes renunciaría a tener hijos.

—¿Qué problema hay? —se extrañaba mi esposa—. ¿Qué importa que sea adoptado? ¡Para que lo quieras no hace falta que sea sangre de tu sangre!

—¡Tú no lo entiendes! —le gritaba yo, que empezaba a sentirme aniquilado por aquella crisis—. En nuestro mundo no tienen cabida los hijos adoptados. Sería un estigma que siempre llevaría encima.

Ella no lo entendía. Quizás porque era francesa y allí no están tan cargados de convencionalismos como en nuestra pequeña y estrecha sociedad catalana. Se encogía de hombros, un poco enojada, y me dejaba con la palabra en la boca.

La tristeza y el desencanto se instalaron en Vila d'Alba. En la sala de estar, en la cama conyugal, en las habitaciones vacías que Louise había decorado para nuestros futuros hijos.

Temí que aquello acabara mandando a hacer puñetas nuestro matrimonio. Y mi mujer, que si algo tenía era una inteligencia excepcional, también lo vio venir.

La noche antes de nuestro cuarto aniversario de bodas, sentados en la sala de estar, Louise me describía con cierta animación los detalles de la cena que había organizado para el día siguiente, para la celebración familiar. Yo la escuchaba ausente, como siempre en los últimos tiempos. Aquellas pequeñas diversiones que antes nos habían alegrado la vida ahora tenían para mí sabor a ceniza. Cuatro años. Y yo no tenía hijos.

Louise se dio cuenta de mi silencio y también calló.

Fueron unos minutos densos, pesados. Parecía que la tormenta estaba a punto de enseñar los dientes.

—Aparentémoslo —dijo de repente en voz muy queda.

La miré sin comprender.

—Finjamos que estoy embarazada. Nos vamos a Francia, adoptamos a un niño, y volvemos diciendo que es nuestro.

Me quedé tan aturdido que no supe qué contestar.

Al día siguiente, en el transcurso de la cena de celebración, y anticipándose a mi consentimiento –toda una noche de vueltas en el colchón y consultas a la almohada no había resuelto mi dilema–, Louise anunció que se hallaba en estado de buena esperanza. Fue un resuelto empujón hacia delante. Yo sonreía, un poco forzado, encajando manos y aceptando besos de felicitación. Y ella sonreía, un poco traviesa, poniendo las manos en su vientre plano, como si ya notara las patadas de la criatura.

Al quedarnos solos, tras despedir al último invitado, me abrazó con fuerza.

–¡Hagámoslo, Josep Anton! Por ti, por mí y por todos.

Y lo hicimos.

A mediados de septiembre de aquel mismo año, con un fino almohadón ceñido con destreza a la cintura de Louise para dar la impresión de un vientre incipiente, nos subimos al tren en la estación de Francia y agitamos los pañuelos por la ventanilla, despidiéndonos de mis padres, hasta que los vimos convertirse en dos puntitos sobre el andén.

Durante los meses anteriores, usando todos mis contactos en los hospitales de Barcelona, había averiguado dónde estaban los conventos que acogían expósitos. De entre todos ellos, elegí uno cerca de Figueres. Era la situación ideal. El tren de la Compañía de Ferrocarriles de Barcelona a Francia tenía parada allí. Estaríamos a escasos treinta kilómetros de Portbou, junto a la frontera, donde haríamos la conexión con la línea francesa. Luego podríamos seguir en dirección a Lyon, y a continuación nos desviaríamos hacia Suiza, nuestro destino, para permanecer ocultos durante los tres meses y medio que nos harían falta para hacer creer que la criatura recogida en el hospicio había salido de la matriz de Louise. La excusa que habíamos esbozado para efectuar esa escapada era que a mi mujer le convenía pasar una temporada lejos de la humedad de Barcelona, en el clima seco y alpino de Suiza, porque parecía que podía tener alguna cosita de pulmón. Nada serio, por supuesto. Pero había que tomar precauciones; ¡y más con una criatura en el vientre!

Un par de meses antes había viajado a Figueres, me había entrevistado con la superiora del hospicio de monjas, y le había requerido que tan pronto como les llegara una criatura de sexo masculino, recién nacida, me enviara un telegrama.

«Ya tenemos su paquete.»

El paquete resultó ser una niña.

La superiora dijo que no le constaba que yo hubiera pedido un niño. No, no tenían ninguno. Tenía que ser la niña o nada.

Me resigné.

–La querremos igual, Josep Anton, sea niño o sea niña. –A Louise, que ya había cogido el pequeño bulto en brazos, le nacía el instinto maternal.

Le pusimos Amàlia, que según ella significaba «amada».

Pero no la quisimos demasiado.



## AMÀLIA

Amàlia era una niña fea y mala.

Los padres suelen pensar que sus hijos son los más guapos, los más listos y los mejores del universo. Pero como yo no era el padre de la criatura, no sufría esa debilidad. Podía mirarla impasible, sin sentimentalismos, y constatar que era una niña fea y mala. Genuinamente mala.

Al principio, cuando empezó a revelársele el mal carácter, tanto Louise como yo pensamos que se le podría enderezar educándola correctamente. No es que de pequeña nos hubiera entusiasmado ejercer el papel de padres, pero la habíamos tratado bien, le habíamos proporcionado una buena nodriza desde el primer momento, y luego una buena institutriz que cuidaba exclusivamente de ella. Mademoiselle Leclerc era una mujer seria y estricta. Por eso estoy convencido de que puso de su parte tanto empeño como pudo para corregir aquel carácter malévolo.

Pero no lo logramos.

El servicio no tardó en darse cuenta de que la niña era arisca, desagradable, malintencionada y pretenciosa. Trataba a las criadas con descortesía, siempre con muecas de desprecio y arrogancia. Y si alguna de ellas la regañaba —que tenían permiso para hacerlo—, la insultaba, le escupía o le propinaba patadas.

Además, tenía una vena sádica que ponía los pelos de punta.

Cuando salía a jugar al jardín, en lugar de entretenerse con el aro, el croquet o la bicicleta de tres ruedas que le habían traído los Reyes Magos, se dedicaba a torturar a cualquier animalito que consiguiera cazar. Todos hemos sido críos, y todos hemos hecho experimentos más o menos malignos con los bichos del jardín. Pero ella no se limitaba a apedrear gatos y a taponar hormigueros. Ella era de una perversidad mucho más refinada. Atrapaba las hormigas con sus dedos gordezuelos de muñeca y las metía dentro de un cubo de juguete lleno de agua. Cuando las hormigas trepaban por las paredes del recipiente intentando huir, lo arrojaba al estanque para que los pequeños insectos se ahogaran irremisiblemente. Aprovechando que se encontraba allí, extraía del agua los peces de colores y los dejaba morir sobre las piedras de la orilla mientras los observaba debatirse desesperados, agonizando. Les cortaba la cola a las lagartijas, y si cazaba una mariposa, con el dedito la iba despojando del polvillo de las alas hasta que la dejaba completamente pelada. La gota que colmó el vaso fue el día en que el jardinero se la encontró diseccionando un pájaro, un pollito que se había caído de algún nido, con un cuchillito metálico de juguete. Cuando Mateu nos lo contó, nos quedamos helados, de piedra, sin palabras. ¿De dónde podían venirle a la niña aquellos instintos tan vandálicos?

La castigamos un par de días sin salir al jardín. Ella fingió que le daba igual. Se pasó las horas sentada en la sala de juegos, muy quieta, muy entretenida con su álbum de cromos de Casa Amatller. Todos los niños los coleccionaban. Venían con las tabletas de chocolate y había que pegarlos en los recuadros correspondientes de cada página. Los había de flores, de plantas, de animales... En aquella ocasión fue mademoiselle Leclerc quien nos llamó la atención. Nos mostró las páginas relativas a los animales. Con un objeto punzante, Amàlia se había entretenido en tachar y desgarrar las cabezas de los bichos, a veces con una furia desmedida.

Empezaba a estar tan preocupado que, sin especificar de quién se trataba, consulté el caso a un médico amigo mío que ejercía una especialidad muy especial. El doctor Lluís Dolsa era el director del frenopático de Les Corts, que había sido fundado treinta años atrás por su padre. No saqué nada en claro. No sabía si Amàlia estaba mal de la cabeza, si lo estaba de nacimiento o se había vuelto loca después.

A pesar de que hacía más de medio siglo que la frenología había sido desacreditada, a menudo anhelaba creer en ella. Según el doctor Marià Cubí, su principal defensor en Catalunya, el carácter y la personalidad eran innatos y dependían de la forma y el tamaño del cráneo. Eso significaría que todo proviene de la genética que se haya heredado de los progenitores. De los anónimos progenitores de nuestra desapacible expósita... No es que le diera crédito, claro está, pero... vete a saber hasta qué punto, del mismo modo que nos transfieren sus rasgos físicos, pueden legarnos los mentales...

Los físicos no eran demasiado atractivos, desde luego. Amàlia era feota. Muy morena, con los ojos chiquitos y oscuros como dos gotitas de tinta. Tenía los cabellos negros siempre encrespados, como una nube. No había manera de dominarlos ni de hacerle rizos o tirabuzones. Era bastante gruesa de cuerpo, cuadrada, un poco desaliñada. Y a pesar de que le restringíamos las golosinas para tratar de enderezarle la figura, ella crecía por todos lados, como un oso de los Pirineos.

Por todo ello, no la queríamos demasiado. Sin embargo, nos habíamos comprometido a hacer de padres para ella y ahora no podíamos devolverla.

Pero llegó un momento en que perdimos la paciencia. Fue el día que agredió al jardinero con unas tijeras de podar. Le había cogido mucha tirria desde que supo que había sido él quien nos había contado la intervención quirúrgica del pajarito. Una tarde de finales de primavera, cuando Mateu plantaba flores de temporada en un parterre del jardín, Amàlia lo fue a incordiar. Mientras él plantaba por un lado, por el otro ella arrancaba los esquejes que había acabado de injertar. Al darse cuenta, Mateu la regañó y entonces ella agarró las tijeras de podar y se le echó encima enfurecida como un gato rabioso. Por suerte, Mateu era un mozo robusto y pudo quitarle las tijeras de un tirón que la hizo caer de culo al suelo. De resultas de eso, la niña se encerró tres días en su habitación, con unos llantos que parecía que iba a hundirse la casa. No quería comer. No quería salir al jardín. No hacía caso de nada de lo que le decíamos. Era una auténtica pesadilla.

A pesar de que la crisis acabó remitiendo y Amàlia volvió a salir al jardín a hacer la puñeta, ya habíamos tomado una decisión: la recluirmos en un internado religioso cerca de Perpinyà, donde tal vez la disciplina férrea conseguiría lo que nosotros no habíamos logrado con buenas palabras ni con castigos caseros. Teníamos el convencimiento de que si Amàlia intentaba comportarse como lo había hecho en casa durante sus cortos seis años, las monjas le frenarían los pies. Y en un jardín lleno de niñas era difícil que reprodujera aquellos sádicos comportamientos con los animalitos.

Estábamos en lo cierto. No osó hacerlo.

Pero lo que no habíamos previsto era que, por un lado u otro, toda aquella maldad tenía que aflorar.

En el mes de diciembre de aquel primer curso, cercanas las Navidades, nos llegó del internado un telegrama inquietante. Las monjas querían hablar urgentemente con nosotros. Querían saber si existía alguna posibilidad de que nuestra hija tuviera algún trastorno mental. La niña que compartía habitación con Amàlia se hallaba en la enfermería con un brazo roto. Acusaba a nuestra hija de haberla empujado por la ventana del dormitorio en un ataque de furia tras una pelea. Por suerte, solo había caído de un primer piso, y como el jardín estaba nevado, el porrazo y sus consecuencias habían sido leves.

Louise se puso enferma de los nervios. Tuve que ir solo a Perpinyà, entrevistarme con la directora y hacerle creer que lo que decía la niña malherida era del todo imposible: nuestra hija era arisca y poco sociable, pero nunca se le habría pasado por la cabeza... Tuve que convencerla rascándome el bolsillo con un generoso donativo para la entidad. Le di permiso para atizarle a Amàlia los sopapos que hiciera falta y luego fui a ver a mi hija, nos encerramos en una de las salas de estudio y le solté un buen rapapolvo.

—Si estas buenas mujeres tienen que volver a llamarme por cualquier otra cosa que hayas hecho, que sepas que no regresarás a casa —le dije—. Estoy dispuesto a encerrarte en un correccional hasta que seas mayor de edad. Que te quede muy claro.

Le quedó muy claro.

Nunca volvió a producirse ningún otro incidente.

Pero Amàlia se encerró en sí misma y pasó de ser una niña desagradable y maliciosa a ser absolutamente introvertida, silenciosa y sin interés por nada.

A nosotros nos daba igual cómo era o dejaba de ser. Respiramos tranquilos un montón de años. Solo la veíamos durante los meses de verano, y poco, porque se pasaba más horas encerrada en su habitación que rondando por aquel jardín que tanto la había fascinado. Hablaba poco, siempre exhibía en el rostro una expresión avinagrada, obedecía maquinalmente, pero no daba problemas.

No salió del internado hasta que cumplió diecisiete años.

## ADELA

Creo que ni Louise ni yo llegamos a ver a Amàlia como a una hija. Ninguno de los dos lo dijo jamás en voz alta, pero estoy seguro de que, en el fondo, debido a la poca estima que le teníamos, para nosotros nunca fue otra cosa que una expósita.

Si al menos hubiera sido un niño... tal vez le habríamos dedicado más interés.

La llegada de Amàlia a Vila d'Alba no había solucionado nuestro problema. Yo seguía desviviéndome por tener hijos propios. Y de verdad que le echábamos ganas. El doctor Fargas, que era una eminencia de la ginecología, siempre nos animó a hacerlo.

—Estimado colega —me decía—, no dejen de intentarlo. Como usted sabe, la naturaleza a veces gasta bromas pesadas. Pero eso no quiere decir que el día menos pensado...

Fue pasando el tiempo y el día menos pensado continuaba sin llegar.

Yo perdía la esperanza; y no quería ni oír hablar de otra adopción en vista del mal resultado de la primera. Y como únicamente estábamos pendientes de los días fértiles, el acto del amor se convirtió en una especie de rutina planeada que amenazaba con alejarnos el uno del otro.

Nuestro matrimonio caminaba, una vez más, sobre la cuerda floja.

Cada dos por tres íbamos a ver al doctor Fargas. Y la respuesta era invariablemente la misma:

—Su mujer está perfectamente capacitada para quedarse en estado. De usted, estimado colega, ya no estoy tan seguro... Podría ser que, a pesar de que sus conductos seminales parecen bastante sanos, los espermatozoides sean perezosos, poco activos, o de vida corta...

Esa posibilidad hizo que se me cayese el alma a los pies.

O sea que... ¡el problema podía ser yo! Ni buscando a otra mujer para engendrar hijos daría salida a mis anhelos.

Y entonces fue cuando se me pasó por la cabeza la idea diabólica.

Al principio me lo pareció tanto, de diabólica, que incluso me estremecía a mí mismo.

Y, por supuesto, ni se me pasaba por la cabeza compartirla con Louise.

Hubiera pensado que estaba casada con un depravado.

Pero no podía quitarme aquella idea de la cabeza.

Tenía la certeza absoluta de que mi mujer solo tenía ojos para mí. Pero... si un día me pusiera los cuernos con otro hombre y se quedara preñada, el hijo que tuviera... ¡también podía ser mío! Podía y podría. Podía quererlo como mío porque habría nacido del vientre de Louise. Y podría ser que, al fin y al cabo, aunque ella hubiera estado con otro hombre, mis espermatozoides hubieran dado en el clavo y la criatura fuera realmente mía...

Estuve dándole vueltas y volteretas. De vez en cuando, absolutamente avergonzado de albergar aquellos pensamientos. De vez en cuando, convenciéndome a mí mismo de que no había para tanto. Al final, el sentido común se impuso y me olvidé de aquello.

O eso pensaba yo.

Una noche, al salir del Liceu, Louise se detuvo, asombrada y radiante, a saludar a un joven con el que coincidió en las escalinatas.

—Tiens! Pascal! C'est toi! Qu'est-ce que tu fais à Barcelone? —exclamó, con aquel catálogo de expresiones que sabía conferir a su rostro cuando algo la pillaba por sorpresa.

Se trataba de un hombre alto, de aspecto agradable, con unos grandes ojos como dos retazos de mar. Debía de ser algo más joven que nosotros. Al reconocer a Louise, una gran sonrisa, que dejaba ver una dentadura perfecta, se abrió camino a través de sus labios sensuales.

—Oh, là, là! C'est pas vrai! Voilà Louissette!

Enseguida se enredaron en una rápida conversación en francés, llena de alborozos y de besos en las mejillas. Tan absortos estaban que por un momento mi mujer se olvidó por completo de mí. Por primera vez desde que la conocía, experimenté una sensación singular. Era como si Otelo, a quien acabábamos de dejar saludando en el escenario, hubiera bajado las escaleras tras de mí y se hubiera infiltrado en mi interior, fundiéndose con mi personalidad. Sentí unos tremendos celos por la familiaridad con que Louise y el tal Pascal se decían cumplidos, se sonreían, se miraban a los ojos y... ¡ella le pasaba la enguantada mano por la mejilla! Tuve que carraspear un par de veces para recordarle a mi mujer que yo también estaba allí. Y entonces ella se volvió hacia mí y se puso como un tomate. Otelo bailó claqué dentro de mis entrañas.

—¡Ohhhh, ¡qué desconsiderada! —dijo rápidamente Louise, componiendo una especie de mohín infantil—. No os he presentado. Es que la sorpresa... Josep Anton, este es Pascal de La Bruyère... un buen amigo de mi familia...

¿Era puro recelo o le chispeaban los ojos mientras lo decía? De lo que no había duda alguna era de que él se la comía con los suyos.

—Pascal, mi... —¿Era puro recelo o dudaba un poco?— marido: Josep Anton Viladalba.

Me pareció que los dos retazos de mar empequeñecían como gotitas.

—Pascal y yo jugábamos de niños...

—Y de no tan niños —respondió él rápidamente, en francés, quizás pensando que no le entendería.

Me pareció que lo decía en un tono levemente... pícaro.

Louise compuso un ademán un tanto inquieto. Se dirigió a mí en francés; estoy seguro de que con la intención de que su amigo Pascal atrapara al vuelo que yo era perfectamente capaz de entender todo lo que dijeran.

—Pascal est en train de partir à Portugal. Estudió la carrera de diplomático y lo envían allí a hacer sus primeros disparates.

Rio de una manera histriónica que yo no le conocía.

—¿Estará usted mucho tiempo en Barcelona? —le pregunté con fría cortesía, en francés.

—Una semana —me contestó con una melodiosa voz de tenor—. Me han hablado tanto de esta bella ciudad que he aprovechado para asomar la nariz de camino hacia mi... destino.

Dejó caer sobre Louise una mirada que parecía, de repente, nostálgica.

Y, entonces, ella acabó de rematarlo:

—¿Una semana todavía? ¡Es magnífico! ¿Por qué no vienes una noche a cenar a casa? Verás qué bien instalada estoy... ¡Ohhhh, Vila d'Alba te enamorará!

Nada feliz, me vi obligado a secundar la invitación de mi mujer. El gabacho aceptó rápidamente, sin dejar de repasarla con la mirada. A mí se me llevaban los demonios.

—Nunca me habías contado que habías tenido novio antes de conocerme a mí —le espeté tan pronto como nos hallamos en el coche de camino a casa.

—¡Josep Anton! —se escandalizó Louise. Y luego arrancó a reír—. ¡Éramos unos críos! Yo tenía trece años y él nueve. ¡Imagínate si éramos novios!

—Pues se nota que todavía le atraes —le reproché con acritud—. Con la mirada te ha quitado hasta las cintas de las enaguas.

—¡Estás celoso! —rio ella, regocijada.

Tenía razón.

Pasé una noche de perros.

Completamente desvelado.

No hacía más que imaginar a Louise en brazos de aquel amigo con apellido de queso suizo, con sus cabellos rubios bien planchados y su bigotito de juguete... Quizás sería mucho más capaz que yo de hacerle un hijo... Y tras aquel pensamiento tan agrio, la Idea Diabólica que mantenía cuidadosamente encerrada en un pozo profundo de mi cerebro, resurgió con fuerza. ¡Y entonces sí que ya no pude pegar ojo!

La noche antes de la cena que íbamos a ofrecerle a Pascal de La Bruyère, hice estallar la bomba. Louise y yo estábamos en la cama, enzarzados en un maratón amoroso. Yo estaba medicándome, por prescripción del doctor Fargas, con unas inyecciones que habían de ayudarme a limpiar el semen y a alegrar un poco a mis perezosos espermatozoides. Y como Louise había entrado en su periodo fértil, no era cuestión de desaprovechar la ocasión. Después de una segunda embestida, nos hallábamos ambos tendidos entre las sábanas arrugadas, jadeando, rendidos, cuando aproveché para proponerlo. No sé si fue la desesperación o la excitación del momento, pero tuve el suficiente valor para exponerle la Idea Diabólica. El silencio que siguió a mis palabras y la expresión áspera de su rostro eran tan densos que pensé que aquel era el prelude del acto final de nuestro matrimonio.

¿Cómo había osado hacerle una proposición tan... indecente?

Nos pasamos la noche discutiendo.

Al principio ella se resistía.

Pero cuanto más se oponía, más argumentos encontraba yo para defender el proyecto:

—Debemos coger al vuelo la ocasión. Y visto y no visto. Como puedes comprender, yo jamás te lo recriminaría. Y a él lo perderás de vista dentro de cuatro días. Además, nunca podría crearnos problemas ni siquiera en el improbable supuesto de que se creyera padre... Un diplomático, con una mujer casada de la sociedad catalana... ¡Es nuestra oportunidad!

De madrugada, Louise claudicó.

Y cuando nos pusimos a maquinara la manera de facilitarle las cosas a Pascal para que su estancia de pocos días en Barcelona resultase muy... fructífera, regresaron las dudas. Pero las aparté de un manotazo. Los celos de la noche anterior se habían evaporado completamente. Ahora solo pensaba en el aspecto práctico del proyecto. Serían solo un par de veces. Como mucho. Una semana no daba para más. Pero si queríamos tener un hijo —pensaba en términos masculinos porque, por alguna extraordinaria razón, estaba convencido de que Louise engendraría un niño—, era nuestra última oportunidad.

Nueve meses más tarde nació Adela.

Anna Aimeric se ha quedado con la boca abierta y los ojos como platos.

—¡La madre que...! —exclama en voz alta.

¡Qué pasada! ¡Parece uno de esos culebrones sudamericanos que emiten al mediodía por la tele!

¡Cómo se las gastaban los... tatarabuelos de Marc! Para que luego vayan diciendo de la

juventud actual...

Y él seguro que ni se lo imagina. ¡Ahora resulta que ni la hija mayor ni la que viene después!

Anna se queda absorta, dejando vagar la mirada por los ángulos y rincones de la sala de estar, hasta sacarla a pasear por la amplia terraza llena de jardineras con flores. Geranios, hibiscos, petunias..., hortensias algo más vivarachas que las de la terraza de Marc.

Marc... ¡La cara que pondrá cuando lea todo esto! Porque tarde o temprano tendrá que hacerle llegar el diario, o las memorias, o lo que delante sea, de su tatarabuelo. Ahora Anna empieza a comprender el porqué de la historia: el hombre no quiso morir sin poner por escrito todo lo que había ocurrido en su agitada vida. Pero luego debió de pensar que era demasiado... ¿escandaloso?

Ahora se entiende todo: Marc lo lleva en la sangre, ¡el muy cabrón!

A Anna todavía le da rabia el comportamiento de Marc.

Pero tarde o temprano...

No se puede quedar con el diario.

Pero... ¡qué caramba: que espere! Primero lo leerá ella, que es quien lo ha conseguido.

¡Si resulta más entretenido que una novela de ficción!

## LA FARMACIA

Nuestra hija Adela nació el 4 de agosto de 1904. Y solo fue nuestra hija durante unas cuantas semanas. Tan pronto como empezó a abrir los ojos y el vello de su cabeza se convirtió en pelo, pasó a ser solo hija de Louise. Porque era evidente que su padre era el gabacho de ojos azules y cabellos rubios. Quien diga que cuando son tan pequeños los críos todavía no se parecen a nadie es que no ha conocido a Adela.

Me abismé en un pozo de decepción.

No sé qué esperaba.

Todas aquellas promesas... que la amaría como si fuera mía, que no me importaría saber que no lo era... se fueron a pique tan pronto como la niña me miró con aquellos ojos melancólicos y celestiales. Y es que, de una manera inconsciente, había alimentado tanto la esperanza de que fuera un niño que otra niña, que encima me recordaba con cada rasgo y cada gesto la villanía que yo había incitado, me hacía sentir tan desgraciado que no podía soportar su presencia sin que un escalofrío me gateara por la espina dorsal.

Para rematarlo, Amàlia, con la llegada de su hermanita, pasó de ser una criatura desagradable a ser una criatura despreciable. Y no es que le hiciera nada a la pequeña, como era de temer conociendo sus sádicas inclinaciones, sino todo lo contrario: como si no existiera. En una ocasión en que Adela se atragantaba con un llanto desatendido y entre estertores se le iba amaratando el rostro, Amàlia se limitó a acercarse a la cuna, donde la había dejado minutos antes la niñera, y a contemplar con malévola curiosidad la lenta y escalofriante agonía de su hermana. Cuando la conmocionada niñera nos lo contó, comprendimos que era probable que el temperamento de Amàlia se agravara con aquella presencia claramente indeseada. Pero como entonces Amàlia solo tenía cuatro años, no supimos qué hacer y nos limitamos a amonestarla por su falta de responsabilidad hacia la pequeña. Ella nos escuchó, seria, hierática, sin soltar ni una sola lágrima ni una sola excusa. Y luego miró a Louise con ojos gélidos y le espetó:

—Ahora que ya la conocemos, ¿no podrías volver a meterla dentro de tu barriga? No me gusta. Es demasiado pequeña y solo sirve para llorar.

Y eso es lo que opinó, durante mucho tiempo, de su hermana.

A los dos añitos, Adela era, en efecto, una niña muy pequeña. Pero no solo servía para llorar. Era alegre y risueña, dulce y apacible. No conmigo, que no estaba demasiado pendiente de ella y que probablemente le provocaba un cierto temor —siempre se escondía detrás de alguien cuando me veía—, pero sí con su madre, con su niñera y, por supuesto, con su hermana Amàlia. Adela la adoraba. La seguía por toda la casa, le hablaba con su balbuceo de bebé, se le iluminaba la cara con solo verla, le ofrecía inmediatamente todo lo que se le



daba y asumía como algo natural que su hermana siempre la tratara mal o le pusiera mala cara.

Fue en esa época, cuando Adela tenía dos años y Amàlia seis, cuando sucedió lo del jardinero y las tijeras de podar.

Llegamos a celebrar juntos el segundo aniversario de la pequeña; pero en septiembre de aquel año enviamos a la mayor al internado de Perpinyà.

El cambio en Adela fue radical.

Los primeros días se escapaba de la vigilancia de la niñera y se iba a rondar por la casa buscando a su hermana por todos los rincones.

—Amàlia no está aquí —le explicaba pacientemente Louise cada vez que la encontrábamos hurgando en el interior de un armario, arrastrándose debajo de una cama o registrando el desván—. Está en la escuela para aprender muchas cosas, porque ya es una niña mayor.

Adela no se daba por enterada, y al poco teníamos que rescatarla del lugar más inverosímil en que le pareciera que podía haberse metido su hermana.

—Se esconde para hacerme rabiar —balbuceaba, riendo y llorando a la vez, con una perseverancia que me parecía preocupante, y más teniendo en cuenta el poco caso que le había prestado Amàlia durante aquellos dos años—. ¡Pero ella es así!

Ella es así.

Hay amores imposibles, insólitos, ilógicos que los pobres mortales no somos capaces de comprender.

Al cabo de unas semanas de infructuosas exploraciones, Adela cambió. Se volvió taciturna y reservada. Nada parecía interesarle y se pasaba las horas muertas sentada en un rincón de la sala de juegos, silenciosa, etérea, como si no fuera de este mundo, meciendo alguna muñeca olvidada de Amàlia. Empezamos a preocuparnos seriamente. Y volví a solicitar diagnóstico al doctor Dolsa, esta vez llevándole a la niña para que la examinara.

—No tiene nada —decidió él después de hacerle unas cuantas pruebas—. Añoranza, melancolía... Echa de menos a su hermana. Ya se le pasará.

Se le pasó a medias... Volvió a jugar, a dibujar, a cantar canciones francesas con la institutriz que le pusimos para que la tuviera entretenida. Pero nunca volvió a ser la niña alegre y apacible de los primeros años. Se le quedó para siempre aquella mirada triste, azul como un cielo sin nubes, sobre la piel pálida y fina de mantequilla batida. Solo revivía cuando a finales de junio su hermana regresaba del internado para pasar las vacaciones. Amàlia había cambiado levemente su actitud hacia ella, y poco a poco se la estaba apropiando de una manera todavía más inquietante.

—Sigue sin quererla —le decía yo a mi mujer—; pero la utiliza, la manipula. Casi la ha convertido en su criada... o en su esclava.

—No seas exagerado —me respondía ella, que no dejaba de percibir la poca predisposición que sentía yo por aquella otra niña que sí era hija suya—. Las hermanas pequeñas siempre están pendientes de las mayores.

A mi mujer no le gustaba mucho ejercer de madre. Era demasiado pragmática, demasiado intelectual, y las crías la irritaban o la aburrían de lo lindo. En cambio, no se privaba de meter baza, siempre que podía, en mis asuntos profesionales.

—¿Eso le has recetado? —me rebatía, con una mueca en los labios, cuando tenía la debilidad de contarle el tratamiento que estaba administrando a algún paciente—. Para la difteria lo mejor son las antitoxinas. Mi padre siempre decía que...

Yo le hacía caso. Sin contárselo, claro. Le recetaba al enfermo el remedio que ella me había dejado caer como un regalo del cielo, y enseguida notaba cómo mejoraba. Y lo que resultaba aún más interesante: cómo se lo hacía saber a todo el que quisiera escucharle:

—¿El doctor Viladalba? ¡Ese sí que sabe! ¡Tiene un ojo clínico!

Aquellos aciertos en los diagnósticos fueron enormemente providenciales: el decano de la Facultad de Medicina me propuso que impartiera lecciones clínicas junto a las cabeceras de los enfermos. Me colmaba de orgullo, cada mañana, oír la voz estridente del portero del hospital, el señor Dimes, anunciando mi llegada mientras agitaba la campana que deshacía las tertulias de estudiantes al pie de la cruz barroca del patio del hospital. Enseguida se formaba un corro alrededor de la cama del paciente, y estudiantes y monjas —e incluso algún colega y algún aprendiz de boticario— escuchaban con atención reverencial mis disertaciones.

—Es usted una eminencia, doctor —me decían, aduladoras, las damas elegantes, muchas de ellas viejas conocidas de casa, que deambulaban por las salas de convalecencia.

Y es que en aquella Barcelona con pésimas condiciones de higiene, donde la asistencia sanitaria era casi de carácter benéfico, las damas de la alta sociedad tenían por pasatiempo ir a echar una mano a las monjitas para vestir enfermos. Louise, a pesar de que alguna de sus amigas se lo había propuesto, siempre se había negado a ese tipo de actividades.

—No tengo talante para ver dolencias —alegaba—. Soy demasiado sensible, no lo puedo evitar. Y, para colmo, tus colegas no me dejarían abrir la boca si se me ocurriera un remedio mejor para el paciente. ¡Del todo injusto! —Aquí subía el tono, excitada por su feminismo latente—. ¡Pero las mujeres poco podemos hacer ante los hombres!

—Yo te he hecho caso —le reconocí cuando me ascendieron a profesor—. Si no hubiera sido por los fármacos que me aconsejas, probablemente no hubiera ganado tanta fama.

Fue un acto de honestidad.

Se lo debía.

Y la hice ascender al séptimo cielo.

—Es lo que más echo de menos —me dijo desplegando una media sonrisa nostálgica—, los ratos que pasaba en el laboratorio de mi padre haciendo pruebas, analizando sustancias, elaborando recetas magistrales...

Y yo la comprendía y la compadecía, porque me daba cuenta de que su vida de esposa y madre de clase alta no acababa de llenarla. Y que, a pesar de que nunca se quejaba abiertamente, se aburría de lo lindo, ahora que ya había decorado una casa, criado a dos niñas y cumplido, día tras día, con todos los convencionalismos sociales que le correspondían.

—Monta tu propio laboratorio —me vi diciéndole, empujado por uno de mis prontos—. Elige una habitación y la habilitas como te parezca. Te distraerás y, de paso, me echarás una mano.

Vi que la idea la había seducido al instante.

—No hace falta que nadie lo sepa —añadí apresuradamente, dándome cuenta de las complicaciones o malentendidos que podía provocar si llegaba a saberse—. Serás mi farmacéutica particular. ¡Nos entenderemos la mar de bien!

No hizo falta que se lo repitiera. En pocos meses, Louise convirtió una de las grandes habitaciones de invitados de Vila d'Alba en un laboratorio farmacéutico.

¡Y no en uno cualquiera!

Con la colaboración de su padre, que vino varias veces a Barcelona para supervisar la instalación, lo equipó con los más sofisticados aparatos que el país vecino, siempre algo más avanzado en materia médica, había introducido en el mercado. Y también se encargó de ponerla en contacto con los proveedores de las sustancias necesarias para preparar las medicinas.

Medio año más tarde, Louise ya elaboraba remedios. Y yo los administraba con gran éxito a mis pacientes.

¡Todo era fantástico!

Poco podía imaginar entonces que aquella maldita farmacia clandestina, que

no tenía nada de doméstica, acabaría siendo la causante de mi peor pesadilla.

## MAGUI

Marguerite llegó el año del tifus. Y el año de la guerra de Europa.

Cuando nadie se lo esperaba.

Y yo menos que nadie, claro.

Cuando mi mujer me anunció que estaba en estado, me quedé de piedra.

—¡Qué has hecho! —estallé al cabo de unos instantes de silencio tenso.

—Es tuyo, Josep Anton —respondió ella, todavía sonriente, alborozada.

No la creí.

Por mucho que reiteraba que la criatura que esperaba no podía ser de nadie más que mía porque no había estado con nadie más, a mí me daba mala espina. Y al ver mi actitud, el disgusto de Louise fue tan grande que se puso enferma.

Tan enferma que no podía ni levantarse de la cama.

La alarma fue tremenda, porque aquel era el año del tifus. El año en que murieron más de dos mil personas solo en Barcelona.

El tifus, como en todos los entornos industriales, era endémico en la ciudad, y de vez en cuando causaba unas cuantas docenas de muertos. Pero la epidemia de ese año superó con creces todas las anteriores. Todavía hoy se la recuerda como una de las más virulentas jamás sufridas.

Me temí lo peor porque algunos de los síntomas de Louise coincidían: cefalalgias, escalofríos, fiebre, palpitaciones... En Vila d'Alba nadie más que ella presentaba ese cuadro clínico...

El doctor Ramon Turró, un viejo conocido que era director del Laboratorio Bacteriológico Municipal, después de efectuar varios análisis, denunció que las fuentes infectadas eran las que se proveían del viejo acueducto de las aguas de Montcada. Es decir, las de la ciudad antigua y las de la Barceloneta.

—¡Dónde has estado, desgraciada! —le inquiría yo a mi mujer, con los nervios destrozados.

Y es que estaba convencido de que me ponía los cuernos con alguien que probablemente vivía en alguno de los barrios infectados. Eso habría explicado perfectamente el inesperado embarazo y el inesperado contagio.

—No he estado en ninguna parte, no he estado con nadie —repetía ella con un hilo de voz, debilitada porque casi no comía y casi no dormía—. La criatura es tuya. ¡¿Tanto te cuesta entenderlo?! —

Y los días iban pasando y Louise no mejoraba, pero tampoco empeoraba.

—¡Eres tonto de remate! —me amonestó mi madre un día que había venido a verla—. Tu mujer no tiene el tifus, tiene un disgusto que la está matando. ¿Cómo se te ocurre tratarla de esa manera sabiendo que está embarazada? ¿No eras tú quien tantas ganas tenía de un heredero?

Muchas semanas después de que el brote de tifus remitiera, Louise empezó a levantarse de la cama. Ya se le notaba bastante la barriga y se había quedado

en los huesos. Yo solo lamentaba que si nuestra crisis conyugal no hubiera coincidido con la epidemia, tal vez hubiera podido sacar provecho de sus conocimientos farmacéuticos. Todo menos pensar en la vida que estaba gestando en su interior, y que yo ya odiaba antes de que viera la luz.

De hombres es errar.

Pero no fui consciente de ello hasta que la criatura tuvo unas cuantas semanas.

Fue una niña. Claro.

Una niña que no se parecía en nada a mi mujer.

Todo el mundo decía que se parecía a mí. Que tenía los mismos ojos, los mismos labios, el mismo tono de piel.

Yo quería creerlo. Pero la duda me carcomía el alma.

Y Louise casi ni me dirigía la palabra. Las expresivas expresiones habituales de su rostro delicado eran todo un catálogo de desprecio y ultraje. Recogió sus cosas y se instaló en un dormitorio aparte, del que prácticamente no salía en todo el día. Abandonó el laboratorio farmacéutico. Dejó de lado la vida social y la familiar. Dejó en la estacada a sus otras hijas, Adela y Amàlia, que aquel año, debido al estallido de la guerra europea, todavía estaban en casa, pues no habían podido trasladarse al pensionado. Y lo que es peor: le volvió la espalda a la pequeña Marguerite, no solo porque la dejó, como ya era habitual, en brazos de una nodriza, sino porque no le prestaba la más mínima atención. Como si nunca la hubiera llevado en el vientre. Como si no la hubiera parido ella. Era su manera de vengarse de los malos tratos que le había infligido durante todo el embarazo. «¿Dices que no es tu hija? ¡Pues tampoco mía!»

«¡Vaya familia!», piensa Anna mirando por la ventana desde su salita de estar, donde, repantigada en el sofá, con el libro inédito del tatarabuelo Josep Anton sobre el pecho, casi vive la vida extraña de los Viladalba.

Marc ni se lo debe de imaginar.

Él que es tan pijito.

¡Cuánta basura!

## LAS ESCAPADAS

A mediados de noviembre de ese mismo año, después de mucho buscar, conseguimos meter a Amàlia en otro internado, cerca de Santa Fe del Montseny. También internamos a Adela, porque ya tenía edad y porque la atmósfera de Vila d'Alba era verdaderamente tempestuosa. Al contrario que su hermana mayor, Adela se fue muy contenta. En casa, sola durante todo el invierno, se aburría, y las aventuritas que le contaba Amàlia de la vida de interna le daban dentera.

Tras el nacimiento de Marguerite, Vila d'Alba entró en una especie de brumoso compás de espera, como cuando entre dos notas musicales el compositor intercala un silencio excesivamente largo que incomoda un poco a los oyentes.

Louise estuvo casi medio año sin dirigirme la palabra excepto si era absolutamente imprescindible. Cuando se cansó de estar enclaustrada en su habitación, esa a la que se había mudado tras el nacimiento de Marguerite, recuperó el laboratorio, que era su gran distracción. Pero en lugar de preparar medicinas se dedicó a elaborar cosméticos. Cremas y afeites faciales que solo ella usaba, para suavizarse la piel, que le había quedado un poco marchita tras la enfermedad y el embarazo. Pomadas que le borrarán las estrías. Champús que le devolvieran la vivacidad al cabello. Tintes naturales que disimularan las canas. Aceites que le dejaran las uñas brillantes como el charol... De todos esos preparados yo no me beneficiaba en absoluto, pero sí su padre, con quien discutía por carta los resultados de sus alquimias, y a quien proporcionaba las preciosas fórmulas.

Apenas la guerra había llamado a las puertas de Francia, Étienne y Denise Laforest habían conseguido huir a Suiza gracias a los contactos del barón de Baudry, su yerno, que residía allí desde hacía unos cuantos años con la bella Ivette. En la Suiza neutral y rica, monsieur Étienne se había forjado un nombre en una de las empresas farmacéuticas más acreditadas. De hecho, podría decirse que había sido el impulsor de su línea de cosmética.

De ahí los potingues de mi mujer.

Por supuesto, yo no osaba pedirle ningún fármaco magistral. Y ella nunca me preguntaba ya por los pacientes. Nuestras vidas fluían por cauces muy distantes, como si un abismo insondable las hubiera escindido para siempre jamás.

Y de repente pareció que la casa se le caía encima y empezó a salir, a alternar su trabajo en el laboratorio con excursiones solitarias por la ciudad, un hábito que tal vez en el París de primeros de siglo no estaba mal visto, pero que en la provinciana Barcelona era aún poco correcto. La reputación era un valor muy frágil que podía perderse con facilidad. Una salida de tono y una dama podía convertirse en objeto de maledicencia. Pero Louise era francesa, era feminista y le importaba un bledo lo que pensarán de

ella.

El primer día que anunció que bajaba a la ciudad —a pesar de que Sant Gervasi de Cassoles lleva una docena de años anexionado a Barcelona, los aldeanos todavía bajan, como si estuvieran hablando de otro municipio—, me quedé de una pieza.

—Supongo que te llevas a Mariona... —le dije, a pesar de que ya sospechaba que no tenía intención alguna de hacerse acompañar por la camarera.

—Pas du tout! Me llevo a Dalmau. ¿Te parece que estaré lo suficientemente protegida?

Como vi que no lo conseguiría, y como tampoco tenía ganas de discutir para imponer mis opiniones y mis derechos, fruncí cejas y hombros.

—Tú sabrás lo que haces.

Desde luego, que Louise sabía lo que hacía. Quien no lo sabía era yo. No averigüé el destino de aquellas escapadas hasta muchos años más tarde, cuando semanas después de su muerte encontré sus diarios íntimos. No sabía de la existencia de aquellos escritos. Nunca me los había mencionado. Llegué a la conclusión de que los escribía durante los ratos en que se encerraba en su laboratorio con la orden de que nadie la molestara. Los diarios consistían en una media docena de cahiers donde se explicaba a sí misma las vicisitudes de su propia vida. Incluyendo las famosas escapadas.

Tan pronto como el Hispano Suiza llegaba a la plaza de Catalunya, Louise lo hacía detener y se bajaba.

—Quédate aquí —le ordenaba al chófer—. Puedes ir al café Colón a echar un traguito mientras me esperas. Y no te impacientes porque no tengo prisa. Por supuesto, nada de irle con el cuento a mi marido. Si lo haces, te despediré.

Y acto seguido, huía Ramblas abajo, acicalada con su discreto vestido de tarde y su pequeño sombrero, como una mujer de clase media de esas que no corrían el riesgo de ser objeto de maledicencias.

Por supuesto, yo no conseguía sacarle ni media palabra al chófer. No estaban los tiempos como para perder el empleo. Y, además, Dalmau Sapena reverenciaba a mi mujer de una manera que rayaba en la devoción. Si se lo hubieran preguntado, seguramente no habría sabido decir si era por aquel desparpajo tan poco habitual que la caracterizaba, o simplemente porque una mujer francesa le parecía de un exotismo que disculpaba cualquier conducta que en una catalana hubiera hallado reprobable.

Al pasar la página del mecanoscrito del doctor Viladalba, unas hojas sueltas se le escurren a Anna de entre los dedos. Las atrapa al vuelo antes de que vayan a parar al suelo y las observa sorprendida. Están escritas a mano, con tinta que probablemente fue negra y que ahora es de color ala de mosca. La caligrafía es delicada, de trazo firme pero elaborado, con las iniciales un tanto ensortijadas. Son páginas arrancadas de alguna libreta y pegadas con un adhesivo que el tiempo ha desleído dejando marcas, como manchas de humedad.

A Anna le bastan las primeras frases para adivinar su origen: ¡los diarios íntimos de Louise Laforest de Vallicourt! Aquellos *cahiers* donde la dama apuntaba escrupulosamente su vida. Es evidente que su marido arrancó estas hojas de la libreta original y las embutió entre las páginas de su propio manuscrito para dejar constancia de cómo andaban las cosas por Vila d'Alba.

*En estas escapadas, que a veces me ocupan toda la tarde, me pierdo electrizada por las calles y callejones de la ciudad antigua. Descubro rincones, establecimientos, espacios insospechados. Observo el ir y venir de la gente. Me paro a contemplar el escaparate de una perfumería tanto como los sacos de legumbres de un colmado en la calle. Recorro las avenidas*

*de moda; entro en las tiendas de lencería de lujo o me adentro por callejones húmedos y sucios, con portales lóbregos y escaleras empinadas de las que brotan hedores a rancio y a col hervida. Me quedo extasiada en el centro de la plaza del Rei, contando las ventanitas de la torre del rey Martí o escuchando a dos verduleras que discuten a gritos frente a la Boqueria. A veces me siento en un banco de la plaza Reial, y durante un buen rato espío los juegos de los críos; los niños persiguiéndose o jugando al escondite entre los arcos del claustro; las niñas saltando a la comba o jugando a la rueda y coreando Soldados vienen de Francia, una cancioncilla sin ton ni son sobre los soldados franceses que me hace mucha gracia.*

*Cuando me canso, me meto por las callejuelas de los alrededores, mucho menos pacíficas y aseadas, y miro a otros niños, menos pacíficos y aseados, jugando a churro o a saltar bancos. A veces me acerco hasta las obras que han abierto en canal la vía Laietana y me uno a la brigada de desocupados, la mayoría hombres, que sigue con gran interés el avance de las zanjas.*

*El mío es un paseo sin destino, solo por el gusto de caminar, de observar, de impregnarme de esta maravillosa ciudad que hasta ahora solo había podido percibir de reojo, siempre a cobijo de la figura dignísima y altiva de mi marido. Mi curiosidad natural, y un deseo íntimo y profundo de evadirme de la vida que arrastro unos cuantos kilómetros más arriba, en la parte más alta de la ciudad, han desarrollado en mí unas alas que no dejo de batir, planeando por toda esa Barcelona ignorada y oculta; incluso un poco canalla.*

*En otras ocasiones paseo por la calle Ferran, que me recuerda muchísimo a mi rue de la Paix. En la calle Ferran hay tiendas de todo. Joyas, sedas, sombreros, sastres y modistos de lujo, bisutería, menaje para el hogar... y las mejores chocolaterías y pastelerías de toda la ciudad. La que más me gusta es Can Llibre, donde de vez en cuando hago una parada técnica para adquirir combustible antes de seguir paseando. En la fachada del establecimiento, un escudo imperial, corona incluida, proclama que Pere Llibre es «Proveedor de la Real Casa». Y en el interior, sentadas tras los veladores de mármol, las damas y damiselas toman yemas y bolados en platillos de porcelana fina y jerez o manzanilla en copitas de cristal de Bohemia. Al verme entrar, me miran de reojo, y si alguna me reconoce, cosa nada extraña porque muchas de ellas son pacientes o conocidas de mi marido, desvían la mirada discretamente y se inclinan conspiradoras para hacer notar a sus amigas, mucho menos discretamente, mi presencia. Finjo que no las veo.*

*Cuando me canso de rondar, vuelvo paseando, Ramblas arriba, hasta la plaza de Catalunya, me monto en el coche y hago que me lleven a Vila d'Alba.*

*—¿Te lo has pasado bien, Dalmau, discutiendo sobre el Barça en la terraza del Colón? —le pregunto al chófer—. ¡Pues punto en boca y hasta la semana próxima!*



## RECONCILIACIÓN

Como le ocurría con sus otras hijas, mi mujer tampoco le hacía demasiado caso a Marguerite.

No era que no la quisiera. Era que se había cansado de ejercer de madre. O puede que se hubiera cansado de ejercer de esposa... Que yo hubiera puesto en duda mi participación en la concepción de Marguerite era algo que no podía perdonarme. ¡Precisamente yo, que la había arrojado a los brazos de aquel viejo amigo, Pascal de La Bruyère, para que le hiciera el heredero que yo era incapaz de engendrar!

Era cierto que ella misma había perdido la esperanza de concebir un hijo mío. Pero, precisamente por eso, en un determinado momento la cuestión había dejado de preocuparla y había vuelto a apreciar el sexo como en los primeros tiempos del matrimonio: algo sin trascendencia, un divertimento que tan solo conducía al placer y una fórmula para expresar el intenso amor que sentía hacia mí.

*Cuando me di cuenta de que estaba embarazada, pensé que Josep Anton no tendría suficientes palabras ni suficientes gestos para manifestar su alegría. Por ese motivo, su recelo cayó sobre mí como una bomba. Y la bomba me destrozó anímicamente. Moralmente. Me sentí aturdida, despreciada, traicionada. Y empecé a sentir animadversión por ese hombre por quien tanto he hecho y a quien tanto he amado.*

*Y la pequeña Marguerite se ha convertido en la prenda a pagar por esa decepción.*

Pero, en el fondo, la quería a su manera y, a escondidas, porque no podía evitar mortificarme, se metía en el cuartito de la pequeña y, amparada por un pacto de silencio que había obligado a contraer a la niñera, permanecía un buen rato sentada junto a la cuna, absorta en sus pensamientos y sus tristezas. En esas ocasiones, la niñera salía discretamente de la estancia y dejaba que madre e hija se reconciliaran un poco de sus mutuos agravios.

Yo, que en esos días nada sabía de aquellas furtivas citas, de vez en cuando le reprochaba su actitud.

—Ni con Adela ni siquiera con Amàlia, estuviste tan distante.

—¿Y tú? —me replicaba con los dientes afilados y los ojos vertiendo hostilidades—. Aunque no te lo creas, también es tu hija.

Yo había terminado aceptando que era hija mía. Me había autoconvencido. Pero un orgullo feroz, mezclado de culpabilidad y de irritación por la desavenencia con Louise, me impedía dar mi brazo a torcer. Nos habíamos adentrado en una espiral de reproches e intolerancias que parecía difícil de desenredar. Pero

lo cierto era que yo estaba muy pendiente de Marguerite, a quien había empezado a llamar cariñosamente Magui. La amaba con delirio. La adoraba. Convencido de que su madre no le prestaba suficiente atención, me había acostumbrado, las tardes en que ella se marchaba a pasear por la ciudad, a meterme en su cuartito y, amparado por un pacto de silencio que había obligado a contraer a la niñera, le hacía compañía, mirándola y remirándola como si quisiera confirmar esas facciones que todo el mundo coincidía en que eran tan parecidas a las mías. Le hablaba. Le hacía caricias. Incluso en alguna ocasión en que me había sentido particularmente tierno, le había llegado a cantar alguna cancioncilla que recordaba de mi infancia. La niña, graciosa y dulce como una muñeca, me escuchaba con sus preciosos ojos muy abiertos, me sonreía, gorjeaba. Y yo me derretía, absolutamente enamorado de aquella criatura fruto de un extraño azar. Fuera o no fuera hija mía, la amaba más que a nada en este mundo.

*Esta tarde no sé lo que me ha sucedido: me he cansado de pasear por Barcelona. Durante casi un año he estado haciendo escapadas —escapadas en todos los sentidos de la expresión—, y ahora ya la conozco como el jardín de Vila d'Alba. Semana tras semana he ido ampliando horizontes, descubriendo barrios y barriadas, calles, avenidas, tiendas y rincones. Pero ha llegado un momento en que esas excursiones solitarias me hacen sentir muy sola. Tan sola como cuando estaba en casa, encerrada en mi cuarto o en el laboratorio, que también ha empezado a aburrirme.*

*Esta tarde he regresado a la plaza de Catalunya cuando no hacía ni una hora que había bajado del coche. Dalmau Sapena, que me ha visto llegar desde su mesa habitual en la terraza del Colón, apenas ha tenido tiempo de pagar la consumición y dirigirse rápidamente hacia mí.*

*—¿Pasa algo, señora?*

*—Volvamos a casa.*

*Estoy a punto de cumplir cuarenta y un años, y de repente mi vida me ha parecido un desierto que cruzo sin saber muy bien hacia dónde. Si no fuera por la guerra, pensaba mientras el coche cruzaba la ciudad, regresaría a París, dejando que Josep Anton se apañara a solas con todas esas hijas que yo no había deseado y que ahora me pesan tanto. ¿Para qué tanto sufrimiento, tantos líos, tantas barbaridades? Más me habría valido no casarme con ese miserable, que lo único que quería de mí era una madre para un heredero que nunca podrá tener. ¿Qué había sido yo para él, sino un vientre para parir?*

*Cuando el coche subía hacia la Bonanova lloraba ya de autocompasión. Pero también de arrepentimiento. ¡Abandonar a Adela, a Marguerite! ¡Qué pensamientos tan horribles!*

*Lo primero que he hecho, tan pronto Dalmau me ha dejado al pie de la escalinata de Vila d'Alba, ha sido correr hacia la habitación de Marguerite. Y lo primero que he visto ha sido a mi marido, sentado junto a la cuna, haciéndole carantoñas a la niña, que se reía y se retorció como una oruga intentando agarrar un conejo de trapo que él agitaba sobre su cabecita.*

*—¡Mira a Nicolau! —decía Josep Anton mientras se le caía la baba—. ¿Qué le dice Nicolau a Magui?*

*Me he quedado paralizada en el umbral del dormitorio, contemplando aquella escena sin salir de mi asombro, absolutamente estupefacta. Josep Anton, entretenido en hacer reír a nuestra hija pequeña, no ha oído ni el coche ni mis pasos escaleras arriba.*

*—¡Ay, ay, ay! —ha seguido, como si fuera él el crío—. ¡Qué malote es este Nicolau!*

*Me he retirado en silencio hacia el pasillo, un poco desencajada.*

*¿Nicolau?*

*¿Mi hija tiene un conejo de trapo que se llama Nicolau?*

*¿Y mi marido tiene una hija que se llama Magui que tiene un conejo que se llama Nicolau?*

Al día siguiente, Louise ordenó a Mariona que trasladara todas sus cosas a la habitación de matrimonio.

Y aquella noche se coló entre las sábanas de nuestra cama conyugal como si las hubiera abandonado esa misma mañana.

Un año más tarde nació Elsa.

## ELSA

Elsa nació cuando Magui tenía ya dos años.

Y, por primera vez, la llegada de un nuevo miembro a la familia se celebró en Vila d'Alba con el entusiasmo que merecía. Porque en aquella ocasión yo no tenía la más mínima duda —a pesar de que se parecía a Louise más que a mí— de que la niña era hija mía. Y de que yo no era estéril. Esa criatura lo demostraba. Y eso me devolvía la esperanza de que tal vez algún día podría engendrar el heredero que tanto deseaba.

No fue así. Aquel fue el último embarazo de Louise. Y yo acabé resignándome. Esas dos preciosas niñas llenaban mi vida de una manera tan profunda que no las hubiera cambiado absolutamente por nada. Magui era como una muñeca de porcelana, de una belleza tan cautivadora que incitaba a mirarla constantemente, indagando el misterio de la perfección de aquellos ojos radiantes y a la vez celestiales, aquellos cabellos rubios graciosamente rizados, aquella sonrisa deliciosa en aquellos labios tan bien trazados... Elsa también era linda; pero del todo distinta a su hermana. Tenía los ojos de color café, los cabellos castaños, lisos y suaves, y la nariz francesa de su madre.

También el carácter las diferenciaba. Magui era un colibrí. A todas horas reía, saltaba, corría y cantaba como si el mundo fuera el séptimo cielo en primavera. Elsa era tímida, callada, sonreía dulcemente y miraba la vida con una placidez y una seriedad que la hacían parecer mayor de la edad que tenía. Desde el primer momento, Magui la convirtió en su protegida. Ya de muy pequeña se metía en su cuarto, se sentaba junto a la cuna y entablaba conversación con ella. Le explicaba sus cosas de niña, le cantaba, le daba juguetes e incluso le dejaba que, de vez en cuando, cogiera a Nicolau, su más preciada posesión. Elsa le retribuía toda esa dedicación con un afecto que a medida que se iba haciendo mayor se iba convirtiendo en pura devoción. Un poco como lo que había ocurrido entre Adela y Amàlia, pero con la diferencia de que Magui nunca intentaba aprovecharse de Elsa, ni mucho menos tiranizarla, como había acabado haciendo Amàlia con Adela.

Las dos mayores no manifestaron el más mínimo interés por su nueva hermanita. La ignoraron con la misma altivez que siempre habían mostrado hacia Magui. Y eso no hizo sino ensanchar el abismo entre ellas y yo. No las echaba en absoluto de menos durante los meses de invierno, cuando estaban en el internado. Y me daba igual lo que hacían o dejaban de hacer cuando estaban en casa durante las vacaciones de verano. Para mí eran, cada vez más, dos extrañas. Tampoco mi mujer les hacía mucho caso, porque se habían ido volviendo taciturnas, silenciosas y siempre andaban conspirando la una con la otra. Teníamos la sensación de que nos apreciaban tan poco como nosotros a

ellas.

—No quiero que Magui vaya al internado —le dije a Louise el día que preparábamos una pequeña fiesta para celebrar su cuarto aniversario—. Prefiero ponerle una institutriz y, más adelante, la matriculamos de externa en las monjas francesas.

La idea de que mi princesa estuviera lejos de mí durante varios meses me llenaba de angustia.

—Yo tampoco quiero más internados —reconoció Louise—. Ni para Magui ni para Elsa. No me gusta el resultado.

Pero lo que ninguno de los dos reconocía era que nuestros sentimientos y nuestras reacciones con las pequeñas eran muy distintas de lo que habían sido con las otras dos —que ahora ya tenían diecisiete y catorce años— durante sus turbulentas niñeces.

Magui, que era de buena pasta, siempre trataba de acercarse a sus hermanas mayores y les dedicaba un catálogo de alborozos cuando a finales de junio volvían del Montseny. Pero lo único que recogía eran desplantes. Elsa, mucho más pragmática y con mucho más carácter que Magui, les pagaba con la misma moneda: las ignoraba absolutamente y ni siquiera se molestaba en disimularlo. Para ella resultaban unas criaturas todavía más ajenas. En cambio, tanto ella como Magui estaban a partir piñones con Teresina, la hija del ama de llaves, una menudita morena, simpática y parlanchina como ella sola con quien compartían juegos y juguetes casi como si fuera de la familia. Cuando Louise había decidido contratar a Lourdes Martinet, al poco del nacimiento de Elsa, yo había expresado mis dudas. En casa siempre habíamos tenido mayordomos masculinos, pero Ernest, el que habíamos heredado de mis padres cuando se fueron a vivir a Argenton, quería jubilarse, y a Louise se le había metido en la cabeza que en una casa tan llena de mujeres un ama de llaves sería más útil que un mayordomo. Que Lourdes tuviera una hija sin padre tampoco me parecía oportuno. Pero mi mujer me la pintó con unos colores tan favorables —se la birló a una marquesa amiga suya— que acabó por convencerme. Y al ver sus cualidades y la compañía que representaba Teresina para mis hijas pequeñas, no me arrepentí. Incluso cuando mi mujer, años más tarde, empezó con aquella locura de ir sustituyendo el servicio por criados gabachos, intenté retener a Lourdes. Pero su hija había acusado tan dolorosamente la desaparición de Magui que incrementaba nuestro malestar con su depresión; de forma que al final concluí que lo mejor que podíamos hacer era buscarles una buena casa y quitárnoslas de encima. Nunca más volvimos a saber de ellas.

Anna aparta los ojos del mecanoscrito absorta. ¿Locura de los criados gabachos? ¿Qué diantre significará eso?

Echa un vistazo a las hojas que le quedan por leer. No muchas. De momento se trata de unas memorias generales, con bastante miga, eso sí, pero sin ninguna pista de lo que ocurrió con Magui. No está segura de que eso le sirva de mucho a Marc para resolver su Enigma Familiar.

Marc...

Hace ya un par de días que no le envía whatsapps ni intenta ponerse en contacto con ella. ¿Se habrá cansado de la historia? O tal vez ha encontrado alguna pista a seguir... Algún testigo de los hechos... ¡Ninguno de los que aparece en este libro, eso seguro! Echa cuentas mentalmente. Todos muertos y enterrados. Elsa, por supuesto; ya se lo había contado el propio Marc. Y Teresina... ¡Ahora tendría cien años! Imposible. ¿Y algún hijo de Amàlia o de Adela? Eso ya es más plausible. Suponiendo, claro está, que esas dos hijas tan poco queridas por sus padres llegaran a tener descendencia, y que esa descendencia —primos de la abuela de Marc... ¿cómo se llamará ese parentesco?— supiera algo de toda esta rocambolesca historia.

Sentado en una cómoda silla de mimbre en el patio de los Manzaneda, con un cigarrillo entre los labios y una copa de brandi entre las manos, Roberto del Río hacía partícipe a su colega de sus inquietudes.

—Los Viladalba están a la defensiva; lo cual es lógico, por otra parte, si se tiene en cuenta el trato al que los ha sometido la prensa. Y la propia policía. —Aquí compuso una pequeña mueca irónica, como si quisiera excusarse por el ataque directo.

—Estarás de acuerdo conmigo en que hay cosas que no encajan —alegó Hilario Manzaneda—. Comprendo tu posición, Roberto, pero no sirve de nada ignorar los indicios.

El detective privado hacía rodar la copa entre sus dedos abstraído, con los ojos colgados en las colinas de Horta, que se dibujaban por encima de la aglomeración de tejados en la calima de un otoño que no acababa de arrancar. A diferencia de su amigo, Roberto del Río era un hombre de acción, de espíritu más bien excitable. Solo una tenaz autodisciplina que se imponía desde que era un adolescente le impedía resolver las cosas a golpe de impulso orgánico. Con todo, su inquietud física a menudo se filtraba por los gestos de sus manos. Como ahora, que a Hilario Manzaneda le parecía estar viendo la copa de brandi a punto de salir disparada para ir a estrellarse en mitad del patio.

—Lo que más me llama la atención es... la diferencia de comportamientos —prosiguió Del Río tras una larga y reflexiva pausa.

—¿Qué quieres decir?

—Las actitudes del padre y de la madre. La manera de encarar la situación.

Su colega se inclinó hacia delante, interesado.

—El padre parece sumergido en el duelo —proseguía Del Río—. Se le ve tremendamente afligido, como si se sintiera culpable. Derrumbado a todas horas en un sillón de la sala junto a una mesita donde ha amontonado retratos de Marguerite con rosarios colgando y figuritas de la Virgen de Lourdes y de esa morena que tenéis...

—La de Montserrat.

—... como si tuvieran que velar por el alma de la cría.

Manzaneda asintió comprensivo.

—De vez en cuando le veo leer la Biblia. Un día la fisgoneé y comprobé que tenía varios versículos subrayados: el sacrificio de Isaac por su padre Abraham y otro sobre la reacción del rey David cuando, por venganza, Yahvé hace que su hijo muera.

Roberto del Río se sacó un bloc del bolsillo, gemelo del que usaba Manzaneda, y leyó en voz alta:

—«Le preguntaron sus siervos: “¿Qué estás haciendo? Cuando el niño todavía estaba vivo, ayunabas y llorabas; y ahora que el niño ha muerto te levantas y comes pan”. A lo cual contestó: “Ayunaba y lloraba por el niño cuando todavía vivía, porque decía: ¿quién sabe si Yahvé tendrá piedad de mí, y el niño quedará vivo? Pero ahora que ha muerto, ¿por qué tengo que ayunar? ¿Podré quizás restituirle la vida?”»

Manzaneda no pudo evitar estremecerse.

—Es como si ese hombre se hubiera sumido en la fatalidad y la derrota.

—De la manera más extraña —admitió su colega—; por un lado reacciona con la aflicción y la tristeza inherentes a la situación... y por el otro... por el otro parece como si buscara justificaciones, o tal vez consuelo, para retomar su vida allí donde la dejó haciendo suya la actitud del rey David: ¿no podré resucitar a mi hija!

—Pero eso supondría una aceptación de que la niña está muerta. ¿Acaso él sabe si lo está? ¿Acaso sabe algo que no ha dicho?

—Otro de los libros que está leyendo es una bobada —lo interrumpió Del Río—. Uno que está de moda ahora, de sir Arthur Conan Doyle, acabado de publicar...

—¿*Xerlocolmes*? —preguntó su amigo, perfilando una sonrisa cómplice.

—¡No, no! —sonrió también Del Río, guiñándole el ojo—. La aficionada a Sherlock Holmes es ella. Él lee... —Volvió a consultar su bloc—: *La nueva revelación o qué es el espiritismo...* ¿Sabías que Doyle es espiritista?

Hilario Manzaneda negó con la cabeza.

—Por lo visto se ha convertido hace unos cuantos años y ahora se dedica a escribir libros sobre médiums y comunicaciones con el más allá.

—¡No jodas!

—Y el doctor Viladalba se los lee: cómo organizar sesiones espiritistas, cómo contactar con los difuntos... ¡Mandangas de esas!

—¡Y eso que es médico!

—También lo es Doyle.

—¿Me estás diciendo que el doctor Viladalba estudia la manera de ponerse en contacto con el espíritu de su hija? —preguntó Manzaneda con dos estiletes de sorpresa punzándole en las pupilas—. ¡Eso sería admitir, definitivamente, que la cree muerta!

—En contraste —prosiguió Del Río, que tenía la costumbre, o el vicio, de hablar y hablar sin atender a las reacciones del interlocutor—, la madre se muestra fría y ausente. De hecho, casi ni me dirige la palabra; como si en el fondo la importunase mi presencia. Es una mujer extraña... y extraordinaria. ¿Sabías que se dedica a la farmacia?

—¿Ella? ¿Una dama?

—Al registrar la casa, ¿no te llamó la atención una estancia, al lado de los dormitorios de la planta alta, equipada como un laboratorio?

—Deduje que era el del doctor Viladalba...

—Pues resulta que es ella la que trabaja allí. Cuando se lo comenté al doctor Viladalba dijo que era su laboratorio médico; pero no lo veo entrar nunca, siempre es su mujer quien se encierra en él.

—Qué curioso...

—Un día se lo pregunté sin tapujos y ella me confesó que era un tema que le interesaba mucho. Es hija de un famoso farmacéutico francés. Pero insiste en que el suyo es un interés puramente lúdico. No me lo creo. Es una mujer de una gran cultura; se nota en su conversación.

Manzaneda dejó vagar la mirada por el paisaje salpicado de otoño suspendido sobre el patio. Él también había sacado una impresión similar cuando había interrogado a Louise Laforest. A pesar de su aspecto sofisticado, de dama de la alta sociedad, no había podido disimular que su intelecto se alimentaba con asuntos más profundos que la longitud de las faldas según la moda parisiense o la mejor manera de distribuir a los invitados alrededor de una mesa de banquete.

—Lo más extraño es que, aparte de las aventuras de Sherlock Holmes, doña Louise lee obras que parecen algo menos... cómo lo diría... lúdicas. Obras mucho más... profesionales.

—¿Como cuáles?

—Pues tiene un par en la mesilla de noche de lo más... raras: obras judiciales sobre suplantación de personalidad —explicó Del Río, consultando una vez más el pequeño bloc—. *Medicina Legal*, del doctor Mateu Orfila.

Manzaneda levantó una ceja interrogante.

—Doña Louise tiene el punto puesto en un capítulo muy peculiar: el caso de un niño francés abandonado por su madre al que hicieron pasar por el hijo de otra mujer.

—¡No jodas!

—Y también está leyendo sobre el caso Fontanelles —prosiguió Del Río—; el libro que escribió su abogado, José Indalecio Caso.

—No sé de qué va.

—Tuvo lugar a mediados del siglo pasado. El hijo de los marqueses de Fontanelles fue secuestrado aquí, en Barcelona, y reapareció dieciséis años más tarde diciendo que había estado todo ese tiempo en Argentina. Pero poco después se le acusó de impostor, de usurpar el nombre y la identidad de Claudi Fontanelles... Parece ser que había intereses económicos en juego... Al final fue condenado y jamás pudo demostrar que él fuera el verdadero Claudi.

—Qué curioso —observó una vez más Manzaneda.

¿Por qué una mujer como Louise Laforest estaba, precisamente en aquellos trágicos momentos, leyendo ese tipo de historias?

—Tengo la sensación de que, de una manera u otra, esas lecturas están relacionadas con la desaparición de su hija. —Roberto del Río, puso voz a las reflexiones de su amigo—. Pero no consigo imaginarme de qué modo...

Ambos investigadores permanecieron en silencio un buen rato, con la mirada errando por los rincones del pequeño patio, por las macetas donde la señora Manzaneda cultivaba geranios, hortensias y también hierbas aromáticas: perejil, albahaca, ajedrea... En una esquina, resguardado, emergiendo de un barreño de grandes dimensiones, se veía un pequeño limonero. El suave sol de finales de octubre pintaba de oro los frutos que colgaban entre las hojas de plata. El aroma cítrico se esparcía como un aliento por todo el patio. Un gato escuálido y sarnoso avanzaba con cautela, haciendo funambulismo por encima de la tapia.

—El doctor Viladalba ha vuelto al trabajo —dijo Del Río rompiendo la pausa reflexiva—. Y su mujer se pasa horas y horas en el laboratorio. Eso cuando no están en misa, porque van casi cada día. Don Josep Anton me dijo que iban a rezar por el pronto retorno de su hija. Pero a doña Louise no la veo muy convencida... Me da la sensación de que va por acompañar a su marido; a pesar de que a veces también la he oído decirle, me parece que más que nada para consolarlo, que Dios proveerá.

Hilario Manzaneda sacudió la cabeza, comprensivo y escéptico a la vez.

—Don Josep Anton, en cambio, se muestra menos esperanzado —prosiguió Del Río—. Un día me dijo que la incertidumbre es su peor pesadilla. Que casi preferiría saber la cruda realidad que



flotar para siempre en la ignorancia; pero que, por otro lado, no se siente con fuerzas para asumir la posibilidad de que su hija esté muerta.

—Sí. Estaba muy unido a la pequeña. Diría que incluso un poco obsesivamente. A sus otras hijas no parece hacerles tanto caso. Es evidente que es la niña de sus ojos.

—¡Y eso que dicen que los padres no tienen preferencias! —apuntó Del Río—. Claro que, de todas ellas, Magui es sin duda la más bonita, con esos cabellos rizados que...

El detective se calló de repente, la boca y los ojos como platos: una bola de peluche blanco y negro surgida de la nada se les abalanzaba, silenciosamente, pero con una potencia avasalladora. Pasó galopando junto a ellos y se metió en el interior de la casa. El detective miró interrogante a su amigo, con los ojos todavía petrificados. Manzaneda soltó una risita.

—Tranquilo, es Guifré.

—¿Guifré?

—Guifré el Pilós —volvió a reír Manzaneda—. Wilfredo el Velloso. Lo bautizó mi hija, que es más catalana que el pan con tomate.

—Peludo sí que es, sí.

—Es un perro de aguas español —explicó Manzaneda—. La nueva mascota de Angelina.

Y entonces, bajando el tono de voz, le contó a su colega lo que le había ocurrido a Rosco, el anterior perrito de su hija; y cómo había decidido sustituirlo por ese otro que le habían regalado unos gitanos de Collserola. Justo en ese momento salía al patio Angelina con la cartera del colegio entre los brazos y con Guifré correteando excitado entre los tobillos. Saludó con timidez al amigo de su padre.

—Tienes un perro muy bonito —le dijo Del Río, a pesar de que Guifré se mantenía lejos de él, estudiándolo con mirada recelosa.

—Es muy inteligente —declaró Angelina con satisfacción—. ¡Ven aquí, Guifré, saluda!

Pero el perro no parecía nada convencido. Gruñó levemente.

—No le haga mucho caso —dijo la niña—, es un poco desconfiado con los que no son de casa...

—Forma parte de su temperamento —explicó entonces Manzaneda—. Es un perro guardián. Y los cazadores lo tienen en gran aprecio porque es muy fisgón y no pierde detalle. ¡Como un hurón! A veces me maravilla que un perro pueda ser tan inteligente. ¡Si vieras cómo encuentra las cosas que le esconde Angelina! Da igual donde las meta y lo pequeñas que sean: ¡él siempre las acaba descubriendo!

—¡Podríamos llevárnoslo a Vila d'Alba! —soltó una risilla Roberto del Río—, ¡a ver si consigue encontrar a Magui!

—Amàlia y Adelina, las hijas mayores, fueron enviadas a París tras la desaparición de Magui.

Teresina Martinet sumerge una magdalena en el chocolate. Marc sonríe al ver la afición que le dedica.  l ha preferido enfrentarse a la tarde de verano con una coca-cola. Pero Teresina se ha empeñado en merendar un chocolate a la taza que provoca sudores solo de verlo. Se lo ha preparado ella misma. Su vivienda, uno de los apartamentos individuales de la residencia, consta de salita con cocina americana, un dormitorio y un baño con plato de ducha.

—Es carito, no te creas —le ha dicho mientras se lo enseñaba con orgullo de propietaria—. Pero me dieron mis buenas pesetitas por la casa de Zaragoza... Mira, esta cómoda me la hice traer de all ...

Las estancias est n decoradas con una mezcolanza de muebles de varios estilos. Los más antiguos y pesados, los de Teresina, combinan de manera extra a con los modernos, propiedad de la residencia. También hay cuadros, sencillos pero entrañables, figuritas de porcelana y labores de ganchillo repartidas por todos los rincones.

— Sabes que este apartamento está justo donde estaba la habitación de Am lia? —le ha dicho a Marc disparando esa sonrisa suya llena de picardía.

Y él se ha estremecido sin poder evitarlo.

— Pues s  que era grande! —ha dicho rápidamente, para disimular su extra a inquietud.

—Era alcoba y sala; un privilegio hoy impensable con el precio del metro cuadrado. El dormitorio estaba en lo que ahora es la cocinita y el baño. Y aquí, donde estamos, separado por una arcada, el vestidor y el tocador. Todavía me parece estar viéndolo... Este es un rincón tranquilo. El que no quise fue el apartamento construido en la habitación de Magui. Por el fantasma...

Marc no ha podido evitar una media sonrisa al escuchar de nuevo el comentario sobre el alma en pena de Magui. No sabe si preguntarle abiertamente sobre el asunto. Le da miedo que a la anciana, que tal vez tenga arrebatos seniles, no le haga ningún bien hablar de sus supersticiones y temores. No deja de intrigarlo el contraste entre la mujer cultivada, maestra de escuela, y la mujer asustadiza que cree en fantasmas.

Mientras ponía en un jarr n el ramo de flores con que la ha obsequiado Marc, le ha ofrecido la merienda.

—Tengo de todo —ha dicho con satisfacción abriendo la nevera y los armarios de la cocina—.  Esto me da una cierta independenciam cuando no me apetece alternar con ese puñado de abueletes!

A Marc le ha hecho gracia esa observación porque Alicia Llacera, la gerente, le había contado que Teresina es la interna de más edad. Pero la anciana parecía querer desmentirlo riendo con

aquella risa infantil que había resonado en esos mismos aposentos casi un siglo atrás.

Y ahora se está zampando una jícara de chocolate con un deleite que la devuelve a su niñez.

—Amàlia ya tenía diecinueve años. Y Adelina quince. Y a tus parientes les pareció que era mejor enviarlas a casa de los abuelos, en París, para apartarlas del desbarajuste en que se había convertido esta casa.

Marc se siente, una vez más, un tanto impresionado.

En esta casa...

—Solo quisieron quedarse con Elsa, tu... bisabuela, porque era muy pequeñita todavía...

—Debió de ser un drama —observa Marc con cautela. No quiere ser demasiado directo ni asediar a la pobre mujer con el montón de preguntas que lleva toda una semana incubando en el cerebro. Cuando empezaron a hablar del asunto, el día que la conoció, le pareció que Teresina se iba angustiando y decidió dar la visita por terminada.

—Ahora tengo que irme —le dijo diplomáticamente—. Pero la semana que viene la vendré a ver.

—¡Eso! —se había reavivado la anciana, que era evidente que ya no tenía quien la fuera a visitar—. ¡Merendaremos!

—Ni te haces a la idea del trastorno —dice ahora, mientras apura con la cucharilla los restos de merienda de la taza—. Los policías entrando y saliendo a todas horas, preguntando a todo el mundo, revolviéndolo todo... Incluso trajeron un perro que descubrió aquello del coche...

Marc se inclina hacia delante, atento.

—¿Aquello del coche?

—¡Ay! ¡Con el palmito que lucía aquel chófer! Botas relucientes, gorra de plato con visera y guantes blancos. Le hacían los uniformes a medida. Se ve que solo la gorra ya valía como dos jornales. Dalmau Sapena, se llamaba... Y le pegaba el apellido, ya lo creo. ¡Qué pena! ¿Te conté que se acabó suicidando?

Marc da un respingo en la silla. La excitación casi le hace volcar el vaso de coca-cola. Intenta moderarse y, con voz como casual, indaga:

—¿Qué ocurrió?

—Tus parientes tenían un cochazo de lujo —explica Teresina, que por una vez no ha utilizado un diminutivo, sino todo lo contrario—. No entiendo mucho, pero se ve que era de una de las mejores marcas.

—Un Hispano Suiza. Lo he visto en fotografías.

—Yo había montado en él —dice la anciana con una pizca de orgullo—. En esa época, en Barcelona apenas debía de haber quinientos coches.

—¿Qué ocurrió con el chófer? —Marc intenta reconducir la conversación tan delicadamente como puede. Hay que evitar que Teresina arranque con de uno de esos monólogos inacabables sobre las excelencias, desde todos los puntos de vista, de la familia Viladalba.

—Al pobre Dalmau también lo despidieron, aproximadamente un año después de la desaparición de Magui...

—¿Pero... se suicidó porque lo despidieron?

Teresina hace un gesto ambiguo.

—No sabría decírtelo... —articula lentamente, abstraída—. Se mató un par de años más tarde. Tus parientes fueron muy considerados y lo jubilaron un poco antes de lo que le correspondía. Eran unos señores como es debido, los Viladalba...

Y antes de que el último Viladalba, convertido en una nube de impaciencia, vuelva a preguntar,

la anciana añade:

—Puede que tuviera que ver con lo de la policía... A pesar de que los señores lo defendieron siempre a capa y espada...

—¿Lo de la policía? —la apremia Marc.

—No sé muy bien cómo fue, porque nosotras ya estábamos en Zaragoza. Dalmau fue el último en ser despedido...

Marc compone un gesto entre la impaciencia y la impotencia.

—Dolorettes, la cocinera, se lo contó a mi madre por carta —dice entonces Teresina Martinet—. Por lo visto, cabía la posibilidad de que Dalmau estuviera implicado de alguna manera en la desaparición de Magui...

—¡Las hemos encontrado! —gritó alborozado Roberto del Río apenas Hilario Manzaneda hubo abierto la puerta—. ¡Hemos encontrado rastros de Magui! ¡Gracias a tu magnífico Guifré el Pilós!

El perro soltó un ladrido, uno solo, como si confirmara las palabras del detective. Retozaba a su alrededor, meneando la cola inquieto y feliz. Aquella reticencia que le había mostrado días atrás, cuando se conocieron, se había diluido definitivamente. Del Río le prodigaba mimos, magreándole con vigor las orejas de péndulo, achuchándole el lomo.

—¡Un verdadero perro policía!

Manzaneda sonrió satisfecho. Cuando su amigo le había propuesto llevarse a Guifré a Vila d'Alba para tratar de hallar alguna pista de la niña desaparecida, se había mostrado escéptico. A punto había estado de oponerse.

—En Scotland Yard los usan —había argumentado Del Río, animado con su propia idea—. Pastores belgas malinois. Lo he leído en un informe. La primera vez, cuando lo de Jack el Destripador, en 1888... Y también los americanos tienen perros policía.

—Pero deben de ser animales especialmente adiestrados —había protestado Manzaneda—. El nuestro es un perro de compañía.

—Tú mismo dijiste que los perros de aguas españoles son buenos rastreadores —había insistido Del Río—. Y que los pastores los usan para detectar cebos envenenados y los guardas forestales para salvamentos y rescates.

Al final Manzaneda se había dejado convencer. Había decidido que, al fin y al cabo, el animal no corría ningún peligro...

—¡Ha sido fenomenal! —Del Río estaba tan excitado como el propio Guifré, que ahora estaba más calmado y devoraba el perol de arroz con el que Maria Àngels había querido premiarlo—. ¡Tendrías que haberlo visto!

—Roberto, no le diremos nada de todo esto a Angelina —le recordó Manzaneda, que se sentía un poco culpable de haber aprovechado que su hija estaba en la escuela para prestarle la mascota.

—Tranquilo, Hilario, ya no lo necesitaremos más: hemos encontrado todo lo que se podía encontrar.

Mientras Manzaneda le servía una Moritz, Del Río parloteaba sin cesar.

—Al principio los Viladalba parecían un tanto reticentes. No acababan de creer que un perro pudiera ser más efectivo que todos los agentes que estuvieron registrando la casa meses atrás... Pero los he convencido de que no había nada que perder y sí mucho que ganar.

Tan pronto como le habían hecho husmear a Guifré un vestidito de Magui, el perro había saltado como un muelle y había corrido hacia la habitación de la niña. Los Viladalba seguían

tapizados de escepticismo.

—Hará poco más —había dicho Josep Anton con aquellos aires doctorales que gastaba—. No es ninguna novedad que algunos perros tienen un olfato tan fino que pueden captar olores a distancia.

—Y teniendo en cuenta el tiempo transcurrido desde la verbena —apuntó Manzaneda—, parece difícil que Guifré haya podido encontrar algún rastro...

El perro había gruñido ante el ropero donde se guardaban los vestidos de Magui; Roberto del Río había tenido que apartarlo de allí, bajo los ojos displicentes de los Viladalba. Después Guifré se había acercado a la cama de la pequeña, la había husmeado y, siguiendo un rastro que solo él detectaba, se había desplazado hasta la ventana.

—La del ángulo de la habitación —pronosticó Hilario Manzaneda—. ¡La de los rastros de sangre!

—Allí ha soltado un ladrido —seguía Del Río como una matraca.

Manzaneda se hizo el resignado propósito de escucharlo sin interrumpirlo. Lo conocía desde hacía tiempo y le conocía ese vicio de no dejar meter baza. El inspector no sabía si era debido a su desbordante energía o a su reprimida inseguridad.

—Empiezo a sospechar que esa sangre era de Magui —dijo entonces Roberto del Río, como si quisiera demostrarle que sí había escuchado su acotación.

—¡Ya lo decía yo en el informe!

—Y probablemente también las manchas del sendero que discurre por detrás de la cocina —apostilló el detective—, porque, tras entretenerse un rato rondando por el dormitorio, Guifré ha salido y ha ido siguiendo el mismo trayecto que hiciste tú la primera vez que examinaste el escenario de los hechos.

El perro había recorrido el pasillo de las habitaciones nobles, el de las habitaciones de servicio y la escalera que bajaba al comedor de los criados. Allí se había puesto a ladrar ante la puerta que daba al exterior. Tan pronto se la habían abierto, había salido como una exhalación y había galopado por el sendero. Pero se había detenido de repente y había vuelto sobre sus pasos para entretenerse hurgando alrededor de la puerta y de las baldosas. Luego, había ido avanzando hasta la cancela trasera de la finca y se había demorado un buen rato, con el morro en tierra, pasando y repasando la parte inferior de la puerta. Y cuando había tenido suficiente, había soltado otro ladrido, como si exigiera que se la abrieran.

—Reconstruía el trayecto que podría haber seguido Magui la noche de su desaparición —dedujo Manzaneda.

—La pista se perdía en el caminito de tierra que hay al otro lado; el que va hasta la explanada —lo interrumpió Del Río—. Allí ha estado Guifré dando vueltas y más vueltas, hasta que he comprendido que ya no sabía dónde buscar.

—Las roderas de coche —dijo Manzaneda, agitando la cabeza con pesar—. Pensé que quizás eran de las camionetas de los repartidores...

—Recordaba tu informe —asintió su colega, demostrando una vez más que no por mucho charlar dejaba de escuchar—. Pero había tantas huellas y de tantos días distintos...

—¡Ha llovido mucho desde entonces!

—Por eso, al ver que allí ya no había nada más que buscar he llevado a Guifré al jardín de la casa. No quería influenciarlo y lo he dejado solo en el centro...

Y el perro había reaccionado. Había echado a correr como un relámpago hacia el garaje. Allí se había puesto a ladrar con furia.

—¡Es evidente que esto no nos llevará a ninguna parte! —había gruñido Louise Laforest—. ¿Qué tiene que ver el garaje con la desaparición de nuestra hija?

—No lo sé, pero no estaría de más echar un vistazo —había propuesto Del Río.

Al final había conseguido que hicieran bajar al chófer del pisito en el que vivía, encima del garaje, para que abriese las puertas. Guifré se había lanzado de morros y, sin pensárselo dos veces, se había precipitado sobre el Hispano Suiza, que dormía en la penumbra bajo una capota protectora.

Para asegurarse de cuál era el objeto de su devoción, Del Río lo había llamado.

—Aquí, Guifré, ven aquí.

El perro se había detenido, lo había mirado indeciso y había retrocedido. Pero antes de llegar a su altura, se había vuelto de nuevo y se había abalanzado sobre el coche con un ladrido de indignación. Entonces había empezado la verdadera búsqueda. El detective había solicitado que le quitaran la mortaja al Hispano y abrieran las puertas.

—¡Ni hablar! —bufaba Louise indignada—. A mi coche no quiero que se suba su perro.

—Esa mujer me agota la paciencia, Hilario —confesó Del Río mientras echaba un trago a su cerveza en el patio del pisito de Horta, que iba impregnándose de sombras—. ¡No sé qué coño quiere! ¡Se supone que me contrataron para ayudarlos a encontrar a su hija!

Por suerte, el doctor Viladalba había mediado, apaciguador:

—¿Qué mal puede haber, mujer? Ya lo limpiaré luego Dalmau...

El propio Dalmau había abierto las cuatro puertas del automóvil. Guifré se había entretenido un buen rato husmeando la manecilla de la de detrás del conductor. De vez en cuando soltaba algún gruñido de satisfacción. Era evidente que había vuelto a encontrarse con el olor de la niña.

—¡Claro! ¡Solo faltaría! ¡Es nuestro coche! —había argumentado Josep Anton—. Y cuando salimos, Magui siempre se sienta detrás del conductor porque, si no, se marea.

Efectivamente, Guifré había saltado al interior del vehículo y había husmeado largamente el asiento que el doctor Viladalba indicaba.

—Tenía razón —le reconoció el detective a su colega—. Eso solo demostraba que la niña se sentaba allí. Y que Guifré era muy bueno como perro policía.

Manzaneda acarició el cráneo plano y sembrado de pelo de la mascota, que, una vez terminado su banquete, había ido a hacer monerías alrededor de los dos policías esperando nuevos reconocimientos.

—El chófer de los Viladalba ya se estaba poniendo un mono para hacer limpieza a fondo del interior del vehículo —rió Del Río—. Debía de tener miedo de la jefa.

Pero entonces Guifré había saltado del asiento de Magui y, tras dar un par de vueltas alrededor del Hispano, se había detenido con las orejas muy tiesas, la cola temblorosa y el morro ansioso ante el maletero. Y allí se había puesto a ladrar como un loco.

—Y allí es donde hemos encontrado los rastros —anunció Roberto del Río con un suspiro de satisfacción, echando el cuerpo hacia atrás en su silla y extendiendo hacia delante sus largas piernas, como si con esa revelación hubiera llegado el momento de relajarse.

—¡En el maletero!

—En el maletero. Un espacio bastante amplio tapizado con un forro gris. A raíz de la excitación de Guifré lo he examinado minuciosamente con una lupa. ¡Parecía el mismísimo Sherlock Holmes!

Los resultados del examen habían sido fructíferos: rastros de sangre, de los que había recogido muestras, y cabellos rubios rizados. Y en el borde mismo del maletero, una huella sanguinolenta

de forma singular.

—Al principio no sabía lo que era —dijo Del Río con parsimonia, como si quisiera hacer durar la expectación que leía en los ojos de Hilario Manzaneda—. Tenía forma de media luna y parecía como si hubiera quedado impresa debido a un impacto...

—La marca de una zapatilla de Magui —dijo su amigo con una seguridad sorprendente.

A Roberto del Río se le abrieron un palmo ojos y boca.

—¡Sí, señor! ¡Tú sí que eres *Xerlocolmes*! —exclamó con entusiasmo—. Esa es la misma conclusión a la que he llegado yo.

Manzaneda contempló absorto, a través del patio, las familiares colinas de pinos que se dibujaban en la lejanía.

—He sugerido que cerraran el garaje y el coche —prosiguió Del Río—. Estaría bien que los peritos de la policía lo analizaran todo con más detalle...

—No lo conseguirás —dijo Manzaneda, volviendo de su ausencia contemplativa—. Recuerda que por lo que respecta a las autoridades judiciales el caso está cerrado. Y esto es muy gordo... Y si los Viladalba esconden algo... Tienen mucho poder...

—Ciertamente, no se lo han tomado demasiado bien —admitió su amigo preocupado—. Solo había que ver sus expresiones cuando les he informado de los hallazgos en el maletero.

—¡Eso no puede ser! —había clamado Louise, toda ella una telaraña de nervios—. *Ce n'est pas drôle du tout! C'est une sottise!*

—No, señora, nada de *sottise*, esto es una evidencia —la había atajado Del Río—. Y estará de acuerdo conmigo en que, si la existencia de restos de sangre y pelo de Magui en el interior de la casa y en el interior del vehículo son justificables, dentro del maletero no lo son en absoluto. ¿Alguno de ustedes puede darme una explicación?

Se había hecho un silencio denso, desconcertado.

—¿Dónde estaba el coche la noche en que desapareció Magui? —había preguntado entonces el detective.

—¿Dónde iba a estar! ¡Aquí mismo! —había contestado con vehemencia el doctor.

Otro silencio de alquitrán.

Josep Anton miraba a su mujer y al chófer con ojos que los instaban a corroborar su afirmación.

—*Bon...* —había murmurado entonces Louise, pausadamente, como si les tomara medidas a las palabras—. No. No es cierto. El coche se lo llevó él...

Señaló con la cabeza a Dalmau Sapena, que ponía cara de póquer.

—Me lo pidió para ir a casa de su madre a celebrar la verbena... Y le dije que sí.

Su marido la miraba helado, de piedra, clavado en el suelo.

—¿Que hiciste qué?

—Con el *ajetrrrreo* de la fiesta no me *acorrrrdé* de *decirrrrrrtelo* —había exclamado Louise, con aquel arrastrar de erres que la poseía cuando se excitaba—. Y no tenía demasiada *imporrrrtancia*. Nosotros no lo *prrrrrrecisábamos*, esa noche. Sabía que Dalmau *tendrría* cuidado. Al fin y al cabo es él quien lo conduce *siemprrrre*.

Hilario Manzaneda proyectó el cuerpo hacia delante en su silla de mimbre, excitado por aquella información desconocida hasta entonces.

—¡No me dijeron nada de todo esto! —tronó—. Claro que a mí tampoco se me ocurrió preguntarlo en ningún momento... Deberían haberme comentado que el automóvil estuvo fuera durante toda la noche. ¡Resulta altamente sospechoso!



—Ellos alegan que a nadie se le ocurrió mencionarlo. El chófer admite que se lo llevó para ir a cenar a casa de su madre y que a media mañana, al regresar a Vila d'Alba, se encontró todo el follón.

—Y a mí no se me pasó por la cabeza que las roderas de la explanada pudieran ser del Hispano —siguió pensando en voz alta Manzaneda—. Y eso que siempre me planteé la posibilidad de que un vehículo se hubiera llevado a la niña en ese lugar. ¡Tal vez muerta!

—O tal vez no... La sangre puede ser debida a la famosa epistaxis que, según el doctor Viladalba, sufre Magui. Y la marca de la zapatilla quizás estaba allí porque ella pisó su propia sangre cuando iba hacia el coche.

—Pero... ¿en el maletero? ¡Qué hacía la niña dentro del maletero, Roberto, por el amor de Dios!

—El chófer dice que no tiene ni idea. Y doña Louise sugiere que todos esos rastros quizás no tienen nada que ver con el caso; que quizás son muy anteriores a la desaparición de Magui, porque insiste en que le gustaba mucho jugar al escondite por toda la casa... Que esos indicios solo señalan que en alguna ocasión la niña realizó el mismo trayecto que ha seguido Guifré...

—¿Hasta el interior de un maletero de un automóvil guardado en el interior de un garaje, con las puertas cerradas y cubierto por una capota? ¡No me lo trago! —exclamó Hilario Manzaneda con ardor.

—Yo tampoco —confesó turbado Roberto del Río—. Y, además, me parece muy sospechosa esa insistencia en quitarle valor a todas estas pistas. El doctor Viladalba llegó a decirme que podría ser que la sangre no fuera de su hija, sino del mismo chófer, que se había hecho un corte pocos días después de los hechos arreglando una barra de cortina.

—Pero Guifré no dudó en ningún momento que esos rastros correspondían a Magui —adujo Manzaneda.

—¡Exacto! Por eso he decidido que mañana mismo llevaré las muestras de sangre a un laboratorio. Ya sé que no podrán decirnos gran cosa, pero como mínimo sabremos a qué grupo sanguíneo pertenecen.

—En aquella época analizar la sangre servía de bien poco. No era como ahora, que pueden decirte incluso quién era tu tatarabuelo. Como mucho se podía dictaminar a qué grupo sanguíneo pertenecía.

Marc asiente, dibujando una leve sonrisa. No deja de hacerle gracia el tono didáctico —de maestra de escuela— que a menudo emplea Teresina.

—Pero se dio un hecho bastante extraordinario: la sangre que se encontró en el maletero del coche era de un tipo muy poco habitual, que solo tiene una de cada cien personas. La policía hizo analizar la sangre de todo el mundo. A mí también me extrajeron un poquito...

—¿Y?

—Resultó que la única persona que tenía ese grupo sanguíneo, el AB, era tu... bisabuela Elsa.

—¡Vaya!

—Se planteó la hipótesis de que la hermanita, Magui, fuera del mismo grupo; pero, claro, no había manera de comprobarlo... Y los Viladalba se aferraron a la posibilidad de que los restos fueran anteriores a la desaparición o que correspondieran a Elsa.

—¿Y le preguntaron a Elsa si sabía cómo podían haberse producido esas huellas?

—No lo creo. Era muy chiquitina. Apenas debía de tener unos... cuatro añitos. Y estaba bastante afectada por la desaparición de su hermanita. Es difícil saber hasta qué punto era consciente de la gravedad de los hechos. Al principio preguntaba dónde estaba Magui, pero al cabo de unas semanas dejó de hacerlo y se encerró en sí misma. Solo recuerdo una ocasión en que dijo algo... ¡Fue espantoso!

—¿Qué dijo?

—Por lo visto había escuchado alguna conversación que no debería haber oído. Eran días de mucho ajeteo en aquella casa... Incluso había un detective privado que habían contratado los Viladalba. —Teresina se esfuerza en hacer memoria de los detalles de aquellos hechos, acontecidos casi cien años atrás—. Sabes, en un momento determinado la policía presupuso que Magui había muerto la misma noche de la desaparición y que su cadáver había sido trasladado en el coche...

Marc nota que un escalofrío le recorre el espinazo. Pero no dice nada. No quiere interrumpir el flujo de recuerdos de la anciana.

—Tus parientes decían que aquello no tenía sentido. Que no había ningún indicio de ello. Incluso desafiaban a la policía a que aportara pruebas...

«Desafiaban.» Es una expresión contundente. Marc no puede evitar preguntarse hasta qué punto los padres de la niña sabían algo... ocultaban algo...

—Decían que todo eran especulaciones —prosigue Teresina—. Y que no pensaban abandonar la esperanza de que Magui estuviera viva. Y es cierto que se les veía muy... animosos. Hasta aquel día, cuando Elsa dijo aquello...

—¿Qué dijo? —pregunta de nuevo Marc.

—Me lo contó mi madre... Se ve que la niñera ya la había metido en la camita y ella, mi madre, estaba pendiente de la cena de los señores; entonces Elsa se presentó en camisón en el comedor y les soltó: «¿Verdad que Magui está muerta?».

Marc aprieta los labios horrorizado, imaginándose la escena.

—Debió de ser espantoso.

Teresina afirma con la cabeza lentamente, los ojos un poco vidriosos.

—Siempre lo sospeché —murmura después de una larga pausa—. Pero no tuve la certeza hasta que regresé aquí.

Marc la mira atento.

—La siento —dice entonces la anciana—. A veces escucho su voz. A veces noto su presencia. Es como si un velo de seda, muy ligero, me acariciara la mejilla.

—Pero... ¿qué cree usted que hace aquí? —se decide a preguntarle Marc, consciente de la convicción que Teresina tiene sobre la existencia de esa mágica presencia.

Ella lo mira como si le sorprendiera la pregunta.

—Es evidente: murió aquí aquella noche de San Juan.

—¿Cómo? ¿Cómo cree que murió?

—¡Ay, hijo mío..., eso sí que no te lo sé decir! Una noche que la oía, se lo pregunté en voz alta; pero no pudo o no quiso contestar...

Marc suelta un suspiro. Es evidente que la mujer no está muy en sus cabales y se deja llevar por las emociones. Tal vez sea su manera de mantener viva a su amiga de la infancia. Han tenido que pasar muchos años para que aquellos miedos sepultados que debió de ocasionarle su misteriosa desaparición hayan terminado desembocando en esa superstición.

—¿Y dónde la oye? —pregunta para romper el silencio incómodo que se ha apoderado de la estancia—. ¿Dónde nota usted su presencia?

La anciana no duda en absoluto:

—Ante la puerta de lo que había sido su dormitorio. Ahora es un apartamento, más o menos como este. En él vive una pareja de jubilados. Un día les pregunté si no notaban nada extraño y me dijeron que no. Por lo visto soy la única que puede oírla... A veces se ríe..., a veces cuchichea..., pero no consigo entender lo que dice.

Marc aprieta los labios. No sabe qué cara poner.

—¿Y el chófer? —pregunta, decidido a cambiar de tema—. Me decía usted que acabó suicidándose...

Teresina le dirige una mirada algo errática. Es evidente que está desorientada, como si regresara de un mundo impreciso de sombras y de espectros.

—Sí... Fue unos años más tarde.

—¿Qué sucedió?

—No se sabe muy bien. El pobre hombre sufrió una presión muy fuerte. El hecho de que aparecieran rastros de Magui en el maletero del coche que siempre conducía él... porque tu abuelo no sabía conducir...

Marc no le corrige el parentesco. Ya no.

—Lo sometieron a interrogatorios durísimos, investigaron cada paso que había dado la noche

de San Juan. Su madre confirmó su coartada: que había pasado la verbena con ella; pero era una mujer mayor, muy inculta...

Marc se bebe con avidez cada palabra de Teresina. Para ciertas cosas parece conservar una memoria extraordinaria...

—Le hicieron la vida imposible. Total, para nada, porque no se pudo demostrar nada de nada.

El joven suspira. No sabe si de alivio o de frustración.

—Los Viladalba siempre lo defendieron con gran fervor... Pero lo cierto es que acabaron despidiéndolo.

—Como a todo el servicio, según me dijo usted misma —alega Marc.

—Sí. Pero se ve que él no se lo esperaba. Louise insistió mucho en conservarlo, pero, curiosamente, Josep Anton dijo que no, que había que despedirlo como a todo el mundo. Y, claro, en esa época las mujeres no cuestionaban las decisiones de los maridos.

Con una sonrisa irónica, le guiña el ojo a Marc, ese ojo de un azul de cielo. Y Marc piensa en Anna Aimeric, que lleva tantos días sin querer ponerse al teléfono ni contestarle los whatsapps.

—Puede que el pobre Dalmau no supiera tomárselo con filosofía. —La voz de Teresina lo arranca una vez más de sus inquietudes—. Quizás le pareció que lo traicionaban... Como siempre quedó flotando la sospecha... quizás por eso se suicidó.

Quizás.

Al salir del apartamento de Teresina, con el anochecer mudando la luz en sombras, Marc toma absorto el pasillo que conduce a la gran escalinata de la mansión. Está a punto de bajarla cuando lo asalta un anhelo. Silencioso como un gato, deshace unos pasos el camino y toma el corredor que lleva al otro extremo de la casa. Casi camina de puntillas. No debería hacerlo; pero no puede evitarlo. No debería estar allí; pero no consigue impedirlo. Si alguien del servicio lo pilla tendrá problemas. Siempre puede decir que se ha despistado y se ha extraviado por los pasillos de esta mansión que un día perteneció a sus antepasados...

Caminando cautelosamente, llega hasta el final del pasillo. Le cierra el paso una puerta con un número. El apartamento de los jubilados. La habitación de Magui.

Y entonces, de improvviso, un escalofrío le recorre la nuca. Estaba parado ante la puerta, como si quisiera interrogarla para que le contara qué había ocurrido allí dentro un siglo atrás, cuando ha notado el roce... una corriente helada y densa, como un velo de seda, muy ligero, que le acariciara la mejilla.

Traga saliva. El hombre racional, el científico, intenta abrirse paso en el reducido espacio de su estómago agarrotado. ¿Fantasmas? «¡No seas idiota!» Pero admite que por unos instantes... Al otro lado de la puerta del antiguo dormitorio de Magui se oye un ruido. Un golpe muy fuerte, como si un mueble pesado hubiera caído al suelo. Inspira profundamente y pega la oreja a la madera. Y es entonces cuando oye la risa de un niño... quizás de una niña, porque es tintineante como cristal quebrado... Se aparta de la puerta con un nuevo sobresalto, a pesar de saber que esa risa no provenía del interior de la habitación, sino del otro extremo del pasillo; del fondo, donde está el apartamento de Teresina.

No puede ser.

No puede ser una risa de niño, no en este lugar.

No ahora, cien años más tarde.

¡No ahora que es una residencia de ancianos!

No puede ser que haya oído ninguna risa; es la aprensión, que le está jugando una mala pasada.

Pero... ¿y el porrazo?

Mira la puerta cerrada del dormitorio de Magui. Hay una cerradura, pero con una rendija mínima, de llave moderna. Vuelve a pegar la oreja a la madera. No se oye absolutamente nada.

Poco a poco Marc va recuperando un ritmo de respiración que ni era consciente de haber perdido. El silencio es tan denso que piensa que esa debe de ser la misma sensación que tiene un sordo... Pero, de repente, esa densidad se rasga... Desde algún rincón le llega un cuchicheo, una voz, una vez más infantil, que parece recitar o canturrear algo. El corazón se le acelera de nuevo.

El sonido es tan tenue que no consigue descifrar las palabras. Pero está convencido de que las está escuchando, no es ningún sueño ni ninguna alucinación. Y entonces siente la necesidad imperiosa de salir de allí, como si esa voz le estuviera transmitiendo algún terrible mensaje. El secreto. El espantoso secreto que guarda la casa.

Casi tropezando, con una absoluta falta de dignidad, Marc se arroja por la fastuosa escalinata que hizo construir su tatarabuelo. Está a oscuras, pero a su paso van prendiendo unos pequeños focos, animados por una célula sensible al movimiento. Lejos de tranquilizarlo, los repentinos estallidos de claridad lo sobresaltan. La luz es suficiente para iluminar los escalones, pero no las paredes. Y en las sombras de esas paredes Marc ha visto materializarse ahora aquellos cuadros antiguos, retratos de sus antepasados, que había contemplado en las fotografías de la abuela Marga. Hasta que no aterriza en el vestíbulo, resoplando, los latidos de su corazón no disminuyen. Y es al volverse para mirar la escalinata, en la que lentamente se van apagando los focos, cuando se da cuenta de que las paredes están vacías. Lisas. Únicamente pintadas de blanco, como las demás paredes de las demás estancias de Vila d'Alba.

—¿Señor Viladalba?

Marc da un respingo, y su corazón vuelve a perder el control.

—Disculpe, no quería asustarlo.

Es Alicia Llacera, la gerente de la residencia, la que está plantada en medio del vestíbulo con su sobrio traje de dos piezas de chaqueta y pantalón, el cabello recogido en una cola de caballo y un bolso a juego con los zapatos. Como Marc no dice nada —no tiene suficiente aliento para hacerlo—, ella se le acerca con gesto preocupado.

—¿Pasa algo? ¿La señora Teresina...?

—No, no.

—Como le he visto bajar corriendo la escalera...

Ahora Marc carraspea, se le ha ido la saliva por otro lado.

La gerente da un nuevo paso hacia él, cada vez más preocupada. Él levanta la mano pidiendo tiempo.

—No pasa nada —consigue murmurar al fin, tras unos instantes de concentración—, no sabía si cerraban las puertas al anochecer... Se nos ha hecho tarde.

—No sufra por eso: siempre hay alguien de guardia. Yo me voy ahora —dice Alicia Llacera con una sonrisa blanda.

Marc asiente con la cabeza.

Ella lo observa aún con curiosidad. Nota que algo no acaba de ir bien.

—Vaya pasando..., ahora lo atrapo —le dice, indicándole con un gesto el jardín—. La puerta está abierta..., la cancela no..., tengo que abrirla yo.

Él va diciendo que sí con la cabeza. De nuevo tiene muchas ganas de salir de esa casa. Mira de reojo hacia la escalera, que ya está otra vez entre tinieblas. Ese gesto no le pasa desapercibido a la gerente.

—Ahora vuelvo.

Sube decidida los escalones. Los focos van encendiéndose a su paso. Marc vuelve a mirar las paredes. Vacías.

«¡Qué idiota eres!»

Alicia Llacera desaparece engullida por la oscuridad en lo alto de la escalinata. Marc sospecha que va a realizar una vuelta de reconocimiento antes de irse. ¿Oirá también las risas y los murmullos infantiles?

«¡Qué idiota eres!»

Con paso algo más seguro, sale al jardín delantero, dejando que la puerta, que efectivamente está abierta, se deslice tras él, encajándose en el umbral. Ahora sí que no podría volver a entrar. Está atrapado en el jardín de Vila d'Alba, entre dos puertas cerradas. Otro foco de detección de movimiento se ha encendido sobre su cabeza, justo donde antiguamente había una preciosa farola modernista. Mientras permanezca allí quieto, clavado, la luz caerá sobre él como una ducha.

El resto del jardín está abismado en tinieblas. Sombras muy espesas. Seguramente haya un sistema de iluminación, pero si no hay motivo para tenerlo encendido, durante la noche debe de permanecer apagado. La sombra que baña todo el jardín es dura, gris, fría. Por encima de los elevados muros que rodean la finca, la luz de las farolas de la calle trata de acobardarla sin conseguirlo. Haces amortiguados de color cobre, como brumas de pequeños incendios, dos, tres, en puntos concretos del muro. El radio de claridad sobre la cabeza de Marc es tan pequeño que apenas ilumina el escalón superior.

El silencio también es duro, gris y frío. Los coches no suben hasta allí, tan arriba, tan lejos de la ciudad, a menos que vayan a alguna casa en particular. Y deben de pasar largos ratos entre unos y otros. La noche está tan quieta que ni se oyen rumores de viento ni de hojas. O tal vez sí... Ahora a Marc le parece oír un sonido de agua, como un chorrillo constante... Pero recuerda que en el jardín de Vila d'Alba ya no queda ninguna fuente. La de la estatuilla de Marte que vio en las fotos de la abuela ya no está. Y el estanque que había en el centro del parque, tampoco. Cierra los ojos y adelanta la cabeza con gesto concentrado. ¿En serio está escuchando un sonido de agua? No. En absoluto. Nada.

¿Es posible que haya llegado a sugestionarse tanto con las historias de la vieja Teresina? Se vuelve para mirar la puerta de entrada, firmemente cerrada a sus espaldas. No es que tenga miedo... No es un hombre miedoso... Pero reconoce que todo esto lo ha impresionado un poco.

Alícia Llacera está tardando demasiado. Pero él no puede hacer nada. Si ella no le abre no podrá escapar de esta maldita casa.

¿Ha sido un ruido, lo que le ha parecido oír al fondo del jardín? Fija la mirada en esa zona, intentando desvanecer las sombras imposibles. Todo queda de nuevo en silencio. Todo oscuro, sin matices. ¿O es una especie de bruma blanquecina, lo que se mueve allí donde hace unos instantes ha sonado el ruidito? Una sombra más clara, en el jardín...

El sonido de la puerta al abrirse a su espalda le hace dar el último respingo de la noche.

—¡Vámonos! —La gerente de Vila d'Alba se materializa decidida bajo el chorro de la luz amarilla que cae del techo—. ¿Quiere que lo deje en alguna parte? Tengo el coche aparcado ahí delante.

—Gracias. —A Marc le sorprende haber sido capaz de pronunciar esa palabra sin que se le rompa la voz—. He venido en moto.

Mientras avanzan cruzando el jardín, nuevos focos, empotrados en el suelo, van iluminando su paso.

«Me cago en los nuevos inventos de iluminación», piensa Marc, caminando entre círculos de luz.

—¿A que es práctico? —dice Alícia Llacera con una sonrisa—. ¡Ni se imagina el ahorro en la factura de Endesa!

Ante la verja de acceso, Marc se vuelve un momento para escudriñar una vez más las tinieblas, hacia el lado por donde le ha parecido escuchar el ruido y le ha parecido ver la neblina blanca.

No está seguro de si todavía lo oye y todavía la ve.

La sombra de Magui flotando por el jardín...



## LA VERBENA

El 23 de junio de 1919 amaneció espléndido, sin nubes en el cielo y con una brisa fresca del suroeste que apaciguaba el ardor de aquel sol de principios de verano. La ciudad hervía en la euforia de la verbena. Los barceloneses daban la bienvenida al buen tiempo llenando las calles de enramadas, levantando entoldados llenos de lucecitas, armando hogueras en las esquinas.

En casa, como cada vez que se celebraba una fiesta de importancia, se vivía la fiebre de los preparativos. El jardinero, con la ayuda del chófer, colgaba de árbol a árbol del jardín guirnaldas de colorines, plumas de pavo real y farolillos de papel. Los criados y los camareros que habíamos contratado expresamente, y que más tarde servirían la mesa con uniforme y guantes impecables, ayudaban a trasladar desde el garaje tableros de madera y caballetes y sillas de jardín. En la glorieta, los músicos, en mangas de camisa, ensayaban valeses, foxtrots, pasodobles. En la sala de estar, Lourdes Martinet inspeccionaba las grandes mantelerías bordadas con motivos primaverales que vestirían la mesa, mientras Mariona, la camarera de mi mujer, preparaba bouquets de flores frescas en jarrones de cristal. En las encimeras de la cocina, las pinches apilaban la mejor vajilla, la mejor cristalería, la cubertería de plata bien bruñida. Dolorettes, nuestra cocinera, hecha un manojo de nervios, daba órdenes a un regimiento de ayudantes que preparaban los platos con los que obsequiaríamos a nuestros invitados. Louise supervisaba personalmente todos y cada uno de los detalles. Nada podía fallar. ¡Estaba en juego el prestigio social de la familia!

En medio de todo aquel ajeteo, las niñas, las pequeñas y también las mayores, aportaban su grano de desbarajuste. Magui y Elsa todavía eran demasiado pequeñas para participar en la verbena y se las acostaría media horita más tarde de lo habitual, para que pudieran ver desde la ventana del dormitorio la llegada de los invitados. Adela, que tenía quince años, tenía permiso para ir a saludarlos antes de retirarse a su habitación, desde donde podría contemplar el castillo de fuegos artificiales. Amàlia, que se había puesto de largo el año anterior, podría asistir a la verbena. Era su primera fiesta desde su entrada en sociedad y, por una vez, parecía encantada de la vida. La modista francesa de mi mujer le había hecho un traje de noche que era todo un prodigio de ocultaciones, porque a medida que crecía Amàlia se había ido poniendo robusta, con una cintura ancha, unas caderas generosas y una pechuga ondulante que nada tenía que envidiar a la de la nodriza de Elsa.

Pero sin duda la más excitada de todas era Magui.

Siempre había sido una niña traviesa, bulliciosa, alegre como unas castañuelas; pero aquel día parecía insuflada de una energía que nos desbordaba a todos. Se metía en todas partes, lo tocaba todo, preguntaba por

todo. Hubo que amonestarla varias veces porque con su ir y venir se metía entre las piernas de todo el mundo y entorpecía el trabajo de todo el mundo. Pero por una oreja le entraba y por la otra le salía. Permanecía quieta no más de cinco minutos y volvía a la carga.

Mi Magui... Si hubiera sabido que ese sería el último día de mi vida que la vería...

Cuando empezó la cena, las pequeñas estaban ya en su habitación, preparadas para acostarse. Sabíamos que sería una noche difícil, porque el bullicio, el ruido, la música y, más tarde, el castillo de fuegos artificiales no las dejarían dormir. Ya contábamos con que tan pronto como estallara el primer petardo las tendríamos volcadas en la ventana. Pero sabíamos que sería inevitable, y por eso habíamos establecido que cada media hora el ama de llaves iría a echarles un vistazo para comprobar que estaban bien...

¡Nunca he dejado de maldecirme por pensar que lo teníamos todo bajo control!

Anna deja el mecanoscrito del doctor Josep Anton Viladalba sobre el brazo del sofá y se va a la cocina a buscar una coca-cola. De repente se ha sentido angustiada como nunca desde que empezó a leer estas memorias. Ya tiene asumido que está llegando al momento crítico. La noche de autos, que diría la policía. Magui está a punto de desaparecer. Y ella está a punto de leer el desarrollo de los hechos relatado por el único testigo familiar que ha dejado constancia de ello. Siente una incomprensible responsabilidad y una comprensible culpabilidad por estar haciéndolo por su cuenta, sin que el legítimo interesado, Marc, lo sepa.

Cuando regresa al salón y toma de nuevo el libro, se promete que al día siguiente a más tardar lo llamará para decirle que lo tiene.

Cada media hora, aproximadamente, veía cómo Lourdes Martinet, que permanecía alerta cerca de la mesa supervisando todas las idas y venidas, dejaba de encargada a Marionna y subía escaleras arriba, hacia el dormitorio de las pequeñas. A veces aún se entretenía en ofrecer una indicación a algún invitado que buscaba el baño, o se desviaba para dar una orden a un criado que salía de la cocina; pero más pronto que tarde acababa subiendo la escalera y haciendo su ronda de comprobación. La última vez que la vi hacerlo fue alrededor de la una de la madrugada, a pesar de que luego ella le contó a la policía que aún había hecho otro viaje, a la una y media, justo antes de que los invitados empezaran a despedirse. Siempre he sospechado que lo dijo para guardarse un poco las espaldas, porque de alguna manera se sentía responsable de lo que había ocurrido.

—La última vez no llegué a entrar en el dormitorio —explicó consternada—. La señora me reclamaba abajo para que la ayudara a atender a los invitados que se iban marchando, y me limité a quedarme unos segundos ante la puerta escuchando. Todo estaba en silencio.

Nunca sabremos si Magui seguía allí. Pero lo más probable es que ya no. Tras esa última visita, la cosa se relajó: los últimos invitados fueron desfilando y el servicio se retiró después de recoger la mesa. Mi mujer y yo nos encallamos en el vestíbulo charlando con mi colega, el doctor Torner, y dos parejas de amigos que, como habían venido de fuera, se quedarían a dormir en casa. Hubo un intervalo de una hora y media entre la última vez que Lourdes Martinet vio a Magui en la cama y la visita de mi mujer a la habitación de las pequeñas. Magui desapareció entre la una y las dos y media de la madrugada.

En un primer momento, cuando Louise dio la voz de alarma, no nos preocupamos demasiado. Sabíamos lo traviesa que era nuestra hija y pensamos que, tal vez desobedeciendo las severas indicaciones que le habíamos transmitido, se había

escapado de su dormitorio para ver los fuegos artificiales de final de fiesta, que se habían encendido alrededor de la una. Diez minutos después de que mi mujer nos comunicara la ausencia de Magui, nos organizamos con el servicio y los amigos para peinar la finca y los alrededores. Estábamos convencidos de que acabaríamos encontrándola, rendida de sueño bajo algún arbusto del jardín. Un par de horas más tarde ya estábamos de los nervios. La búsqueda había sido infructuosa. Louise parecía a punto de desmayarse de la angustia.

—¿Qué vamos a hacer? ¿Qué vamos a hacer? —no cesaba de repetir.

—Habría que llamar a la policía, señora —sugirió Mateu, el jardinero.

—¿La policía?! —Pareció que esa palabra todavía angustiaba más a Louise.

La policía, para la gente de nuestra posición, es casi un tabú. Un mal necesario pero indeseado. Una mácula infamante que hay que evitar.

—Voy a consultarlo con don Gregori Cisterer —propuse.

Don Cisterer era un magistrado de la audiencia amigo de mi padre. Fue él quien me convenció de que sí, que debía avisar a la policía. Lo hice enseguida, apenas le colgué el teléfono. Pero por lo visto la noche había sido, como es natural, un poco movida, y a pesar de que me dieron su palabra de que enseguida enviarían a alguien, hasta las cinco de la madrugada no llegaron cuatro agentes, capitaneados por el inspector más inepto que jamás haya tenido la desgracia de conocer: un individuo muy vanidoso llamado Hilario Manzaneda. Lo primero que hizo fue quejarse del estado en que se encontraba lo que él denominaba, con muy poco tacto, el escenario del crimen.

—¡Si había alguna pista, ya podemos darla por perdida! —exclamó.

—¡Y yo qué quiere que le diga! —le respondí con los nervios destrozados—. Nosotros no somos policías; somos gente de bien. ¡Y hemos perdido a una hija!

Y, al decirlo, no sabía hasta qué punto la habíamos perdido.

Mientras el inspector examinaba el dormitorio de las niñas, los cuatro agentes dedicaron toda la mañana a hacer una batida por los alrededores y a preguntar a los vecinos si habían visto u oído algo.

—No servirá de nada —dijo Louise, que había recuperado un tanto el coraje—. Ya lo hemos revuelto todo nosotros. ¿Y solo cuatro policías?

Hilario Manzaneda le explicó que las verbenas siempre eran complicadas, y más todavía en una ciudad como Barcelona. Al día siguiente, tal vez gracias a la intercesión de mi amigo Cisterer, se repitió la búsqueda con dos buenas docenas de agentes inspeccionando todo el barrio.

—Busquen en cualquier rincón donde se haya podido ocultar un cuerpo infantil —fue la orden que dio el exquisito Hilario Manzaneda—, edificios abandonados, cúmulos de escombros o de basura, cloacas, riachuelos... Estamos junto a Collserola, y los escondrijos pueden ser muy variados. Habrá que examinar cada cueva, cada montón de piedras, cada mata; incluso cada copa de árbol. Recuerden que la mayoría de los delincuentes que abusan sexualmente de críos suelen deshacerse del cuerpo de la víctima cerca del lugar del secuestro.

Lo fulminé con la mirada. Afortunadamente, mi mujer no se hallaba cerca y no lo oyó. ¡Yo sí que me hubiera deshecho del cuerpo de aquel animal!

A las seis de la mañana del día de San Juan, Manzaneda decidió dar aviso a los puntos de vigilancia aduanera. Especialmente a las fronteras con Francia, pero también al puerto de Barcelona y a las estaciones de ferrocarril, a pesar de que admitió que sería muy improbable que se hubiera utilizado ese medio de transporte, porque a la hora de la desaparición no había trenes circulando. Por desgracia, en aquellos tiempos todavía no existía la Organización Internacional de Policía Criminal, la Interpol y, por tanto, no cabía esperar ninguna colaboración de los países vecinos.

A media tarde del día siguiente, se envió un comunicado a los principales periódicos del país informando sobre la desaparición de nuestra hija con su nombre, edad, descripción física y la ropa que llevaba en ese momento: un camisón de color blanco y rosa, unas zapatillas y un conejo de trapo... Nicolau.

No sirvió de gran cosa. Tan solo para que la policía se diera una hartada de comprobar y rechazar docenas de notificaciones que situaban a Magui por toda Barcelona. Y, por desgracia, sirvió también para que la prensa se sintiera legitimada para hacernos la vida imposible. En los primeros momentos, tras el comunicado, pareció que las cosas serían distintas. A pesar del estado catastrófico en que flotaban nuestras vidas, estuve de acuerdo en conceder alguna entrevista a los principales periódicos, siempre con la mente puesta en la rápida recuperación de nuestra hija. A la larga, todo aquello habría de volverse miserablemente en nuestra contra.

El mismo día de San Juan, la familia entera y los invitados tuvimos que desplazarnos a la comisaría para repetir todo lo que sabíamos y todo lo que podíamos recordar. Fueron horas muy duras para todo el mundo. Para nosotros, por supuesto, pero también para nuestros invitados, que estaban francamente sobrecogidos y francamente molestos por el trato, cargado de recelos y de insinuaciones, al que los sometió la policía. Para el servicio doméstico todavía fue peor: a la pobre Lourdes Martinet incluso la hicieron llorar cuando le insinuaron que ella misma había sacado a Magui por la ventana del dormitorio y la había entregado a alguien que esperaba en el jardín. Todo aquello parecía no sé si una tragedia o un vodevil de ese estilo que se estaba poniendo de moda, el surrealismo, en el que nada tiene sentido.

Al final de los interrogatorios, le solicitamos a Hilario Manzaneda que se reuniera de vez en cuando con nosotros para hacernos saber cómo evolucionaba el caso. Nos parecía lógico y legítimo que nos mantuvieran informados; pero nos dijeron que era imposible a causa del secreto de sumario. Don Gregori Cisterer nos lo confirmó.

—Toda la gente de la casa es sospechosa —dijo, tan delicadamente como pudo—. Y es posible que incluso se intente plantear un juicio por negligencia..., aunque no me parece probable... Creo que podría demostrarse que vuestros cuidados paternales han sido siempre los adecuados.

Ahí sí que Louise perdió la calma, los nervios y la paciencia. Los rasgos se le desfiguraron en una de aquellas espantosas muecas de furia que impresionaban más que las palabras.

—C'est incapable, cette police! Ce n'est pas drôle du tout! ¡Ya estoy viendo que no podremos confiarr demasiao! Josep Anton: tal vez deberrríamos contratarrr a un buen abogado y a un detective prrrrivado.

Hicimos ambas cosas.

Pero todo fue inútil.

Nunca más volvimos a saber nada de Magui. Desapareció para siempre jamás.

Durante los días y las semanas que siguieron a aquella funesta noche, no dejaba de preguntarme si mi hija habría sido desde el principio el blanco específico del secuestrador o si las circunstancias habían propiciado el hecho. A pesar de lo que habíamos afirmado y reafirmado ante la policía, caía por su propio peso que esa noche habría sido bastante fácil cometer el delito. Quizás quien se llevó a Magui entró y salió por aquella ventana que tenía los postigos abiertos de par en par. O quizás entró y salió por la puerta de servicio. Quizás llevaba mucho rato escondido en el interior de la casa, esperando el momento oportuno. Pero fuera como fuera, de lo que sí estaba convencido en aquel momento era de que mi hija había sido secuestrada.

En aquel momento. En los días y las semanas inmediatamente consecutivas a la desaparición de mi hija.

Hasta mucho más tarde no comprendí que las cosas habían sido de otra manera.

Anna no se lo puede creer.

Lleva un buen rato observándolos desde detrás de la marquesina del autobús, en la ronda General Mitre. Están sentados en una terraza ante unas jarras de cerveza. Y parece que hablan con cordialidad. Sonríen e incluso ríen.

En un primer momento, al verla llegar, ha sufrido un sobresalto algo atribulado. La ha reconocido de inmediato. De una foto de Facebook. Porque, aunque Marc no tenga ni la menor idea, durante los meses en que no se dirigieron la palabra, ella, Anna, de vez en cuando fisionaba su perfil de Facebook. Así fue como supo qué pinta tenía *Dolceta*.

*Dolceta* es menuda, pechugona y con cara de angelote del barroco. Lleva los cabellos rubios de bote y los labios de un rojo tomate que tumban de espaldas. Y es con esos labios con los que sonríe y ríe de vete a saber qué le está diciendo Marc, a su lado, en esa terraza de la soleada ronda.

¡O sea, que es verdad! ¡Ha vuelto con ella!

¡A pesar del beso del otro día, Marc ha vuelto con ese loro!

Ahora sí que Anna ya se lo puede creer. Y la vence una rabia que le estalla roja en las mejillas y le arde en los ojos de lágrimas contenidas.

Hacia dos semanas que le daba vueltas. Bien mirado, su reacción la noche que ella y Marc se reencontraron tal vez había sido desmesurada. Al fin y al cabo, nada probaba que los whatsapps de *Dolceta* fueran lo que a ella le pareció que eran... Hacia días que se preguntaba, mientras leía en secreto el libro que había robado para Marc del Registro de la Propiedad Intelectual, por qué motivo esos mensajes la habían hecho reaccionar de esa manera. Y había llegado a la conclusión de que era porque se sentía insegura con él. Porque le gustaba. Mucho. Pero no podía evitar calentarse la cabeza. Su última experiencia —el agente de aduanas que no había tardado ni una semana en encontrar otro rollo después de que lo dejaran—, y la experiencia con Marc, y la experiencia de cada día en el bufete, armando divorcios, le pesan como una mochila. Y hay otro factor que le costaría más reconocer, pero que también es un móvil importante de sus reacciones y sus emociones: es un poco rencorosa. No puede evitarlo. Quizás porque en el fondo no es la mujer que pisa fuerte que todo el mundo se imagina, sino una mujer que pisa más bien flojo y se ciñe una coraza para evitar que le hieran el corazón. Con los años, se ha ido volviendo tan desconfiada de todo lo que la rodea, tan escéptica, que a veces a ella misma le sabe mal esa especie de desgana.

Ahora se ha quedado petrificada en el otro extremo de la calle, con esa bolsa de deportes que le pesa en el hombro como aquella otra mochila.

No viene de hacer deporte. Era la excusa, la coartada. Si Marc la descubría, descubriría a

alguien que va o viene de hacer deporte. Pero lo cierto es que ni va ni viene.

Esta mañana se ha levantado con la cabeza como un bombo. Inquieta. Angustiada. Mal día en el trabajo. A media mañana se ha largado. Y no se le ha ocurrido mejor idea que ir a vagar por los alrededores de la casa del Putxet. Por si lo veía. Por si por casualidad salía y podía verlo. Tan solo un momentito.

«¿Por qué haces esto?»

Si ni siquiera sabe si a esas horas estará dando clase...

Y entonces lo ha visto salir por la puertecilla del jardín. Polo pijo, Levi's, náuticos y el casco de la moto colgado del brazo. Con el pelo mojado de ducha, fresco y atractivo y alegre.

Parece demasiado alegre.

Por eso lo ha seguido. Porque le ha parecido demasiado alegre para su gusto.

Lo ha seguido hasta la ronda General Mitre guardando las distancias. Fácilmente, porque él iba a paso de paseo y ni una sola vez se ha vuelto. Cómo iba a imaginar que ella... Instantes después ha tomado asiento, impensadamente, en la terraza de un bar. Ha dejado el casco en la silla contigua y se ha puesto a curiosear en el móvil.

Es evidente que está esperando a alguien.

¿A quién?

Anna se cobija en la marquesina de autobuses por si necesita esconderse de sopetón.

Pero ahora se ha quedado congelada. De hielo. Precisamente ahora que empezaba a pensar que quizás debería acercarse a él, como quien no quiere la cosa —¡ostras, qué casualidad! ¿Qué haces tú por aquí?—, y decirle que de acuerdo, que sí, que acepta sus explicaciones, sus whatsapps sin respuesta. Y que tiene el libro de su tatarabuelo.

Pero ahora ha cambiado todo otra vez.

Porque ha aparecido *ella*.

Porque ahora él se está tomando una alegre cerveza con *Dolceta*. Y se sonríen. Y ríen.

¡Pijo ligón!

Y es entonces cuando Marc, como si de repente intuyera su presencia, vuelve la cabeza y la ve. Y se la queda mirando con los ojos anegados de sorpresa. Y de algo más. Culpabilidad. Anna está convencida de eso.

Y es entonces cuando Marc se levanta con un revuelo tan revuelo que, como en un *déjà vu*, está a punto de hacer que vuelque la precaria mesita de mármol de tres patas sobre la que se tambalean por un instante las jarras de cerveza.

—¡Anna!

Ella se ha quedado clavada, como un árbol arraigado en la acera. No sabe qué hacer. La indignación la colapsa.

En cuatro zancadas él se planta ante ella.

—Anna... Hace días que quería hablar contigo...

El rostro de la joven es el de una esfinge; los ojos vacíos de expresión. Marc no sabe cómo continuar. Se produce una brecha de silencio... que finalmente él se encarga de llenar con uno de esos asuntos prácticos que le bailan por la cabeza:

—¿Has podido hacer alguna gestión con la obra esa de mi pariente?

Anna compone una mueca nerviosa. ¡O sea, que de eso es de lo que se trata!

Marc no tarda ni medio segundo en darse cuenta de que ha vuelto a meter la pata.

—He estado llamándote —dice apresuradamente—. Lo del otro día... O sea... ¿Podemos hablar?

—¡Te veo tan bien acompañado...! —le espeta ella con rabia incontinida.

Él parece sorprendido, pero solo los instantes justos para hacerse una composición de la escena.

—Ah, no... yo...

Duda demasiado. O eso es lo que le parece a la abogada Anna Aimeric.

Marc intenta hallar las palabras. Ha intuido que ella sabe perfectamente quién es la chica rubia de labios rojos que, anclada en la mesita de la terraza, los observa con curiosidad.

—Tenía que devolverle unos cedés —consigue murmurar. Y él mismo se da cuenta inmediatamente de que la excusa suena a película de serie B.

—¡Claro, claro! —mastica Anna con una risita nerviosa y despectiva.

—¡En serio! ¡Por eso teníamos que vernos!

—¡No hace falta que me cuentes milongas, tío! ¡Me importan un rábano tus aventuritas!

—¡Qué coño dices!

Marc se hace estallar los nudillos de los dedos, como siempre que está nervioso. Nervioso y molesto, como traiciona la presión de su boca. Anna se fija en una peca que le flota por encima de los labios. Una peca sensual que hasta ahora no había visto. Sobre esos labios sensuales que dan aquellos besos... Sobre esos labios que quizás han estado besuqueando esos tan rojos y vulgares de *Dolceta*. Está rabiosamente celosa. Y eso todavía la fastidia más.

—¡Que te vaya bonito, tío!

Y antes de que Marc tenga tiempo de reaccionar, sale corriendo dejándolo plantado en la acera.

—¡Anna!

Ella pasa de todo y sigue corriendo hasta perderse por un estrecho callejón de los que desembocan en la ronda.

Ahora es él el que se queda clavado en el suelo. No sabe reaccionar. Allí se queda, durante unos instantes, tragando saliva.

¡Mierda!

¡Sí, mierda! Debe haberla pisado en algún momento de los últimos... diez años, porque todo le sale mal. Ahora empieza a sentir una gran autocompasión. Un gran victimismo. Una gran depresión.

Anna no llora. Está demasiado enfadada y no le apetece. Solo quiere alejarse tanto como pueda de ese desgraciado. ¡Y del libro de su pariente ya se puede ir olvidando! ¡Y que les den a todos los hombres del mundo!

Marc regresa a la mesa desde donde *Dolceta*, que ya se ha levantado con un puñado de cedés en las manos, sigue mirándolo con curiosidad.

Dos besos en las mejillas y ella se va. Marc se queda todavía un rato sentado, observando distraído cómo el líquido ámbar se va enturbiando en la jarra.

Al final se levanta, saca la cartera abollada del bolsillo trasero y deja un billete de cinco euros junto a la cuenta. Sus gestos son un poco automáticos. Pero ya no tanto como hace unos minutos.

¡Que le den!

Con cuatro pasos se acerca a la moto, que siempre deja aparcada en la acera de General Mitre, porque la de su calle es demasiado estrecha. Le quita el candado, monta en ella, se pone el casco y da gas.

Diez minutos más tarde, la moto desciende por el paseo de Sant Joan. Marc la aparca ante los antiguos juzgados y se mete en ese inmenso edificio, que durante poco más de cien años ha contemplado las peores miserias de Barcelona.

—He pedido cita para consultar la documentación de un juicio —le comunica al hombre uniformado y parapetado tras el mostrador mientras pone el casco en la cinta transportadora para que le hagan una radiografía.

—Al fondo del pasillo —le informa el vigilante jurado mientras le alarga una tarjeta en la que se lee «Visita»—. La puerta de cristal, donde pone «archivo».

También tiene gracia: fue precisamente Anna quien le sugirió, la noche tempestuosa de su reencuentro, que revisara los archivos de los juzgados por si había alguna información sobre la niña desaparecida.

¡Qué complicada que es esta tía!

Marc recoge el casco de motorista al otro lado de la cinta y se adentra por el corredor dejando atrás a Anna, de camino hacia Magui.



Otro de los sainetes del caso Magui había sido el capítulo de los sospechosos. Todos y cada uno de ellos habían sido descritos, documentados e interrogados. Todos y cada uno de ellos habían sido investigados por si tenían algún antecedente penal o se les conocía por algún delito o sospecha. El inspector encargado del caso, un tal Hilario Manzaneda, se había zambullido durante días en el fichero de criminales de la policía barcelonesa.

Ese fichero, reflexiona Marc con mentalidad de historiador mientras repasa el documento que ha encontrado en los dosieres del caso Magui, había sido creado al embate de los conflictos sociales de la época, por lo cual estaba constituido principalmente por perfiles de anarquistas y de presos políticos. No debía de servir de gran cosa para investigar delitos comunes...

La lista de posibles sospechosos era inmensa: los familiares, el servicio de Vila d'Alba, sus proveedores habituales, los invitados a la verbena y sus chóferes, los vecinos de la calle y sus propios invitados con sus propios chóferes... Y los gitanos nómadas que desde hacía unos días habían instalado su campamento en Collserola, cerca del camino de Vallvidrera. Cuando Manzaneda los había visitado, contemporizador pero no exento de prejuicios, se había encontrado con una comunidad dispuesta a colaborar, permitiendo el acceso a sus carruajes y dejándose interrogar con tanta afabilidad —e incluso un punto de entusiasmo— que se veía a la legua que Magui les era del todo desconocida.

Los poderosos amigos de los Viladalba también habían sido investigados, lo cual había provocado más de una sesión de cuatro palabras y cuatro maldiciones con el jefe de la policía barcelonesa de la época, Miguel Arlegui, que se sentía atrapado entre el deber profesional que lo empujaba y la devoción esnob que profesaba por las clases altas de la ciudad.

Algunos de los invitados que habían asistido a las verbenas de las casas vecinas sí que habían hablado de *cosas* que habían visto por los alrededores esa noche: un hombre desaliñado con un saxofón, que resultó ser un músico que llegaba tarde a una de las fiestas; un chico vestido de militar, que resultó ser un hijo pródigo que regresaba de permiso; una furgoneta blanca, que resultó ser de una pastelería que llevaba bandejas de canapés; un viejo con una bicicleta apolillada, que no resultó ser nada porque no fue localizado. Todos tenían en común que a alguno u otro de los declarantes le parecía haberlos visto observar de forma *sospechosa* los alrededores de Vila d'Alba, o tener comportamientos *extraños*.

Era un verdadero lío, porque la desgracia había tenido que producirse durante una noche especialmente complicada y llena de actividad. La propia casa de los Viladalba se había visto agitada durante toda la jornada por individuos de la más diversa condición: mozos de las tiendas de ultramarinos, servicio contratado para atender a los invitados, músicos, el proveedor de fuegos

artificiales, la florista, la planchadora...

El sospechoso con más números, el *hombre con el crío en brazos*, no tardó en convertirse en una leyenda. O más bien en un fantasma, porque ninguno de los entrevistados admitió haberse paseado por la calle con ningún crío dormido. El doctor Torner, que había sido exonerado de sospechas desde el primer momento, tuvo la amabilidad de prestarse a una reconstrucción de los hechos. Una noche, su chófer estacionó el Mercedes en el mismo lugar en que se encontraba la verbena de San Juan, y el doctor Torner reprodujo los movimientos que había realizado al ir a buscar los habanos en aquella hora crucial. Un agente de policía, con una muñeca en brazos, había ido imitando las maniobras del sospechoso que el testigo recordaba. Fue suficiente para comprobar que a la distancia en que se hallaba, y con la escasa visibilidad de la hora, era difícil una descripción tan minuciosa como la que había proporcionado. Además, el recorrido que Joan Torner atribuía al sospechoso no tenía pies ni cabeza si realmente se trataba del secuestrador: caminaba por el centro de la calzada en dirección a los chóferes de los invitados. ¿Hacia dónde iba? Entre los coches aparcados, ¿había alguno que no fuera lo que parecía? ¿Era un vehículo preparado para llevarse a la niña? No tenía mucha lógica. El crimen parecía demasiado bien planeado para caer en un error de aquel calibre. Sin duda el secuestrador habría analizado los pormenores de la zona; y si hubiera tenido un coche esperando, no lo habría situado junto a los otros, porque eso lo obligaba a pasar con el *paquete* por delante de los chóferes apostados en la acera. Habría estacionado el vehículo en el otro extremo de la calle, en un área poco iluminada. Justo en el lugar opuesto a la dirección hacia la que, según el doctor Torner, se encaminaba el *hombre con el crío en brazos*.

Y en el caso de que se la llevara a pie, reflexiona Marc levantando la vista de los documentos, ¿habría sido tan necio como para exhibirse por delante de la casa? ¿Era lógico que hubiera salido del sendero que llevaba de la explanada a la calle en lugar de alejarse por el que llevaba de la explanada al corazón de Collserola?

El equipo policial de Manzaneda había tenido que desestimar la pista porque en un momento dado se había hecho evidente que no tenía continuidad. El fantasma con el crío en brazos se había esfumado como una voluta de humo. Y entonces, cuando ya todo el mundo había pasado página, el chófer de un invitado de la casa más alejada de la calle le refirió al nuevo encargado del caso, el inspector Xoán Goas, otra versión que tenía puntos en común con el incidente:

—Me estaba fumando un cigarrillo en la acera cuando vi salir por el sendero de la explanada un coche con los faros apagados. No. No tengo ni idea de qué modelo era. Estaba demasiado lejos y demasiado oscuro. Vi solo la silueta y me llamó la atención que circulara sin luz. Pensé que el conductor se había distraído, simplemente, porque al llegar al otro extremo de la calle los encendió y continuó hasta girar la esquina.

—¿Hacia qué hora vio el coche?

—Poco después de que en la mansión Vila d'Alba empezara el castillo de fuegos artificiales.

La una y pico.

Poco después de que el ama de llaves, Lourdes Martinet, viera por última vez a Magui en su cama. A la hora en que los criados y los chóferes se apostaban en la puerta de la cocina para disfrutar de los fuegos tras la cena. La hora en que el ruido, la luz y el bullicio alcanzaban su tono más elevado. La hora en que el doctor Torner había visto al *fantasma con el crío en brazos* paseándose por la calle...

Es evidente que los Viladalba estaban implicados, piensa Marc, levantando una vez más la mirada y fijándola distraída en la secretaria del archivo, que teclea concentrada en un ordenador.

Todo parece una conspiración para ocultar la muerte de la niña. Lo que no tiene claro es si el doctor Torner estaba compinchado para defender la teoría del secuestro o si fue engañado deliberadamente con una puesta en escena... Suelta un suspiro y casi le parece ver salir volando el polvo acumulado en esas páginas amarillentas que recogen el antiguo proceso. Siente sus ojos fatigados. La tinta que un día fue negra se ha vuelto de color sepia, lo cual no contribuye a facilitar la lectura de unos textos escritos con retorcida caligrafía y agotadora prosopopeya.

Fuera como fuera, la policía no consiguió ni siquiera que se declarara sospechosos a los padres de Magui. No se les pudo imputar nada. No había indicios concluyentes. En un momento dado, el inspector Hilario Manzaneda les había llegado a proponer una pena leve si reconocían su implicación en el accidente que habría costado la vida de su hija y en la ocultación del cadáver. El padre se había quedado de piedra y luego se había puesto a gritar como un animal. La madre, siempre más comedida, solo había delineado unas cuantas muecas de desprecio antes de echarles en cara que aquello no era más que una estrategia policial para cerrar el caso a su gusto...

Quizás se les podría haber acusado de imprudencia por dejar a sus hijas desatendidas. Pero cuando se les había insinuado, Louise Laforest había reiterado su convencimiento de que la casa les parecía segura y de que, en el peor de los casos, se los podía acusar de ingenuos.

A finales de ese mismo año, el proceso había sido archivado. El fiscal general del Estado había declarado que, como no había pistas lo bastante sólidas ni cadáver, solo se podían contemplar tres posibilidades: cerrar el caso, abrir nuevas vías de investigación o bien iniciar un proceso judicial en el que se exigirían culpabilidades. Se había escogido la opción más cómoda: dictar el sobreseimiento total y libre, sin delito y sin culpables. Y sin rastro de Marguerite Viladalba i Laforest. Eso significaba que no se podría devolver el sumario al periodo de instrucción y que difícilmente se reabría la investigación.

Tal vez prematuro, piensa Marc mientras se masajea las sienes y se restriega los ojos cansados. Y sospechosamente precipitado.

Muchas horas de series policíacas en la televisión le sugieren que aquella decisión podría perjudicar el esclarecimiento definitivo del caso si se encontraban nuevas pistas. La justicia debería aceptar que una desaparición es un tipo de caso que puede que no se resuelva hasta mucho tiempo después. De hecho, la investigación no debería cerrarse jamás. El inspector Hilario Manzaneda, que ya había sido apartado del caso unos meses antes, había propuesto, en abierta oposición a la opinión del inspector Xoán Goas, un sobreseimiento provisional, alegando que los hechos eran juzgables, aunque no hubieran aparecido las personas responsables, los cómplices o los encubridores. Pero el informe final del Ministerio Público se limitaba a repetir y a subrayar que ninguna de las hipótesis planteadas por la policía había sido probada: ni la supuesta muerte por accidente de Marguerite ni la supuesta ocultación del cadáver llevada a cabo por sus supuestos culpables: los padres. Y que, incluso admitiendo esa teoría, no quedaría explicado todavía cómo se produjo el hecho, qué medios fueron utilizados para llevarlo a cabo, quién actuó como cómplice y, lo que resultaba aún más difícil de explicar: dónde habían podido ocultar el cadáver en tan poco tiempo.

Marc cierra decepcionado el anticuado cartapacio que recoge la información del caso Magui. Por un momento se mete en la piel de ese inspector de policía que parece un tío tan competente..., Hilario Manzaneda. Y siente la frustración que probablemente sintió él al ver cómo el caso se le escapaba de las manos.

—¡Esta de aquí soy yo! —exclama Teresina Martinet, con los ojos centelleando de una alegría cercana a la de hace más de noventa años.

Marc y su abuela se inclinan sobre la fotografía, un pequeño retazo de cartulina sepia pegado sobre una página de un álbum que amarillea. La escena muestra a tres niñas ante una casita de obra adosada al muro de lo que antiguamente había sido el garaje de Vila d'Alba.

—La casita de muñecas —murmura la abuela Marga, ensoñadora—. Todavía la alcancé a ver. La hizo construir mi bisabuela, Niní, que siempre mantuvo la esperanza de tener una niña. Supongo que ya no debe de existir...

Teresina niega con la cabeza mientras coge un canapé de la bandeja que la criada de la última señora Viladalba ha dispuesto en la mesita junto a una jarra de limonada helada y vasos de precioso cristal.

Marc observa con curiosidad la pequeña construcción. Tiene unos dos metros cuadrados de superficie, un par más de altura, dos ventanas y una puertecita de madera por donde un adulto solo podría pasar agachando la cabeza. Encima hay pintada una cruz griega.

—¿Y esto? —pregunta señalándola con el dedo.

Teresina le echa un vistazo a la fotografía.

—Es que no era una casita de muñecas convencional —dice riendo—. Cuando aterricé en Vila d'Alba, la construcción estaba un poco maltrecha. El padre de Magui la hizo arreglar y la transformó en un hospital de muñecas. ¡Incluso había una cama! A veces el doctor venía a jugar a los médicos con nosotras; se metía en la casita con el estetoscopio colgado al cuello y fingía pasar visita, como en su consultorio, auscultándonos el pecho, poniéndonos inyecciones...

Los ojos de Teresina son un puñado de chispas. Por unos instantes ha vuelto a ser la cría que jugaba a los médicos en Vila d'Alba.

—No llegué a entrar nunca —admite Marga—. Estaba casi en ruinas y me daba miedo. Como todo lo de aquella casa.

—Ha cambiado mucho, no la reconocería —dice Teresina sin apartar su mirada nostálgica de la casita desaparecida—. ¡Un día tiene que devolverme la visita! Venga a verme; le enseñaré Vila d'Alba.

Y deja caer esa risa tintineante que parece no tener edad.

Marc va asintiendo con la cabeza, en dirección a su abuela, satisfecho del resultado del reencuentro —si es que puede llamársele así— que ha estado planeando durante las últimas semanas. Al principio Marga se había mostrado reticente. Pero Marc había insistido tanto...

—Conoció a tu madre —había argumentado—. Quizás pueda contarte cosas que no sabes...

Al final su abuela había cedido, un tanto escéptica.

Con Teresina no había habido problema: desde el primer momento se había mostrado entusiasmada con esa excursión a la *nueva mansión* de los Viladalba, en la Rambla de Catalunya.

La abuela Marga, como siempre, había desplegado todo su *savoir faire*. Había recibido a la hija del ama de llaves de sus abuelos con los brazos abiertos, la había besado y le había mostrado la medallita del Pilar que ella le regaló al nacer y que todavía guarda en su joyero. Teresina se había emocionado. Y a la abuela Marga enseguida le había caído bien. La hija del ama de llaves había resultado ser una mujer especial, culta, apacible y con un carisma singular que pronto se había ganado el corazón de la dama de aquel resto de alta sociedad.

—Esta de los cabellos rizados es Magui —dice ahora Teresina, señalando con un canapé de salmón a una de las niñas de la fotografía—. Y la morenita menuda, la madre de usted, Elsa.

Marc observa a las tres niñas que, distraídas, ajenas al objetivo que las fotografía, juegan ante la casita de muñecas. Magui empuja un precioso cochecito de bebé con enormes ruedas y capota, similar a los que estaban de moda, pero en pequeño. Teresina, una niña morena, delgadita y con una bata gris que denota otro nivel social, tiene las manos metidas en el interior, como si acariciara a la muñeca que duerme. La pequeña Elsa, aferrada al borde del cochecito, está de puntillas mirando lo que hace Teresina.

La abuela Marga sonrío al percibir la felicidad que irradian las tres niñas en aquel jardín de Vila d'Alba, que fue tan bello y que, en cambio, a ella le había desagradado tanto.

—Cuando yo era pequeña era distinto —explica—. No tenía con quién jugar y el jardín ya estaba muy dejado de la mano de Dios. No había ni jardinero; tan solo una brigada que de vez en cuando iba a recortar las hiedras y a barrer.

—Esa de ahí es mi madre, que en gloria esté. —Teresina señala, en otra imagen, a una joven de unos veinte y pocos años que posa con evidente incomodidad junto al famoso Hispano Suiza de los Viladalba. Marc la reconoce de la primera fotografía que encontró en el baúl de su casa. La que desencadenó el regreso al pasado.

—Y este, Dalmau Sapena, el chófer.

—¡Vaya! ¡No sabía cómo se llamaba! —exclama la abuela Marga—. Y mamá ni se acordaba.

—Pobre hombre —dice Teresina—. ¿Sabe usted que acabó muy mal?

Marga hace un gesto afirmativo con la cabeza.

—Todo para nada —masculla Teresina tras un breve silencio—. Dios lo haya perdonado.

Y tras decir esto, dibuja una sonrisa espontánea.

—¡Debe de pensar usted que soy una rata de sacristía!

—¡Claro que no!

—No me haga caso. Debe de ser cosa de la edad: cuando nos vemos con un pie en el otro mundo, a todos nos viene el *por si acaso* y nos volvemos un poco beatones.

Impensadamente, Marc irrumpe en la conversación. En realidad, intencionadamente: le da miedo que una cosa lleve a la otra y que Teresina Martinet se lance a hablar del fantasma de Magui y de su sombra vagando por el jardín de Vila d'Alba. Le da la impresión de que a su abuela no le haría mucha gracia.

—Enséñanos más fotos —dice apresuradamente mientras alarga los dedos hacia el álbum, que descansa sobre las rodillas de ella, como si quisiera quitárselo.

Su abuela le dirige una mirada un tanto sorprendida antes de girar maquinalmente la hoja, obedeciendo como un resorte.

Las dos páginas que ahora aparecen, cubiertas de fotografías, están dedicadas en exclusiva a

Elsa. Elsa sentada en una trona mordisqueando una rebanada de pan. Elsa subida a un minúsculo triciclo. Elsa saltando a la comba. Elsa corriendo tras un pájaro que remonta el vuelo.

—La madre de usted era una niña muy dulce —dice Teresina—. Muy calladita, muy observadora... A veces ni nos dábamos cuenta de que estaba ahí...

—Lo siguió siendo siempre —admite la abuela Marga—. Supongo que las circunstancias debieron de propiciarlo. Pero decidida sí que era. No se la oía, pero iba tirando. Durante la guerra civil...

Durante la guerra civil las cosas se habían complicado mucho para los Viladalba. Barcelona estaba en manos de los milicianos, obreros de las grandes fábricas que desconfiaban de manera natural de sus patronos y de quienes hasta entonces habían cortado el bacalao. Louise Laforest había muerto cinco años antes de que estallara la contienda. Pero Josep Anton seguía vivo. Y solo. Solo y encerrado en su mansión de la Bonanova con un par de sirvientes que se ocupaban de sus necesidades de hombre viejo y excéntrico. Elsa se había casado el año anterior y se había ido a vivir al piso del Putxet. Había cuidado de su padre desde la muerte de Louise hasta los diecinueve años. Pero no había querido convertir Vila d'Alba en su hogar. Por eso Josep Anton había acabado quedándose solo. Casi lo prefería, porque se había vuelto tan misántropo y tan amargado que el menor ajeteo lo molestaba profundamente. Pero cuando estalló la guerra, esa soledad, perdida en mitad de lo que todavía era una zona lujosa y despoblada, se había convertido en un inconveniente. Y en un peligro latente.

—Mamá comprendió enseguida que había que hacer algo —explica la abuela Marga—. Los rumores decían que los milicianos atacaban a la gente acomodada, que se metían en las casas y las convertían en cuarteles, que robaban todo lo que encontraban de valor, que confiscaban los coches...

La Generalitat ofreció protección a muchas familias de la alta sociedad mientras pudo mantener a raya y cruz a comunistas y a anarquistas; pero llegó un momento en que cayó por su propio peso: había que entregarles salvoconductos para que salieran del país. Elsa decidió que debían largarse cuando aún estuvieran a tiempo. A Francia. A casa de Denise de Laforest, su abuela materna, que era viuda desde hacía unos cuantos años. El problema era que la otra abuela, la paterna, también seguía viva. Muy mayor. Muy taladrada por enfermedades y achaques, pero seguía al pie del cañón en su mansión de Argentona, donde había pasado los últimos cuarenta años.

—Mamá siempre decía que era una gran dama. Una dama de esas de antes, con la aristocracia en el alma. Debía habersele contagiado de su primer marido, que era conde o marqués de no sé dónde...

Marga busca entre las fotos hasta que la encuentra y la muestra con orgullo. Marc se inclina a mirar la cartulina. Sin duda, Niní Claret de Viladalba, con el corsé de ballenas, el voluminoso polisón, el sombrero sembrado de flores y plumas y la sombrilla entre las manos enguantadas de piel de Rusia era una gran dama a la antigua. Los ojos de su tataranieto se desplazan al cuadro que cuelga sobre la chimenea de la abuela Marga. Un Casas. Niní sentada en una butaca, toda ella flecos y borlas, chinchetas de latón y macasares. Tras ella, de pie, el patriarca, Oriol Viladalba, con ademán circunspecto de gran burgués, pulcramente vestido con una levita negra sobre la cual flota una barba cenicienta, partida por la mitad, que se mezcla con unos largos bigotes. Junto a ese cuadro, que Marc ha visto allí durante toda su vida, hay un óleo, un Lorenzale, donde se ve a un niño de cinco o seis años con traje marinero, medias y botitas blancas y un barco de juguete en la mano. El padre de Magui. El autor de la obra que Anna Aimeric se comprometió a intentar localizar. Anna... Debería llamarla de nuevo... ¿Habría hecho alguna gestión? ¿Estaba tan

enfadada la última vez! Lleva noches dándole vueltas y empieza a sospechar el motivo... Pero tampoco está seguro. ¡Las tías son tan complicadas!

«Si no quiere ayudarme, lo comprendo; pero que me devuelva el resguardo... ¡Qué pena! ¿Cómo cojones me lo monto para estar siempre haciendo gilipolleces?»

La voz de la abuela lo arranca de sus ásperas cavilaciones.

—Cuando empezó la guerra, Niní tenía ya ochenta y seis años...

A pesar de que los Viladalba todavía poseían el Hispano —conservado con esmero por el marido de Elsa— y el plan consistía en viajar cómodamente hasta París, la edad y la dignidad le impedían a Niní que echara a correr hacia la frontera. No quiso ni oír hablar del asunto. ¡A ella la sacarían de su casa con los pies por delante!

—Al final se decidió que Josep Anton iría a vivir con ella al pueblo —explica Marga—. Pero como la torre no era segura, se instalaron en la de un amigo, en el mismo paseo Baró de Viver. Él era cónsul de no sé qué país sudamericano y pasaba el verano en Argentona. En la Casa Mora, como la llamaban, porque era un caserón de estilo exótico.

—Todavía existe —confirma Marc, que esta tarde está más bien silencioso, devorando toda aquella apasionante historia familiar que desconocía.

—Al ser diplomático, el propietario tenía derecho a colgar la bandera de su país en la ventana y que respetaran su neutralidad —explica Marga—. Por eso la familia se refugió allí.

Una mañana del otoño de 1936, cuando las bombas aún no llovían sobre Barcelona y la ciudad parecía moverse al ritmo habitual, el Hispano Suiza de los Viladalba salió por última vez por la puerta trasera de la mansión de la Bonanova, cargado con la familia y con todas las joyas y objetos de valor que se pudieron meter en él.

—Estuvieron muchos años escondidos en Argentona —recuerda la abuela—. Las joyas enterradas directamente en el jardín, envueltas con sábanas. Y los cuadros y la plata emparedados tras un tabique falso que mi padre hizo levantar en el sótano.

Dos días más tarde, Elsa Viladalba, su marido Joan Llopart y la pequeña Marga, que tan solo tenía un año, cruzaron sin dificultades la frontera de Francia por el paso de la Jonquera.

—Mamá me contó que al cruzar la línea se echó a llorar. Pero no por el trance que estaban viviendo, ni por lo que dejaban atrás, ni por el futuro incierto, sino porque pensó que tal vez ese mismo trayecto era el que, diecisiete años antes, había seguido su hermana Magui, secuestrada por unos desconocidos.

—Le hicieron un bombo —dice Júlia tras un trago de cerveza.

Marc la mira con ojos especulativos. Una mueca traviesa escapa de sus labios.

—¿Qué te crees? ¿Que es algo moderno? —El de su madre es un gesto de absolución—. ¡Tan antiguo como la humanidad!

Marc sacude la cabeza, evasivo.

¡Quién lo hubiera dicho! La abuela Elsa... La abuela viejita, como la han llamado siempre, porque en realidad es su bisabuela. Él era muy pequeño, apenas tenía un par de años, cuando murió, a los sesenta y poco. No guarda memoria de ella.

—¿Y tú como lo sabes? —le pregunta a su madre, antes de tomar un trago de su propia cerveza—. No son cosas que se cuenten así como así...

Júlia deja vagar los ojos por encima de los tejados del Putxet, como quizás hizo Elsa muchos años atrás, la primera vez que puso los pies en aquella casa que se hizo construir cuando se casó. A lo lejos se ve la línea del mar. Madre e hijo están sentados en sillas de comedor en la terraza del loft de Marc. Con un *book* de cajones de Ikea, de un rabioso color rojo, han improvisado una mesita para dejar las cervezas y el cenicero que Marc ya ha llenado de colillas.

—Me lo contó ella cuando ya se estaba muriendo.

—¿De qué murió? —siente curiosidad Marc.

—Una especie de esclerosis que se la iba comiendo por dentro. No se sabe de dónde le vino. Y no fue consciente de ello hasta que estrelló el coche de su padre.

—¡Vaya! Siempre me había preguntado qué había pasado con el famoso Hispano Suiza.

Júlia hace un gesto ambiguo. Parece afectada por algún recuerdo.

—En los últimos tiempos no andaba muy bien de la cabeza y a veces hablaba sin tino de cosas que habían ocurrido, de recuerdos que tenía encallados dentro, de tristezas... Yo le hacía de enfermera... Y casi de confesora. Fue ella quien me habló por primera vez de la desaparición de su hermana; mi madre nunca me había contado nada... Antes los asuntos familiares no se ventilaban como ahora. Y, al fin y al cabo, Marguerite era mi tía abuela... ¿Qué sabemos de los hermanos de nuestros abuelos?

Marc va asintiendo con la cabeza, los ojos perdidos en el familiar jardín del Putxet donde el verano ha ido pintando de colores los parterres que su madre cuida con tanta devoción.

—Y cuando estuvo en Francia, durante la guerra, ¿Elsa no sintió curiosidad por saber qué había sido de sus hermanas mayores?

—Si lo hizo, nunca lo contó —dice Júlia, tras darle una calada al cigarrillo que acababa de robarle, excepcionalmente, a su hijo—. Pero lo dudo. La mediana, Adela, murió muy joven. Y a



Amàlia la vio por última vez cuando enterraron a su padre y vino a reclamar la herencia. No tenía ni idea de que él la había desheredado y que los Viladalba ya no eran tan ricos como cuando ella se marchó.

Terminada la guerra, Elsa, su marido y la pequeña Marga se habían quedado a vivir en París hasta el año cuarenta, el año en que murió Denise Laforest. Cuando por fin regresaron, las cosas habían cambiado mucho en Barcelona. Niní, la abuela paterna, había muerto también. A los noventa y un años. Había aguantado hasta el final de la contienda, lo justo para cumplir su deseo de salir de su mansión de Argentona con los pies por delante. Josep Anton Viladalba, mucho más arisco e insociable si cabe, había regresado a la Bonanova con las joyas envueltas en sábanas y un camión cargado con los cuadros, la plata y los objetos de valor que su yerno había escondido tras el tabique del sótano de Argentona. La guerra había sido benévola con Vila d'Alba. Salvo por unas cuantas ventanas rotas, unos cuantos muebles destrozados, unos cuantos objetos robados y unos cuantos colchones por el suelo que denotaban la presencia de huéspedes indeseados, sobrevivía. Pero la inmensa fortuna de los Viladalba se había ido diluyendo gota a gota. Durante los años del conflicto, el dinero invertido en los bancos había dejado de dar intereses. Solo las entidades financieras, algunas de las cuales eran francesas, seguían nutriendo las rentas familiares. Con todo, los Viladalba todavía eran lo suficientemente ricos como para poder mantenerse a flote durante aquellos difíciles años de la posguerra.

—El abuelo Joan era ingeniero y consiguió un buen trabajo tan pronto como regresaron a Barcelona; porque durante los años que permanecieron en París se dedicó a estudiar no sé qué especialidad...

Marc sí que recuerda a su bisabuelo. Un hombre alto y enjuto, con los cabellos muy blancos y una mirada siempre perdida en algún punto indefinido del espacio. Hablaba poco y con palabras muy mesuradas. Parecía todo un caballero. ¡Pero le había hecho un bombo a la heredera Viladalba!

—¿Cómo lo conoció la abuela viejita? —le pregunta, curioso, a su madre—. Parece como que antes era bastante más difícil que una pareja..., en fin..., ya me entiendes...

Júlia curva los labios delineando una sonrisa un poco pícaro.

—Por lo visto estuvo a punto de haber un escándalo. La abuela Elsa me lo contó, no sé si muy consciente, porque como de vez en cuando desvariaba... Un escándalo de los de primera. Porque Joan Llopart era el chófer de los Viladalba.

—¡No jodas!

—Sí. Al morir Louise, mi bisabuela, Josep Anton despidió a casi todo el servicio francés de Vila d'Alba. Dijo que tenía suficiente con una cocinera y una criada, y, claro está, un chófer. Contrató al hijo de unos conocidos, muy formalito y serio, que estaba estudiando para mecánico y sabía conducir bastante bien...

—Y la abuela Elsa...

La abuela Elsa era una jovencita solitaria, silenciosa y que arrastraba siempre una gran tristeza.

Al poco de la desaparición de Magui, la habían internado en el mismo colegio del Montseny donde habían estudiado sus hermanas mayores. A pesar de aquel acuerdo de no volver a encerrar a ninguna hija en ningún pensionado, Louise había insistido en que era lo mejor para ella. Nada le parecía lo bastante seguro. Decía que tenía miedo de perder a la última hija que le quedaba. Y a pesar de que Josep Anton se había opuesto con todas sus energías, Louise se había salido con la suya. Elsa no regresó a casa hasta los quince años, meses antes de que su madre muriera, de repente, de un ataque al corazón. A partir de entonces, fue ella quien tuvo que hacerse cargo de la

casa. Y de su padre, que ya se había convertido en el viejo amargado que sería el resto de sus días. La vida en Vila d'Alba, para aquella muchacha solitaria, silenciosa y siempre un poco triste, se convirtió en un transcurrir de días iguales y sin fin. Hasta que su padre contrató como chófer a Joan Llopart, el chico formal y serio que estudiaba mecánica...

—Hubo que casarlos. Y la abuela Elsa tuvo suerte, porque el abuelo Joan realmente era formal y serio. Él también tuvo suerte porque supo ganarse bastante a su suegro, que acabó pagándole la carrera de ingeniero y le regaló esta casa —Júlia hace un gesto impreciso, como si quisiera abarcar unos alrededores indefinidos— para que pudiera sacar adelante la familia de la única hija que le quedaba. La única heredera de los Viladalba.

## EL DOLOR

Louise, mi mujer, murió de repente el 31 de agosto de 1931, pocos meses después de que Elsa abandonara para siempre el internado del Montseny y regresara a casa convertida en una adolescente.

Fue precisamente ella quien la encontró, plácidamente sentada en un silloncito que se había hecho poner en el antiguo laboratorio farmacéutico, que desde hacía años se iba cubriendo de polvo y de olvido, porque ella, tras la desaparición de Magui, ya no quiso elaborar más potingues. Pero, con todo, había adquirido la costumbre de encerrarse en él de vez en cuando; quizás huyendo de la atmósfera espesa de nuestra vida cotidiana. Quizás para evocar algo que había sucedido entre aquellas cuatro paredes, y de lo cual por aquel entonces yo no sabía todavía ni el qué ni el cómo.

Su figura, con ese aire aristocrático que le venía de madre, sentada como si nada, con los ojos cerrados y el rostro sereno, parecía la de alguien que duerme. Pero, en realidad, llevaba ya un par de horas muerta. Después de examinarla, con los ojos llenos de lágrimas y el alma como un relámpago que quisiera escaparse del pecho, dictaminé que había sido un infarto de miocardio natural lo que le había arrancado la vida. Eso es lo que me figuré en aquel momento. Un mes más tarde, cuando ya estaba enterrada en el cementerio de Montjuïc, después de semanas con los portones entrecerrados, las persianas bajadas y las lámparas cubiertas con sábanas; después de echar al fuego docenas de tarjetas de pésame enmarcadas en negro; después de arrancarme de la memoria los chaqués de quienes habían acompañado el luto y los coches vacíos de quienes no lo habían acompañado, empecé a sospechar que tal vez no había sido exactamente un ataque cardíaco. Y que, si lo había sido, quizás algo, alguna sustancia, se lo había producido. Pero para cuando me asaltaron todas aquellas dudas, ya era demasiado tarde. Porque lo primero que había hecho, tras enterrar a mi mujer, había sido dismantelar el laboratorio, enviar al traperero todos los aparatos y vaciar en el fregadero todos aquellos líquidos y polvos que ella disfrutaba tanto mezclando, destilando, sintetizando.

Los últimos doce años de nuestra vida, tras la tragedia, habían resultado un verdadero purgatorio digno de la Divina Comedia. Nuestros días estaban tiranizados por el miedo. Sencillamente, miedo. Nuestros sentimientos, los de ambos, fluctuaban entre la tenacidad de remover cielo y tierra para recuperar a Magui y una angustia desbordante que nos impedía pensar con claridad. A menudo, Louise entraba en crisis, se derrumbaba y lloraba desconsoladamente. Y yo me hacía mil reproches desesperados: ¿cómo pudimos creer tan ingenuamente que la casa era inexpugnable?

Lo peor eran las noches. Noches interminables, insomne, tendido en la aterradora oscuridad, rehén de fantasmas que me atormentaban y me empujaban

sin clemencia a la noche más terrible de mi vida, esa verbena de sonidos y colores festivos durante la cual mi mundo se había caído en pedazos sin ni siquiera ser consciente de ello.

«¿Qué te ha ocurrido, mi amada Magui? ¿Dónde estás?»

«¡Perdóname por haberte fallado!»

Me sentía culpable de tantas cosas...

Durante el día, pocas veces salíamos de casa, excepto para huir ocasionalmente a París a llorar con los padres de Louise nuestra desventura bajo la mirada evanescente de las dos desconocidas en que se iban convirtiendo nuestras hijas mayores, exiliadas con sus abuelos maternos desde la tragedia. Salíamos de madrugada por la puerta trasera de Vila d'Alba, en un coche conducido por un chófer que solo hablaba francés y volvíamos semanas más tarde, furtivos, como ladrones en nuestra propia casa, persuadidos de que Barcelona no comprendería lo que hacíamos o la prensa lo presentaría de manera negativa, dando aliento y alas a nuevos detractores. Era nuestra miserable manera de evadirnos del contexto hostil en el que se habían hundido nuestras vidas, la persecución policial, las mentiras de los periódicos...

Curiosamente, Louise acabó asimilando la situación. Consiguió disociar su pena, sus pensamientos, de sus objetivos. Como, por ejemplo, modificar la casa, contratar nuevos criados, poner nuestros intereses en manos de un buen abogado o enviar a la pequeña Elsa al internado para que estuviera más segura. Sin duda era la fórmula más inteligente para plantar cara al infortunio. Pero yo no lo conseguía. Y eso me provocaba un gran resquemor. Era como si me pareciera desconsiderado que mi mujer lograra superar el dolor. Como si no estuviera sufriendo como correspondía a la situación. Magui siempre deambulaba por mi cerebro. Una sombra en el jardín. Un fantasma por los pasillos de Vila d'Alba. Siempre en mi cerebro. Al principio no escatimaba esfuerzos para volver a la normalidad, porque mi amigo el doctor Dolsa me decía que era una buena forma de mantener a raya la angustia y el dolor. Pero aquella determinación me duró poco. Acabé dejándolo todo: la carrera, el hospital, las pequeñas aficiones que me habían colmado... Vivía el día a día bajo un eterno sentimiento de culpabilidad.

La constante presencia de la policía en nuestras vidas no contribuía a repararlas. En un primer momento habíamos sido muy receptivos, conscientes de que ellos hacían su trabajo y de que nosotros no debíamos obstaculizar las investigaciones. Teníamos el convencimiento de que cualquier esperanza de encontrar a nuestra hija pasaba por las manos de Hilario Manzaneda, aquel inspector tan áspero e insolente, pero que al principio parecía tan eficiente. Necesitábamos aferrarnos a ese clavo ardiendo.

Pero los días iban cayendo como hojas muertas quemadas por el verano, y poco a poco esa confianza también se fue calcinando. Y se hizo cenizas del todo cuando aquella víbora empezó a insinuar que nosotros podíamos tener algo que ver con la desaparición de Magui. La policía se puso en nuestra contra y nos facilitaba poquísimos datos del curso de las investigaciones y del proceso judicial. Además, parecía que utilizaban las filtraciones a la prensa canallesca con la intención de presionarnos para que nos derrumbáramos y confesáramos la culpabilidad que deseaban. Nos dimos cuenta de que nos marginaban y de que su misión ya no consistía en buscar a Magui, sino únicamente en perseguir una sentencia condenatoria para nosotros. Cuando todo aquel entramado quedó en nada y el caso fue sobreseído, se nos hizo evidente que la investigación permanecería definitivamente encallada. Y que no teníamos más remedio que contratar a un detective privado que prosiguiera la búsqueda.

Tuvimos que ir a buscarlo a Madrid, porque en Barcelona era una profesión todavía inexistente: los únicos que habían abierto agencias privadas eran algunos graduados de la escuela de policía que se había instaurado en la capital del Estado en los primeros años del siglo.

Nuestro detective, Roberto del Río, empezó mostrándose muy optimista. Confiaba en que seis meses le bastarían para encontrar a Magui. A una pregunta de un periodista chismoso, se vio con ánimos de declarar: «Estoy seguro de que Marguerite sigue viva y de que la encontraré».

Pero de repente cambió de parecer. Se presentó en casa con un perro perdiguero y empezó a recopilar lo que él consideraba pruebas de un fatal desenlace. Y lo que es peor, dejó caer –¡por lo visto esa raza rapiñadora lo lleva en la sangre!– que las pruebas podrían demostrar cosas no muy agradables para nosotros y para nuestro fiel chófer Dalmau Sapena, el único criado que mi mujer estaba empeñada en conservar a nuestro servicio. Louise despidió a Roberto del Río de manera fulminante. Pero eso todavía fue peor, porque él se fue a la policía a provocar polémica. Y si no hubiera sido por el hecho de que el caso se daba por cerrado, puede que aún nos hubiera complicado más la vida. El desenlace de esos incidentes fue doloroso: tuve que insistir en que nos quitáramos de encima al chófer. Y poco después Dalmau Sapena se colgó de una viga. Ahora, cuando los hechos empiezan a tomar un color distinto del que yo les veía en aquellos días, no puedo por menos que persuadirme de que el pobre hombre realmente sabía algo de aquel drama, y que había sido el remordimiento lo que lo había llevado hasta esa fatídica viga.

En los días inmediatamente consecutivos a la desaparición de Magui, otorgué una recompensa a quien pudiera aportarnos noticias. Me parecía que era una buena manera de obtener información e indicios que nos ayudaran a encontrarla. Mi mujer empezó por oponerse, convencida de que eso no haría más que enredar la madeja y despertar la codicia de los desaprensivos, quienes no dudarían en proporcionar pistas falsas para embolsarse el dinero. Pero, de la noche a la mañana, cambió de opinión. No solamente eso, sino que amplió la oferta a una cantidad exorbitante, desmesurada, por cualquier indicio comprobable que se nos presentara. En aquel momento no lo entendí. Pero ahora estoy convencido de que lo hizo a propósito, para tender un velo de niebla ante los ojos de los periodistas. Y porque sabía a ciencia cierta que jamás tendría que desembolsarla. En cualquier caso, la iniciativa cosechó los resultados negativos que había pronosticado: empezamos a recibir cartas y llamadas telefónicas que afirmaban poder proporcionar información sobre el paradero de nuestra hija. Viva o muerta.

Todo mentira.

De entre los mensajes recibidos, hubo uno que al principio nos despertó una chispa de esperanza. Se trataba de una carta anónima y presuntamente desinteresada que declaraba que Magui había sido vista a través de una ventana del barrio chino de Barcelona. El texto iba acompañado de un tosco mapa donde se señalaban una calle y un inmueble. La policía tuvo muy en cuenta aquella pista, porque consideró la posibilidad de que el autor fuera el mismo que siete años antes había dado noticia de la presencia, en una ventana de la calle Ponent, de una cría que pedía auxilio. Esa había sido la pista que había desencadenado las investigaciones y la consiguiente detención de la famosa Vampira del Raval. Pero nuestra pista no llevó absolutamente a ninguna parte. No se encontró absolutamente nada en el piso anónimo indicado por el autor anónimo. Años más tarde, a la vista de nuevos indicios, llegué a la conclusión de que aquella misiva había sido redactada expresamente, basándose en el anterior caso de secuestros, para crear la falsa sensación de que eso era lo que le había sucedido a Magui, y con el objetivo de desviar la atención de lo que realmente había pasado.

A aquellas alturas nos sentíamos tan vulnerables, al menos yo, que a pesar de que siempre había sido poco practicante –Louise era abiertamente escéptica –, encontré consuelo en la religión. Un día se presentó en casa un personaje que se autodenominaba el Enviado de Dios. Era un individuo de una cierta edad, grueso y con ademán un tanto presuntuoso que llevaba una enorme Biblia bajo el

brazo. Mi mujer quería echarlo, pero debo confesar que para mí fue un bálsamo poder hablar con él y escuchar su voz untuosa recordándome que no debía perder la esperanza en Dios, y que no debía dejar de rezarle un poco cada día.

A Louise le resultaba mucho más difícil consolarse con lo que ella llamaba «complementos emocionales» y «plegarias gratuitas y desatendidas». En cambio, no dudó en dejarse seducir por los apóstoles de lo paranormal. Habían aparecido como setas en otoño, tan pronto como los periódicos habían pregonado el caso. También esos, como los cazadores de recompensas, nos enviaban cartas, nos telefoneaban o se presentaban en casa. Había de todo: videntes, adivinos, médiums, astrólogos, gente que afirmaba tener telepatía... Algunos enviaban mensajes directamente a la policía. El inspector Manzaneda nos confesó que al principio del proceso de investigación se tomó muy en serio todos aquellos datos, por si el secuestrador estaba utilizando aquella vía para solicitar el rescate; pero que luego, a la vista de los resultados, decidió que el experimento no servía absolutamente para nada. Aun así, mi mujer se lo tomó muy en serio. Insistió en que leyera La nueva revelación o qué es el espiritismo, un libro que había publicado el año anterior sir Arthur Conan Doyle, el autor de Sherlock Holmes.

—Si un hombre capaz de crear un detective tan racional cree en ello, es que debe de haber algo de verdad —decía con convencimiento.

—Déjate de tonterías, Louise. Nosotros somos científicos, nos guiamos por la razón —le contestaba yo.

Pero también comprendía que la desesperación podía volver vulnerable al más escéptico.

Louise llegó a organizar sesiones espiritistas en la biblioteca de Vila d'Alba, porque alguno de aquellos cantamañanas le había contado que los médiums pueden percibir el lugar donde se encuentran personas desaparecidas. Uno de ellos describió no un piso en el barrio chino, sino un caserón abandonado cerca de un camino rural. Obviamente, no sirvió de nada, porque aquellos datos eran insuficientes para abordar búsqueda alguna.

La sombra de Magui, invisible a los ojos de cualquier parapsicólogo, siguió vagando por el jardín.

Anna Aimeric deja el mecanoscrito de Josep Anton Viladalba en el sofá. Está un poco impresionada. Ella no cree en nada de todas esas tonterías esotéricas, pero le ha llegado al alma constatar hasta qué punto la desesperación de los padres de la niña les hizo dudar de sus propias convicciones como científicos.

Además, está intrigada. En el capítulo que acaba de leer ha empezado a notar que el doctor Viladalba está a punto de revelar algo muy gordo. Algo que tiene relación con su difunta esposa...

Solo quedan unas cuantas hojas por leer...

Tarde o temprano tendrá que llamar a Marc.

—Marina..., ¿estás ahí?

—Sí, mamá.

La sombra opaca de Marina se aproxima a la cama de la moribunda. Le acaricia el cabello ceniciento, la mejilla marchita y hundida y la arropa suavemente.

—Deberías dormir un poquito, mamá.

Los ojos azules e intermitentes de la madre recorren el rostro de su hija con una cierta desazón. La estancia está en penumbra; tan solo una raya de luz de mediodía en la parte superior de la persiana. Todo el dormitorio huele a medicinas, a sudor, a agonía.

—Siéntate aquí —dice la mano de la enferma, palmeando sin rumor el cubrecama de ganchillo—. Tengo que contarte algo...

Marina obedece maquinalmente. Cualquier deseo de su madre tiene prioridad.

—Te cansarás, mamá. Ya me lo contarás después de dormir un rato.

—No, no, quiero hacerlo ahora. Debería habértelo explicado hace mucho, pero nunca encontraba el momento...

Marina siente una punzada de curiosidad. La escena le parece de película: una madre que se está muriendo de un cáncer rabioso quiere hacer confidencias a su hija.

Lleva tres meses sin hacer otra cosa que velarla. El cáncer se había presentado de manera brutal, inesperado, como siempre cuando ya no tiene remedio.

—Tres meses —había dictaminado el médico, con la aflicción propia de las malas noticias—. Medio año, con suerte. Pero serán días muy duros...

Marina lo había dejado todo. Era hija única y su madre era su amor, el único que le había quedado tras la prematura muerte de su padre y la desertión de un marido que no valía ni un real. Veinticuatro horas después de la fatídica sentencia ya había dispuesto las cosas para autoconcederse una excedencia que le permitiera atender a la enferma. La fábrica podía funcionar unos cuantos meses sin ella, en las buenas manos del subdirector, del jefe de marketing, del director de ventas... Una madre es siempre lo primero.

—Mi madre, la madrinita, había nacido aquí, en Barcelona, ¿lo sabías? —murmura la voz mortecina de la enferma.

—Claro —dice Marina, recelosa ante la posibilidad de que sea su madre la que haya entrado en el bucle de los recuerdos perdidos que ataca a quienes se están muriendo—. Me lo habías contado.

—Era hija de una rica familia —prosigue la enferma, concentrada en sus palabras, como si no hubiera oído la respuesta—. La llevaron a Francia de jovencita debido a un terrible drama

familiar...

Marina la mira con sorpresa. Eso es nuevo. De eso sí que jamás le ha hablado.

—¿Qué ocurrió?

—Eran cuatro hermanas. Aquí solo quedó una. Elsa, se llamaba. Elsa Viladalba. La heredera de toda la fortuna familiar.

—La abuela también tenía dinero...

—Pero no le venía de ese lado. La madrinita nunca vio ni un céntimo de los Viladalba. Se quedó en Francia y nunca regresó a Barcelona.

—¿Pero qué ocurrió? —repite Marina, cada vez más intrigada con este giro inesperado de la historia familiar.

—La casa de los Viladalba todavía existe —continúa imperturbable su madre—. Ahora es una residencia de ancianos, pero había sido una gran mansión, de esas de la Bonanova. Un día me acerqué a verla, poco después de que tu abuela, la madrinita, me contara todo lo que había sucedido.

Marina se arma de paciencia. Tarde o temprano, en el transcurso de la conversación-confesión, la sacará de dudas.

—Tiene un nombre muy apropiado —la madre suelta una risita estrangulada, fúnebre—, y muy poco original: Vila de l'Alba.

—Nunca me habías contado nada de todo esto —dice Marina, un tanto preocupada—. ¿Por qué era un secreto?

Durante un par de horas, Lluïsa Bofill le cuenta a su hija la historia de su ignorada —y riquísima— familia barcelonesa. Y a medida que avanza la tarde y la rendija de luz en la persiana se va amortiguando, la curiosidad de Marina se va iluminando como si la puerta abierta de la memoria nunca expresada le compusiera de la nada un retazo de vida de oscuros perfiles que se va volviendo corpóreo.

Con voz cansada, y a cada minuto más tenue, Lluïsa le habla de la verbena de San Juan del año 1919. Los recuerdos son de segunda mano, bebidos de los labios de su propia madre, pero a Marina no le cuesta en absoluto imaginarse los detalles. La fiesta —una fiesta de alta sociedad de primeros del siglo pasado—, la música, las criadas, el castillo de fuegos artificiales... y una niña de seis años, dulce y con cara de muñeca, que desaparece de su dormitorio... Y una niña de cuatro años, dulce y morenita, de ojos tristes, que se queda en su cuna, durmiendo, sin saber que ha caído en el agujero profundo de un pozo de amargura del que jamás saldrá. Y unos padres que vivirán para siempre emparedados en el drama de la ausencia de aquella pequeña con cara de muñeca a la que no volverán a ver.

¡Casi parece una tragedia de folletín de siglo XIX!

Apenas hace una docena de años que Marina, nacida en Francia, ha regresado a la ciudad de sus antepasados. Su padre, Enric Garbí, era de Olot y había conocido a su madre en una fiesta de disfraces que unos amigos comunes organizaban cada año en el Círculo Catalán de París. En aquella época, Enric era tan solo un representante de lo que se llamaba menaje del hogar: ollas, cazuelas, sartenes, cubiertos... No sería hasta años más tarde, después de casarse con Lluïsa y de agotar su trabajo de vendedor al por mayor por los *départements* franceses, que se decidiría a abrir su propia fábrica de ollas y cazuelas en Catalunya. Con el dinero que la madrinita, que acababa de morir, le había dejado a su única hija.

Marina Garbí, al principio reticente, había tardado poco en caer bajo el embrujo de la ciudad



mediterránea. Eso sí: había tenido que dejar por el camino un marido francés poco receptivo a abandonar su París de luces y sombras. Tres meses había resistido en Barcelona antes de decir «*Au revoir*», hacer las maletas y volverse a Francia porque no podía soportar la idea de ser el jefe de ventas de la flamante fábrica de su suegro. Marina, que hacía tiempo ya que había perdido sus sueños de bien casada, lo dejó marchar sin un lamento. Puso en alquiler el piso del Eixample y regresó con sus padres a la preciosa casita que habían comprado en Sarrià con los beneficios de una empresa que navegaba con las velas a todo trapo. Cuando su padre, Enric Garbí, había muerto de una embolia unos años atrás, Marina se había hecho cargo de la fábrica y de su madre. Y ahora esa madre se le está muriendo de un cáncer despiadado. Y por primera vez siente la soledad ardiente y la ahoga el temor de no tener nada más con qué llenar la vida que la empresa y sus quebraderos de cabeza. Por eso Lluïsa, que es una madre como todas las buenas madres, que saben leer entre las pestañas de los ojos de una hija, le ha querido dejar una herencia: en Barcelona queda un fragmento de familia. Unos Viladalba ocultos en los pliegues del tiempo. Los descendientes de Elsa, la cuarta hermana. Ya ni siquiera deben de llevar el apellido...

Ahora Lluïsa se ha dormido con placidez, como si la confesión que llega con retraso la hubiera liberado de una sombra tenebrosa. Respira regularmente, con solo algún estertor de vez en cuando, pero sin desazón. Marina la contempla con una tristeza densa. Termina de bajar la persiana, ahuyentando el insidioso rayo de luz de media tarde, y sale de la habitación dejando la puerta entreabierta por si la enferma se despierta y la llama.

Sentada en el sofá del salón, repasa mentalmente todo lo que ha descubierto en las últimas horas, la mirada caída sobre las fotografías enmarcadas que hay en la repisa de la chimenea: el retrato de bodas de sus padres, ella misma de pequeña... y la madrinita, poco antes de morir. Todavía está atónita.

Una niña se desvanece en el claroscuro de la noche más corta del año. Dos hermanas son enviadas a París, a casa de sus abuelos. Solo una de las hijas se queda en Barcelona. Barcelona, la ciudad de sus orígenes, de sus antepasados. Marina, que desde hace cierto tiempo así lo siente, comprende ahora por qué tiene el corazón barcelonés.

En cinco minutos está ante el ordenador. Abre Google y teclea: Vila de l'Alba.

—Es evidente que los Viladalba están implicados —sentenció Manzaneda—. Recuerda lo que aprendimos en la academia, Roberto: en la mayoría de los delitos, los familiares son los culpables.

—¡Oh, sí, no hace falta que me lo repita, señor *Xerlocolmes!* —refunfuñó Del Río, malhumorado, dando una patada a un guijarro.

La carretera de les Aigües serpenteaba ante ellos, flanqueada por encinas y robles aterciopelados de polvo ocre. A sus pies, Barcelona se dispersaba bajo la sombra de media tarde: una alfombra de parches de colores bostezando alientos, humaredas grises y ruidos mortecinos. Hilario Manzaneda, que caminaba con las manos sumergidas en los bolsillos, chutó la misma piedra y la devolvió a los pies de su amigo. Tenía los ojos clavados en el suelo, indiferente a la provocativa belleza de la ciudad.

—Lo sensato es empezar por poner en duda la información proporcionada por los padres... Hay demasiadas incongruencias en sus declaraciones y demasiada ambigüedad en sus comportamientos.

Roberto del Río sacudió la cabeza con abatido gesto de conformidad.

—Hay dos posibilidades —observó su colega—. Una: la niña fue secuestrada y sus padres han tendido esa cortina de humo para librarse de las responsabilidades. Y dos: la han tendido porque de una manera u otra tuvieron que ver con la desaparición y necesitaban construir una historia...

—Y cuando hay que construir historias, no queda más remedio que mentir.

—Y cuando se miente, aparecen las incongruencias y las ambigüedades. Si en lugar de ser de la alta burguesía hubiesen sido simples obreros, con todo eso habría habido suficiente para meterlos a ambos en la cárcel Modelo.

Por primera vez desde que habían iniciado aquel paseo vespertino por los senderos de Collserola, Hilario Manzaneda se detuvo y volcó la mirada sobre la ciudad, que se encogía junto al mar, punteándose poco a poco de luces blancas y amarillas como un antiguo tapiz medieval cubierto de piedras preciosas.

—Una mujer muy especial, doña Louise —reflexionó Del Río, los ojos atrapados también por el embrujo de la ciudad que se disfrazaba de noche—. Muy... demasiado lista.

—Con mucha sangre fría. Solo se conmocionó un poco al pensar en las consecuencias si se les imputaban cargos. No hacía más que lamentarse por el trato al que los sometería la prensa en general y su círculo social en particular.

—Tú estás convencido de que la mataron ellos —dijo Del Río afirmando, no preguntando.

—Creo que la niña murió esa noche y que ellos ocultaron el cuerpo para encubrirlo y que no

podiera dictaminarse la causa de la muerte. No digo que fuera un asesinato... Podría tratarse de un accidente y que lo escondiesen tan solo por miedo a las consecuencias sociales...

—Pero ¿cómo pudieron reaccionar con tanta rapidez para desembarazarse de un cadáver? Por pequeño que fuera...

—A veces me pregunto si lo ocultaron en el interior mismo de la casa, en algún rincón donde nos resultara imposible acceder. He oído decir que en las grandes mansiones a menudo hay pasadizos secretos...

Del Río lo miró con el escepticismo pintado en las pupilas. Las sombras que habían empezado a teñir la carretera de les Aigües hacían difícil apreciar las expresiones de los rostros de ambos policías.

—Quizás en algún lugar del jardín... —prosiguió Manzaneda—. En el de atrás tienen una especie de capillita, un oratorio no mayor que una caseta de lavadero. La estuvimos registrando... pero, vete a saber. Quizás el altar tiene una puertecita secreta. Quizás hay una cripta...

—Puestos a ello, habría sido más lógico que la escondieran por algún rincón de estos bosques —reflexionó Roberto del Río, deslizando la mirada por la selva de pinos y encinas que los rodeaba—, en alguna cueva... Aunque parece tan increíble que se la quitaran de encima de ese modo, como un despojo...

—Tal vez recuperaron el cadáver transcurridos unos días y lo llevaron a enterrar con decoro —propuso Manzaneda—. Eso explicaría la sangre y los cabellos que hallaste en el Hispano Suiza... Y luego montaron toda aquella comedia para hacer creer que la niña había sido secuestrada, manipulando chapuceramente el escenario del crimen, haciendo llamamientos en la prensa, ofreciendo recompensas, dando pistas falsas y resucitando casos como el de la Vampira del Raval para demostrar que no se trataba de un suceso aislado, sino que los secuestros de niños son habituales...

—Sigo sin entenderlo. Si hubiera sido un accidente (¡no se me pasa por la cabeza que los padres la asesinaran!), ¿por qué organizar todo ese lío?

—Ponte en su lugar. ¿Qué habrías hecho tú? En algún momento de la noche descubren que la niña ha muerto. Sea cual sea el motivo, se trata de una falta de atención hacia los hijos, algo que no se perdona fácilmente en su mundo. ¿Qué les pasaría a nivel social, profesional, penal, si se supiera? ¿Qué pasaría con las otras hijas? La niña ya está muerta. Nadie, ni siquiera su padre, que es un médico de prestigio, puede resucitarla. Ahora de lo que se trata es de proteger lo que queda de la familia... ¿Qué habrías hecho tú?

—Pero... ¡es monstruoso!

—¿Qué habrías hecho tú? —insistió Manzaneda, inmovible.

Y Del Río se horrorizó de sus propios y hasta entonces insospechados instintos de supervivencia. No pudo sostener la mirada dura y directa de su amigo.

A paso de paseo, los dos investigadores iniciaron el regreso a la civilización, dejando atrás los bosques verde y polvo de Collserola.

—Pero entonces... ¿por qué cojones tendrían que haberme contratado? —exclamó Roberto del Río—. ¿Por qué habrían querido que un detective privado continuara removiendo la mierda?

Acababa de decirlo cuando él mismo adivinó la respuesta: para seguir tendiendo la densa cortina de humo que tenía que difuminar lo que realmente había sucedido aquella fatídica verbena de San Juan.

Hilario Manzaneda le puso la mano en el brazo con un gesto que quería ser consolador.

—Por eso ahora te han despedido. Removiste la mierda con los descubrimientos que hiciste en

el coche.

Del Río asintió con la cabeza afligido, enfadado. El análisis de la sangre encontrada en el Hispano Suiza había dado positivo: era del tipo AB. Podía ser de Elsa. Pero también podía ser de Magui. Imposible saberlo. Cuando el detective privado lo había planteado a la policía, le habían dicho que el caso estaba cerrado y que sus aportaciones no tenían demasiado valor. Los dos colegas sabían que era cierto. No había nada a lo que agarrarse. Todo era humo, indicios circunstanciales, débiles, esquivos.

Al día siguiente del numerito de Guifré en el garaje, los Viladalba no habían dudado en absoluto. Le habían dado las gracias al detective privado, le habían puesto un sobre bien grueso en la mano y lo habían acompañado hasta la calle.

Pensativo y pesaroso, Roberto del Río contempló por última vez el retazo de aquella Barcelona minada de luces que aún se exhibía, orgullosa y distante, por encima de los árboles. La Rosa de Fuego. El aire trezaba el sonido de siete campanadas en alguna iglesia cercana. El detective se despidió, con una cierta añoranza ya, de aquella ciudad de prodigios. Al día siguiente por la mañana tomaría un tren para regresar a Madrid, donde se reincorporaría a su agencia.

Hilario Manzaneda volvería a la Jefatura Superior de Policía de Barcelona para hacerse cargo de nuevos casos criminales.

Marguerite Viladalba i Laforest, Magui, se desvanecería definitivamente de sus vidas.

De sus pensamientos, tal vez jamás.

## LOS DIARIOS DE LOUISE

Apenas hacía un mes que habíamos enterrado a mi mujer cuando, haciendo limpieza y ordenando sus cosas, tropecé con sus diarios íntimos, aquellas preciosas libretas de hojas rayadas y encuadernadas en grueso cartón que debía de comprar en la Librería Francesa de las Ramblas, porque en la cubierta llevaban estampada la palabra CAHIER.

Ya he dicho que hasta aquel momento no supe de su existencia. Era uno de esos secretos, como tantos otros que fui descubriendo después, que Louise guardaba celosamente, pero que su repentina defunción —por entonces yo todavía creía que era debida a causas naturales— había dejado fatalmente en mis manos. Días más tarde, cuando empecé a sospechar que aquella muerte podía ser inducida, me sorprendió que no los hubiese hecho desaparecer para evitar que yo los leyese. Pero lo que más me llamó la atención de aquellos escritos fue la primera fecha que los encabezaba. Porque era muy significativa: 1 de enero de 1915. Poco después del nacimiento de Magui. Enseguida adiviné, leyendo los primeros textos, el motivo de Louise para iniciar el diario: coincidía con aquella lúgubre época en que nuestro matrimonio bailaba en la cuerda floja por mi actitud respecto a la paternidad de la pequeña. Entre hipidos de atormentado remordimiento y mordiscos de despecho —no me parecía bien lo que hacía mi mujer, por muy feminista y muy francesa que fuera—, descubrí los detalles de sus escapadas y sus idas y venidas y paseos por Barcelona durante todo aquel año con la complicidad de nuestro chófer. Y también supe de los sentimientos que ella albergaba hacia mí durante esos días. Su propio despecho y las ganas de huir a París y no regresar jamás...

Los textos reflejaban también, de vez en cuando —hasta más tarde no fui consciente de la importancia de esas manifestaciones—, su poca paciencia con los críos:

*Marguerite es una niña con exceso de personalidad y de actividad. Nunca está quieta, ni en la cuna, ni en la trona, ni cuando la coges en brazos. ¡Compadezco a la pobre niñera!*

Otra cosa que llamaba la atención era la interrupción repentina del hilo del tiempo en las páginas del diario. La primera tanda de escritos finalizaba un año y tres meses después de su inicio, en la primavera de 1916. La segunda empezaba hacia el otoño del 1919. Deduje que Louise había utilizado el diario como compañero y confidente de sus momentos más negros. No lo había necesitado durante años y lo había retomado con la desaparición de nuestra hija.

Esa segunda época, que volvía a interrumpirse de manera brusca —y extraña— al cabo de otro año entero, estaba llena de reflexiones personales,

sentimientos, evocaciones relacionados con la desaparición de nuestra hija. En todos ellos temblaba una angustia que mi mujer raramente había mostrado en público, y que derramaba sin contención entre la caligrafía arañada en tinta azul y la cultivada prosa francesa:

*¡Qué terrible es la vida diaria en esta casa! Toda ella está llena de Marguerite, de recuerdos felices que siempre acaban rasgados por la escalofriante realidad.*

Algunos textos ponían de manifiesto el infierno que incendiaba su alma:

*A veces me imagino a Magui llorando, gritando mi nombre sumida en el miedo, la pena, el dolor. Y yo no estoy allí para abrazarla. ¿Cuánto tiempo podré soportar no saber qué ha sido de su vida? De vez en cuando me acerco a su habitación. No oso ni entrar, me quedo en el umbral, recorriendo con la vista la estancia, los muebles, los juguetes..., su cama... Intento recordarla como estaba la última vez que la vi allí, plácidamente dormida...*

Louise también expresaba el consuelo que le proporcionaba la presencia de Elsa. Aquellas palabras, escritas con pasión, contrastaban de forma extraña con la insistencia con que había querido alejar a nuestra hija menor de casa, encerrándola en el internado del Montseny...

*No sé qué sería de mi vida actual sin Elsa. Cómo podría levantarme de nuevo cada mañana. Cómo habría conseguido sobrevivir a tanto dolor.*

Algunas entradas del diario traslucían el convencimiento de que nuestra hija no estaba muerta, sino que había sido raptada para ser entregada a alguna familia:

*¡Mi Marguerite! ¡Mi querida Magui! ¡Qué difícil es! ¡La echo tanto de menos! Solo espero que quien la tenga con ella la quiera tanto como yo y la trate bien y con todo el amor que ahora no puedo mostrarle.*

También había expresiones de fe religiosa; curiosísimas, teniendo en cuenta el escepticismo que mi mujer había mostrado siempre.

*Padre nuestro que estás en los cielos, protege a mi hija Marguerite, donde quiera que se halle en estos momentos. Dame fuerzas suficientes para sobrellevar mi sufrimiento de madre.*

A veces, el desespero y la esperanza basculaban en un mismo párrafo, en el que yo creía reconocer aquel espíritu contradictorio que siempre me había fascinado de mi mujer. Sin embargo, hasta que no leí las últimas entradas del diario no empezó a asaltarme una extraña sensación.

A medida que la espantosa nube de la sospecha se iba fraguando dentro de mí, me descubrí comparando los textos de aquel primer año del diario, 1915-1916, con los de tres años más tarde. De repente, estos últimos me sonaban tremendamente melodramáticos para el carácter de mi mujer. Tremendamente sospechosas algunas de las ideas que se desprendían de ellos:

*Tengo miedo; un terrible miedo por mi hija; miedo por mí misma; por mi alma; por mi cordura. Por todo. Pero algo grita frenéticamente en mi interior: ¡No desfallezcas!*

Lo que más despertó mis recelos fue el escrito en el que hablaba de sus sentimientos ante uno de los intentos de extorsión que habíamos sufrido debido a la recompensa prometida a quien pudiera aportar pistas. Lo contaba con bastante detalle, siguiendo el hilo de lo que realmente había sucedido durante aquellos tres espantosos días.

Anna Aimeric recoloca en su lugar la hoja que se ha desprendido del mecanoscrito. La caligrafía ya le es familiar: otra página arrancada del diario de Louise Laforest. Es una curiosa manera de añadir al libro información aportada por su mujer. O bien el doctor Viladalba se cansó de transcribir fragmentos, o bien quiso dejar una prueba de puño y letra de ella...

*Anteayer, un individuo nos llamó por teléfono y declaró que poseía información que ayudaría a localizar a Marguerite. Ayer, los investigadores se apostaron junto al teléfono a la espera de la llamada que el desconocido había prometido hacer. Querían estar al tanto de la conversación para comprobar la credibilidad de sus informaciones. El individuo llamó puntualmente y exigió ciento cincuenta mil pesetas a cambio de la información. Además, pidió un anticipo de veinticinco mil pesetas que serían entregadas en un establecimiento de Mataró, donde él las recogería. Nosotros estábamos convencidos de que la llamada era auténtica. Quizás por el hecho de que nuestra familia pasaba el verano en el Maresme. La tirria que los nativos de los pueblos de veraneo sienten por lo que ellos denominan los señores de Barcelona es proverbial. Lo disimulan mostrándose halagadores y serviciales, porque nuestra presencia temporal resulta muy conveniente para su economía, sobre todo para la de las tiendas. Y porque se sacan un buen dinero con las contrataciones de temporada como sirvientes, jardineros, planchadoras... Pero siempre ha existido ese antagonismo. Ellos incuban una especie de complejo de inferioridad colectivo. Y a pesar de fingir que no, envidian nuestras posesiones y nuestro dinero... ¿Cabía la posibilidad de que algún conocido de Argentona, alguna criada, algún mozo contratado por mis suegros hubiera raptado a Magui para aprovecharse de nuestro dinero? Mi marido parecía estar convencido de esa pista. La policía propuso una estrategia de negociaciones por teléfono con aquel individuo, dándole a Josep Anton indicaciones para contestarle y recabar el máximo de información posible con el objetivo de verificar si la pista era auténtica. Hoy los policías volvían a montar guardia junto al teléfono; se esperaba que el individuo llamara para definir las condiciones y el lugar de la entrega del dinero. La tensión era tremenda. Yo estaba literalmente al borde del ataque de nervios.*

Fue esta última frase la que encendió todas las alarmas en mi cerebro.

Porque no era cierto.

Y no tenía sentido que Louise se mintiera a sí misma en las páginas de su diario íntimo...

Lo que realmente había sucedido estaba demasiado presente en mi cabeza como para comulgar con esa rueda de molino. Recuerdo aún, como si lo estuviera viendo en este mismo instante, el salón atestado de policías alrededor del teléfono, y al antipático inspector Manzaneda dándome indicaciones de cómo tenía que proceder cuando telefonease el desconocido. Es cierto que la tensión y la inquietud que se respiraban en el salón de Vila d'Alba eran casi insoportables. Pero también es cierto que la pose relajada y levemente indiferente de Louise contrastaba con la desazón de los policías y tenía un tanto intrigado a Manzaneda. El aire de la sala era espeso debido a la presión y a los nerviosos cigarrillos de los agentes; pero mientras el inspector

esperaba que se produjera esa llamada que tal vez aportaría información vital sobre el paradero y la situación de nuestra hija, su madre se tomaba un té con aire distraído, hojeando trivialidades en una revista de modas francesa, comentando con la niñera de Elsa la exuberancia de los sombreros parisienses. Incluso de vez en cuando reía. Quizás se tratase de una risa nerviosa, pero dolía en los oídos y en los ojos a causa de la gravedad de la situación. El talante y la actitud que exhibió ese día no pasaron desapercibidos. Tampoco el hecho de que no pareció sorprenderla demasiado que no hubiera ninguna otra llamada (probablemente porque la información era inventada, solo para vaciarnos los bolsillos, y quizás el cabrón se había asustado).

¿Era posible que Louise, con anterioridad, conociera de sobras el resultado del suceso y que fuera aquel el motivo de su indiferencia?

Necesité releer una y otra vez las páginas de aquel maldito diario para empezar a entender qué era lo que no encajaba: todos los escritos posteriores a la desaparición de Magui eran manipulaciones. Estaban contruidos mezclando verdades y mentiras para crear sensaciones que sabía que no eran, no podían ser, compatibles con el carácter y la manera de comportarse de Louise durante la crisis. Un montón de tapaderas y de cortinas de humo que ella sabía que yo leería tarde o temprano...

Poco a poco fui encajando piezas en el puzzle, hasta que una realidad espantosamente abismal se abrió en mi cerebro: mi mujer se había ido de este mundo intentando llevarse el secreto de lo que realmente le había ocurrido a nuestra hija.

Pero había menospreciado mi capacidad para efectuar deducciones.



—Mala persona.

Marc se vuelve, sorprendido, y observa con curiosidad a la desconocida que ha aparecido silenciosamente a su lado: una mujer de alrededor de cuarenta años que lleva un ramo de flores. Es alta, rubia, de ojos claros y viste con elegancia, con una chaqueta de buen corte y un bolso caro de piel color mantequilla. Y un paraguas —en cualquier momento puede empezar a lloviznar de nuevo— columpiándose en su muñeca. El ramo, vistoso y un poco salvaje, pone una extraña nota de color en su sobriedad.

—¿Perdón? —Es lo único que se le ocurre decir a Marc.

E instintivamente se vuelve para mirar, con los ojos cargados del mismo desconcierto, el panteón de los Viladalba. Se trata de una edificación magnífica, toda ella de piedra clara de Montjuïc, que recuerda un poco la casa de la Bonanova en miniatura. Una decena de escalones trepan hacia una especie de terraza rodeada de una verja baja trabajada al estilo modernista. Al fondo se levanta un templete con columnas rematado por una torre cuadrada como la de Vila d'Alba, con una aguja larguísima en lo alto. Custodiando la majestuosa puerta de bóveda a la catalana, dos ángeles trompeteros anuncian la resurrección de las almas con ademán hierático. El de la izquierda señala al suelo con el dedo índice de la mano libre. El de la derecha tiene el brazo levantado y señala al cielo. En la base de la terraza, unas ventanas de tres cuerpos, llenas de líneas curvas, revelan la existencia de una cripta. Y a los lados de las ventanas, lápidas de bronce verdoso con letras en relieve revelan la personalidad de los muertos que la habitan.

Marc se ha sentido impresionado ante la magnificencia de la mansión mortuoria de los Viladalba. Todavía lleva en la mano la rosa solitaria que ha sustraído del ramo de Teresina y que ahora no sabe dónde dejar. No recordaba el panteón. El último en ser enterrado allí fue su abuelo, Francesc Bataller, cuando él era todavía bastante niño. Y ni siquiera recuerda si fue al entierro. El monumento, al contrario de otros muy suntuosos que lo rodean derramando moho y tristeza, está limpio y cuidado. La abuela Marga se ocupa de ello. Al fondo de la plaza en el que está ubicado, el mar. Y el puerto de carga de Barcelona, que, con sus grúas de colores y sus torres de contenedores, se esparce hacia el horizonte mostrando impudicamente la ciudad de los vivos en contraposición a esta ciudad de muertos.

—Plaza Sant Ernest —le ha dicho el conserje del cementerio, trazando una cruz en bolígrafo en el mapa que le ha entregado—, subiendo por el vial Sant Oleguer. Lo verá enseguida: es el que hay en el centro de la plaza; el mayor de todos.

—¿Y el nicho de la señora Teresina Martinet? —ha preguntado entonces Marc—. Hace un par días que la enterraron...

Ese es el motivo que lo ha traído a Montjuïc: poner un ramo que ha comprado a toda prisa cuando le han dicho en Vila de l'Alba, esta misma mañana, que la pobre Teresina había muerto hacía tres días.

—La encontraron en el jardín, sentada en su banco preferido, con los ojos abiertos mirando hacia lo que había sido la glorieta de los músicos. No debió de sufrir, porque tenía un rictus de sonrisa en los labios.

Mientras se dirigía al cementerio, con el ramo en la maleta de la moto, Marc se preguntaba si esa sonrisa de Teresina muerta era porque, por fin, había visto cómo la sombra de Magui que acechaba en el jardín se volvía corpórea.

Ha dejado las flores al pie del nicho de Teresina Martinet con un sentimiento de orfandad. La ha conocido durante escasas semanas, pero tiene la sensación de que con ella se ha desvanecido una parte importante de esa antigua familia que ha ido conociendo a través de sus recuerdos. La lápida era sencilla, de mármol blanco con letras vaciadas. Las rendijas todavía filtraban argamasa. En el suelo se marchitaban unas cuantas coronas con lazos morados y ramilletes de flores silvestres, probable testimonio de los jardines de Vila de l'Alba. Después de dejar el ramo, Marc ha sentido un impulso y le ha extraído una rosa granate, la que ahora lleva en la mano y no sabe dónde dejar. Las chispas de la llovizna de verano han esculpido un rosario de perlas transparentes sobre los pétalos de terciopelo. También ha sido por impulso que ha preguntado por la ubicación del panteón de los Viladalba. Había venido a despedirse de la vieja amiga de Magui. Quería ver el lugar donde Magui jamás fue enterrada...

Ahora la desconocida del ramo de flores se acerca al mausoleo y señala una de las lápidas de bronce.

—¿Familiar tuyo?

Marc lee el epitafio:

JOSEP ANTON VILADALBAI CLARET

1870-1945

INSIGNE DOCTOR EN MEDICINA

PERDÓNAME, SEÑOR, POR TODO EL MAL QUE HICE EN LA TIERRA

DAME TU GLORIA POR TODO EL BIEN QUE HICE EN ELLA

—Mi tatarabuelo —declara Marc dubitativo, sin saber todavía qué pensar de esta extraña conversación.

Ella hace un gesto de asentimiento, afligido, con la cabeza.

—Mi bisabuelo —dice entonces.

Ni un rayo caído del cielo hubiera dejado a Marc más paralizado.

Sus ojos basculan de la lápida a la desconocida como el péndulo de un reloj de pared mientras su cerebro intenta procesar ese estallido de luces y colores inesperados.

—Me llamo Marina Garbí. Mi abuela era una Viladalba. —Y al adivinar la sorpresa y la desconfianza que puntea las pupilas de Marc, añade—: La que se fue a Francia...

Y es ahora cuando el cerebro del joven estalla.

—¡No jodas!

Ella sonríe con esos labios en los que, de repente, Marc adivina el porqué de ese incierto aire familiar que le había inspirado la desconocida momento antes.

—Tú eres Marc, ¿no?

Él asiente con la cabeza, varias veces, todavía demasiado atónito para decir nada.

—Me lo han contado en Vila de l'Alba —dice entonces Marina—. Cuando he llegado hacía apenas media hora que te habías marchado. Tan pronto como he explicado que era una Viladalba, me han hablado de ti. Y de Teresina Martinet. —Señala la flor que Marc aferra sin notar las espinas que le perforan la palma y añade, sencillamente—: Lo siento.

Marc vuelve a sacudir la cabeza, abriendo un poco la mano. Una perlita minúscula de sangre emerge de entre sus dedos.

—No pudieron localizarme... Me he enterado hoy, al ir a visitarla.

—Lo siento —repite Marina—. Me han dicho que era una mujer muy anciana... Y que había sido ama de llaves de los Viladalba.

—La hija —rectifica Marc automáticamente. Y eso le hace pensar en Teresina y en los líos que se armaba con los abuelos y los tatarabuelos cuando hablaban de la familia.

Ahora es Marina la que parece un tanto cohibida.

—En conserjería me han dicho dónde podía encontrarte... —Con un gesto muestra el ramo que lleva entre los brazos, como para justificarse—. He aprovechado para traerle flores a mi madre, que murió hace unos días.

—Lo siento.

Con el casco de la moto sobre el sillín y el motor petardeando, Marc, en un impulso, coge el móvil y llama a su madre.

—¡No te lo vas a creer! —ruge con voz un poco ronca a causa de la garganta seca y la excitación—. ¡Nunca dirías a quién acabo de encontrarme en el cementerio de Montjuïc!

—Marc, hijo, ¿estás bien? —Le llega a través del aparato la voz preocupada de Júlia.

—¡A la nieta de Amàlia Viladalba! —exclama Marc sin atender a las palabras de su madre—. ¡Aquella hermana de Magui! ¡La que se marchó a Francia!

Al otro lado se hace un silencio denso como el alquitrán.

—¿Me oyes, mamá?

—Te oigo, hijo.

A Marc le tiembla la mano y la voz por la emoción contenida.

—La he invitado a almorzar mañana en casa. Dice que tiene que contarnos algo que quizás no sepamos... Te dejo porque está empezando a llover con fuerza. Ahora voy y te lo cuento todo.

Con precipitación, corta la llamada, dejando a su madre muda de estupor al otro lado de la línea. Y con más precipitación todavía pone el móvil sobre el asiento de la moto y se calza el casco para evitar que la lluvia le siga empapando el pelo.

Arranca. Acelera. La emoción le late en los pulsos. ¡Tal vez sea una nueva pista sobre el Enigma Familiar!

Y es entonces, al tomar la Ronda Litoral en dirección al centro de la ciudad, cuando le viene a la cabeza la frase de Marina Garbí que ha abierto la puerta de aquella extraordinaria conversación:

—Mala persona.

## LA VERDAD

Fue al adivinar todo lo que había sucedido cuando sentí la necesidad imperiosa de escribir estas memorias.

No sé si memorias es la palabra oportuna para calificar este puñado de recuerdos y fragmentos de vida. A veces, releyéndola, me doy cuenta de que no tengo claro qué tipo de obra es esta... Siempre me ha gustado escribir; y tal vez por eso en algún momento me he dejado llevar por la prosa y he olvidado cuál es el objetivo preciso de lo que relato: dejar constancia de todo lo que sucedió desde el momento en que conocí a Louise hasta el espantoso abismo al que se han visto abocadas las vidas de todos los miembros de nuestra familia. Quiero dejarlo todo bien anotado para que un día, cuando ya no esté, Elsa, que todavía llora la reciente muerte de su madre, sepa de primera mano la verdad. El corazón me dice que Elsa es todavía demasiado joven para asumir un horror como este, y que saberlo ahora destrozaría su vida, su futuro. Por eso he decidido que, tan pronto lo termine, que me falta poco ya, pondré el libro a resguardo en algún lugar. No sé cuál todavía. Había pensado en un notario... pero no me acaba de convencer. Me da miedo que, sin mala fe, lo entregue a la familia como parte del testamento y que Amàlia y Adela se enteren de sus verdaderos orígenes...

Sea como sea, buscaré la manera de que solo Elsa pueda leerlo.

Fue el diario de Louise el que despertó mis sospechas. El diario y los cabos que fui atando poco a poco en mi apático cerebro hasta que todo quedó meridianamente claro.

Louise había matado a Magui.

Accidentalmente, por supuesto; pero la había matado.

Era consciente de que a mi mujer siempre le habían importunado un poco las niñas. Unas más que otras. No le gustaba Amàlia, la hospiciana que había resultado ser tan malévola. Adela le recordaba la villanía que yo le había inducido a cometer. Magui le caía en gracia, pero se le hacía insufrible su exceso de energía, y a menudo la regañaba y la castigaba por las cosas más insignificantes. Elsa le parecía todo lo contrario: una pobre muchachita sin sangre en las venas. No digo que —a todas menos a Amàlia— no las quisiera a su manera. Eran hijas suyas. Sangre de su sangre. Y todas habían supuesto algún sacrificio u otro. Pero Louise siempre fue una mujer muy poco convencional. Su mentalidad —y reconozco que eso fue lo que me enamoró de ella— navegaba por rutas distintas a las de las mujeres de su tiempo. Ella habría querido ser como los hombres: libre, absolutamente libre para hacer lo que le viniera en gana. Por eso, cuando le propuse que entretuviera aquel aburrimiento que empezaba a roerla con un laboratorio farmacéutico, no hizo falta que se lo repitiera dos veces.

¡El maldito laboratorio!

Cuando me propuso la forma de poner remedio al pequeño problema que se producía en casa siempre que teníamos invitados a cenar, di por hecho que sabía perfectamente lo que hacía. Era una farmacéutica excepcional; puedo dar fe de ello. No me importa reconocer que fueron sus remedios los que me ayudaron a hacer carrera y me convirtieron en el médico más solicitado de Barcelona. Pero... poco podía imaginar que esas actividades que manteníamos tan en secreto acabarían de una manera trágica.

La vitalidad y la energía que desplegaba Magui a todas horas eran nuestro pequeño problema. Durante el día no estaba quieta ni un solo instante. Y durante la noche tenía serias dificultades para dormir. Se levantaba varias veces. Despertaba a Elsa y la hacía llorar. Se metía en nuestro dormitorio. Armaba pataletas cuando intentábamos que regresara al suyo... Y si teníamos invitados, entonces el espectáculo todavía era peor. Porque Magui era una niña muy curiosa y muy despierta, y no se inhibía de presentarse en el comedor, descalza y en camisón, y dar conversación a cualquiera que quisiera escucharla. Si íbamos a la ópera o a una fiesta, nos pasábamos la velada en vilo. Y al regresar a casa, por tarde que fuera, solíamos hallar a la niñera hecha un manojo de nervios, a Elsa desvelada y a Magui jugando en cualquier rincón de Vila d'Alba. A veces incluso en mitad del jardín.

—Láudano —me dijo un día Louise, cuando la situación ya pasaba de castaño oscuro.

Desde que, a mediados del siglo XVIII, John Brown, una destacada autoridad médica, lo había introducido en sus prestigiosos libros de texto, muchos médicos europeos recetaban el láudano para tratar prácticamente todas las enfermedades. Hasta que años más tarde no se empezó a notar que provocaba una malsana adicción, se usaba para calmar los dolores de la dentición de los bebés, la tos, los cólicos. Y también para reducirles la ansiedad y para sedarlos, porque entre los principios activos que contiene, aparte de la morfina y la codeína, está también la narcotina, que se considera que posee propiedades somníferas. El láudano solo tiene un inconveniente: en dosis inmoderadas es un poderoso veneno que puede adormecer a una criatura de poco peso y hacer que jamás vuelva a despertar...

No sé cómo ocurrió.

Pero sé las consecuencias: Magui murió porque la noche de la verbena su madre le administró una cantidad de láudano excesiva. Es evidente que no quería matarla, solo sedarla para que no saliera al jardín, en plena fiesta, a hacer uno de sus numeritos. Pero por algún motivo que ya nunca sabré se le fue la mano.

Y fue el diario de Louise el que inundó mi cerebro con aquella tormenta de sospechas que, una de esas noches en que no podía conciliar el sueño, estalló con contundencia, revelándome el terrible secreto que mi mujer se había llevado a la tumba.

Un detalle que siempre me había preocupado era que Elsa, que tenía el sueño ligero, no se hubiera despertado si realmente era cierto que un extraño había entrado en su dormitorio y se había llevado a su hermana. A Elsa no había que administrarle láudano porque era y ha sido siempre una niña muy tranquila que enseguida que se la ponía en la cuna se dormía. Solo se desvelaba si había ajeteo cerca o si Magui le buscaba las cosquillas. En esas ocasiones, lo primero que hacía era lloriquear. Pero la noche de la verbena Elsa siguió durmiendo incluso cuando su hermana ya no estaba en la habitación. Podría llegar a entender que el secuestrador fuera lo bastante habilidoso y silencioso como para llevarse a Magui, que estaba absolutamente narcotizada, sin despertar a Elsa. Pero lo que no me explicaba era que luego, cuando Louise descubrió la desaparición y se puso a gritar y todos nos precipitamos al dormitorio y empezamos a hacer ruido, Elsa tampoco se despertara. Ni siquiera

cuando la trasladamos a nuestra habitación.

Nunca le contamos a la policía que drogábamos a Magui. Louise me lo prohibió taxativamente.

—¡Ni se te ocurra! —me gritó cuando sugerí que era un dato que quizás podría explicar algunas cuestiones incomprensibles—. ¡Solo nos faltaría eso! ¿No te das cuenta de las implicaciones?

Lo comprendí: no daría muy buena impresión, si se hacía público, que un médico —porque de las actividades de mi mujer nadie más que yo sabía nada— dopaba a su hija para poder celebrar fiestas o para irse al Liceu.

En aquellos días estaba tan aturdido por nuestra desgracia que no se me pasó por la cabeza que Louise podía tener otros motivos para callarlo.

—Pero ¿a Elsa también le diste láudano? —Eso sí que se me ocurrió preguntárselo, dada la extraña narcolepsia de la pequeña.

—¡En absoluto! —me contestó inmediatamente—. A Elsa no se lo he administrado nunca. No hay motivo para hacerlo.

Mentía.

Ahora soy consciente de ello.

Es cierto que no había motivo para hacerlo inicialmente. Pero, ahora que sé lo que sé, sí que había motivo para hacerlo luego, tan pronto como Louise descubrió que Magui estaba muerta y que había que deshacerse rápidamente del cadáver para evitar el escándalo.

Cuando lo pienso, mi corazón se detiene y el dolor me ahoga el pecho. ¿Cómo pudo...? ¿Cómo fue capaz...?

Al principio me parecía tan monstruoso que, a pesar de las evidencias, me negaba a creerlo. Pero poco a poco tuve que ir aceptando que esa era la realidad: al descubrir que Magui había muerto a causa de una sobredosis de láudano, la pragmática Louise, la Louise que era capaz de tantos trapicheos para darme la satisfacción de un heredero, había tenido la sangre lo suficientemente fría y había organizado aquella espantosa pantomima para salvar los restos del naufragio.

Y con aquella misma sangre fría decidió dopar también a Elsa para evitar que se despertara en el transcurso de las escalofriantes operaciones que tendrían que llevarse a cabo en la habitación para hacer desaparecer el cadáver de Magui.

Y con aquella misma sangre fría —todavía me ahoga el horror al pensarlo—, orquestó toda una puesta en escena, en cuestión de minutos, y se presentó ante los invitados como si nada hubiera sucedido...

Nunca sabré exactamente cómo lo hizo.

Pero puedo deducirlo.

Ahora, rememorando las horas previas a la tragedia, recuerdo que mi mujer se mostró algo inquieta; un estado de ánimo que atribuí a los nervios de tener que hacer de anfitriona de una fiesta de aquellas características, un papel que nunca le había entusiasmado. Y puedo deducir cómo ocurrió todo repasando los hechos y los horarios que rodean a la desaparición de Magui.

A la una de la madrugada, el ama de llaves había efectuado su última visita a las pequeñas y las había visto durmiendo... o lo que ella había interpretado como dormir. Poco después, Louise, probablemente aprovechando alguna eventualidad —como, por ejemplo, ir al baño—, había entrado en el dormitorio. Y había sido entonces cuando había descubierto la muerte de Magui.

No sé hasta qué punto Lourdes Martinet estaba implicada... Pero de lo que no tengo duda alguna es de que Dalmau Sapena, con su ambigua coartada, corroborada por la propia Louise, lo estaba hasta las orejas. Solo había podido ser él quien, a instancia de mi mujer, sacara del dormitorio el cuerpo de Magui, después de la una de la madrugada, para esconderlo vete a saber dónde...

Quizás el ama de llaves no tenía nada que ver, porque mi mujer insistió en

retenerla en el vestíbulo para atender a los invitados que se marchaban... Y luego –yo mismo se lo oí decir– la envió a la cama indicándole que ya iría ella a hacer la última ronda... Y luego nos entretuvo a todos a pie de escaleras, charlando de banalidades, para asegurarse de que Dalmau tenía tiempo de retirar el cadáver... Y, finalmente, subió al dormitorio, abrió la ventana, removi6 las cortinas y dio la voz de alarma.

Mientras tanto, el chófer, que más tarde se suicidó porque probablemente no pudo soportarlo, ponía en marcha nuestro coche y partía por el sendero de la explanada, con los faros apagados, llevándose en el maletero a mi niña para siempre jamás.

Anna Aimeric vuelve la última página del mecanoscrito con dedos algo temblorosos.

Ya está todo dicho.

Solo queda una hoja casi en blanco con una anotación en el extremo inferior: Barcelona, 6 de junio de 1944. Curiosa coincidencia: la fecha del Desembarco de Normandía. El principio del fin.

Con la mirada perdida en la nada, Anna trata de digerir lo que acaba de leer. ¡Es tan monstruoso! En su cerebro repican como campanas las mismas preguntas que se hace Josep Anton Viladalba en ese terrible último capítulo de sus memorias: ¿cómo pudo Louise...? ¿Cómo fue capaz?

Desvanecido el primer estallido de horror, se le serenán los pensamientos.

¿Qué habrías hecho tú?

Ponte en su lugar... La niña ya está muerta. Ha sido un accidente. No querías matarla. Pero nadie, ni siquiera tu marido, que es un médico prestigioso y brillante, puede resucitarla. Ahora de lo que se trata es de proteger al resto de la familia. Esa familia que te ha costado tantos dolores y sufrimientos... Si cuentas lo que ha ocurrido, estáis todos perdidos. Todos. Para siempre.

Anna, la abogada, lo sabe mejor que nadie...

¿Qué habrías hecho tú?

Y es ahora cuando Anna coge el móvil y llama a Marc. Marc..., que tal vez nunca habría llegado a nacer si Louise Laforest hubiera confesado, hace cien años, lo que realmente había sucedido.

El teléfono va sonando una y otra vez. Y sigue sonando cada vez que lo intenta, hasta que la voz meliflua y pregrabada le dice, con cantinela: «El número al que está llamando no responde o no está disponible...».

Anna insiste con dedos impacientes.

En el suelo del parking del cementerio de Montjuic, embarrado, medio sepultado en una rodera de moto que empieza a llenarse de lluvia, el móvil de Marc sigue sonando, insensible a la urgencia y a la desazón.

—¡Debe de ser ella! —Marc deja apilados de cualquier manera sobre el mantel el puñado de cubiertos—. ¡Qué puntual! Ya abro yo.

—Quizás sea la abuela, ya sabes que siempre se presenta antes de tiempo...

De la cocina brotan los chisporroteos y los deliciosos efluvios del asado que Júlia prepara para la comida. Esa comida tan especial en familia. El sábado se despereza aburrido bajo un cielo de plomo.

Marc abre la puerta con las manos y los pensamientos excitados. Y se le queda la cara de piedra. Sobre el felpudo donde pone «*Bienvenus*» no están ni la abuela Marga ni la nieta de Amàlia Viladalba. Está Anna. Anna Aimeric, con mirada nerviosa, refugiada tras una carpeta de furioso color rojo. Toda ella timidez y malestar.

Marc reacciona con una sonrisa que le brota del alma.

—¡Anna! ¡Qué sorpresa!

Pero la sorpresa es tanta que sigue clavado en el umbral, con la mano en la manilla. Ha venido. Al fin ha venido. Es una buena señal. Quizás todavía sea posible... Quizás le gusten sus raviolis al pesto...

A Anna la ha serenado la sonrisa franca de Marc. ¡Qué buen tío! Después de todo lo que... Quizás todavía sea posible... Pero también se ha quedado plantada, dudando. Finalmente, en silencio, le alarga la carpeta roja. Él la mira. Desconcertado. Hasta que ata cabos.

—¿Es...?

Ella asiente muda.

—Pero pasa, no te quedes ahí —reacciona Marc, acabando de abrir del todo la puerta. Sin coger la carpeta.

Anna titubea un instante. Detrás de Marc ha aparecido Júlia, una mujer alta y bonita, con un delantal de cocina que reproduce el torso desnudo —y algo más— del David de Miguel Ángel.

A Anna se le escapa una sonrisa.

—Mamá, esta es Anna —dice Marc con tanta naturalidad que la aludida comprende que la madre sabe perfectamente quién es ella.

—Pasa, guapa, pasa.

La madre de Marc se ha hecho cargo inmediatamente de la situación —de parte de la situación —, y antes de que Anna sepa cómo, le ha plantado un beso en cada mejilla y la está empujando hacia el interior del piso. Al pasar junto a Marc, la joven le deja caer la carpeta roja en las manos.

—¿Sabes qué es esto? —le dice Marc a su madre, esgrimiéndola triunfal, mientras cierra la



puerta.

—Marc... —La voz le ha salido afónica a Anna debido a la inquietud.

—¡El libro de tu bisabuelo! —prosigue Marc, avanzando hacia el sofá donde Júlia acaba de hacer sentar a la invitada—. ¿Recuerdas que te hablé de él?

—Marc... —Anna se levanta como movida por un muelle oculto—. Escucha...

—¿Quieres tomar algo? —interviene Júlia, con ese *savoir faire* que le viene de familia—. ¿Coca-cola, cerveza, martini...?

Anna ni la escucha. Solo tiene ojos para la sonrisa radiante de Marc, que está abriendo con afán la carpeta roja, como un niño que desenvuelve un regalo de Reyes.

—He estado llamándote —protesta entonces Anna, que no sabe cómo afrontar la situación que se perfila—. No contestabas.

—Perdí el móvil ayer —declara tranquilamente Marc mientras extrae de la carpeta el puñado amarillento de cuartillas escritas por su tatarabuelo hace más de setenta años—. ¡Tienes que contarme cómo lo conseguiste!

—Marc. —La muchacha acaba de recuperar el aplomo que suele exhibir en los tribunales—. ¡Espera!

Le pone la mano en el brazo con un gesto ligeramente imperioso. Marc se queda inmóvil al notar ese contacto, protector y agresivo a la vez. No era consciente de que lo hubiera añorado tanto. Se hace un silencio espeso entre las cuatro paredes de ese precioso piso que los ojos de Anna apenas han vislumbrado. El piso de Júlia Viladalba, que ya no se llama así, pero que es la nieta de aquella Elsa Viladalba, la hermana de Magui...

—Déjame decírtelo. —El tono de Anna es enérgico.

Marc la mira con curiosidad. Después vuelve la vista hacia su madre, que se ha quedado quieta contemplando la escena. Finalmente, la retorna al mecanoscrito que ya tiene en las manos.

—Lo he leído —dice entonces Anna—. Y... no acaba bien. No es una novela... Son unas memorias... Las memorias de tu tatarabuelo. Y no tienen un final feliz.

Marc toma asiento en el sofá y dirige la mirada hacia ella.

—Siéntate. ¿Qué quieres tomar?

Anna, sorprendida, mira dubitativa a Júlia.

—Una coca-cola —murmura finalmente, porque no se le ocurre otra manera de acabar con esa escena.

—Siéntate —repite Marc, con el mecanoscrito sobre las rodillas.

Ella obedece automáticamente mientras la madre se desliza hacia la cocina.

—Sé que no acabó bien —dice entonces Marc tranquilamente.

Anna lo observa durante unos instantes.

—No sé lo que sabes —dice finalmente—, pero seguro que no es lo que se cuenta aquí.

Dirige un gesto impreciso al mecanoscrito.

Júlia hace su entrada en escena cargando con una elegante bandeja con vasos y refrescos. Y se queda de pie con ella en las manos, junto al sofá, turbada por la densidad de la escena.

—Me sabe mal —dice entonces Anna, inquieta—. Pero debo avisaros. Lo que hay ahí es... terrible.

Madre e hijo, atónitos, vuelven a cruzarse las miradas. Júlia deposita la bandeja sobre la mesita y se sienta lentamente junto a su hijo, que ha empezado a hacerse estallar los nudillos de los dedos.

—¿Qué quieres decir? —pregunta con un hilo de voz.

Anna suspira, controlando la inquietud.

—Tu bisabuelo, Josep Anton Viladalba —se dirige decidida a Júlia, ignorando los ojos como platos de Marc—, escribió estas memorias para dejar constancia de lo que le había sucedido a Marguerite... No sé qué pensaba hacer con ellas... Al parecer lo había dispuesto todo para que su hija Elsa pudiera leerlas algún día. No tengo claro por qué terminaron escondidas en el Registro de la Propiedad Intelectual.

Marc hojea entre los dedos ese puñado de cuartillas, como sopesando su contenido.

Anna le pone la mano sobre la mano con suavidad, como si quisiera detenerlo.

—No he terminado de leerlo hasta hoy, y no he descubierto lo que ocurrió hasta el último... digamos, capítulo. Tan pronto como lo he sabido, he pensado que tenía que traérselo. Pero lo que hay ahí no es nada agradable.

Se hace un nuevo silencio. Muy denso.

—¿Qué hay ahí? —pregunta Júlia con la voz algo oxidada.

Anna duda unos instantes antes de recuperar el libro de manos de Marc, buscar las últimas hojas y devolvérselo.

Él dirige a su madre unos ojos llenos de expectación. Finalmente, los clava en el texto y empieza a leer en voz alta.

*Fue al adivinar todo lo que había sucedido, cuando sentí la necesidad imperiosa de escribir estas memorias...*

Todavía están sentados alrededor de la mesita, donde la bandeja de las bebidas tiene el mismo aspecto que cuando Júlia la ha sacado de la cocina. No: los cubitos están algo más redondeados.

Marc no ha tardado ni diez minutos en leer el último capítulo de las memorias de Josep Anton Viladalba. Tras la última frase, el silencio se ha instalado, pesado como una losa, sobre los tres. Los pensamientos, brumosos, intentan abrirse camino hacia la comprensión.

El sonido del timbre los dinamita en todas direcciones.

Marc se levanta maquinalmente, y de una zancada está en la puerta. Parece como si necesitara moverse rápido para expulsarse la parálisis en que lo han sumido aquellas espantosas revelaciones.

Abre la puerta de par en par y deja ver en el umbral la figura alta, esbelta y rubia de Marina Garbí, refugiada, una vez más, tras un ramo de flores de furioso color rojo, toda timidez y amabilidad.

Júlia también se ha levantado, un tanto abrumada todavía. La única que permanece sentada es Anna, que no sabe qué hacer.

—Mamá —dice entonces Marc con voz emocionada—, esta es Marina, la nieta de Amàlia Viladalba.

Marina lo mira con ojos desorientados.

—¿Amàlia? No, no, te equivocas. Mi abuela era Marguerite Viladalba.

A la una de la madrugada, con puntualidad suiza, estallaba el primer cohete en el cielo de los Viladalba.

Cinco minutos antes, Lourdes Martinet, el ama de llaves, había echado un vistazo al interior del dormitorio de las pequeñas y, habituando los ojos a la intensa oscuridad, había permanecido atenta hasta adivinar las siluetas de Elsa y Magui tendidas en sus camas. Parecían muy dormidas. Sacudió la cabeza contrariada. Sospechaba que al cabo de unos minutos, cuando empezaran a tronar los petardos, las niñas no se despertarían. Seguramente les habían administrado ese somnífero que la señora preparaba en su maldito laboratorio...

Silenciosamente, con desazón, pero cavilando que no era asunto suyo, la fiel sirvienta cerró la puerta y se alejó con paso decidido por el pasillo.

Fue entonces cuando al fondo del dormitorio de las niñas una sombra se movió furtivamente, desprendiéndose de las sombras que la amparaban. No emitía rumor alguno, como si se deslizara por el suelo barnizado con pies de calcetines de seda.

Instantes más tarde, en el preciso momento en que se oía la primera detonación, Magui se sentó en la cama, como impulsada por un resorte. Su rostro pálido de muñeca de porcelana, enmarcado de rubios tirabuzones, resplandecía intermitente con los reflejos de las primeras palmeras doradas que, coloreando el firmamento, se filtraban por las rendijas de las ventanas.

La sombra ya estaba junto a la cama. La niña le enfocó la mirada. No le veía el rostro más que de manera discontinua, pero no parecía temer a esa figura que se inclinaba hacia ella con el dedo sobre los labios.

Magui se levantó, se calzó las zapatillas rosas con mariposas de tela y dio unos pasos. Entonces volvió atrás y, a tientas, agarró el muñeco de trapo que dormía con la cabeza en la misma almohada. Nicolau. La sombra ya estaba abriendo, con mucha delicadeza, la puerta del dormitorio. Un compás de espera y le hizo un gesto con la mano a la niña, que salió de la habitación sin mirar atrás, sin echar siquiera un vistazo hacia la cuna donde dormía su querida hermanita, Elsa. Porque Magui no sabía, entonces, que jamás volvería a verla.

El hombre de las sombras tomó con suavidad la mano de Magui y, tras cerrar silenciosamente la puerta, ambos se adentraron por el pasillo, siguiendo el mismo trayecto que momentos antes había efectuado Lourdes Martinet. Magui sonreía con una chispa de inquietud en los labios.

Mientras en el exterior seguían estallando cohetes, ambas figuras atravesaron los pasillos del servicio y bajaron con precaución la empinada escalera que se descolgaba hacia la cocina. Magui se pasó los dedos por la cara al notarse un cosquilleo húmedo. Estaba excitada y nerviosa y eso siempre le hacía sangrar la nariz.

Las zapatillas de felpa y los calcetines de seda sortearon silenciosamente las sillas y los taburetes dispersos en mitad del paso del comedor del servicio. Alguien había apagado la luz y solo algunas cuchilladas de claridad amarilla se colaban a través de las rendijas de la puerta de la cocina. Encima de la gran mesa que se había dispuesto para la cena de los chóferes había platos con restos de comida, porciones de coca azucarada con frutas de colores, vasos de moscatel vacíos o medio llenos, servilletas estrujadas... Al otro lado de la puerta, la cocina estaba desierta y con todas las luces encendidas. Se oían rumores de voces y exclamaciones de sorpresa y de júbilo al otro lado de la estancia, junto a la puerta que daba el jardín, donde se habían congregado la cocinera, las criadas y las pinches, alborotando con los uniformados chóferes. Todos tenían los ojos colgados del cielo de la noche más corta del año, que se desgarraba en mil colores intensos y breves.

La sombra y Magui salieron al sendero de baldosas que partía del comedor del servicio y avanzaron, cogidos de la mano, por entre la doble hilera de cipreses que parecían irse abriendo a su paso. En uno de los arcos de rosas que comunicaban con el jardín delantero, Magui, extasiada, se paró de repente. Una estrella de tres colores estallaba en las tinieblas. La mano de la niña tiraba de la del hombre que la acompañaba. El embrujo de los fuegos artificiales era demasiado poderoso como para sustraerlo a su mirada infantil.

El hombre trató de atraerla con suavidad pero, al notar que se resistía, aflojó la tensión. Mientras Magui miraba con la boca abierta la lluvia de chispas, él extrajo discretamente del bolsillo un reloj de cadena y comprobó la hora en el estallido de un nuevo cohete. La una y cinco. Iban bien de tiempo, se podía permitir que la pequeña contemplara unos cuantos segundos más aquel cielo de Barcelona que nunca volvería a ver.

Al producirse una pausa en el castillo de fuegos artificiales, el hombre tiró con decisión de la mano de Magui, y ella se dejó llevar sin resistencia. Al fondo del sendero de baldosas, él abrió con precaución la verja de altas lanzas. La puerta se deslizó con la suavidad del aceite de coche que le había untado esa misma tarde. Al otro lado, Collserola abría su garganta en sombras verde y gris.

Siguiendo el sendero de tierra, el hombre y la niña llegaron hasta el automóvil que dormía bajo una leve pátina de polvo en medio de la explanada.

—Ya casi estamos, señorita Magui —dijo entonces la voz grave, con un murmullo.

La niña hizo un gesto de asentimiento, con ademán serio, mientras abrazaba con fuerza el conejito de trapo.

—Ahora jugaremos al escondite —dijo el hombre, tranquilizado por la tranquilidad de la niña—. Tiene que meterse dentro del maletero.

Pareció que Magui dudaba un poco.

—Solo hasta que salgamos de Barcelona —añadió él al notar su indecisión—. ¡Estamos jugando al escondite!

Y antes de que Magui tuviera tiempo de pensárselo media vez, la tomó en brazos y la metió en el enorme portaequipajes del Hispano Suiza. Unas viejas mantas grises cubrían los bidones de gasolina y la rueda de recambio que compartían el espacio.

—Dalmau... —gimoteó entonces Magui, algo inquieta.

—No pasa nada, princesa —dijo Dalmau Sapena, acariciándole suavemente los tirabuzones—. Solo será un ratito. Se lo prometo.

No oyó la réplica de Magui porque cerró con temblorosa determinación la portezuela del maletero.

Mientras ponía en marcha el motor y deslizaba el coche con los faros apagados por el sendero que desembocaba en la calle, al viejo chófer le vino un sollozo.

¡Pobre cría!

Al girar la esquina, al final de la calle, Dalmau Sapena encendió las luces. A unos cincuenta metros detrás de él, la punta incandescente de un cigarrillo lo observaba con curiosidad.

Sin prisa, el vehículo fue cruzando las bulliciosas calles de Barcelona. Luces, enramadas, entoldados, petardos y hogueras en las esquinas. Parecía que la ciudad se quemaba por los cuatro costados.

No fue hasta que llegó a la altura de Montsolís, a la sombra de la colina que engulle el tren al borde del mar, que el chófer detuvo el coche, bajó rápidamente y, con el motor en marcha, se desplazó hasta la parte trasera y abrió el maletero. Magui se levantó como el muñeco de una caja sorpresa. Tenía la nariz y el camión manchados de sangre. Dalmau se sacó un pañuelo del bolsillo y la limpió con ternura.

—Ya está, señorita Magui, ya está... —La voz se le rompía un poco por la emoción.

Ayudó a la niña a salir del portaequipajes y luego, ceremoniosamente, como solía hacer siempre, le abrió la puerta trasera del coche.

—Tengo una sorpresa para usted...

—¡Una sorpresa! —Magui todavía hablaba en voz bajita, a pesar de que la carretera estaba desierta. Los ojos un poco lacrimosos que lucía al salir del escondrijo se volvían a llenar de chispas de ilusión.

En el asiento trasero descubrió una gran caja y otras más pequeñas. Dalmau ya bajaba el freno de mano y hacía avanzar el Hispano Suiza por encima del dulce asfalto con el que hacía poco la administración había rebozado la «Carretera de primer orden nacional II, de Madrid a la Junquera pasando por Barcelona». En aquellos días, las carreteras catalanas estaban casi todas en un estado lamentable a consecuencia de la falta de mantenimiento, las llantas de hierro de los carros y las andanadas de las guerras carlistas. Pero la nacional II era la más importante de la Península. No porque viniera de Madrid, sino porque era la más transitada; la que unía, como el primer tren que se había inaugurado, la capital de Catalunya con la capital del Maresme, Mataró, que por su densidad de fábricas textiles era como una especie de apéndice de la Barcelona industrial. Por eso, la nacional II había sido la primera carretera en recibir la viscosa caricia del asfalto.

En el asiento trasero del automóvil, Magui se deleitaba con aquella orgía de cajas y papel de seda.

—¡Ohhhhhhh, qué bonito!

Había extraído de la caja más grande un precioso vestido veraniego con volantes y bordado inglés por todas partes.

De las otras cajas surgieron enaguas, medias, zapatos, un sombrero...

—¿Me lo puedo poner?

—¡Claro que sí, señorita Magui! Es para usted; para que esté muy guapa.

Y mientras el coche se deslizaba a casi ochenta por hora, atravesando los pueblos del Maresme en medio del reflejo de otros cohetes y otras hogueras adivinadas tras las casas volcadas al mar, Magui se desnudaba y se vestía alegremente en el asiento trasero.

—¡Qué guapa está, señorita Magui!

Circularon acompañados por el horizonte hasta Malgrat, habiéndose cruzado tan solo con un par de vehículos y adelantado a un par más. A pesar de que no habría habido velada más adecuada, Dalmau Sapena no podía evitar echar constantes ojeadas al retrovisor. Pero lo único

que veía era la oscuridad, desgarrada de vez en cuando por las luces de los cohetes, y a la pequeña Magui que, ataviada como una princesa, jugaba a papás y mamás con Nicolau, bien cantándole canciones, bien regañándolo por alguna travesura, bien arrullándolo... Cuando la carretera se desvió bruscamente hacia el interior, abandonando la línea del mar, Magui ya dormía como un ángel, abrazada al conejito, entre las cajas destapadas, los papeles de seda y el camión manchado de sangre. Ni siquiera se despertó ninguna de las veces que el chófer tuvo que detenerse para llenar el depósito con la gasolina de aquel montón de bidones que, durante toda la semana, había ido acumulando en el maletero.

De vez en cuando, el hombre consultaba su reloj de bolsillo, que había dejado en el asiento de al lado. No había por qué preocuparse: iban bien de tiempo. Y, en cualquier caso, sabía que los esperarían el rato que hiciera falta. Pero también sabía que luego tendría que hacer todo el viaje de regreso. Afortunadamente, aquella era una buena máquina. El mejor automóvil del mundo.

Al aproximarse a la frontera del Coll del Pertús, redujo la marcha. Se sentía algo nervioso. Eran casi las seis de la mañana y la luz ya se había abierto camino, desvaneciendo las sombras y el olor de la pólvora. En Vila d'Alba ya se habría descubierto la desaparición de Magui. Ya habrían avisado a la policía y, tarde o temprano, la alarma llegaría a las fronteras. Afortunadamente, tardaría en hacerlo, porque los sistemas de comunicación no habían avanzado tanto como los del transporte. Y, afortunadamente también, en aquellos días todavía existía en las fronteras europeas una porosidad que permitía deambular de un lado a otro sin muchas trabas.

Los guardias fronterizos, los de ambos lados, dormitaban en la línea entre los dos países en aquella madrugada durante la que sabían que por allí no pasaría ni el agua de lluvia. Al ver que ninguno de ellos le daba el alto —ni siquiera se dieron por enterados de su presencia—, el chófer clavó el pie en el acelerador. Momentos después, un suspiro de alivio le llenó los pulmones al percibir el parpadeo de las luces de un sedán negro aparcado en el margen izquierdo del lado francés.

Esta vez sí que, cuando el Hispano frenó suavemente junto al sedán, Magui se despertó.

Adormilada todavía, reconoció a la dama de mediana edad que descendía de él acompañada por un hombre que vestía un uniforme parecido al que Dalmau solía llevar estando de servicio, y que esa noche no se había puesto.

Todo fue rápido y silencioso.

Cinco minutos más tarde Magui ya estaba en el asiento trasero del sedán, abrazada a Nicolau y a la dama francesa. El vehículo giró en mitad de la carretera y se dirigió hacia el interior de Francia.

Dalmau Sapena recogió del interior del Hispano Suiza las cajas, los papeles y el camión y las zapatillas con mariposas de Magui y lo metió todo entre el follaje de un arbusto de la cuneta. Antes de subir al coche y hacer el cambio de sentido, todavía se quedó unos instantes de pie en la carretera, mirando hacia el sedán con matrícula francesa que ya era invisible y que se llevaba para siempre a la dulce señorita Magui.

Trégastel era el destino final de Magui.

El sedán negro franqueó las cancelas abiertas de una finca y, por un camino de adoquines plateados, fue trepando por la colina de poca altura, en cuya cumbre una gran mansión de aspecto un tanto lóbrego oteaba con arrogancia la costa bretona. Tras el coche, se cerraron mágicamente los portones enrejados, en lo alto de los cuales un letrero proclamaba con letras de hierro: «Châteauneuf de l'Aldois».

Se había hecho de día, y otra vez de noche, y otra vez de día mientras el sedán atravesaba Francia de punta a punta, de mar a mar. Había ido haciendo etapas para que sus pasajeros pudieran comer y atender sus necesidades básicas antes de volver a subir y que él siguiera imperturbable su ruta. Magui dormía la mayor parte del tiempo. Solo se despertaba cuando la dama que la acompañaba en el asiento trasero la sacudía suavemente y la hacía salir a desentumecer las piernas y a tomar un bocado. Luego, de regreso al coche, la niña derramaba cuatro lágrimas, rota por la fatiga, la confusión, la añoranza, hasta que volvía a quedarse dormida sobre el regazo de Liana de Vallicourt. Liana, la dama bonita de pocas palabras pero sonrisa dulce, la abrazaba con ternura, la mecía y le canturreaba alguna cancioncilla en francés hasta que Magui volvía a cerrar los ojos.

La niña se despertó por última vez de su sueño inquieto cuando cruzaban el portal de Châteauneuf de l'Aldois. El sol pintaba esmaltes sobre las olas del canal de la Mancha con esa languidez que precede al atardecer. Un aroma a mar y a aulagas y brezos caldeados se mezclaba con el de las delicadas flores de los manzanos. El aire era transparente y a los colores les faltaba la vivacidad de la luz mediterránea; pero los paisajes parecían robados de antiguas leyendas nórdicas.

—Bienvenida a tu nueva casa, Marguerite —dijo entonces Liana, haciéndole una caricia en la mejilla con la punta de los dedos.

La pequeña le dirigió un suspiro algo lloroso.

—Ahora tendrás que elegir otro nombre, uno que te guste a ti.

Magui la miró indecisa, pero con una chispa de ilusión en los ojos.

—¿El que yo quiera?

Liana hizo un gesto afirmativo con una sonrisa incitante.

La niña se pasó todo el camino de subida a la mansión de la montaña, llena de curvas y revueltas, dándole vueltas. Cuando el sedán frenó en el patio delantero, del que partían unas escalinatas que terminaban de encumbrar la casa un poco más, Magui se decidió:

—¿Puedo llamarme Teresina?

La dama la miró un tanto sorprendida.

—Tendría que sonar más... francés. El mismo pero en francés. ¿Qué te parece Thérèse?

Magui lo consideró durante unos instantes y luego sonrió como no lo había hecho desde que había salido de Vila d'Alba.

—¡Me gusta! —Y lo paladeó—: Thérèèèèèèe.

—Thérèse de Vallicourt —apuntó la dama.

Un par de minutos más tarde, Liana de Vallicourt y la pequeña Thérèse de Vallicourt, con Nicolau fuertemente aferrado, remontaban las escalinatas y cruzaban la puerta del *château*, dejando atrás, en la cuneta de la carretera, a Marguerite Viladalba i Laforest.

Thérèse de Vallicourt —a través de influencias, Liana le había conseguido una partida de nacimiento con ese apellido, el suyo de soltera— vivió en aquella mansión buena parte de su vida. Allí creció, fue adolescente y después adulta. Jugó, estudió y aprendió a ser una dama. En ese rincón algo solitario de la costa bretona, el rodar de los días, de los meses, de los años, era plácido y amable. En los primeros tiempos, Thérèse no se cansaba de solicitar de Liana promesas y respuestas. Promesas imposibles y respuestas difíciles que la dama desglosaba como si hiciera encaje de bolillos. Hubo noches de lágrimas, noches de insomnio, noches de explicables terrores infantiles. Hubo recuerdos como callosidades, tristezas como llagas. Magui no acababa de ser Thérèse. Echaba de menos a su madre, añoraba a Elsa y a Teresina, no podía olvidar Vila d'Alba. Pero poco a poco, semana tras semana, mes tras mes, año tras año, todo el equipaje que acarreamos se fue evaporando bajo el peso de los días y el calor del sol. Liana la quería como si fuera hija suya, y Thérèse a ella casi como si fuera su madre. A pesar de que nunca olvidó ni a Louise, ni a Elsa, ni a su gran amiga Teresina, su nueva vida y su nueva identidad eran tan agradables que poco a poco dejó de añorarlas, hasta que terminó encajándolas en un pasado lejano, en una parcela de la memoria tan brumosa y antigua como los pañales, los chupetes o aquellas zapatillas rosas con mariposas que en alguna ocasión había poseído. El castillo del Aldois, asomado a la hechicera costa de granito rosa, con los inmensos jardines que lo circundaban; las cuadras con preciosos caballos; el incontable servicio, a todas horas pendiente del bienestar de Thérèse, y los hijos de esos sirvientes, pronto sus mejores amigos... todo conspiró para acabar relevando a los jardines de Vila d'Alba, a Elsa, a Teresina y a la casita de muñecas y sus agrios recuerdos.

Y se llevaron el miedo, la angustia, el dolor.

Las Vallicourt solían viajar bastante por todo el mundo. Liana, viuda del caballero que le había dejado en herencia el *château* y una pequeña fortuna, era una dama generosa y nada le parecía demasiado ni suficiente para su niña. Conocieron muchos lugares, muchos países, muchas culturas..., pero nunca pusieron los pies al otro lado de los Pirineos.

Thérèse de Vallicourt se casó en abril del año 1939, poco después de que en su tierra natal se acabara la guerra que durante casi tres años había enfrentado a la mitad del país con la otra mitad. Al novio, Jordi Bofill, lo había conocido tres años antes, cuando tenía veintidós, en una fiesta de sociedad —de buena sociedad— que se celebraba en Rennes, la capital de la Bretaña francesa. Monsieur Bofill había resultado ser el *señor* Bofill, un empresario catalán exiliado voluntariamente de la guerra española que había tenido el buen ojo y el buen olfato de trasladar sus negocios al norte de Francia poco antes de que la sangre empezara a filtrarse tierra adentro. Que fuera catalán, y que fuera capaz de resucitar en los oídos de Thérèse algunas palabras y frases que el tiempo no había conseguido despintarle del alma, fue el detonante de una amistad que acabó



en el altar. Su único hijo, una niña a la que Thérèse quiso poner el nombre de Lluïsa, en recuerdo de su nunca olvidada madre, se hizo de rogar. No nació hasta que llevaban cinco años de casados. Justo a tiempo para recibir la bendición de su abuela, la dama de Châteauneuf de l'Aldois, que moría de un ictus fulminante un par de semanas después.

También el padre de la pequeña Lluïsa, Jordi Bofill, perdió la vida pocos meses más tarde al caer de un andamio en la nueva casa que se estaba construyendo en Perpinyà. Tras tantos años de afrancesamiento, su mujer soñaba con vivir cerca de aquellos Pirineos que separaban sus dos patrias. Thérèse de Vallicourt y Lluïsa Bofill de Vallicourt se quedaron solas; ricas y solas, en la pequeña capital del Rosselló.

Jordi Bofill murió sin saber que su mujer —que por alguna extraña razón nunca había encontrado el momento de contárselo— se llamaba, en realidad, Marguerite Viladalba i Laforest, y que era la niña que había desaparecido, una noche de San Juan de hacía más de un cuarto de siglo, de su dormitorio en una mansión de la parte alta de Barcelona.

Parece como si el aire se volviera más denso alrededor de Marina Garbí i Bofill. Los ojos de todos los presentes, como espejitos de plata donde ella se ve reflejada docenas de veces, la contemplan desde todos los rincones de la sala. Hay un silencio atónito en cada pliegue de cada rostro.

La primera en romper el hechizo es la anciana Margarida Llopart i Viladalba.

—¿Liana de Vallicourt? —dice—. Mi abuela se llamaba Louise Laforest de Vallicourt...

—Liana era hija de un primo suyo —explica Marina—. Un parentesco lo suficientemente lejano como para que a nadie se le ocurriera ir a su casa en busca de Magui.

—Pero... ¿Por qué? —Marc ha formulado la pregunta justa, la que refleja absolutamente lo que intriga a todas esas mentes.

La nieta de Magui inspira profundamente. Ha llegado el momento más delicado.

Todo había empezado el puente de Corpus de ese mismo año 1919.

Como era tradición, los Viladalba se habían desplazado a Argenton, donde la festividad adquiría un aire espléndido, con las principales calles engalanadas con alfombras de flores por encima de las cuales desfilaba la procesión hacia el atardecer.

El Corpus Christi en Argenton era el prelude del verano. Aquel fin de semana largo era el ideal para que los veraneantes abrieran sus torres y chalets. Las criadas limpiaban, ventilaban las humedades de las habitaciones cerradas durante nueve meses, retiraban cortinajes y alfombras y guardaban cubrecamas con el fin de dejarlo todo a punto para *la temporada*.

Las casas de Barcelona también se ponían de verano. Se protegían con fundas los muebles y con gasas los cuadros y las arañas de cristal. Y se empezaban a abarrotar los baúles que harían escolta al éxodo estival con la ropa ligera, los sombreros y las sombrillas, los trajes de noche, los equipos para el baño y para montar a caballo, los enseres para jugar al tenis o a cróquet... A mediados de junio, una parte del servicio ya se instalaba en las segundas residencias para ir preparando la llegada de los señores, que harían acto de presencia a lo sumo el día de San Juan.

Los veranos bochornosos y húmedos de Barcelona habían desterrado para siempre las vacaciones en la parte alta de la ciudad. Desde principios de siglo, las familias burguesas iban a veranear al Maresme. Sus pequeños pueblos se habían transformado en glamorosos destinos, accesibles por los pocos kilómetros que los separaban de la capital y por el tren de Mataró, que acercaba a las poblaciones costeras a quienes todavía no se habían lanzado a la aventura del automóvil. En Argenton, como era de interior y el tren no llegaba, solo pasaba el verano la gente más potentada y motorizada. En aquellos años era una villa pequeña y plácida de poco más de dos mil habitantes, que se dedicaban de manera mayoritaria a la agricultura. Su microclima, que genera unas temperaturas varios grados por debajo de la media comarcal, y el descubrimiento de las propiedades medicinales de las muchas fuentes que brotan en ella, habían impulsado el establecimiento de lujosos balnearios que atraían a la gente adinerada. En el paseo del Baró de Viver, los arquitectos más renombrados del momento habían edificado ostentosas mansiones modernistas y novecentistas.

La *colonia*, que era como la llamaban los argentoneses —a veces en tono algo peyorativo—, estaba constituida en exclusiva por veraneantes que se relacionaban en exclusiva entre ellos. Organizaban sus exclusivas tertulias y reuniones sociales; sus fiestas, bailes y funciones de teatro; sus timbas de tresillo o de *bridge*; sus torneos de tenis o de petanca; sus excursiones... El centro de todos estos divertimentos era el Casino, un club elitista completamente desvinculado de la población que solo abría las puertas de junio a septiembre y al que se accedía mediante un

sustancioso saqueo al bolsillo. El centro social, una especie de hangar de madera rodeado de porches, todo él jalonado por vistosos pendones, era obra de Puig y Cadafalch, una de las fuerzas vivas de aquel perfumado colectivo. Y era precisamente el sábado después de Corpus el señalado para que la Sociedad de Propietarios del Casino de Argenton se reuniera para planificar las actividades del verano.

Como Oriol y Josep Anton Viladalba eran vocales de la junta, nunca faltaban a la cita.

Josep Anton se había marchado muy irritado, porque ese día había cruzado cuatro gritos con su madre. Había sido a media mañana, cuando había querido llevarse a Magui de excursión, a caballo, a la fuente de Clarà.

—Ni hablar —se había opuesto Niní con esa firmeza que tan bien sabía disimular cuando le convenía y descargar cuando le convenía—. Los caballos no se moverán de la cuadra hasta que venga el doctor Teixidor, el veterinario, a darles el visto bueno.

—¿Por qué? ¿Acaso están enfermos?

—No lo sabremos hasta que venga el doctor Teixidor.

—¡Si solo vamos hasta Clarà!

La fuente de Sant Pere de Clarà, en el paraje de la ermita del mismo nombre, se halla a una docena de kilómetros, en un vecindario montañoso de Argenton.

—He dicho que no y es que no —sentenció Niní, que aún se sabía con bríos para imponer su voluntad en su casa.

Josep Anton no quiso discutir más, pero se pasó toda la comida con cara larga, y tras el café dijo que se marchaba al Casino y que volvería cuando le diera la gana. Louise Laforest no abrió la boca en ningún momento. Ni para decir que sí ni para decir que no. No estaba acostumbrada a ver discutir a madre e hijo, y quedó tan turbada que decidió no intervenir. Después de que Oriol y Josep Anton se hubieran marchado al Casino, Niní le mandó aviso a su nuera, por medio de una camarera, para que se reuniera con ella en el jardín. Louise, que estaba echando una siestecilla en el dormitorio, se sorprendió. Hacía muchos años ya que había aceptado que ella y su suegra no tenían gran cosa que contarse. Sus intereses eran bastante distintos, y a pesar de que su relación era atenta y cordial, pocas veces se entregaban al dulce placer de la conversación.

El jardín de aquella copia reducida de Vila d'Alba era, en realidad, un parque inmenso que rodeaba toda la edificación. Al fondo de ese parque había un denso pinar y un huerto andalusí con albercas donde Oriol Viladalba jugaba al campesino, ordenando al jardinero que plantara tomateras, lechugas y hierbas aromáticas. En el centro del jardín había un amplio estanque con peces y ocas. Y en el otro extremo de la finca, el garaje y las cuadras, que albergaban tres pura sangre: precisamente los que habían ocasionado la trifulca matinal.

Louise encontró a Niní Claret de Viladalba cómodamente sentada en un sofá de mimbre, bajo un cenador de hierro forjado donde en verano celebraban cenas *à la belle étoile*. Correteando alrededor del estanque, jugando a perseguir a las ocas, vio a Magui, a la pequeña Elsa y a los hijos de algunos sirvientes, en un estallido de excitada diversión. Los gritos y las risas resonaban por todo el jardín.

—Parece que se lo pasan bien —observó Niní como saludo, sin apartar la vista de los críos.

—¡Quién pudiera tener su edad! —dijo tópicamente Louise, construyendo una sonrisa de compromiso.

Niní le dirigió una mirada intensa, sin devolverle la sonrisa, que la inquietó un poco. Luego, la anciana dama desvió de nuevo los ojos hacia los juegos infantiles.

—Los niños no siempre son felices —sentenció.

Louise, algo intrigada, se sentó frente a ella en una gran butaca forrada de almohadones de loneta. Pero permaneció en silencio. Conocía lo suficiente a su suegra como para saber que la conversación no se iniciaba hasta que ella lo decidía.

—¿Crees que Marguerite es feliz? —preguntó entonces Niní. Ella nunca llamaba Magui a su nieta.

Louise se quedó petrificada.

—Sí, claro... ¿Por qué no habría de serlo? Tiene todo lo que quiere, y es una niña alegre y simpática... Y muy querida. Incluso su padre, que no suele hacer demasiado caso a los críos... ¡ya ve usted!

Niní asintió con lentitud, pesadamente, un matiz que no pasó desapercibido a los sagaces ojos de Louise.

—¿Por qué me lo pregunta, madre? —No pudo evitar preguntar.

—Los niños no siempre son felices —repitió Niní—. Aunque lo parezcan. Puede que lo aparenten porque está en su naturaleza buscar la alegría... Pero a veces esa alegría excesiva no es otra cosa que una manera de defenderse del miedo y del malestar.

Louise se bebió lentamente aquellas palabras. A cada instante iba poniéndose más y más nerviosa. Si hacer detonar la charla con su suegra ya le parecía una experiencia no muy atractiva, aquella conversación se le estaba haciendo verdaderamente indigesta. Pero sobre todo porque no sabía por dónde iban los tiros.

Un silencio espeso goteó durante unos minutos sobre las dos damas. Al fin, como siempre, como estaba estipulado, fue Niní quien lo rasgó.

—Lo que voy a explicarte no se lo he contado nunca a nadie —dijo con una voz tenue y mortecina que inquietó todavía más a Louise—. Y estoy segura de que Josep Anton ni te lo ha insinuado nunca... Habría preferido no tener que mencionártelo jamás. Habría preferido llevármelo a la tumba. Pero mis ojos, que ya necesitan gafas para leer, todavía son lo bastante perspicaces para mirar alrededor y adivinar las cosas que ocurren y que vosotros, los más jóvenes, no sabéis ver...

Louise tragó saliva, la expresión en el rostro de su suegra no dejaba espacio para la duda: estaba a punto de contarle algo, algún secreto celosamente guardado, que no sería precisamente agradable.

Lo que no sabía, en aquel momento, era que ese secreto cambiaría del todo, y para siempre, su plácida existencia.

El 15 de septiembre del año 1883, Josep Anton, único hijo de la familia Viladalba-Claret y heredero de una de las mayores fortunas de Catalunya, entraba interno en el Stradtham College de Lancashire.

Entraba con trece años, una edad avanzada si se tiene en cuenta que los grados que impartía esta prestigiosa escuela jesuita se iniciaban a la edad de ocho o nueve años. La tenacidad, las influencias y una generosa contribución económica a las obras de caridad de la Stradtham Association fueron la llave mágica que usó Niní Claret de Viladalba para abrir la puerta enmohecida e imperturbable de esta institución de Gran Bretaña que exhibía con orgullo su escudo medieval.

Hasta entonces, Josep Anton Viladalba i Claret había sido alumno de otro pensionado de la orden de san Ignacio de Loyola: los jesuitas de Sarrià, donde la alta sociedad barcelonesa enterraba a sus hijos varones durante diez meses al año, durante diez años, para que se los devolvieran perfectamente preparados para asumir su papel en el entramado social y financiero al que pertenecían. Esa había sido, en un primer momento, la intención de los Viladalba. Pero un hecho inesperado —e inquietante— había obligado a Niní a dar un decidido y enérgico golpe de timón al proyecto.

Un día de aquel verano, la dama había encontrado a su hijo adolescente llorando, escondido en la casita de muñecas del jardín. Llevaba la ropa sucia y desarreglada y con una navaja se practicaba cortes en los brazos y en las piernas. Le costó mucho convencer al niño para que se sincerara con ella y le contara lo que le ocurría, qué problema tan terrible lo impulsaba a autolesionarse de aquella manera. Cuando al fin consiguió arrancarle una confesión, Niní quedó horrorizada: su marido, Oriol Viladalba, el prócer, el burgués, el caballero, abusaba sexualmente de su hijo.

—¡No le diga a papá que se lo he contado! —gemía Josep Anton, deshecho en lágrimas y temblores—. Me dijo que si se lo explicaba a alguien, me mataría.

Niní Viladalba, de un pragmatismo que hubiera dejado de piedra helada a quienes la tenían tan solo por una dama discreta, acomodada y cómoda, enseguida se hizo cargo de la situación. Y buscó una solución. Una solución fácil y rápida que, para su sorpresa, fue inmediatamente suscrita por su marido: Josep Anton se iría a pasar los próximos cinco años de su vida a un internado inglés. Y no volvería ni siquiera durante las vacaciones. En verano, participaría en actividades extraescolares: competiciones de fútbol, de rugby y de críquet, exposiciones artísticas, actuaciones musicales y obras de teatro. A finales de agosto, poco antes del inicio del nuevo curso, sus padres irían a buscarlo y se lo llevarían un par de semanas a visitar las islas británicas.

De ese modo —Niní estaba convencida de ello— se podría conjurar el monstruo que amenazaba al niño en su convivencia familiar.

La madre de la criatura no se cuestionó en ningún momento aquel puñado de trapos sucios y arrastrados por el barro que Josep Anton había soltado entre sollozos y lágrimas de cocodrilo aquella tarde de verano en la casita de muñecas. Y, además, consideraba que el cambio de aires y la férrea y espartana educación de Stradtham, que había dado a Gran Bretaña notables diplomados, le sentarían la mar de bien a aquel hijito suyo que siempre le había parecido un poco bobo y un poco camándulas.

Todo fue bien durante los tres primeros cursos; pero cuando Josep Anton, con diecisiete años, estaba en el último, estalló el escándalo. Un cura y unos cuantos alumnos de último grado fueron pillados abusando sexualmente de los alumnos más pequeños. Josep Anton Viladalba i Claret era uno de los violadores.

La familia Viladalba, como siempre gracias a la inmunidad del dinero, consiguió arrojar tierra sobre el asunto y plata sobre la policía de Lancashire. En un decir Jesús, sacaron a su hijo de la escuela jesuita y le pusieron media docena de profesores particulares para que lo ayudaran a aprobar los últimos exámenes, que le permitirían entrar en la universidad.

Pero con el escándalo salió a la luz la verdad. Una verdad que a punto estuvo de causar una tragedia familiar: Oriol Viladalba jamás había abusado de su hijo. Josep Anton era un niño acomplejado y depresivo que atribuía a los demás sus propias infamias. Una discreta investigación del abogado de los Viladalba destapó la caja de los truenos: antiguas sospechas y antiguas sanciones impuestas al chico por los jesuitas de Sarrià por tocamientos indebidos y juegos indecentes con alumnos de menor edad. El descalabro fue de tal magnitud que faltó el canto de un duro para que Oriol Viladalba renegase de su hijo, lo desheredara y lo encerrara en un reformatorio. Niní, con su mano izquierda habitual, sugirió que se le dejara estudiar la carrera que deseaba, medicina, y que la fábrica, que se había quedado sin heredero, fuera vendida en las mejores condiciones posibles.

Andando el tiempo, las asperezas surgidas entre padres e hijo se fueron limando, porque Josep Anton no volvió a provocar ni el más mínimo escándalo. Se licenció con honores, se doctoró en París con notas excelentes y volvió de Francia con la noticia de que se casaba con la hija de uno de sus profesores de la Sorbona. Aliviados de una angustia que los había carcomido durante años, sus padres decidieron relegar al olvido aquellos escabrosos incidentes, que querían atribuir a la juventud de su hijo. Los pocos instintos paternales y afectivos que Josep Anton mostraba hacia sus hijas Amàlia y Adela confirmaron a los Viladalba —anhelaban esa confirmación— que el episodio pertenecía enteramente a un pasado que ya era pasado.

Pero cuando nació Marguerite...

Cuando nació Magui, la niña preciosa, el ojito derecho de su padre, como surgidos de los abismos infernales, los bajos instintos de Josep Anton Viladalba i Claret, burgués de alcurnia y médico laureado, afloraron de nuevo.

Hacía más de un año que duraban los contactos sexuales en la casita de muñecas cuando el ojo crítico de Niní empezó a percibir la transformación del carácter de Magui. Y cómo esa niña que solía ser feliz empezaba solo a parecer feliz.

—Según me contó mi madre, hubo que resolver la huida a marchas forzadas —declara Marina Garbí.

A su alrededor, los últimos descendientes de aquella familia hasta hace poco sumida en un cierto olvido la escuchan en medio de un silencio tenso, opaco, un tanto eléctrico. Pero también desdramatizado. Incluso Margarida Llopart i Viladalba, la única que todavía arrastra el apellido, la que habría sido sobrina de Magui, escucha la historia fascinada pero con aire relajado.

—La abuela de usted, Louise, mi bisabuela... parece ser que era una mujer de gran carácter —le dice Marina.

La anciana Marga se inclina hacia delante sonriendo y, con esa mano un poco marchita y todavía cargada de joyas de los Viladalba, le da unas palmaditas en el brazo.

—¡Mira por dónde, ahora me ha salido una sobrina!

—¡Y a mí una prima! —exclama Júlia.

Marina mira a los presentes, uno a uno, con agradecimiento. Y todos comprenden, al ver la expresión de sus ojos, intensamente azules, que esa es la mirada de Magui que les llega desde el pasado.

—Louise sondeó a su hija —prosigue Marina— para saber qué había de cierto en las sospechas de Niní...

No hicieron falta muchos interrogatorios. Los llantos de Magui se lo confirmaron inmediatamente.

—Debió de ser espantoso... —murmura Júlia cubriéndose la boca con la mano, como si quisiera secuestrar las palabras.

Marina hace un gesto de resignación.

—Me imagino que sí. Hablo de tercera mano, claro. En un momento dado, mi abuela se lo contó a mi madre; y hace unas semanas mi madre me lo contó todo a mí...

Con la complicidad de su suegra, Louise preparó la huida de Magui. Era necesario darse prisa porque había tenido conocimiento de lo que estaba ocurriendo a principios de junio y, de acuerdo con sus planes, la niña debía desaparecer la noche de San Juan...

—También para ella tuvo que ser terrible —opina Marc, que lleva un buen rato en silencio, haciéndose a la idea de todo—. Tuvo que renunciar a su pequeña, ponerla en manos de un familiar lejano...

Louise conocía a la hija de su primo de Nantes porque había pasado algunas temporadas en París, en casa de los Laforest. Liana de Vallicourt era una joven inteligente y sensata, como se estilaba poco en aquellos tiempos, y le había tomado mucho cariño. Siguieron carteándose cuando

Louise se casó y se fue a vivir a Barcelona; pero era una pariente secundaria en la vida de los Viladalba. Por eso, y porque sabía que era viuda desde hacía poco y no tenía hijos, decidió que sería la mejor madre para Magui, a la que había que sacar rápidamente del camino de Josep Anton, como había hecho Niní años atrás, cuando creyó que era su hijo quien estaba en peligro.

—Pero... entonces... ese libro...

Marc señala la obra que Anna custodia sobre su regazo desde que ha empezado esta extraña sesión de confidencias.

—No sé qué se dice en el libro —observa Marina.

—Anna sí —anuncia Marc.

Todo el mundo se vuelve hacia ella, haciéndola sentir algo incómoda con tantas miradas encima. Al notarlo, Marc le pone la mano en el hombro con un gesto lleno de dulzura.

—¿Tú qué opinas?

—Josep Anton Viladalba estaba convencido de que Magui había muerto la noche de San Juan por culpa de una sobredosis de láudano que le habría administrado su mujer... con la intención de hacerla dormir —explica Anna—. Es posible que nunca relacionara la desaparición de la niña con lo que él... le hacía...

—Y es posible que Louise, para mantener el engaño, le indujera a creer que ese había sido realmente el desenlace...

Transcurrido el fin de semana de Corpus, Louise insistió en quedarse unos cuantos días más en Argenton con las pequeñas, aprovechando el buen tiempo. Adela todavía estaba en el pensionado, y Josep Anton regresó a Barcelona con la mayor, Amàlia, que tenía unas oportunas pruebas con la modista para el vestido que tenía que lucir en la verbena. Dalmau Sapena los llevó hasta Vila d'Alba y, acto seguido, regresó a Argenton. Esa misma noche, Louise, tras dejar a las dos pequeñas a cargo de su suegra, montó en el Hispano Suiza, y su fiel chófer emprendió el camino de Francia. A esa misma hora, un sedán negro arrancaba del patio delantero de Châteauneuf de l'Aldois, en la costa de la Bretaña francesa. La entrevista tuvo lugar en París. Liana de Vallicourt aceptó la propuesta. Estaba dispuesta a ejercer de madre para la pequeña Marguerite. Solo exigía una cosa: la relación de la niña con la familia Viladalba dejaría de existir.

En la sala de estar del piso de Júlia, en el Putxet, los descendientes de los Viladalba suspiran casi a una.

Anna Aimeric acaricia con dulzura el brazo de Marc.

—Es por eso por lo que la desaparición fue tan absoluta.

—Pero... —interrumpe la abuela Marga—, más adelante, al morir Josep Anton, ¿por qué Magui no intentó ponerse en contacto con su hermana..., con mi madre?

Marina Garbí se encoge de hombros. Ya lo ha dicho antes: ella habla de tercera mano; o mejor dicho: de tercera boca.

—Lo único que sé de Elsa es que Louise se dio prisa en meterla en un internado para alejarla de las zarpas de su marido.

Júlia siente un escalofrío trepándole por la espalda y no puede dejar de comentar:

—¡Pobre Louise! ¡Qué horror, vivir el resto de tu vida con alguien que sabes que es un pederasta!

La abuela Marga asiente lentamente, con un punto de tristeza en las pupilas.

—Eran otros tiempos... Las mujeres no podían... hacer las cosas como las hacen ahora.

—Pero... ¿quieren saber una cosa? —interviene Anna, de improviso—, leyendo estas memorias... diría que ella amaba mucho a su marido. Tal vez demasiado. Y por eso...



Deja la frase en suspenso. A su alrededor, todo el mundo reflexiona en silencio. El amor es una cosa extraña...

—Es posible que, años más tarde, cuando pudo volver a Barcelona y no lo hizo, Magui pensara que ya no valía la pena resucitar de entre los muertos... —propone Júlia.

—Es posible —conjetura Marga—; porque al morir mi abuelo, en el 45, Magui ya debía de tener más de treinta años...

—Treinta años y una hija —observa Marina—: mi madre nació en 1944...

El silencio vuelve a depositarse, como una pátina dulcísima, sobre este pequeño grupo que, en cuestión de horas, se ha reencontrado con un pasado oscuro y extraño que, al fin y al cabo, no terminó de una manera tan trágica como habían llegado a imaginar.

—Yo tenía dieciocho años cuando mi abuela, Thérèse de Vallicourt, es decir, Marguerite Viladalba, Magui... murió —explica Marina, dibujando una sonrisa que, de repente, ha levantado el ánimo a todos los que se han reunido en esta sala—. Era una mujer maravillosa, con una bondad y una fuerza increíbles. Y alguien absolutamente feliz.

Ahora, por fin, todo el mundo sonríe. También Anna Aimeric, que no es Viladalba pero se siente muy identificada con esa familia después de tanto leer sobre ella. O quizás sea porque desde hace un rato Marc le tiene la mano cogida y no se la suelta. Las sombras suaves del atardecer de verano han ido velando el jardín del Putxet. Sobre la mesa de azulejos están todavía los restos de los postres y de los cafés. Ha sido idea de la abuela Marga bajar a tomar allí un almuerzo que más bien era ya una merienda.

—¡Hagámosle un homenaje a la abuela Louise! —ha dicho, ilusionada como una cría—; a ella, que organizó una cena en un jardín... ¡a menos de un kilómetro por encima de este!

Les ha arrancado a todos una sonrisa algo nostálgica. Su singular viaje al pasado ha establecido una cálida complicidad entre estas tres generaciones de Viladalba. ¿Quién se habría imaginado que, casi cien años después, Marguerite, Magui, dejaría de ser un misterio inexplicable?

—La abuela Louise fue muy valiente —reflexiona Júlia encendiendo un cigarrillo del paquete de su hijo para acompañar el café.

—Valiente y lista —añade Marc—. Capaz de montar una trama digna de película policíaca.

—¡Incluso con falsas anotaciones en su diario íntimo! —interviene Anna Aimeric, recordando todos los recortes mal pegados que ha estado leyendo durante la última semana.

—¡Y el tonto de su marido se lo tragó! —exclama Marina, con la risa bailándole en los ojos.

Esos ojos tan azules de Marina... donde se podrían reconocer esos ojos tan azules de Magui... que pronto se convertirán en unos ojos habituales. Porque aquel fragmento de familia lejana es ahora ya tan cercano...

Marc siente una rara emoción.

Hace días que piensa en ello.

Es realmente curiosa la rapidez con que tu familia, sangre de tu sangre, se deshilacha como una nube, y los parientes más lejanos —una tía abuela— se desvanecen en el anonimato. Ellos y sus descendientes, que a menudo llevan tu mismo apellido y viven en tu misma ciudad; quizás incluso en tu mismo barrio; que quizás se cruzan contigo por la calle, compran en el mismo súper, suben al mismo autobús y a los que les acaricia el mismo sol y el mismo cielo... pero son absolutos desconocidos. Y más aún si se han marchado a otro país. No es necesario que nadie los haya secuestrado o que hayan huido del mal para que se pierdan en el claroscuro del tiempo.

Ahora la tiniebla se ha apropiado ya de todo el jardín. En la calle, al abrigo del silencio que proporcionan esos parches de verdor del Putxet, Marc oye la voz de su madre despidiendo a la abuela Marga y a la... ¿cómo deberá llamarla? ¿Tía Marina?

Sonríe.

—¿Por qué sonríes?

La pregunta lo despierta de sus cavilaciones. Anna Aimeric es una sombra entre las sombras del jardín. Marc la intuye donde la han sentado a comer. No se ha movido de allí en todo el rato. Ha intervenido de vez en cuando en la conversación: ¡tenía tantos datos extraídos del mecanoscrito de Josep Anton Viladalba! Pero siempre moderadamente, dejando el protagonismo del curioso encuentro a este puñado de Viladalba que ni siquiera llevan ya el apellido. Comedida y correcta y amable; como una buena abogada. Marc la mira interesado, adivinándole el perfil del rostro. Está contento porque sabe que a la familia le ha caído muy bien.

—¿Quieres que vayamos a tomar un café? —le propone con un susurro.

Le parece que ella duda, pero no le ve la expresión, mezclada con las sombras que las hojas de una morera le esparcen sobre el rostro.

—De acuerdo. Pero deberíamos echarle una mano a tu madre y recoger un poco.

«De acuerdo.» Así de simple.

Marc nota un cosquilleo en la boca del estómago.

Se levanta inseguro y busca a tientas el interruptor de una farola de jardín que sabe que tiene que estar por allí.

Un estallido de luz funde de repente la oscuridad, barnizando con una pátina dorada las hojas de las plantas y de los árboles. Marc parpadea, observando como la luz líquida de la bombilla de bajo consumo se va apropiando de cada rincón en tinieblas, de cada objeto, de cada esquina. Sus labios perfilan una sonrisa con una pincelada de melancolía latente.

El jardín sin sombras le ha hecho pensar en Teresina Martinet.

Imagina lo mucho que le habría gustado conocer el desenlace del Enigma Familiar; saber que su amiga de la infancia no había muerto ni había sido secuestrada aquella verbena de San Juan del año 1919.

Lo mucho que le habría gustado saber que había adoptado su nombre: Thérèse.

Quizás, lo mucho que le habría gustado dejar de ver la sombra de Magui en el jardín.